

Antología de textos

Humanismo clásico y contemporáneo

Dirección Académica de Formación Integral

Universidad Anáhuac

ÍNDICE

[Presentación](#)

Lecturas:

I. Época antigua

1. Sófocles, Edipo Rey. [Tragedias](#)
2. Platón. [Critón](#)

II. Patrística/ Época Medieval

3. San Agustín, [Confesiones](#)
4. Dante Alighieri. [La divina comedia](#)

III. Época Moderna/ Ilustración

5. Maquiavelo, Nicolás. [El príncipe](#)
6. Kant, Inmanuel, [¿Qué es la Ilustración?](#)

IV. Época Contemporánea

7. Nussbaum Martha. [Discurso "Premio príncipe de Asturias de Ciencias Sociales 2012"](#)

Presentación

Querido Alumno (a) de la Universidad Anáhuac México:

Bienvenidos a este breve recorrido por la cultura occidental a través de la antología de Humanismo Clásico y Contemporáneo.

Esta asignatura es un viaje cultural siguiendo el criterio cronológico de las distintas etapas de la cultura occidental. Tiene como objetivo el aprecio y el reconocimiento de la realidad política, social, filosófica, artística y religiosa en la propia vida. Humanismo clásico y contemporáneo quiere ser una síntesis y fermento de todos los estudios que has realizado a través de las materias del ADN Anáhuac en relación a la verdad, el hombre, el bien y Dios.

En la materia se hace uso de varios recursos, uno de ellos es la antología. Con estos textos se pretende una aproximación intencional al itinerario histórico. Dichos textos son obras de carácter histórico, filosófico, político, literario o artístico. Los autores elegidos son los clásicos o representativos de cada época. Es un enfrentamiento a las fuentes originales, sin intermediarios. Ayudando así a elevar el nivel académico y aportando un gran bagaje cultural.

La composición de la antología está determinada por siete textos de carácter obligatorio. Con la ayuda del profesor se tendrá un acercamiento práctico a través de las lecturas de lo trabajado en el contenido de la materia: reconociendo las categorías de cada época, comparando distintos autores o etapas y realizando el propio ejercicio crítico.

Los textos obligatorios que conforman la antología de humanismo clásico y contemporáneo son:

De la antigüedad clásica, la primera obra es Edipo Rey, un gran ejemplo de la tragedia griega; se trata de un drama profundamente humano a través del cual Sófocles lleva a una aproximación a la idea del hombre encadenado a su propio destino, o en el caso de Edipo, a su trágico destino que necesariamente nos hace reflexionar sobre su contraparte: la libertad.

En la misma Grecia clásica, se ha recorrido un camino paralelo a la literatura y la tragedia griega, es el camino de la filosofía. Así llegamos a Platón autor del segundo texto de esta antología, que plantea un sistema filosófico completo y extenso de gran impacto en toda la historia del pensamiento occidental. En "Critón" el discípulo narra la condena a muerte de su maestro Sócrates, podemos reconocer inmediatamente el corazón de la discusión: el deber, así como los ideales de justicia y el cumplimiento de la ley para el ciudadano ateniense.

"Que yo te conozca, conocedor mío, que yo te conozca como tú me conoces. Virtud de mi alma, entra en ella y ajústala a ti, para que la tengas y poseas sin mancha ni arruga" En la

época de los padres de la Iglesia, el último hombre clásico y primer hombre medieval es San Agustín, el obispo de Hipona. En sus “Confesiones”, el autor ayuda a construir ese nuevo pensamiento cristiano con el lenguaje y las categorías clásicas. Es una obra autobiográfica que inaugura el concepto de intimidad en la cultura occidental.

Con Agustín empezamos la Edad Media y con Dante Alighieri la cerramos. Claro ejemplo de transición entre el mundo medieval y el pensamiento renacentista, es la obra de Dante, la “Divina Comedia”. En los cantos seleccionados para esta antología se aprecia la contraposición del infierno y paraíso, haciendo una síntesis entre la trascendencia medieval y la renovación de los gustos clásicos que predominarán en el humanismo renacentista.

De la época moderna coincidiendo con el nacimiento de los estados modernos, hemos seleccionado el texto “El príncipe”, de Nicolás Maquiavelo. Un texto que tiene gran resonancia en la actualidad, que forzosamente nos plantea el problema de si ¿El fin justifica los medios?

En ¿Qué es la ilustración? Kant señala que “La ilustración es la salida del hombre de la minoría de edad causada por él mismo. La minoría de edad es la incapacidad para servirse del propio entendimiento sin la guía de otro. Esa minoría de edad es causada por el hombre mismo...” es el reflejo de los grandes cambios de la época; a través de él nos aproxima a los nuevos criterios de valoración del conocimiento.

Finalmente, de la actualidad hemos elegido la obra de Martha Nussbaum, coetánea nuestra, ella nos advierte cómo la democracia hoy está amenazada. Ante los desafíos globales la democracia requiere de las humanidades. Necesitamos ciudadanos libres que piensen por sí mismos y que, con pensamiento crítico, puedan dialogar y encontrar caminos para la construcción de una mejor sociedad.

Que esta antología sea pues, un reconocimiento y descubrimiento cultural, un gran complemento para la materia.

Judith Correa Fernández

Introducción

Tragedias

Sófocles, Edipo Rey

Sófocles el escultor de hombres 495-406 a.C.

La vida de Sófocles transcurre en medio de dos momentos bélicos: por un lado, las grandes batallas que sostuvieron los griegos contra el Imperio Persa¹; por el otro lado, la decadencia definitiva de la Liga de Delos frente a las fuerzas del Peloponeso, lideradas por Esparta. A pesar de su longevidad, el dramaturgo no alcanzó a presenciar el hundimiento final de su amada Atenas. No obstante los tiempos que corrían, Sófocles tuvo una vida abundante, rica en experiencias y en producción.

Contemporáneo de Pericles, Sófocles compartió con él la gloria de este corto pero imperecedero lapso de tiempo en el cual la tragedia ática, al igual que las artes escultóricas encabezadas por Fidias, alcanzaban niveles espirituales sin precedentes. Durante este mismo periodo, se concretaba el esfuerzo helénico por registrar sucesos para la posteridad: surgía la Historia de la mano de Heródoto, quien se sabe que mantuvo una relación amistosa con Sófocles. Con toda justicia, Werner Jaeger sostiene que fue este, el tiempo en que surgió por primera vez la formación consciente del hombre²: una *paideia* en clave educativa en la cual encontramos un paralelismo de ideales entre la filosofía, las artes, la historia y la representación trágica. En otras palabras, la función del arte no fue en modo alguno halagar el espíritu, sino cimbrarlo y formarlo, educarlo en consecución con los ideales del estado. Tal y como señala Jaeger: Esta inclinación antropocéntrica del espíritu ático es la que *da lugar al nacimiento de la "humanidad" [...] en el del conocimiento de la verdadera forma esencial human*³.

Sófocles es autor de más de una centena de tragedias, de las cuales sólo se conservan siete completas, entre ellas *Edipo Rey*. Su importancia en el escenario de la tragedia ática es su particular forma de moldear caracteres con los que nos podemos identificar: por ello es considerado un escultor de hombres⁴ de carne y hueso.

A diferencia de sus antecesores, Sófocles no produce en formato de trilogía, cada obra es independiente, se sostiene por sí misma por la fuerza de sus caracteres. *

La tragedia *Edipo Rey* se puede fechar en torno a los años 429- 426 a. C. La trama argumentativa es aparentemente simple: dos esposos reales reciben una profecía, el

¹ Se tiene noticia que él tenía dieciséis años cuando se celebró jubilosamente la victoria griega en Salamina.

² Werner Jaeger, *Paideia: los ideales de la cultura griega* (México: Fondo de Cultura Económica, 2001), 43.

³ *Ibíd.*, 37.

⁴ *Ibíd.*, 32.

oráculo les revela que su hijo habría de matar al padre y casarse con la madre; ambos tratan de eludir el presagio deshaciéndose del hijo; sin embargo, esto solo los lleva a cumplir la profecía. Se trata de un drama profundamente humano en el cual Edipo, el protagonista, da sentido al oráculo precipitándose en su cumplimiento con su propio impulso arrogante

. La tragedia consiste, pues, en llevar al máximo límite el propio destino del protagonista. No otra cosa podía hacer quien llevaba a cuestas en su nombre su propio destino; tan determinante es el acto de nombrar. Nombrar es visibilizar: Edipo es el de los pies hinchados y perforados.

Edipo anticipa lo que más tarde Platón habrá de señalar: la realidad sensible es solo un mundo imperfecto y efímero, dicho de otra forma, no son los sentidos los que nos ofrecen la verdad. Es así como Edipo no podía ver lo que la ciega de Tiresias sí podía. De lo que se deduce que ver no significa comprender. Una pregunta obligada resulta de este examen ¿qué significa mirar? ¿Qué hay en el acto de mirar que nos puede desconectar de nuestros sentidos internos?

Si la obra de Sófocles, y en particular su *Edipo Rey* sigue siendo tan vigente, es porque habla al ser humano de todos los tiempos con palabras muy íntimas: sufrir es inevitable, y entre más nos alejamos, más cerca estamos. El espectador puede fácilmente identificarse con el *pathos* del protagonista y sufrir con él.

En última instancia, con este texto buscamos que los lectores dialoguen con el dolor de Edipo, empaticen con él, que, como mónada, les permita descubrir el dolor humano universal y dialogar con él.

Dra. Ofelia Rodríguez López

Tragedias

Sófocles, Edipo Rey

(Delante del palacio de Edipo, en Tebas. Un grupo de ancianos y de jóvenes está sentado en las gradas del altar, en actitud suplicante, portando ramas de olivo. El Sacerdote de Zeus se adelanta solo hacia el palacio. Edipo sale seguido de dos ayudantes y contempla al grupo en silencio. Después les dirige la palabra.)

EDIPO.- ¡Oh hijos, descendencia nueva del antiguo Cadmo ¿Por qué están en actitud sedente ante mí, coronados con ramos de suplicantes? La ciudad está llena de incienso, a la vez que de cantos, de súplicas y de gemidos, y yo, porque considero justo no enterarme por otros mensajeros, he venido en persona, yo, el llamado Edipo, famoso entre todos. Así que, oh anciano, ya que eres por tu condición a quien corresponde hablar, dime en nombre de todos: ¿cuál es la causa de que estén así ante mí? ¿El temor o el ruego? Piensa que yo querría ayudarlos en todo. Sería insensible si no me compadeciera ante semejante actitud.

SACERDOTE.- ¡Oh Edipo, que reinas en mi país! Ves de qué edad somos los que nos sentamos cerca de tus altares: unos, sin fuerzas aún para volar lejos; otros, torpes por la vejez, somos Sacerdotes -yo lo soy de Zeus-, y otros, escogidos entre los aún jóvenes. El resto del pueblo con sus ramos permanece sentado en las plazas en actitud de súplica, junto a los dos templos de Palas y junto a la ceniza profética de Ismeno.

La ciudad, como tú mismo puedes ver, está ya demasiado agitada y no es capaz todavía de levantar la cabeza de las profundidades por la sangrienta sacudida. Se debilita en las plantas fructíferas de la tierra, en los rebaños de bueyes que pacen y en los partos infecundos de las mujeres. Además, la divinidad que produce la peste, precipitándose, aflige la ciudad. ¡Odiosa epidemia, bajo cuyos efectos está despoblada la morada Cadmea, mientras el negro Hades se enriquece entre suspiros y lamentos! Ni yo ni estos jóvenes estamos sentados como suplicantes por considerarte igual a los dioses, pero sí el primero de los hombres en los sucesos de la vida y en las intervenciones de los dioses. Tú que, al llegar, liberaste la ciudad Cadmea del tributo que ofrecíamos a la cruel cantora y, además, sin haber visto nada más ni haber sido informado por nosotros, sino con la ayuda de un dios, se dice y se cree que enderezaste nuestra vida.

Pero ahora, ¡oh Edipo, el más sabio entre todos!, te imploramos todos los que estamos aquí como suplicantes que nos consigas alguna ayuda, bien sea tras oír el mensaje de algún dios, o bien lo conozcas de un mortal. Pues veo que son efectivos, sobre todo, los hechos llevados a cabo por los consejos de los que tienen experiencia. ¡Ea, oh el mejor de los mortales!, endereza la ciudad. ¡Ea!, apresta tu guardia, porque esta tierra ahora te celebra como su

salvador por el favor de antaño. Que de ninguna manera recordemos de tu reinado que vivimos, primero, en la prosperidad, pero caímos después; antes bien, levanta con firmeza la ciudad. Con favorable augurio, nos procuraste entonces la fortuna. Senos también igual en esta ocasión. Pues, si vas a gobernar esta tierra, como lo haces, es mejor reinar con hombres en ella que vacía, que nada es una fortaleza ni una nave privadas de hombres que las pueblen.

EDIPO.- ¡Oh hijos dignos de lástima! Vienen a hablarme porque anhelan algo conocido y no ignorado por mí. Sé bien que todos están sufriendo y, al sufrir, no hay ninguno de ustedes que padezca tanto como yo. En efecto, el dolor de ustedes llega sólo a cada uno en sí mismo y a ningún otro, mientras que mi ánimo se duele, al tiempo, por la ciudad y por mí y por ti. De modo que no me despiertan de un sueño en el que estuviera sumido, sino que estén seguros de que muchas lágrimas he derramado yo y muchos caminos he recorrido en el curso de mis pensamientos. El único remedio que he encontrado, después de reflexionar a fondo, es el que he tomado: envié a Creonte, hijo de Meneceo, mi propio cuñado, a la morada Pítica de Febo, a fin de que se enterara de lo que tengo que hacer o decir para proteger esta ciudad. Y ya hoy mismo, si lo calculo en comparación con el tiempo pasado, me inquieta qué estará haciendo, pues, contra lo que es razonable, lleva ausente más tiempo del fijado. Sería yo malvado si, cuando llegue, no cumplo todo cuanto el dios manifieste.

SACERDOTE.- Con oportunidad has hablado. Precisamente éstos me están indicando por señas que Creonte se acerca.

EDIPO.- ¡Oh soberano Apolo! ¡Ojalá viniera con suerte liberadora, del mismo modo que viene con rostro radiante!

SACERDOTE.- Por lo que se puede adivinar, viene complacido. En otro caso no vendría así, con la cabeza coronada de frondosas ramas de laurel.

EDIPO.- Pronto lo sabremos, pues ya está lo suficientemente cerca para que nos escuche. ¡Oh príncipe, mi pariente, hijo de Meneceo! ¿Con qué respuesta del oráculo nos llegas?

(Entra Creonte en escena.)

CREONTE.- Con una buena. Afirmo que incluso las aflicciones, si llegan felizmente a término, todas pueden resultar bien.

EDIPO.- ¿Cuál es la respuesta? Por lo que acabas de decir, no estoy ni tranquilo ni tampoco preocupado.

CREONTE.- Si deseas oírlo estando éstos aquí cerca, estoy dispuesto a hablar y también, si lo deseas, a ir dentro.

EDIPO.- Habla ante todos, ya que por ellos sufro una aflicción mayor, incluso, que por mi propia vida.

CREONTE.- Diré las palabras que escuché de parte del dios. El soberano Febo nos ordenó, claramente, arrojar de la región una mancilla que existe en esta tierra y no mantenerla para que llegue a ser irremediable.

EDIPO.- ¿Con qué expiación? ¿Cuál es la naturaleza de la desgracia?

CREONTE.- Con el destierro o liberando un antiguo asesinato con otro, puesto que esta sangre es la que está sacudiendo la ciudad.

EDIPO.- ¿De qué hombre denuncia tal desdicha?

CREONTE.- Teníamos nosotros, señor, en otro tiempo a Layo como soberano de esta tierra, antes de que tú rigieras rectamente esta ciudad.

EDIPO.- Lo sé por haberlo oído, pero nunca lo vi.

CREONTE.- Él murió y ahora el dios nos prescribe claramente que tomemos venganza de los culpables con violencia.

EDIPO.- ¿En qué país pueden estar? ¿Dónde podrá encontrarse la huella de una antigua culpa, difícil de investigar?

CREONTE.- Afirmó que en esta tierra. Lo que es buscado puede ser cogido, pero se escapa lo que pasamos por alto.

EDIPO.- ¿Se encontró Layo con esta muerte en casa, o en el campo, o en algún otro país?

CREONTE.- Tras haber marchado, según dijo, a consultar al oráculo, y una vez fuera, ya no volvió más a casa.

EDIPO.- ¿Y ningún mensajero ni compañero de viaje lo vio, de quien, informándose, pudiera sacarse alguna ventaja?

CREONTE.- Murieron, excepto uno, que huyó despavorido y sólo una cosa pudo decir con seguridad de lo que vio.

EDIPO.- ¿Cuál? Porque una sola podría proporcionarnos el conocimiento de muchas, si consiguiéramos un pequeño principio de esperanza.

CREONTE.- Decía que unos ladrones con los que se tropezaron le dieron muerte, no con el rigor de una sola mano, sino de muchas.

EDIPO.- ¿Cómo habría llegado el ladrón a semejante audacia, si no se hubiera proyectado desde aquí con dinero?

CREONTE.- Eso era lo que se creía. Pero, después que murió Layo, nadie surgía como su vengador en medio de las desgracias.

EDIPO.- ¿Qué tipo de desgracia se presentó que impedía, caída así la soberanía, averiguarlo?

CREONTE.- La Esfinge, de enigmáticos cantos, nos determinaba a atender a lo que nos estaba saliendo al paso, dejando de lado lo que no teníamos a la vista.

EDIPO.- Yo lo volveré a sacar a la luz desde el principio, ya que Febo, merecidamente, y tú, de manera digna, pusieron tal solicitud en favor del muerto; de manera que verán también en mí, con razón, a un aliado para vengar a esta tierra al mismo tiempo que al dios. Pues no para defensa de lejanos amigos sino de mí mismo alejaré yo en persona esta mancha. El que fuera el asesino de aquél tal vez también de mí podría querer vengarse con violencia semejante. Así, pues, auxiliando a aquél me ayudo a mí mismo.

Ustedes, hijos, levántense de las gradas lo más pronto que puedan y recojan estos ramos de suplicantes. Que otro congregue aquí al pueblo de Cadmo sabiendo que yo voy a disponerlo todo. Y con la ayuda de la divinidad apareceré triunfante o fracasado.

(Entran Edipo y Creonte en el palacio.)

SACERDOTE.- Hijos, levantémonos. Pues con vistas a lo que él nos promete hemos venido aquí. ¡Ojalá que Febo, el que ha enviado estos oráculos, llegue como salvador y ponga fin a la epidemia!

(Salen de la escena y, seguidamente, entra en ella el Coro de ancianos tebanos.)

CORO.

ESTROFA 1ª

¡Oh dulce oráculo de Zeus! ¿Con qué espíritu has llegado desde Pito, la rica en oro, a la ilustre Tebas? Mi ánimo está tenso por el miedo, temblando de espanto, ¡oh dios, a quien se le dirigen agudos gritos, Delios, sanador! Por ti estoy lleno de temor. ¿Qué obligación de nuevo me vas a imponer, bien inmediatamente o después del transcurrir de los años? Dímelo, ¡oh hija de la áurea Esperanza, palabra inmortal!

ANTÍSTROFA 1ª

Te invoco la primera, hija de Zeus, inmortal Atenea, y a tu hermana, Artemis, protectora del país, que se asienta en glorioso trono en el centro del ágora y a Apolo el que flecha a distancia. ¡Ay! Háganse visibles para mí, los tres, como preservadores de la muerte.

Si ya anteriormente, en socorro de una desgracia sufrida por la ciudad, consiguieron arrojar del lugar el ardor de la plaga, preséntense también ahora.

ESTROFA 2ª

¡Ay de mí! Soporto dolores sin cuento. Todo mi pueblo está enfermo y no existe el arma de la reflexión con la que uno se pueda defender. Ni crecen los frutos de la noble tierra ni las mujeres tienen que soportar quejumbrosos esfuerzos en sus partos. Y uno tras otro, cual rápido pájaro, puedes ver que se precipitan, con más fuerza que el fuego irresistible, hacia la costa del dios de las sombras.

ANTÍSTROFA 2ª

La población parece en número incontable. Sus hijos, abandonados, yacen en el suelo, portadores de muerte, sin obtener ninguna compasión. Entretanto, esposas y, también, canosas madres gimen por doquier en las gradas de los templos, en actitud de suplicantes, a causa de sus tristes desgracias. Resuena el peán y se oye, al mismo tiempo, un sonido de lamentos. En auxilio de estos males, ¡oh dura hija de Zeus!, envía tu ayuda, de agraciado rostro.

ESTROFA 3ª.

Concede que el terrible Ares, que ahora sin la protección de los escudos me abrasa saliéndome al encuentro a grandes gritos, se dé la vuelta en su carrera, lejos de los confines de la patria, bien hacia el inmenso lecho de Anfitrita, bien hacia la inhóspita agitación de los puertos tracios. Pues si la noche deja algo pendiente, a terminarlo después llega el día. A ése, ¡oh tú, que repartes las fuerzas de los abrasadores relámpagos, oh Zeus padre!, destrúyelo bajo tu rayo.

ANTÍSTROFA 3ª.

Soberano Liceo, quisiera que tus flechas invencibles que parten de cuerdas trenzadas en oro se distribuyeran, colocadas delante, como protectoras y, también, las antorchas llameantes de Artemis con las que corre por los montes de Licia. Invoco al de la mitra de oro, el que da nombre a esta región, a Baco, el de rojizo color, al del evohé, compañero de las ménades, ¡que se acerque resplandeciente con refulgente antorcha contra el dios odioso entre los dioses!

(Sale Edipo y se dirige al Coro.)

EDIPO.- Suplicas. Y de lo que suplicas podrías obtener remedio y alivio en tus desgracias, si quisieras acoger mis palabras cuando las oigas y prestar servicio en esta enfermedad. Y yo diré lo que sigue, como quien no tiene nada que ver con este relato ni con este hecho. Porque yo mismo no podría seguir por mucho tiempo la pista sin tener ni un rastro. Pero, como ahora he venido a ser un ciudadano entre ciudadanos, les diré a todos ustedes, cadmeos, lo siguiente: aquel de ustedes que sepa por obra de quién murió Layo, el hijo de Lábdaco, le ordeno que me lo revele todo y, si siente temor, que aleje la acusación que pesa contra sí mismo, ya que ninguna otra pena sufrirá y saldrá sano y salvo del país. Si alguien,

a su vez, conoce que el autor es otro de otra tierra, que no calle. Yo le concederé la recompensa a la que se añadirá mi gratitud. Si, por el contrario, callan y alguno temiendo por un amigo o por sí mismo trata de rechazar esta orden, lo que haré con ellos deben escucharme. Prohíbo que en este país, del que yo poseo el poder y el trono, alguien acoja y dirija la palabra a este hombre, quienquiera que sea, y que se haga partícipe con él en súplicas o sacrificios a los dioses y que le permita las abluciones. Mando que todos lo expulsen, sabiendo que es una impureza para nosotros, según me lo acaba de revelar el oráculo pítico del dios. Ésta es la clase de alianza que yo tengo para con la divinidad y para el muerto. Y pido solemnemente que, el que a escondidas lo ha hecho, sea en solitario, sea en compañía de otros, desventurado, consuma su miserable vida de mala manera. E impreco para que, si llega a estar en mi propio palacio y yo tengo conocimiento de ello, padezca yo lo que acabo de desear para éstos.

Y a ustedes les encargo que cumplan todas estas cosas por mí mismo, por el dios y por este país tan consumido en medio de esterilidad y desamparo de los dioses. Pues, aunque la acción que llevamos a cabo no hubiese sido promovida por un dios, no sería natural que ustedes la dejaran sin expiación, sino que deberían hacer averiguaciones por haber perecido un hombre excelente y, a la vez, rey.

Ahora, cuando yo soy el que me encuentro con el poder que antes tuvo aquél, en posesión del lecho y de la mujer fecundada, igualmente, por los dos, y hubiéramos tenido en común el nacimiento de hijos comunes, si su descendencia no se hubiera malogrado -pero la adversidad se lanzó contra su cabeza-, por todo esto yo, como si mi padre fuera, lo defenderé y llegaré a todos los medios tratando de capturar al autor del asesinato para provecho del hijo de Lábdaco, descendiente de Polidoro y de su antepasado Cadmo, y del antiguo Agenor. Y pido, para los que no hagan esto, que los dioses no les hagan brotar ni cosecha alguna de la tierra ni hijos de las mujeres, sino que perezcan a causa de la desgracia en que se encuentran y aún peor que ésta. Y a ustedes, los demás Cadmeos, a quienes esto les parezca bien, que la Justicia como aliada y todos los demás dioses los asistan con buenos consejos.

CORIFEO.- Tal como me has cogido inmerso en tu maldición, te hablaré, oh rey. Yo ni lo maté ni puedo señalar a quién lo hizo. En esta búsqueda, era propio del que nos la ha enviado, de Febo, decir quién lo ha hecho.

EDIPO.- Con razón hablas. Pero ningún hombre podría obligar a los dioses a algo que no quieran.

CORIFEO.- En segundo lugar, después de eso, te podría decir lo que yo creo.

EDIPO.- También, si hay un tercer lugar, no dejes de decirlo.

CORO.- Sé que, más que ningún otro, el noble Tiresias ve lo mismo que el soberano Febo, y de él se podría tener un conocimiento muy exacto, si se le inquiriera, señor.

EDIPO.- No lo he echado en descuido sin llevarlo a la práctica; pues, al decírmelo Creonte, he enviado dos mensajeros. Me extraña que no esté presente desde hace rato.

CORIFEO.- Entonces los demás rumores son ineficaces y pasados.

EDIPO.- ¿Cuáles son? Pues atiendo a toda clase de rumor.

CORIFEO.- Se dijo que murió a manos de unos caminantes.

EDIPO.- También yo lo oí. Pero nadie conoce al que lo vio.

CORIFEO.- Si tiene un poco de miedo, no aguardará después de oír tus maldiciones.

EDIPO.- El que no tiene temor ante los hechos tampoco tiene miedo a la palabra.

(Entra Tiresias con los enviados por Edipo. Un niño le acompaña.)

CORIFEO.- Pero ahí está el que lo dejará al descubierto. Éstos traen ya aquí al sagrado adivino, al único de los mortales en quien la verdad es innata.

EDIPO.- ¡Oh Tiresias, que todo lo manejas, lo que debe ser enseñado y lo que es secreto, los asuntos del cielo y los terrenales! Aunque no ves, comprendes, sin embargo, de qué mal es víctima nuestra ciudad. A ti te reconocemos como único defensor y salvador de ella, señor. Porque Febo, si es que no lo has oído a los mensajeros, contestó a nuestros embajadores que la única liberación de esta plaga nos llegaría si, después de averiguarlo correctamente, dábamos muerte a los asesinos de Layo o les hacíamos salir desterrados del país. Tú, sin rehusar ni el sonido de las aves ni ningún otro medio de adivinación, sálvate a ti mismo y a la ciudad y sálvame a mí, y líbranos de toda impureza originada por el muerto. Estamos en tus manos. Que un hombre preste servicio con los medios de que dispone y es capaz, es la más bella de las tareas.

TIRESIAS.- ¡Ay, ay! ¡Qué terrible es tener clarividencia cuando no aprovecha al que la tiene! Yo lo sabía bien, pero lo he olvidado, de lo contrario no hubiera venido aquí.

EDIPO.- ¿Qué pasa? ¡Qué abatido te has presentado!

TIRESIAS.- Déjame ir a casa. Más fácilmente soportaremos tú lo tuyo y yo lo mío si me haces caso.

EDIPO.- No hablas con justicia ni con benevolencia para la ciudad que te alimentó, si la privas de tu augurio.

TIRESIAS.- Porque veo que tus palabras no son oportunas para ti. ¡No vaya a ser que a mí me pase lo mismo...!

(Hace ademán de retirarse.)

EDIPO.- No te des la vuelta, ¡por los dioses!, si sabes algo, ya que te lo pedimos todos los que estamos aquí como suplicantes.

TIRESIAS.- Todos han perdido el juicio. Yo nunca revelaré mis desgracias, por no decir las tuyas.

EDIPO.- ¿Qué dices? ¿Sabiéndolo no hablarás, sino que piensas traicionarnos y destruir a la ciudad?

TIRESIAS.- Yo no quiero afligirme a mí mismo ni a ti. ¿Por qué me interrogas inútilmente? No te enterarás por mí.

EDIPO.- ¡Oh el más malvado de los malvados, pues tú llegarías a irritar, incluso, a una roca! ¿No hablarás de una vez, sino que te vas a mostrar así de duro e inflexible?

TIRESIAS.- Me has reprochado mi obstinación, y no ves la que igualmente hay en ti, y me censuras.

EDIPO.- ¿Quién no se irritaría al oír razones de esta clase con las que tú estás perjudicando a nuestra ciudad?

TIRESIAS.- Llegarán por sí mismas, aunque yo las proteja con el silencio.

EDIPO.- Pues bien, debes manifestarme incluso lo que está por llegar.

TIRESIAS.- No puedo hablar más. Ante esto, si quieres irítate de la manera más violenta.

EDIPO.- Nada de lo que estoy advirtiéndote dejaré de decir, según estoy de encolerizado. Has de saber que parece que tú has ayudado a maquinar el crimen y lo has llevado a cabo en lo que no ha sido darle muerte con tus manos. Y si tuvieras vista, diría que, incluso, este acto hubiera sido obra de ti solo.

TIRESIAS.- ¿De verdad? Y yo te insto a que permanezcas leal al edicto que has proclamado antes y a que no nos dirijas la palabra ni a éstos ni a mí desde el día de hoy, en la idea de que tú eres el azote impuro de esta tierra.

EDIPO.- ¿Con tanta desvergüenza haces esta aseveración? ¿De qué manera crees poderte escapar a ella?

TIRESIAS.- Ya lo he hecho. Pues tengo la verdad como fuerza.

EDIPO.- ¿Por quién has sido enseñado? Pues, desde luego, de tu arte no procede.

TIRESIAS.- Por ti, porque me impulsaste a hablar en contra de mi voluntad.

EDIPO.- ¿Qué palabras? Dilo, de nuevo, para que aprenda mejor.

TIRESIAS.- ¿No has escuchado antes? ¿O es que tratas de que hable?

EDIPO.- No como para decir que me es comprensible. Dilo de nuevo.

TIRESIAS.- Afirмо que tú eres el asesino del hombre acerca del cual están investigando.

EDIPO.- No dirás impunemente dos veces estos insultos.

TIRESIAS.- En ese caso, ¿digo también otras cosas para que te irrites aún más?

EDIPO.- Di cuanto gustes, que en vano será dicho.

TIRESIAS.- Afirмо que tú has estado conviviendo muy vergonzosamente, sin advertirlo, con los que te son más queridos y que no te das cuenta en qué punto de desgracia estás.

EDIPO.- ¿Crees tú, en verdad, que vas a seguir diciendo alegremente esto?

TIRESIAS.- Sí, si es que existe alguna fuerza en la verdad.

EDIPO.- Existe, salvo para ti. Tú no la tienes, ya que estás ciego de los oídos, de la mente y de la vista.

TIRESIAS.- Eres digno de lástima por echarme en cara cosas que a ti no habrá nadie que no te reproche pronto.

EDIPO.- Vives en una noche continua, de manera que ni a mí, ni a ninguno que vea la luz, podrías perjudicar nunca.

TIRESIAS.- No quiere el destino que tú caigas por mi causa, pues para ello se basta Apolo, a quien importa llevarlo a cabo.

EDIPO.- ¿Esta invención es de Creonte o tuya?

TIRESIAS.- Creonte no es ningún dolor para ti, sino tú mismo.

EDIPO.- ¡Oh riqueza, poder y saber que aventajas a cualquier otro saber en una vida llena de encontrados intereses! ¡Cuánta envidia acecha en ustedes, si, a causa de este mando que la ciudad me confió como un don -sin que yo lo pidiera-, Creonte, el que era leal, el amigo desde el principio, desea expulsarme deslizándose a escondidas, tras sobornar a semejante hechicero, maquinador y charlatán engañoso, que sólo ve en las ganancias y es ciego en su arte! Porque, ¡ea!, dime, ¿en qué fuiste tú un adivino infalible? ¿Cómo es que no dijiste alguna palabra que liberara a estos ciudadanos cuando estaba aquí la perra cantora Y, ciertamente, el enigma no era propio de que lo discurriera cualquier persona que se presentara, sino que requería arte adivinatoria que tú no mostraste tener, ni procedente de las aves ni conocida a partir de alguno de los dioses. Y yo, Edipo, el que nada sabía, llegué y la hice callar consiguiéndolo por mi habilidad, y no por haberlo aprendido de los pájaros. A mí es a quien tú intentas echar, creyendo que estarás más cerca del trono de Creonte. Me parece que tú y el que ha urdido esto tendrán que lograr la purificación entre lamentos. Y

si no te hubieses hecho valer por ser un anciano, hubieras conocido con sufrimientos qué tipo de sabiduría tienes.

CORIFEO.- Nos parece adivinar que las palabras de éste y las tuyas, Edipo, han sido dichas a impulsos de la cólera. Pero no debemos ocuparnos en tales cosas, sino en cómo resolveremos los oráculos del dios de la mejor manera.

TIRESIAS.- Aunque seas el rey, se me debe dar la misma oportunidad de replicarte, al menos con palabras semejantes. También yo tengo derecho a ello, ya que no vivo sometido a ti sino a Loxias, de modo que no podré ser inscrito como seguidor de Creonte, jefe de un partido. Y puesto que me has echado en cara que soy ciego, te digo: aunque tú tienes vista, no ves en qué grado de desgracia te encuentras ni dónde habitas ni con quiénes transcurre tu vida. ¿Acaso conoces de quiénes descendes? Eres, sin darte cuenta, odioso para los tuyos, tanto para los de allí abajo como para los que están en la tierra, y la maldición que por dos lados te golpea, de tu madre y de tu padre, con paso terrible te arrojará, algún día, de esta tierra, y tú, que ahora ves claramente, entonces estarás en la oscuridad. ¡Qué lugar no será refugio de tus gritos!, ¡qué Citerón no los recogerá cuando te des perfecta cuenta del infausto matrimonio en el que tomaste puerto en tu propia casa después de conseguir una feliz navegación! Y no adviertes la cantidad de otros males que te igualarán a tus hijos. Después de esto, ultraja a Creonte y a mi palabra. Pues ningún mortal será aniquilado nunca de peor forma que tú.

EDIPO.- ¿Es que es tolerable escuchar esto de éste? ¡Maldito seas! ¿No te irás cuanto antes? ¿No te irás de esta casa, volviendo por donde has venido?

TIRESIAS.- No hubiera venido yo, si tú no me hubieras llamado.

EDIPO.- No sabía que ibas a decir necedades. En tal caso, difícilmente te hubiera hecho venir a mi palacio.

Tiresias.- Yo soy tal cual te parezco, necio, pero para los padres que te engendraron era juicioso.

EDIPO.- ¿A quiénes? Aguarda. ¿Qué mortal me dio el ser?

TIRESIAS.- Este día te engendrará y te destruirá.

EDIPO.- ¡De qué modo enigmático y oscuro lo dices todo!

TIRESIAS.- ¿Acaso no eres tú el más hábil por naturaleza para interpretarlo?

EDIPO.- Échame en cara, precisamente, aquello en lo que me encuentras grande.

TIRESIAS.- Esa fortuna, sin embargo, te hizo perecer.

EDIPO.- Pero si salvo a esta ciudad, no me preocupa.

TIRESIAS.- En ese caso me voy. Tú, niño, condúceme.

EDIPO.- Que te lleve, sí, porque aquí, presente, eres un molesto obstáculo; y, una vez fuera, puede ser que no atormentes más.

TIRESIAS.- Me voy, porque ya he dicho aquello para lo que vine, no porque tema tu rostro. Nunca me podrás perder. Y te digo: ese hombre que, desde hace rato, buscas con amenazas y con proclamas a causa del asesinato de Layo, está aquí. Se dice que es extranjero establecido aquí, pero después saldrá a la luz que es tebano por su linaje y no se complacerá de tal suerte. Ciego, cuando antes tenía vista, y pobre, en lugar de rico, se trasladará a tierra extraña tanteando el camino con un bastón. Será manifiesto que él mismo es, a la vez, hermano y padre de sus propios hijos, hijo y esposo de la mujer de la que nació y de la misma raza, así como asesino de su padre. Entra y reflexiona sobre esto. Y si me coges en mentira, di que yo ya no tengo razón en el arte adivinatorio.

(Tiresias se aleja y Edipo entra en palacio.)

CORO

ESTROFA 1ª

¿Quién es aquel al que la profética roca délfica nombró como el que ha llevado a cabo, con sangrientas manos, acciones indecibles entre las indecibles? Es el momento para que él, en la huida, fuerce un paso más poderoso que el de caballos rápidos como el viento, pues contra él se precipita, armado con fuego y relámpagos, el hijo de Zeus. Y, junto a él, siguen terribles las infalibles diosas de la Muerte.

ANTÍSTROFA 1ª

No hace mucho resonó claramente, desde el nevado Parnaso, la voz que anuncia que, por doquier, se siga el rastro al hombre desconocido. Va de un lado a otro bajo el agreste bosque y por cuevas y grutas, cual un toro que vive solitario, desgraciado, de desgraciado andar, rehuendo los oráculos procedentes del centro de la tierra. Pero éstos, siempre vivos, revolotean alrededor.

ESTROFA 2ª

De terrible manera, ciertamente, de terrible manera me perturba el sabio adivino, ya lo crea, ya niegue. ¿Qué diré? Lo ignoro. Estoy traído y llevado por las esperanzas, sin ver ni el presente ni lo que hay detrás. Yo nunca he sabido, ni antes ni ahora, qué motivo de disputa había entre los Labdácidas y el hijo de Pólipo, que, por haberlo probado, me haga ir contra la pública fama de Edipo, como vengador para los Labdácidas de muertes no claras.

ANTÍSTROFA 2ª

Por una parte, cierto es que Zeus y Apolo son sagaces y concedores de los asuntos de los mortales, pero que un adivino entre los hombres obtenga mayor éxito que yo, no es un juicio verdadero. Un hombre podría contraponer sabiduría a sabiduría. Y yo nunca, hasta ver que la profecía se cumpliera, haría patentes los reproches. Porque, un día, llegó contra él, visible, la alada doncella y quedó claro, en la prueba, que era sabio y amigo para la ciudad. Por ello, en mi corazón nunca será culpable de maldad

(Entra Creonte.)

CREONTE.- Ciudadanos, habiéndome enterado de que el rey Edipo me acusa con terribles palabras, me presento sin poder soportarlo. Pues si en los males presentes cree haber sufrido de mi parte con palabras o con obras algo que le lleve a un perjuicio, no tengo deseo de una vida que dure mucho tiempo con esta fama. El daño que me reporta esta acusación no es sin importancia, sino gravísimo, si es que voy a ser llamado malvado en la ciudad, y malvado ante ti y ante los amigos.

CORIFEEO.- Tal vez haya llegado a este ultraje forzado por la cólera, más que intencionadamente.

CREONTE.- ¿Fue declarado por éste abiertamente que, persuadido por mis consejeros, el adivino decía palabras falaces?

CORIFEEO.- Eso dijo, pero no sé con qué intención.

CREONTE.- ¿Y, con la mirada y la mente rectas, lanzó esta acusación contra mí?

CORIFEEO.- No sé, pues no conozco lo que hacen los que tienen el poder. Pero él, en persona, sale ya del palacio.

(Entra Edipo en escena.)

EDIPO.- ¡Tú, ése! ¿Cómo has venido aquí? ¿Eres, acaso, persona de tanta osadía que has llegado a mi casa, a pesar de que es evidente que tú eres el asesino de este hombre y un usurpador manifiesto de mi soberanía? ¡Ea, dime, por los dioses! ¿Te decidiste a actuar así por haber visto en mí alguna cobardía o locura? ¿O pensabas que no descubriría que tu acción se deslizaba con engaño, o que no me defendería al averiguarlo? ¿No es tu intento una locura: buscar con ahínco la soberanía sin el apoyo del pueblo y de los amigos, cuando se obtiene con la ayuda de aquél y de las riquezas?

CREONTE.- ¿Sabes lo que vas a hacer? Opuestas a tus palabras, escúchame palabras semejantes y, después de conocerlas, juzga tú mismo.

EDIPO.- Tú eres diestro en el hablar y yo soy torpe para comprenderte, porque he descubierto que eres hostil y molesto para mí.

CREONTE.- En lo que a esto se refiere, óyeme primero cómo lo voy a contar.

EDIPO.- En lo que a esto se refiere, no me digas que no eres un malvado.

CREONTE.- Si crees que la presunción separada de la inteligencia es un bien, no razones bien.

EDIPO.- Si crees que perjudicando a un pariente no sufrirás la pena, no razones correctamente.

CREONTE.- De acuerdo contigo en que has dicho esto con toda razón. Pero infórmame qué perjuicio dices que has recibido.

EDIPO.- ¿Intentabas persuadirme, o no, de que era necesario que enviara a alguien a buscar al venerable adivino?

CREONTE.- Y soy aún el mismo en lo que a ese consejo se refiere.

EDIPO.- ¿Cuánto tiempo hace ya desde que Layo...

CREONTE.- ¿Qué fue lo que hizo? No entiendo.

EDIPO.- ... sin que fuera visible, pereciera en un asesinato?

CREONTE.- Podrían contarse largos y antiguos años.

EDIPO.- ¿Ejercía entonces su arte ese adivino?

CREONTE.- Sí, tan sabiamente como antes y honrado por igual.

EDIPO.- ¿Hizo mención de mí para algo en aquel tiempo?

CREONTE.- No, ciertamente, al menos cuando yo estaba presente.

EDIPO.- Pero, ¿no hicieron investigaciones acerca del muerto?

CREONTE.- Las hicimos, ¿cómo no? Y no conseguimos nada.

EDIPO.- ¿Y cómo, pues, ese sabio no dijo entonces estas cosas?

CREONTE.- No lo sé. De lo que no comprendo, prefiero guardar silencio.

EDIPO.- Sólo lo que sabes podrías decirlo con total conocimiento.

CREONTE.- ¿Qué es ello? Si lo sé, no lo negaré.

EDIPO.- Que, si no hubiera estado concertado contigo, no hubiera hablado de la muerte de Layo a mis manos.

CREONTE.- Si esto dice, tú lo sabes. Yo considero justo informarme de ti, lo mismo que ahora tú lo has hecho de mí.

EDIPO.- Haz averiguaciones. No seré hallado culpable de asesinato.

CREONTE.- ¿Y qué? ¿Estás casado con mi hermana?

EDIPO.- No es posible negar la pregunta que me haces.

CREONTE.- ¿Gobiernas el país administrándolo con igual poder que ella?

EDIPO.- Lo que desea, todo lo obtiene de mí.

CREONTE.- ¿Y no es cierto que, en tercer lugar, yo me igualo a ustedes dos?

EDIPO.- Por eso, precisamente, resultas ser un mal amigo.

CREONTE.- No si me das la palabra como yo a ti mismo. Considera primeramente esto: si crees que alguien preferiría gobernar entre temores a dormir tranquilo, teniendo el mismo poder. Por lo que a mí respecta, no tengo más deseo de ser rey que de actuar como si lo fuera, ni ninguna otra persona que sepa razonar. En efecto, ahora lo obtengo de ti todo sin temor, pero, si fuera yo mismo el que gobernara, haría muchas cosas también contra mi voluntad. ¿Cómo, pues, iba a ser para mí más grato el poder absoluto, que un mando y un dominio exentos de sufrimientos? Aún no estoy tan mal aconsejado como para desear otras cosas que no sean los honores acompañados de provecho. Actualmente, todos me saludan y me acogen con cariño. Los que ahora tienen necesidad de ti me halagan, pues en esto está, para ellos, el obtener todo. ¿Cómo iba yo, pues, a pretender aquello desprendiéndome de esto? Una mente que razona bien no puede volverse torpe. No soy, por tanto, amigo de esta idea ni soportaría nunca la compañía de quien lo hiciera. Y, como prueba de esto, ve a Delfos y entérate si te he anunciado fielmente la respuesta del oráculo. Y otra cosa: si me sorprendes habiendo tramado algo en común con el adivino, tras hacerlo, no me condenes a muerte por un solo voto, sino por dos, por el tuyo y el mío; pero no me inculpes por tu cuenta a causa de una suposición no probada. No es justo considerar, sin fundamento, a los malvados honrados ni a los honrados malvados. Afirmo que es igual rechazar a un buen amigo que a la propia vida, a la que se estima sobre todas las cosas. Con el tiempo, podrás conocer que esto es cierto, ya que sólo el tiempo muestra al hombre justo, mientras que podrías conocer al perverso en un solo día.

CORIFEEO.- Bien habló él, señor, para quien sea cauto en errar. Pues los que se precipitan no son seguros para dar una opinión.

EDIPO.- Cuando el que conspira a escondidas avanza con rapidez, preciso es que también yo mismo planee con la misma rapidez. Si espero sin moverme, los proyectos de éste se convertirán en hechos y los míos, en frustraciones.

CREONTE.- ¿Qué pretendes, entonces? ¿Acaso arrojar me fuera del país?

EDIPO.- En modo alguno. Que mueras quiero, no que huyas.

CREONTE.- Cuando expliques cuál es la clase de aborrecimiento...

EDIPO.- ¿Quieres decir que no me obedecerás ni me darás crédito?

CREONTE.- ...pues veo que tú no razones con cordura.

EDIPO.- Sí, al menos, en lo que me afecta.

CREONTE.- Pero es preciso que lo hagas también en lo mío.

EDIPO.- Tú eres un malvado.

CREONTE.- ¿Y si es que tú no comprendes nada?

EDIPO.- Hay que obedecer, a pesar de ello.

CREONTE.- No al que ejerce mal el poder.

EDIPO.- ¡Oh ciudad, ciudad!

CREONTE.- También a mí me interesa la ciudad, no sólo a ti.

CORIFEO.- Cesen, príncipes. Veo que, a tiempo para ustedes, sale de palacio Yocasta, con la que deben dirimir la disputa que están sosteniendo.

(Yocasta sale de palacio.)

YOCASTA.- ¿Por qué, oh desdichados, originaron esta irreflexiva discusión? ¿No les da vergüenza ventilar cuestiones particulares estando como está sufriendo la ciudad? ¿No irás tú a palacio y tú, Creonte, a tu casa sin transformar un disgusto que no es nada en algo importante?

CREONTE.- Hermana, Edipo, tu esposo, pretende llevar a cabo decisiones terribles respecto a mí, habiendo elegido entre dos calamidades: o desterrarme de la patria o, tras hacerme prisionero, matarme.

EDIPO.- Asiento. Pues lo he sorprendido, mujer, tramando contra mi persona con mañas ruines.

CREONTE.- ¡Que no sea feliz, sino que perezca maldito, si he realizado contra ti algo de lo que me imputas!

YOCASTA.- ¡Por los dioses!, Edipo, da crédito a esto, sobre todo si sientes respeto ante un juramento en nombre de los dioses y, después, también por respeto a mí y a los que están ante ti.

ESTROFA 1ª

CORO.- Obedece de grado y por prudencia, señor, te lo suplico.

EDIPO.- ¿En qué quieres que ceda?

CORO.- En respetar al que nunca antes fue necio y ahora es fuerte en virtud del juramento.

EDIPO.- ¿Sabes lo que pides?

CORIFEEO.- Lo sé.

EDIPO.- Explícame qué dices.

CORO.- Que, por un rumor poco probado, nunca lances una acusación de deshonor a un pariente obligado por su propio juramento.

EDIPO.- Entérate bien ahora: cuando esto pretendes, me estás buscando la ruina o mi destierro de este país.

ESTROFA 2ª

CORO.- No, ¡por el dios primero entre todos los dioses el Sol! ¡Qué muera sin dios, sin amigos, de la peor manera, si tengo semejante pensamiento! Pero esta tierra que se consume aflige mi ánimo, desventurado, si los males que les atañen a ustedes dos se unen a los que ya había.

EDIPO.- ¡Que se vaya éste, aun cuando deba yo morir irremediamente o ser expulsado por la fuerza, deshonrado, de esta tierra! Ante tus palabras dignas de lástima me apiado, que no ante las de éste. Él, en donde se encuentre, será objeto de mi aborrecimiento.

CREONTE.- Es evidente que lleno de odio cedes, y estarás molesto cuando termines de estar airado. Las naturalezas como la tuya son, con motivo, las que más se duelen de soportarse a sí mismas.

EDIPO.- ¿No me dejarás tranquilo y te irás fuera?

CREONTE.- Me voy sin que me hayas entendido, pero para éstos soy el mismo.

(Se aleja.)

ANTÍSTROFA 1ª

CORO.- Mujer, ¿qué estás esperando para llevarlo a palacio?

YOCASTA.- Conocer qué es lo que ocurre.

CORO.- Una oscura sospecha surgió de unas palabras, pero también me desgarró lo que puede ser injusto.

YOCASTA.- ¿Del uno y del otro?

CORIFE0.- Sí.

YOCASTA.- ¿Y cuál fue el motivo?

CORO.- Basta, me parece que es suficiente, estando atormentado el país. Que se quede el asunto allí donde cesó.

EDIPO.- Date cuenta dónde has llegado, aun siendo hombre honesto en tu intención, haciendo caso omiso y embotando mi corazón.

ANTÍSTROFA 2ª.

CORO.- ¡Oh señor, no te lo he dicho sólo una vez: sabe que habría de mostrarme insensato, falto de razonable juicio, si te abandonara. Tú, que dirigiste con justicia el rumbo de mi querido país, cuando estaba sacudido entre desgracias, llegarás a ser también ahora un buen guía, si puedes.

YOCASTA.- ¡En nombre de los dioses! Dime también a mí, señor, por qué asunto has concebido semejante enojo.

EDIPO.- Hablaré. Pues a ti, mujer, te venero más que a éstos. Es a causa de Creonte y de la clase de conspiración que ha tramado contra mí.

YOCASTA.- Habla, si es que lo vas a hacer para denunciar claramente el motivo de la querella.

EDIPO.- Dice que yo soy el asesino de Layo.

YOCASTA.- ¿Lo conoce por sí mismo o por haberlo oído decir a otro?

EDIPO.- Ha hecho venir a un desvergonzado adivino, ya que su boca, por lo que a él en persona concierne, está completamente libre.

YOCASTA.- Tú, ahora, liberándote a ti mismo de lo que dices, escúchame y aprende que nadie que sea mortal tiene parte en el arte adivinatoria. La prueba de esto te la mostraré en pocas palabras. Una vez le llegó a Layo un oráculo -no diré que del propio Febo, sino de sus servidores- que decía que tendría el destino de morir a manos del hijo que naciera de mí y de él. Sin embargo, a él, al menos según el rumor, unos bandoleros extranjeros lo mataron en una encrucijada de tres caminos. Por otra parte, no habían pasado tres días desde el nacimiento del niño cuando Layo, después de atarle juntas las articulaciones de los pies, le arrojó, por la acción de otros, a un monte infranqueable. Por tanto, Apolo ni cumplió el que éste llegara a ser asesino de su padre ni que Layo sufriera a manos de su hijo la desgracia que él temía. Afirmo que los oráculos habían declarado tales cosas. Por ello, tú para nada te preocupes, pues aquello en lo que el dios descubre alguna utilidad, él en persona lo da a conocer sin rodeos.

EDIPO.- Al acabar de escucharte, mujer, ¡qué delirio se ha apoderado de mi alma y qué agitación de mis sentidos!

CREONTE.- ¿A qué preocupación te refieres que te ha hecho volverte sobre tus pasos?

EDIPO.- Me pareció oírte que Layo había sido muerto en una encrucijada de tres caminos.

YOCASTA.- Se dijo así y aún no se ha dejado de decir.

EDIPO.- ¿Y dónde se encuentra el lugar ese en donde ocurrió la desgracia?

YOCASTA.- Fócide es llamada la región, y la encrucijada hace confluir los caminos de Delfos y de Daulia.

EDIPO.- ¿Qué tiempo ha transcurrido desde estos acontecimientos?

YOCASTA.- Poco antes de que tú aparecieras con el gobierno de este país, se anunció eso a la ciudad.

EDIPO.- ¡Oh Zeus! ¿Cuáles son tus planes para conmigo?

YOCASTA.- ¿Qué es lo que te desazona, Edipo?

EDIPO.- Todavía no me interrogues. Y dime, ¿qué aspecto tenía Layo y de qué edad era?

YOCASTA.- Era fuerte, con los cabellos desde hacía poco encanecidos, y su figura no era muy diferente de la tuya.

EDIPO.- ¡Ay de mí, infortunado! Me parece que acabo de precipitarme a mí mismo, sin saberlo, en terribles maldiciones.

YOCASTA.- ¿Cómo dices? No me atrevo a dirigirte la mirada, señor.

EDIPO.- Me pregunto, con tremenda angustia, si el adivino no estaba en lo cierto, y me lo demostrarás mejor, si aún me revelas una cosa.

YOCASTA.- En verdad que siento temor, pero a lo que me preguntes, si lo sé, contestaré.

EDIPO.- ¿Iba de incógnito, o con una escolta numerosa cual corresponde a un rey?

YOCASTA.- Eran cinco en total. Entre ellos había un heraldo. Sólo un carro conducía a Layo.

EDIPO.- ¡Ay, ay! Esto ya está claro. ¿Quién fue el que entonces les anunció las nuevas, mujer?

YOCASTA.- Un servidor que llegó tras haberse salvado sólo él.

EDIPO.- ¿Por casualidad se encuentra ahora en palacio?

YOCASTA.- No, por cierto. Cuando llegó de allí y vio que tú regentabas el poder y que Layo estaba muerto, me suplicó, encarecidamente, cogiéndome la mano, que lo enviara a los

campos y al pastoreo de rebaños para estar lo más alejado posible de la ciudad. Yo lo envié, porque, en su calidad de esclavo, era digno de obtener este reconocimiento y aún mayor.

EDIPO.- ¿Cómo podría llegar junto a nosotros con rapidez?

YOCASTA.- Es posible. Pero ¿por qué lo deseas?

EDIPO.- Temo por mí mismo, oh mujer, haber dicho demasiadas cosas. Por ello, quiero verlo.

YOCASTA.- Está bien, vendrá, pero también yo merezco saber lo que te causa desasosiego, señor.

EDIPO.- Y no serás privada, después de haber llegado yo a tal punto de zozobra. Pues, ¿a quién mejor que a ti podría yo hablar, cuando paso por semejante trance?

Mi padre era Pólipo, corintio, y mi madre Mérope, doria. Era considerado yo como el más importante de los ciudadanos de allí hasta que me sobrevino el siguiente suceso, digno de admirar, pero, sin embargo, no proporcionado al ardor que puse en ello. He aquí que en un banquete, un hombre saturado de bebida, refiriéndose a mí, dice, en plena embriaguez, que yo era un falso hijo de mi padre. Yo, disgustado, a duras penas me pude contener a lo largo del día, pero, al siguiente, fui junto a mi padre y mi madre y les pregunté. Ellos llevaron a mal la injuria de aquel que había dejado escapar estas palabras. Yo me alegré con su reacción; no obstante, eso me atormentaba sin cesar, pues me había calado hondo.

Sin que mis padres lo supieran, me dirigí a Delfos, y Febo me despidió sin atenderme en aquello por lo que llegué, sino que se manifestó anunciándome, infortunado de mí, terribles y desgraciadas calamidades: que estaba fijado que yo tendría que unirme a mi madre y que traería al mundo una descendencia insoportable de ver para los hombres y que yo sería asesino del padre que me había engendrado.

Después de oír esto, calculando a partir de allí la posición de la región corintia por las estrellas, iba, huyendo de ella, adonde nunca viera cumplirse las atrocidades de mis funestos oráculos.

En mi caminar llego a ese lugar en donde tú afirmas que murió el rey. Y a ti, mujer, te revelaré la verdad. Cuando en mi viaje estaba cerca de ese triple camino, un heraldo y un hombre, cual tú describes, montado sobre un carro tirado por potros, me salieron al encuentro. El conductor y el mismo anciano me arrojaron violentamente fuera del camino. Yo, al que me había apartado, al conductor del carro, lo golpeé movido por la cólera. Cuando el anciano ve desde el carro que me aproximaba, apuntándome en medio de la cabeza, me golpea con la pica de doble punta. Y él no pagó por igual, sino que, inmediatamente, fue golpeado con el bastón por esta mano y, al punto, cae redondo de espaldas desde el carro. Maté a todos.

Si alguna conexión hay entre Layo y este extranjero, ¿quién hay en este momento más infortunado que yo? ¿Qué hombre podría llegar a ser más odiado por los dioses, cuando no le es posible a ningún extranjero ni ciudadano recibirlo en su casa ni dirigirle la palabra y hay que arrojarlo de los hogares? Y nadie, sino yo, es quien ha lanzado sobre mí mismo tales maldiciones. Mancillo el lecho del muerto con mis manos, precisamente con las que lo maté. ¿No soy yo, en verdad, un canalla? ¿No soy un completo impuro? Si debo salir desterrado, no me es posible en mi destierro ver a los míos ni pisar mi patria, a no ser que me vea forzado a unirme en matrimonio con mi madre y a matar a Pólipo, que me crió y engendró. ¿Acaso no sería cierto el razonamiento de quien lo juzgue como venido sobre mí de una cruel divinidad? ¡No, por cierto, oh sagrada majestad de los dioses, que no vea yo este día, sino que desaparezca de entre los mortales antes que ver que semejante deshonor impregnado de desgracia llega sobre mí!

CORIFEEO. A nosotros, oh rey, nos parece esto motivo de temor, pero mientras no lo conozcas del todo por boca del que estaba presente, ten esperanza.

EDIPO.- En verdad, ésta es la única esperanza que tengo: aguardar al pastor.

YOCASTA.- Y cuando él haya aparecido, ¿qué esperas que suceda?

EDIPO.- Yo te lo diré. Si descubrimos que dice lo mismo que tú, yo podría ponerme a salvo de esta calamidad.

YOCASTA.- ¿Qué palabras especiales me has oído?

EDIPO.- Decías que él afirmó que unos ladrones lo habían matado. Si aún confirma el mismo número, yo no fui el asesino, pues no podría ser uno solo igual a muchos. Pero si dice que fue un hombre que viajaba en solitario, está claro: el delito me es imputable.

YOCASTA.- Ten por seguro que así se propagó la noticia, y no le es posible desmentirla de nuevo, puesto que la ciudad, no yo sola, lo oyó. Y si en algo se apartara del anterior relato, ni aun entonces mostrará que la muerte de Layo se cumplió debidamente, porque Loxias dijo expresamente que se llevaría a cabo por obra de un hijo mío. Sin embargo, aquél, infeliz, nunca lo pudo matar, sino que él mismo sucumbió antes. De modo que en materia de adivinación yo no podría dirigir la mirada ni a un lado ni a otro.

EDIPO.- Haces un sensato juicio. Pero, no obstante, envía a alguien para que haga venir al labriego y no lo descuides.

(Entran en palacio.)

CORO.

ESTROFA 1ª

¡Ojalá el destino me asistiera para cuidar de la venerable pureza de todas las palabras y acciones cuyas leyes son sublimes, nacidas en el celeste firmamento, de las que Olimpo es el único padre y ninguna naturaleza mortal de los hombres engendró ni nunca el olvido las hará reposar! Poderosa es la divinidad que en ellas hay y no envejece.

ANTÍSTROFA 1ª

La insolencia produce al tirano. La insolencia, si se harta en vano de muchas cosas que no son oportunas ni convenientes subiéndose a lo más alto, se precipita hacia un abismo de fatalidad donde no dispone de pie firme. Pido que la divinidad nunca haga cesar la emulación que es favorable para la ciudad. Al dios no cesaré de tener como protector.

ESTROFA 2ª

Si alguien se comporta orgullosamente en acciones o de palabra, sin sentir temor de la Justicia ni respeto ante las moradas de los dioses, ¡ojalá le alcance un funesto destino por causa de su infortunada arrogancia! Y si no saca con justicia provecho y no se aleja de los actos impíos, o toca cosas que son intocables en una insensata acción, ¿qué hombre, en tales circunstancias, se jactará aún de rechazar de su alma las flechas de los dioses? Si las acciones de este tipo son dignas de horrores, ¿por qué debo yo participar en los coros?

ANTÍSTROFA 2ª

Ya no iré honrando a la divinidad al sagrado centro de la tierra, ni al templo de Abas ni a Olimpia, si estos oráculos no se cumplen como para que sean señalados por todos los hombres. Pero, ¡oh Zeus poderoso!, si con razón eres así llamado, que riges todo, no te pase esto inadvertido ni tampoco a tu poder siempre inmortal. Se diluyen los antiguos oráculos acerca de Layo, extinguiéndose, y Apolo no se manifiesta, en modo alguno, con honores, y los asuntos divinos se pierden.

(Yocasta sale de palacio acompañada de servidoras.)

YOCASTA.- Señores de la región, se me ha ocurrido la idea de acercarme a los templos de los dioses con estas coronas y ofrendas de incienso en las manos. Porque Edipo tiene demasiado en vilo su corazón con aflicciones de todo tipo y no conjetura, cual un hombre razonable, lo nuevo por lo de antaño, sino que está pendiente del que habla si anuncia motivos de temor. Y ya que no consigo nada con mis consejos, me llevo ante ti, oh Apolo Liceo -pues eres el más cercano-, cual suplicante, con estos signos de rogativas para que nos proporciones alguna liberación purificadora, puesto que ahora todos sentimos ansiedad, al ver asustado a aquel que es como el piloto de la nave.

(Entra en escena un mensajero.)

MENSAJERO.- ¿Podrían informarme, oh extranjeros, dónde se halla el palacio del rey Edipo?

CORIFEEO.- Ésta es su morada y él mismo está dentro, extranjero. Esta mujer es la madre de sus hijos.

MENSAJERO.- ¡Que llegues a ser siempre feliz, rodeada de gente dichosa, tú que eres esposa legítima de aquél!

YOCASTA.- De igual modo lo seas tú, oh extranjero, pues lo mereces por tus favorables palabras. Pero dime con qué intención has llegado y qué quieres anunciar.

MENSAJERO.- Buenas nuevas para tu casa y para tu esposo, mujer.

YOCASTA.- ¿Cuáles son? ¿De parte de quién vienes?

MENSAJERO.- De Corinto. Ojalá te complazca -¿cómo no?- la noticia que te daré a continuación, aunque tal vez te duelas.

YOCASTA.- ¿Qué es? ¿Cómo puede tener ese doble efecto?

MENSAJERO.- Los habitantes de la región del Istmo lo van a designar rey, según se ha dicho allí.

YOCASTA.- ¿Por qué? ¿No está ya el anciano Pólipo en el poder?

MENSAJERO.- No, ya que la muerte lo tiene en su tumba.

YOCASTA.- ¿Cómo dices? ¿Ha muerto el padre de Edipo?

MENSAJERO.- Que sea merecedor de muerte, si no digo la verdad.

YOCASTA.- Sirvienta, ¿no irás rápidamente a decirle esto al amo? ¡Oh oráculos de los dioses! ¿Dónde están? Edipo huyó hace tiempo por el temor de matar a este hombre y, ahora, él ha muerto por el azar y no a manos de aquél.

(Sale Edipo de palacio.)

EDIPO.- ¡Oh Yocasta, muy querida mujer! ¿Por qué me has mandado venir aquí desde palacio?

YOCASTA.- Escucha a este hombre y observa, al oírle, en qué han quedado los respetables oráculos del dios.

EDIPO.- ¿Quién es éste y qué me tiene que comunicar?

YOCASTA.- Viene de Corinto para anunciar que tu padre, Pólipo, no está ya vivo, sino que ha muerto.

EDIPO.- ¿Qué dices, extranjero? Anúnciamelo tú mismo.

MENSAJERO.- Si es preciso que yo te lo anuncie claramente en primer lugar, entérate bien de que aquél ha muerto.

EDIPO.- ¿Acaso por una emboscada, o como resultado de una enfermedad?

MENSAJERO.- Un pequeño quebranto rinde los cuerpos ancianos.

EDIPO.- A causa de enfermedad murió el desdichado, a lo que parece.

MENSAJERO.- Y por haber vivido largos años.

EDIPO.- ¡Ah, ah! ¿Por qué, oh mujer, habría uno de tener en cuenta el altar vaticinador de Pitón o los pájaros que claman en el cielo, según cuyos indicios tenía yo que dar muerte a mi propio padre? Pero él, habiendo muerto, está oculto bajo tierra y yo estoy aquí, sin haberlo tocado con arma alguna, a no ser que se haya consumido por nostalgia de mí. De esta manera habría muerto por mi intervención. En cualquier caso, Pólipo yace en el Hades y se ha llevado consigo los oráculos presentes, que no tienen ya ningún valor.

YOCASTA.- ¿No te lo decía yo desde antes?

EDIPO.- Lo decías, pero yo me dejaba guiar por el miedo.

YOCASTA.- Ahora no tomes en consideración ya ninguno de ellos.

EDIPO.- ¿Y cómo no voy a temer al lecho de mi madre?

YOCASTA.- Y ¿qué podría temer un hombre para quien los imperativos de la fortuna son los que lo pueden dominar, y no existe previsión clara de nada? Lo más seguro es vivir al azar, según cada uno pueda. Tú no sientas temor ante el matrimonio con tu madre, pues muchos son los mortales que antes se unieron también a su madre en sueños. Aquel para quien esto nada supone más fácilmente lleva su vida.

EDIPO.- Con razón hubieras dicho todo eso, si no estuviera viva mi madre. Pero como lo está, no tengo más remedio que temer, aunque tengas razón.

YOCASTA.- Gran ayuda suponen los funerales de tu padre.

EDIPO.- Grande, lo reconozco. Pero siento temor por la que vive.

MENSAJERO.- ¿Cuál es la mujer por la que temen?

EDIPO.- Por Mérope, anciano, con la que vivía Pólipo.

MENSAJERO.- ¿Qué hay en ella que los induzca al temor?

EDIPO.- Un oráculo terrible de origen divino, extranjero.

MENSAJERO.- ¿Lo puedes aclarar, o no es lícito que otro lo sepa?

EDIPO.- Sí, por cierto. Loxias afirmó, hace tiempo, que yo había de unirme con mi propia madre y coger en mis manos la sangre de mi padre. Por este motivo habito desde hace años muy lejos de Corinto, feliz, pero, sin embargo, es muy grato ver el semblante de los padres.

MENSAJERO.- ¿Acaso por temor a estas cosas estabas desterrado de allí?

EDIPO.- Por el deseo de no ser asesino de mi padre, anciano.

MENSAJERO.- ¿Por qué, pues, no te he liberado yo de este recelo, señor, ya que bien dispuesto llegué?

EDIPO.- En ese caso recibirías de mí digno agradecimiento.

MENSAJERO.- Por esto he venido sobre todo, para que en algo obtenga un beneficio cuando tú regreses a palacio.

EDIPO.- Pero jamás iré con los que me engendraron.

MENSAJERO.- ¡Oh hijo, es bien evidente que no sabes lo que haces...

EDIPO.- ¿Cómo, oh anciano? Acláramelo, por los dioses.

MENSAJERO.- ...si por esta causa rehúyes volver a casa!

EDIPO.- Temeroso de que Febo me resulte veraz.

MENSAJERO.- ¿Es que temes cometer una infamia para con tus progenitores?

EDIPO.- Eso mismo, anciano. Ello me asusta constantemente.

MENSAJERO.- ¿No sabes que, con razón, nada debes temer?

EDIPO.- ¿Cómo no, si soy hijo de esos padres?

MENSAJERO.- Porque Pólipo nada tenía que ver con tu linaje.

EDIPO.- ¿Cómo dices? ¿Que no me engendró Pólipo?

MENSAJERO.- No más que el hombre aquí presente, sino igual.

EDIPO.- Y ¿cómo el que me engendró está en relación contigo que no me eres nada?

MENSAJERO.- No te engendramos ni aquél ni yo.

EDIPO.- Entonces, ¿en virtud de qué me llamaba hijo?

MENSAJERO.- Por haberte recibido como un regalo -entérate- de mis manos.

EDIPO.- Y ¿a pesar de haberme recibido así de otras manos, logró amarme tanto?

MENSAJERO.- La falta hasta entonces de hijos lo persuadió del todo.

Edipo.- Y tú, ¿me habías comprado o encontrado cuando me entregaste a él?

MENSAJERO.- Te encontré en los desfiladeros selvosos del Citerón.

EDIPO.- ¿Por qué recorrías esos lugares?

MENSAJERO.- Allí estaba al cuidado de pequeños rebaños montaraces.

EDIPO.- ¿Eras pastor y nómada a sueldo?

MENSAJERO.- Y así fui tu salvador en aquel momento.

EDIPO.- ¿Y de qué mal estaba aquejado cuando me tomaste en tus manos?

MENSAJERO.- Las articulaciones de tus pies te lo pueden testimoniar.

EDIPO.- ¡Ay de mí! ¿A qué antigua desgracia te refieres con esto?

MENSAJERO.- Yo te desaté, pues tenías perforados los tobillos.

EDIPO.- ¡Bello ultraje recibí de mis pañales!

MENSAJERO.- Hasta el punto de recibir el nombre que llevas por este suceso.

EDIPO.- ¡Oh, por los dioses! ¿De parte de mi madre o de mi padre lo recibí? Dímelo.

MENSAJERO.- No lo sé. El que te entregó a mí conoce esto mejor que yo.

EDIPO.- Entonces, ¿me recibiste de otro y no me encontraste por ti mismo?

MENSAJERO.- No, sino que otro pastor me hizo entrega de ti.

EDIPO.- ¿Quién es? ¿Sabes darme su nombre?

MENSAJERO.- Por lo visto era conocido como uno de los servidores de Layo.

EDIPO.- ¿Del rey que hubo, en otro tiempo, en esta tierra?

MENSAJERO.- Sí, de ese hombre era él pastor.

EDIPO.- ¿Está aún vivo ese tal como para poder verme?

MENSAJERO.- (Dirigiéndose al Coro.) Ustedes, los habitantes de aquí, podrían saberlo mejor.

EDIPO.- ¿Hay entre ustedes, los que me rodean, alguno que conozca al pastor a que se refiere, por haberlo visto, bien en los campos, bien aquí? Indíquenmelo, pues es el momento de descubrirlo de una vez por todas.

CORIFEEO.- Creo que a ningún otro se refiere, sino al que tratabas de ver antes haciéndolo venir desde el campo. Pero aquí está Yocasta que podría decirlo mejor.

EDIPO.- Mujer, ¿conoces a aquel que hace poco deseábamos que se presentara? ¿Es a él a quien éste se refiere?

YOCASTA.- ¿Y qué nos va lo que dijo acerca de un cualquiera? No hagas ningún caso, no quieras recordar inútilmente lo que ha dicho.

EDIPO.- Sería imposible que con tales indicios no descubriera yo mi origen.

YOCASTA.- ¡No, por los dioses! Si en algo te preocupa tu propia vida, no lo investigues. Es bastante que yo esté angustiada.

EDIPO.- Tranquilízate, pues aunque yo resulte esclavo, hijo de madre esclava por tres generaciones, tú no aparecerás innoble.

YOCASTA.- No obstante, obedéceme, te lo suplico. No lo hagas.

EDIPO.- No podría obedecerte en dejar de averiguarlo con claridad.

YOCASTA.- Sabiendo bien qué es lo mejor para ti, hablo.

EDIPO.- Pues bien, lo mejor para mí me está importunando desde hace rato.

YOCASTA.- ¡Oh desventurado! ¡Que nunca llegues a saber quién eres!

EDIPO.- ¿Alguien me traerá aquí al pastor? Dejen a ésta que se complazca en su poderoso linaje.

YOCASTA.- ¡Ah, ah, desdichado, pues sólo eso te puedo llamar y ninguna otra cosa ya nunca en adelante!

(Yocasta, visiblemente alterada, entra al palacio.)

CORIFEO.- ¿Por qué se ha ido tu esposa, Edipo, tan precipitadamente bajo el peso de una profunda aflicción? Tengo miedo de que de este silencio estallen desgracias.

EDIPO.- Que estalle lo que quiera ella. Yo sigo queriendo conocer mi origen, aunque sea humilde. Esa, tal vez, se avergüence de mi linaje oscuro, pues tiene orgullosos pensamientos como mujer que es. Pero yo, que me tengo a mí mismo por hijo de la Fortuna, la que da con generosidad, no seré deshonrado, pues de una madre tal he nacido. Y los meses, mis hermanos, me hicieron insignificante y poderoso. Y si tengo este origen, no podría volverme luego otro, como para no llegar a conocer mi estirpe.

CORO

ESTROFA

Si yo soy adivino y conocedor de entendimiento, ¡por el Olimpo!, no quedarás, ¡oh Citerón!, sin saber que desde el plenilunio de mañana yo te ensalzaré como región de Edipo, al tiempo que nodriza y madre, y serás celebrado con coros por nosotros como quien se hace protector de mis reyes. ¡Oh Febo, que esto te sirva de satisfacción!

ANTÍSTROFA

¿Cuál a ti, hijo, cuál de las ninfas inmortales te engendró, acercándose al padre Pan que vaga por los montes? ¿O fue una amante de Loxias, pues a él le son queridas todas las agrestes planicies? El soberano de Cilene o el dios báquico que habita en lo más alto de los montes te recibió como un hallazgo de alguna de las ninfas del Helicón con las que juguetea la mayor parte del tiempo

(Entra el anciano pastor acompañado de dos esclavos.)

EDIPO.- Si he de hacer yo conjeturas, ancianos, creo estar viendo al pastor que desde hace rato buscamos, aunque nunca he tenido relación con él. Pues en su acusada edad coincide por completo con este hombre y, además, reconozco a los que lo conducen como servidores míos. Pero tú, tal vez, podrías superarme en conocimientos por haber visto antes al pastor.

CORIFEO.- Lo conozco, ten la certeza. Era un pastor de Layo, fiel cual ninguno.

EDIPO.- A ti te pregunto en primer lugar, al extranjero corintio: ¿es de ése de quien hablabas?

MENSAJERO.- De éste que contemplas.

EDIPO.- Eh, tú, anciano, acércate y, mirándome, contesta a cuanto te pregunte. ¿Perteneceste, en otro tiempo, al servicio de Layo?

SERVIDOR.- Sí, como esclavo no comprado, sino criado en la casa.

EDIPO.- ¿En qué clase de trabajo te ocupabas o en qué tipo de vida?

SERVIDOR.- La mayor parte de mi vida conduje rebaños.

EDIPO.- ¿En qué lugares habitabas sobre todo?

SERVIDOR.- Unas veces, en el Citerón; otras, en lugares colindantes.

EDIPO.- ¿Eres consciente de haber conocido allí a este hombre en alguna parte?

SERVIDOR.- ¿En qué se ocupaba? ¿A qué hombre te refieres?

EDIPO.- Al que está aquí presente. ¿Tuviste relación con él alguna vez?

SERVIDOR.- No como para poder responder rápidamente de memoria.

MENSAJERO.- No es nada extraño, señor. Pero yo refrescaré claramente la memoria del que no me reconoce. Estoy bien seguro de que se acuerda cuando, en el monte Citerón, él con doble rebaño y yo con uno, convivimos durante tres períodos enteros de seis meses, desde la primavera hasta Arturo. Ya en el invierno yo llevaba mis rebaños a los establos, y él, a los apriscos de Layo. ¿Cuento lo que ha sucedido o no?

SERVIDOR.- Dices la verdad, pero ha pasado un largo tiempo.

MENSAJERO.- ¡Ea! Dime, ahora, ¿recuerdas que entonces me diste un niño para que yo lo criara como un retoño mío?

SERVIDOR.- ¿Qué ocurre? ¿Por qué te informas de esta cuestión?

MENSAJERO.- Éste es, querido amigo, el que entonces era un niño.

SERVIDOR.- ¡Así te pierdas! ¿No callarás?

EDIPO.- ¡Ah! No lo reprendas, anciano, ya que son tus palabras, más que las de éste, las que requieren un reprensor.

SERVIDOR.- ¿En qué he fallado, oh el mejor de los amos?

EDIPO.- No hablando del niño por el que éste pide información.

SERVIDOR.- Habla, y no sabe nada, sino que se esfuerza en vano.

EDIPO.- Tú no hablarás por tu gusto, y tendrás que hacerlo llorando.

SERVIDOR.- ¡Por los dioses, no maltrates a un anciano como yo!

EDIPO.- ¿No le atará alguien las manos a la espalda cuanto antes?

SERVIDOR.- ¡Desdichado! ¿Por qué? ¿De qué más deseas enterarte?

EDIPO.- ¿Le entregaste al niño por el que pregunta?

SERVIDOR.- Lo hice y ¡ojalá hubiera muerto ese día!

EDIPO.- Pero a esto llegarás, si no dices lo que corresponde.

SERVIDOR.- Me pierdo mucho más aún si hablo.

EDIPO.- Este hombre, según parece, se dispone a dar rodeos.

SERVIDOR.- No, yo no, pues ya he dicho que se lo entregué.

EDIPO.- ¿De dónde lo habías tomado? ¿Era de tu familia o de algún otro?

SERVIDOR.- Mío no. Lo recibí de uno.

EDIPO.- ¿De cuál de estos ciudadanos y de qué casa?

SERVIDOR.- ¡No, por los dioses, no me preguntes más, mi señor!

EDIPO.- Estás muerto, si te lo tengo que preguntar de nuevo.

SERVIDOR.- Pues bien, era uno de los vástagos de la casa de Layo.

EDIPO.- ¿Un esclavo, o uno que pertenecía a su linaje?

SERVIDOR.- ¡Ay de mí! Estoy ante lo verdaderamente terrible de decir.

EDIPO.- Y yo de escuchar; pero, sin embargo, hay que oírlo.

SERVIDOR.- Era tenido por hijo de aquél. Pero la que está dentro, tu mujer, es la que mejor podría decir cómo fue.

EDIPO.- ¿Ella te lo entregó?

SERVIDOR.- Sí, en efecto, señor.

EDIPO.- ¿Con qué fin?

SERVIDOR.- Para que lo matara.

EDIPO.- ¿Habiéndolo engendrado ella, desdichada?

SERVIDOR.- Por temor a funestos oráculos.

EDIPO.- ¿A cuáles?

SERVIDOR – Se decía que él mataría a sus padres.

EDIPO.- Y ¿cómo, en ese caso, tú lo entregaste a este anciano?

SERVIDOR.- Por compasión, oh señor, pensando que se lo llevaría a otra tierra de donde él era. Y éste lo salvó para los peores males. Pues si eres tú, en verdad, quien él asegura, sábetete que has nacido con funesto destino.

EDIPO.- ¡Ay, ay! Todo se cumple con certeza. ¡Oh luz del día, que te vea ahora por última vez! ¡Yo que he resultado nacido de los que no debía, teniendo relaciones con los que no podía y habiendo dado muerte a quienes no tenía que hacerlo!

(Entra en palacio.)

CORO

ESTROFA 1ª

¡Ah, descendencia de mortales! ¡Cómo considero que vives una vida igual a nada! Pues, ¿qué hombre, qué hombre logra más felicidad que la que necesita para parecerlo y, una vez que ha dado esa impresión, para declinar? Teniendo este destino tuyo, el tuyo como ejemplo, ¡oh infortunado Edipo!, nada de los mortales tengo por dichoso.

ANTÍSTROFA 1ª

Tú, que, tras disparar el arco con incomparable destreza, conseguiste una dicha por completo afortunada, ¡oh Zeus!, después de hacer perecer a la doncella de corvas garras cantora de enigmas, y te alzaste como un baluarte contra la muerte en mi tierra. Y, por ello, fuiste aclamado como mi rey y honrado con los mayores honores, mientras reinabas en la próspera Tebas.

ESTROFA 2ª

Y ahora, ¿de quién se puede oír decir que es más desgraciado? ¿Quién es el que vive entre violentas penas, quién entre padecimientos con su vida cambiada? ¡Ah noble Edipo, a quien le bastó el mismo espacioso puerto para arrojarle como hijo, padre y esposo! ¿Cómo, cómo pudieron los surcos paternos tolerarte en silencio, infortunado, durante tanto tiempo?

ANTÍSTROFA 2ª

Te sorprendió, a despecho tuyo, el tiempo que todo lo ve y condena una antigua boda que no es boda en donde se engendra y resulta engendrado. ¡Ah, hijo de Layo, ojalá, ojalá nunca te hubiera visto! Yo gimo derramando lúgubres lamentos de mi boca; pero, a decir verdad, yo tomé aliento gracias a ti y pude adormecer mis ojos.

(Sale un mensajero del palacio.)

MENSAJERO.- ¡Oh ustedes, honrados siempre, en grado sumo, en esta tierra! ¡Qué sucesos van a escuchar, qué cosas contemplarán y en cuánto aumentará la aflicción de ustedes, si es que aún, con fidelidad, se preocupan por la casa de los Labdácidas! Creo que ni el Istro ni el Fasis podrían lavar, para su purificación, cuanto oculta este techo y los infortunios que, enseguida, se mostrarán a la luz, queridos y no involuntarios. Y, de las amarguras, son especialmente penosas las que se demuestran buscadas voluntariamente.

CORIFEO.- Los hechos que conocíamos son ya muy lamentables. Además de aquéllos, ¿qué anuncias?

MENSAJERO.- Las palabras más rápidas de decir y de entender: ha muerto la divina Yocasta.

CORIFE0.- ¡Oh desventurada! ¿Por qué causa?

MENSAJERO.- Ella, por sí misma. De lo ocurrido falta lo más doloroso, al no ser posible su contemplación. Pero, sin embargo, en tanto yo pueda recordarlo te enterarás de los padecimientos de aquella infortunada. Cuando, dejándose llevar por la pasión atravesó el vestíbulo, se lanzó derechamente hacia la cámara nupcial mesándose los cabellos con ambas manos. Una vez que entró, echando por dentro los cerrojos de las puertas, llama a Layo, muerto ya desde hace tiempo, y le recuerda su antigua simiente, por cuyas manos él mismo iba a morir y a dejar a su madre como funesto medio de procreación para sus hijos. Deploraba el lecho donde, desdichada, había engendrado una doble descendencia: un esposo de un esposo y unos hijos de hijos.

Y, después de esto, ya no sé cómo murió; pues Edipo, dando gritos, se precipitó y, por él, no nos fue posible contemplar hasta el final el infortunio de aquélla; más bien dirigíamos la mirada hacia él mientras daba vueltas.

En efecto, iba y venía hasta nosotros pidiéndonos que le proporcionásemos una espada y que dónde se encontraba la esposa que no era esposa, seno materno en dos ocasiones, para él y para sus hijos.

Algún dios se lo mostró, a él que estaba fuera de sí, pues no fue ninguno de los hombres que estábamos cerca. Y gritando de horrible modo, como si alguien lo guiara, se lanzó contra las puertas dobles y, combándolas, abate desde los puntos de apoyo los cerrojos y se precipita en la habitación en la que contemplamos a la mujer colgada, suspendida del cuello por retorcidos lazos. Cuando él la ve, el infeliz, lanzando un espantoso alarido, afloja el nudo corredizo que la sostenía. Una vez que estuvo tendida, la infortunada, en tierra, fue terrible de ver lo que siguió: arrancó los dorados broches de su vestido con los que se adornaba y, alzándolos, se golpeó con ellos las cuencas de los ojos, al tiempo que decía cosas como éstas: que no lo verían a él, ni los males que había padecido, ni los horrores que había cometido, sino que estarían en la oscuridad el resto del tiempo para no ver a los que no debía y no conocer a los que deseaba.

Haciendo tales imprecaciones una y otra vez -que no una sola-, se iba golpeando los ojos con los broches. Las pupilas ensangrentadas teñían las mejillas y no destilaban gotas chorreantes de sangre, sino que todo se mojaba con una negra lluvia y granizada de sangre.

Esto estalló por culpa de los dos, no de uno sólo, pero las desgracias están mezcladas para el hombre y la mujer. Su legendaria felicidad anterior era entonces una felicidad en el verdadero sentido; pero ahora, en el momento presente, es llanto, infortunio, muerte, ignominia y, de todos los pesares que tienen nombre, ninguno falta.

CORIFE0.- ¿Y ahora se encuentra el desdichado en alguna tregua de su mal?

MENSAJERO.- Está gritando que se descorran los cerrojos y que muestren a todos los Cadmeos al homicida, al que de su madre... profiriendo expresiones impías,

impronunciables para mí, como si se fuera a desterrar él mismo de esta tierra y a no permanecer más en el palacio, estando como está sujeto a la maldición que lanzó. Lo cierto es que requiere un soporte y un guía, pues la desgracia es mayor de lo que se puede tolerar. Te lo mostraré también a ti, pues se abren los cerrojos de las puertas. Pronto podrás ver un espectáculo tal, como para mover a compasión, incluso, al que lo odiara.

(Se abren las puertas del palacio y aparece Edipo con la cara ensangrentada, andando a tientas.)

CORO.

¡Oh sufrimiento terrible de contemplar para los hombres! ¡Oh el más espantoso de todos cuantos yo me he encontrado! ¿Qué locura te ha acometido, oh infeliz? ¿Qué deidad es la que ha saltado, con salto mayor que los más largos, sobre su desgraciado destino? ¡Ay, ay, desdichado! Pero ni contemplarte puedo, a pesar de que quisiera hacerte muchas preguntas, enterarme de muchas cosas y observarte mucho tiempo. ¡Tal horror me inspiras!

EDIPO.- ¡Ah, ah, desgraciado de mí! ¿A qué tierra seré arrastrado, infeliz? ¿Adónde se me irá volando, en un arrebató, mi voz? ¡Ay, destino! ¡Adónde te has marchado?

CORIFE0.- A un desastre terrible que ni puede escucharse ni contemplarse.

ESTROFA 1ª

EDIPO.- ¡Oh nube de mi oscuridad, que me aíslas, sobrevenida de indecible manera, inflexible e irremediable! ¡Ay, ay de mí de nuevo! ¡Cómo me penetran, al mismo tiempo, los pinchazos de estos agujones y el recuerdo de mis males!

CORIFE0.- No tiene nada de extrañó que en estos sufrimientos te lamentos y soportes males dobles.

ANTÍSTROFA 1ª

EDIPO.- ¡Oh amigo!, tú eres aún mi fiel servidor, pues todavía te encargas de cuidarme en mi ceguera. ¡Uy, uy!, No me pasas inadvertido, sino que, aunque estoy en tinieblas, reconozco, sin embargo, tu voz.

CORIFE0.- ¡Ah, tú que has cometido acciones horribles! ¿Cómo te atreviste a extinguir así tu vista?, ¿qué dios te impulsó?

ESTROFA 2ª

EDIPO.- Apolo era, Apolo, amigos, quien cumplió en mí estos tremendos, sí, tremendos, infortunios míos. Pero nadie los hirió con su mano sino yo, desventurado. Pues ¿qué me quedaba por ver a mí, a quien, aunque viera, nada me sería agradable de contemplar?

CORO.- Eso es exactamente como dices.

EDIPO.- ¿Qué es, pues, para mí digno de ver o de amar, o qué saludo es posible ya oír con agrado, amigos? Sáquenme fuera del país cuanto antes, saquen, oh amigos, al que es funesto en gran medida, al maldito sobre todas las cosas, al más odiado de los mortales incluso para los dioses.

CORIFEO.- ¡Desdichado por tu clarividencia, así como por tus sufrimientos! ¡Cómo hubiera deseado no haberte conocido nunca!

ANTÍSTROFA 2ª

EDIPO.- ¡Así perezca aquel, sea el que sea, que me tomó en los pastos, desatando los crueles grilletes de mis pies, me liberó de la muerte y me salvó, porque no hizo nada de agradecer! Si hubiera muerto entonces, no habría dado lugar a semejante penalidad para mí y los míos.

CORO.- Incluso para mí hubiera sido mejor.

EDIPO.- No hubiera llegado a ser asesino de mi padre, ni me habrían llamado los mortales esposo de la que nací. Ahora, en cambio, estoy desasistido de los dioses, soy hijo de impuros, tengo hijos comunes con aquella de la que yo mismo -¡desdichado!- nací. Y si hay un mal aún mayor que el mal, ése alcanzó a Edipo.

CORIFEO.- No veo el modo de decir que hayas tomado una buena decisión. Sería preferible que ya no existieras a vivir ciego.

EDIPO.- No intentes decirme que esto no está así hecho de la mejor manera, ni me hagas ya recomendaciones. No sé con qué ojos, si tuviera vista, hubiera podido mirar a mi padre al llegar al Hades, ni tampoco a mi desventurada madre, porque para con ambos he cometido acciones que merecen algo peor que la horca. Pero, además, ¿acaso hubiera sido deseable para mí contemplar el espectáculo que me ofrecen mis hijos, nacidos como nacieron? No por cierto, al menos con mis ojos.

Ni la ciudad, ni el recinto amurallado, ni las sagradas imágenes de los dioses, de las que yo, desdichado -que fui quien vivió con más gloria en Tebas-, me privé a mí mismo cuando, en persona, proclamé que todos rechazaran al impío, al que por obra de los dioses resultó impuro y del linaje de Layo. Habiéndose mostrado que yo era semejante mancilla, ¿iba yo a mirar a éstos con ojos francos? De ningún modo. Por el contrario, si hubiera un medio de cerrar la fuente de audición de mis oídos, no hubiera vacilado en obstruir mi infortunado cuerpo para estar ciego y sordo. Que el pensamiento quede apartado de las desgracias es grato.

¡Ah, Citerón! ¿Por qué me acogiste? ¿Por qué no me diste muerte tan pronto como me recibiste, para que nunca hubiera mostrado a los hombres de dónde había nacido? ¡Oh Pólipo y Corinto y antigua casa paterna -sólo de nombre-, cómo me criaron con apariencia de belleza, pero corrompido de males por dentro! Ahora soy considerado un infame y nacido de infames.

¡Oh tres caminos y oculta cañada, encinar y desfiladero en la encrucijada, que bebieron, por obra de mis manos, la sangre de mi padre que es la mía! ¿Se acuerdan aún de mí? ¡Qué clase de acciones cometí ante la presencia de ustedes y, después, viniendo aquí, cuáles cometí de nuevo! ¡Oh matrimonio, matrimonio, me engendraste y, habiendo engendrado otra vez, hiciste brotar la misma simiente y diste a conocer a padres, hermanos, hijos, sangre de la misma familia, esposas, mujeres y madres y todos los hechos más abominables que suceden entre los hombres! Pero no se puede hablar de lo que no es noble hacer. Ocúltenme sin tardanza, ¡por los dioses!, en algún lugar fuera del país o mátenme o arrójenme al mar, donde nunca más me puedan ver. Vengan, dígnense tocar a este hombre desgraciado. Obedézcanme, no tengan miedo, ya que mis males ningún mortal, sino yo, puede arrostrarlos.

CORIFEO.- A propósito de lo que pides, aquí se presenta Creonte para tomar iniciativas o decisiones, ya que se ha quedado como único custodio del país en tu lugar.

EDIPO.- ¡Ay de mí! ¿Qué palabras le voy a dirigir? ¿Qué garantía justa de confianza podrá aparecer en mí? Pues de mi enfrentamiento anterior con él, en todo me descubro culpable.

(Entra Creonte.)

CREONTE.- No he venido a burlarme, Edipo, ni a echarle en cara ninguno de los ultrajes de antes. (Dirigiéndose al Coro.) Pero si no sienten respeto ya por la descendencia de los mortales, siéntanlo, al menos, por el resplandor del soberano Helios que todo lo nutre y no muestren así descubierta una mancilla tal, que ni la tierra ni la sagrada lluvia ni la luz acogerán. Antes bien, tan pronto como sea posible, métenlo en casa; porque lo más piadoso es que las deshonras familiares sólo las vean y escuchen los que forman la familia.

EDIPO.- ¡Por los dioses!, ya que me has liberado de mi presentimiento al haber llegado con el mejor ánimo junto a mí, que soy el peor de los hombres, óyeme, pues a ti te interesa, que no a mí, lo que voy a decir.

CREONTE.- ¿Y qué necesitas obtener para suplicármelo así?

EDIPO.- Arrójame enseguida de esta tierra, donde no pueda ser abordado por ninguno de los mortales.

CREONTE.- Hubiera hecho esto, sábelo bien, si no deseara, lo primero de todo, aprender del dios qué hay que hacer.

EDIPO.- Pero la respuesta de aquél quedó bien evidente: que yo perezca, el parricida, el impío.

CREONTE.- De este modo fue dicho; pero, sin embargo, en la necesidad en que nos encontramos es más conveniente saber qué debemos hacer.

EDIPO.- ¿Es que van a pedir información sobre un hombre tan miserable?

CREONTE.- Sí, y tú ahora sí que puedes creer en la divinidad.

EDIPO.- En ti también confío y te hago una petición: dispón tú, personalmente, el enterramiento que gustes de la que está en casa. Pues, con rectitud, cumplirás con los tuyos. En cuanto a mí, que esta ciudad paterna no consienta en tenerme como habitante mientras esté con vida, antes bien, déjame morar en los montes, en ese Citerón que es llamado mío, el que mi padre y mi madre, en vida, dispusieron que fuera legítima sepultura para mí, para que muera por obra de aquellos que tenían que haberme matado.

No obstante, sé tan sólo una cosa, que ni la enfermedad ni ninguna otra causa me destruirán. Porque no me hubiera salvado entonces de morir, a no ser para esta horrible desgracia. Pero que mi destino siga su curso, vaya donde vaya. Por mis hijos varones no te preocupes, Creonte, pues hombres son, de modo que, donde fuera que estén, no tendrán nunca falta de recursos. Pero a mis pobres y desgraciadas hijas, para las que nunca fue dispuesta mi mesa aparte de mí, sino que de cuanto yo gustaba, de todo ello participaban siempre, a éstas cuídamelas. Y, sobre todo, permíteme tocarlas con mis manos y deplorar mis desgracias. ¡Ea, oh Señor! ¡Ea, oh noble en tu linaje! Si las tocara con las manos, me parecería tenerlas a ellas como cuando veía. ¿Qué digo? (Hace ademán de escuchar.) ¿No estoy oyendo llorar a mis dos queridas hijas? ¿No será que Creonte por compasión ha hecho venir lo que me es más querido, mis dos hijas? ¿Tengo razón?

(Entran Antígona e Ismene conducidas por un siervo.)

CREONTE.- La tienes. Yo soy quien lo ha ordenado, porque imaginé la satisfacción que ahora sientes, que desde hace rato te obsesionaba.

EDIPO.- ¡Ojalá seas feliz y que, por esta acción, consigas una divinidad que te proteja mejor que a mí! ¡Oh hijas! ¿Dónde están? Vengan aquí, acérquense a estas fraternas manos mías que les han proporcionado ver de esta manera los ojos, antes luminosos, del padre que las engendró. Este padre, que se mostró como tal para ustedes sin conocer ni saber dónde había sido engendrado él mismo.

Lloro por ustedes dos -pues no puedo mirarlas-, cuando pienso qué amarga vida les queda y cómo será preciso que pasen sus vidas ante los hombres. ¿A qué reuniones de ciudadanos llegarán, a qué fiestas, de donde no vuelvan a casa bañadas en lágrimas, en lugar de gozar del festejo? Y cuando lleguen a la edad de las bodas, ¿quién será, quién, oh hijas, el que se expondrá a aceptar semejante oprobio, que resultará una ruina para ustedes dos como, igualmente, lo fue para mis padres? ¿Cuál de los crímenes está ausente? El padre de ustedes mató a su padre, fecundó a la madre en la que él mismo había sido engendrado y las tuvo a ustedes de la misma de la que él había nacido. Tales reproches soportarán. Según eso, ¿quién querrá desposarlas? No habrá nadie, oh hijas, sino que seguramente será preciso que se consuman estériles y sin bodas.

¡Oh hijo de Meneceo!, ya que sólo tú has quedado como padre para éstas -pues nosotros, que las engendramos, hemos sucumbido los dos-, no dejes que las que son de tu familia vaguen mendicantes sin esposos, no las iguales con mis desgracias. Antes bien, apiádate de ellas viéndolas a su edad así, privadas de todo excepto en lo que a ti se refiere. Prométemelo, ¡oh noble amigo!, tocándome con tu mano. Y a ustedes, ¡oh hijas!, si ya tuvieran capacidad de reflexión, les daría muchos consejos. Ahora, supliquen conmigo para que, donde les toque en suerte vivir, tengan una vida más feliz que la del padre que les dio el ser.

CREONTE.- Basta ya de gemir. Entra en palacio.

EDIPO.- Te obedeceré, aunque no me es agradable.

CREONTE.- Todo está bien en su momento oportuno.

EDIPO.- ¿Sabes bajo qué condiciones me iré?

CREONTE.- Me lo dirás y, al oírlas, me enteraré.

EDIPO.- Que me envíes desterrado del país.

CREONTE.- Me pides un don que incumbe a la divinidad.

EDIPO.- Pero yo he llegado a ser muy odiado por los dioses.

CREONTE.- Pronto, en tal caso, lo alcanzarás.

EDIPO.- ¿Lo aseguras?

CREONTE.- Lo que no pienso, no suelo decirlo en vano.

EDIPO.- Sácame ahora ya de aquí.

CREONTE.- Márchate y suelta a tus hijas.

EDIPO.- En modo alguno me las arrebatas.

CREONTE.- No quieras vencer en todo, cuando, incluso aquello en lo que triunfaste, no te ha aprovechado en la vida.

(Entran todos en palacio.)

CORIFEEO.- ¡Oh habitantes de mi patria, Tebas, miren: he aquí a Edipo, el que solucionó los famosos enigmas y fue hombre poderosísimo; aquel al que los ciudadanos miraban con envidia por su destino! ¡En qué cúmulo de terribles desgracias ha venido a parar! De modo que ningún mortal puede considerar a nadie feliz con la mira puesta en el último día, hasta que llegue al término de su vida sin haber sufrido nada doloroso.

Introducción

Critón

Platón

Sobre el autor

Platón es considerado uno de los filósofos más profundos y relevantes que ha dado la historia del pensamiento, tanto en occidente como en oriente. Nació en Egina hacia el año 427 a. C., una de las islas del archipiélago helénico, y desde pequeño vivió en Atenas, en la antigua Grecia. Su abuelo, Aristocles, era descendiente del rey Codro, el último rey de Atenas. Su madre, Perictione, era familiar de Critias y Cármides, dos tiranos que a su vez eran cercanos a Solón, el famoso legislador ateniense. Al morir Aristón, el padre de Platón, su madre se unió a un hombre cercano al gran gobernante Pericles. Estos datos nos muestran que la política, el gobierno y el Estado son elementos muy cercanos a este filósofo.

Platón es un pensador que integra saberes filosóficos esenciales, tales como la metafísica, la ética y la política; sus temas principales, y que lo acompañaron en sus reflexiones toda la vida, fueron la justicia, el bien, la verdad y el amor. Es un filósofo que integra varias áreas de estudio, todas ellas con una finalidad: fundamentar metafísicamente los principios sustanciales de cómo debe ser un gobernante y un Estado; para ello se dedicó a indagar, desde la razón, y con métodos argumentativos aprendidos de su maestro Sócrates, el mejor modo de gobierno para los ciudadanos, para lo cual, comprendió la necesidad de filosofar acerca del alma humana y sus alcances. El Estado, aseguraba Platón, era una extensión del hombre, es decir, así como es el alma humana, así debe ser el Estado ideal; aquí la relevancia de estudiar tanto al ser humano como al Estado. Además, incorporó a sus métodos de conocimiento, el uso del mito, una herramienta lírica e intelectual, que permite conocer lo que está más allá de lo que los sentidos nos pueden otorgar.

Se dedicó, después de la condena y muerte de Sócrates, a recorrer el mediterráneo en búsqueda de una oportunidad para poner en práctica su teoría política. Durante sus viajes, conoció Egipto, Mégara, fue influido por los pitagóricos, estuvo en Sicilia y Siracusa. Conocemos su pensamiento debido a los diálogos recogidos en textos por sus discípulos. El diálogo fue el método mediante el que mostraba de manera oral, y con una retórica implacable en boca de Sócrates -unas veces personaje de la imaginación, otras personaje vivo-, cómo llegar a reflexiones espesas pero luminosas. Algunos de sus diálogos fueron redactados por sus discípulos en la escuela que fundó en el año 387, la Academia -cerrada hasta el 529 d. C-. Los más famosos son *República*, *Banquete*, *Apología*, *Fedro*, *Fedón*.

Sobre el texto

El texto toma su nombre a partir de uno de los dos personajes presentes en el diálogo, *Critón*. La escena ocurre en la celda de Sócrates durante los dos días previos a su muerte. Critón es un amigo entrañable de Sócrates. Podemos saber que son tan cercanos porque ha ofrecido una cantidad grande de dinero para liberar a Sócrates, además de la familiaridad con la que conversan acerca de la familia. Sócrates murió en el 399 a. C, y los investigadores han situado la redacción del diálogo hacia el año 370 a. C, por lo que se clasifica, dentro del *corpus platonicum*, como un escrito de juventud. Así, pues, leemos a Sócrates como personaje y también como filósofo, ya que el estilo utilizado, la narración, el tema y las referencias históricas llevan a entender que Platón solo ha recabado los datos y contenidos, por lo que ha recreado la posible conversación entre Critón y el maestro.

La temática central de la conversación describe las posturas de Sócrates respecto a la ciudad, la justicia y las leyes; estas últimas son personificadas, como recurso literario, y entablan un diálogo imaginario con Sócrates, de este modo es posible reconocer los argumentos y reflexiones socráticas ante la posibilidad de morir o escapar de prisión, por lo que la justicia se muestra como uno de los temas trascendentales en el filosofar socrático y platónico.

Sobre la temática

En *Critón* podemos reconocer inmediatamente el corazón de la discusión: el deber. Ante la situación de Sócrates, quien está a unas horas de morir, pues es la condena que debe pagar (se le ordena, en después del juicio relatado en el diálogo *Apología*, beber cicuta, un veneno mortal, por ser encontrado culpable de corromper a los jóvenes, introducir nuevos dioses a la ciudad y de impiedad), Critón lo visita en la prisión para ofrecerle que, si así lo desea el maestro, puede pagar para que salga libre. Sócrates se molesta y reacciona con su método dialógico, la mayéutica, para convencer a Critón de lo injusto que esto resultaría para la ciudad.

Sócrates expresa un gran respeto por las leyes y establece un diálogo (un soliloquio, acaso) imaginario con las leyes, con el fin de exponer su idea central: no debe responder con una injusticia un acto de injusticia. Los amigos de Sócrates, acaso la historia del pensamiento también, han considerado como injusto el castigo al sabio ateniense. Sin embargo, Sócrates se muestra complacido de morir, en paz, porque está seguro de que, al haber llevado una vida virtuosa, alejada de los placeres, su alma retornará con la divinidad; si se convenciera de corromper a los guardias para salir, estaría cometiendo un acto de injusticia consigo mismo, con las leyes y con la ciudad, ya que él, un defensor fiel y comprometido de la verdad y la búsqueda del bien universales, estaría faltando a su máxima vital: el alma resulta dañada por las malas acciones cometidas por nosotros mismos, obrar mal es vergonzoso para quien actúa así.

Critón

Platón

CRITÓN

SÓCRATES Y CRITÓN

SÓCRATES. - ¿Por qué vienes a esta hora, Critón? ¿No es pronto todavía? CRITÓN. - En efecto, es muy pronto.

SÓC. - ¿Qué hora es exactamente?

CRIT. - Comienza a amanecer.

SÓC. -Me extraña que el guardián de la prisión haya querido atenderte.

CRIT. -Es ya amigo mío, Sócrates, de tanto venir aquí; además ha recibido de mí alguna gratificación.

SÓC. - ¿Has venido ahora o hace tiempo?

CRIT. -Hace ya bastante tiempo.

SÓC. -¿Y cómo no me has despertado en seguida y te has quedado sentado ahí al lado, en silencio?

CRIT. - No, por Zeus, Sócrates, en esta situación tampoco habría querido yo mismo estar en tal desvelo y sufrimiento, pero hace rato que me admiro viendo qué suavemente duermes, y a intención no te desperté para que pasaras el tiempo lo más agradablemente. Muchas veces, ya antes durante toda tu vida, te consideré feliz por tu carácter, pero mucho más en la presente desgracia, al ver qué fácil y apaciblemente la llevas.

SÓC. -Ciertamente, Critón, no sería oportuno irritarme a mi edad, si debo ya morir. CRIT. - También otros de tus años, Sócrates, se encuentran metidos en estas circunstancias, pero su edad no les libra en nada de irritarse con su suerte presente.

SÓC. -Así es. Pero, ¿por qué has venido tan temprano?

CRIT. -Para traerte, Sócrates, una noticia dolorosa y agobiante, no para ti, según veo, pero ciertamente dolorosa y agobiante para mí y para todos tus amigos, y que para mí, según veo, va a ser muy difícil de soportar.

Llegada debo yo morir?

CRIT. - No ha llegado aún, pero me parece que estará aquí hoy, por lo que anuncian personas venidas de Sunio que han dejado el barco allí. Según estos mensajeros, es seguro que estará aquí hoy, y será necesario, Sócrates, que mañana acabes tu vida.

SÓC. -Pues, ¡buena suerte!, Critón. Sea así, si así es agradable a los dioses. Sin embargo, no creo que el barco esté aquí hoy.

CRIT. -¿De dónde conjeturas eso?

SÓC. - Voy a decírtelo. Yo debo morir al día siguiente de que el barco llegue. CRIT. -Así dicen los encargados de estos asuntos.

SÓC. - Entonces, no creo que llegue el día que está empezando sino el siguiente. Me fundo en cierto sueño que he tenido hace poco, esta noche. Probablemente ha sido muy oportuno que no me despertaras.

CRIT. - ¿Cuál era el sueño?

SÓC. -Me pareció que una mujer bella, de buen aspecto, que llevaba blancos vestidos se acercó a mí, me llamó y me dijo: «Sócrates, al tercer día llegarás a la fértil Ptía».

CRIT. - Extraño es el sueño, Sócrates.

SÓC. - En todo caso, muy claro, según yo creo, Critón.

CRIT. - Demasiado claro, según parece. Pero, querido Sócrates, todavía en este momento hazme caso y sálvate. Para mí, si tú mueres, no será una sola desgracia, sino que, aparte de verme privado de un amigo como jamás encontraré otro, muchos que no nos conocen bien a ti y a mí creerán que, habiendo podido yo salvarte, si hubiera querido gastar dinero, te he abandonado. Y, en verdad, ¿hay reputación más vergonzosa que la de parecer que se tiene en más al dinero que a los amigos? Porque la mayoría no llegará a convencerse de que tú mismo no quisiste salir de aquí, aunque nosotros nos esforzábamos en ello.

SÓC. -Pero ¿por qué damos tanta importancia, mi buen Critón, a la opinión de la mayoría? Pues los más capaces, de los que sí vale la pena preocuparse, considerarán que esto ha sucedido como en realidad suceda.

CRIT. - Pero ves, Sócrates, que es necesario también tener en cuenta la opinión de la mayoría. Esto mismo que ahora está sucediendo deja ver, claramente, que la mayoría es capaz de producir no los males más pequeños, sino precisamente los mayores, si alguien ha incurrido en su odio.

SÓC.- ¡Ojalá, Critón, que los más fueran capaces de hacer los males mayores para que fueran también capaces de hacer los mayores bienes! Eso sería bueno. La realidad es que

no son capaces ni de lo uno ni de lo otro; pues, no siendo tampoco capaces de hacer a alguien sensato ni insensato, hacen lo que la casualidad les ofrece.

CRIT. - Bien, aceptemos que es así. ¿Acaso no te estás tú preocupando de que a mí y a los otros amigos, si tú sales de aquí, no nos creen dificultades los sicofantes al decir que te hemos sacado de la cárcel, y nos veamos obligados a perder toda nuestra fortuna o mucho dinero o, incluso, a sufrir algún otro daño además de éstos? Si, en efecto, temes algo así, déjalo en paz. Pues es justo que nosotros corramos este riesgo para salvarte y, si es preciso, otro aún mayor. Pero hazme caso y no obres de otro modo.

SÓC. - Me preocupa eso, Critón, y otras muchas cosas.

CRIT. - Pues bien, no temas por ésta. Ciertamente, tampoco es mucho el dinero que quieren recibir algunos para salvarte y sacarte de aquí. Además, ¿no ves qué baratos están estos sicofantes y que no sería necesario gastar en ellos mucho dinero? Está a tu disposición mi fortuna que será suficiente, según creo. Además, si te preocupas por mí y crees que no debes gastar lo mío, están aquí algunos extranjeros dispuestos a gastar su dinero. Uno ha traído, incluso, el suficiente para ello, Simias de Tebas. Están dispuestos también Cebes y otros muchos. De manera que, como digo, por temor a esto no vaciles en salvarte; y que tampoco sea para ti dificultad lo que dijiste en el tribunal, que si salías de Atenas, no sabrías cómo valerte. En muchas partes, adonde quiera que tú llegues, te acogerán con cariño. Si quieres ir a Tesalia, tengo allí huéspedes que te tendrán en gran estimación y que te ofrecerán seguridad, de manera que nadie te moleste en Tesalia. Además, Sócrates, tampoco me parece justo que intentes traicionarte a ti mismo, cuando te es posible salvarte. Te esfuerzas porque te suceda aquello por lo que trabajarían con afán y, de hecho, han trabajado tus enemigos deseando destruirte. Además, me parece a mí que traicionas también a tus hijos; cuando te es posible criarlos y educarlos, los abandonas y te vas, y, por tu parte, tendrán la suerte que el destino les depare, que será, como es probable, la habitual de los huérfanos durante la orfandad. Pues, o no se debe tener hijos, o hay que fatigarse para criarlos y educarlos. Me parece que tú eliges lo más cómodo. Se debe elegir lo que elegiría un hombre bueno y decidido, sobre todo cuando se ha dicho durante toda la vida que se ocupa uno de la virtud. Así que yo siento vergüenza, por ti y por nosotros tus amigos, de que parezca que todo este asunto tuyo se ha producido por cierta cobardía nuestra: la instrucción del proceso para el tribunal, siendo posible evitar el proceso, el mismo desarrollo del juicio tal como sucedió, y finalmente esto, como desenlace ridículo del asunto, y que parezca que nosotros nos hemos quedado al margen de la cuestión por incapacidad y cobardía, así como que no te hemos salvado ni tú te has salvado a ti mismo, cuando era realizable y posible, por pequeña que fuera nuestra ayuda. Así pues, procura, Sócrates, que esto, además del daño, no sea vergonzoso para ti y para nosotros. Pero toma una decisión; por más que ni siquiera es ésta la hora de decidir, sino la de tenerlo decidido. No hay más que. una decisión; en efecto, la próxima noche tiene que estar todo realizado.

Si esperamos más, ya no es posible ni realizable. En todo caso, déjate persuadir y no obres de otro modo.

SÓC. - Querido Critón, tu buena voluntad sería muy de estimar, si le acompañara algo de rectitud; si no, cuanto más intensa, tanto más penosa. Así pues, es necesario que reflexionemos si esto debe hacerse o no. Porque yo, no sólo ahora sino siempre, soy de condición de no prestar atención a ninguna otra cosa que al razonamiento que, al reflexionar, me parece el mejor. Los argumentos que yo he dicho en tiempo anterior no los puedo desmentir ahora porque me ha tocado esta suerte, más bien me parecen ahora, en conjunto, de igual valor y respeto, y doy mucha importancia a los mismos argumentos de antes. Si no somos capaces de decir nada mejor en el momento presente, sabe bien que no voy a estar de acuerdo contigo, ni aunque la fuerza de la mayoría nos asuste como a niños con más espantajos que los de ahora en que nos envía prisiones, muertes y privaciones de bienes. ¿Cómo podríamos examinar eso más adecuadamente? Veamos, por lo pronto, si recogemos la idea que tú expresabas acerca de las opiniones de los hombres, a saber, si hemos tenido razón o no al decir siempre que deben tenerse en cuenta unas opiniones y otras no. ¿O es que antes de que yo debiera morir estaba bien dicho, y en cambio ahora es evidente que lo decíamos sin fundamento, por necesidad de la expresión, pero sólo era un juego infantil y pura charlatanería? Yo deseo, Critón, examinar contigo si esta idea me parece diferente en algo, cuando me encuentro en esta situación, o me parece la misma, y, según el caso, si la vamos a abandonar o la vamos a seguir. Según creo, los hombres cuyo juicio tiene interés dicen siempre, como yo decía ahora, que entre las opiniones que los hombres manifiestan deben estimarse mucho algunas y otras no. Por los dioses, Critón, ¿no te parece que esto está bien dicho? En efecto, tú, en la medida de la previsión humana, estás libre de ir a morir mañana, y la presente desgracia no va a extraviar tu juicio. Examínalo. ¿No te parece que está bien decir que no se deben estimar todas las opiniones de los hombres, sino unas sí y otras no, y las de unos hombres y las de otros no? ¿Qué dices tú? ¿No está bien decir esto?

CRIT.- Está bien.

SÓC. - ¿Se deben estimar las valiosas y. no estimar las malas?

CRIT. - Sí.

SÓC. - ¿Son valiosas las opiniones de los hombres juiciosos, y malas las de los hombres de poco juicio?

CRIT. - ¿Cómo no?

SÓC. - Veamos en qué sentido decíamos tales cosas. Un hombre que se dedica a la gimnasia, al ejercitarla ¿tiene en cuenta la alabanza, la censura y la opinión de cualquier persona, o la de una sola persona, la del médico o el entrenador?

CRIT. -La de una sola persona.

SÓC. -Luego debe temer las censuras y recibir con agrado los elogios de aquella sola persona, no los de la mayoría.

CRIT. - Es evidente.

SÓC.-Así pues, ha de obrar, ejercitarse, comer y beber según la opinión de ése solo, del que está a su cargo y entiende, y no según la de todas los otros juntos.

CRIT. - Así es.

SÓC. - Bien. Pero si no hace caso a ese solo hombre y desprecia su opinión y sus elogios, y, en cambio, estima las palabras de la mayoría, que nada entiende, ¿es que no sufrirá algún daño?

CRIT. - ¿Cómo no?

SÓC. - ¿Qué daño es este, hacia dónde tiende y a qué parte del que no hace caso?

CRIT. - Es evidente que al cuerpo; en efecto, lo arruina.

SÓC. - Está bien. Lo mismo pasa con las otras cosas, Critón, a fin de no repasarlas todas. También respecto a lo justo y lo injusto, lo feo y lo bello, lo bueno y lo malo, sobre lo que ahora trata nuestra deliberación, ¿acaso debemos nosotros seguir la opinión de la mayoría y temerla, o la de uno solo que entienda, si lo hay, al cual hay que respetar y temer más que a todos los otros juntos? Si no seguimos a éste, dañaremos y maltrataremos aquello que se mejora con lo justo y se destruye con lo injusto. ¿No es así esto?

CRIT. -Así lo pienso, Sócrates.

SÓC. -Bien, si lo que se hace mejor por medio de lo sano y se daña por medio de lo enfermo, lo arruinamos por hacer caso a la opinión de los que no entienden, ¿acaso podríamos vivir al estar eso arruinado? Se trata del cuerpo, ¿no es así?

CRIT. - Sí.

SÓC. -¿Acaso podemos vivir con un cuerpo miserable y arruinado?

CRIT. -De ningún modo.

SÓC. -Pero ¿podemos vivir, acaso, estando dañado aquello con lo que se arruina lo injusto y se ayuda a lo justo? ¿Consideramos que es de menos valor que el cuerpo la parte de nosotros, sea la que fuere, en cuyo entorno están la injusticia y la justicia?

CRIT.-De ningún modo.

SÓC. - ¿Ciertamente es más estimable?

CRIT. - Mucho Más.

SÓC. -Luego, querido amigo, no debemos preocuparnos mucho de lo que nos vaya a decir la mayoría, sino de lo que diga el que entiende sobre las cosas justas e injustas, aunque sea uno sólo, y de lo que la verdad misma diga. Así que, en primer término, no fue acertada tu propuesta de que debemos preocuparnos de la opinión de la mayoría acerca de lo justo, lo bello y lo bueno y sus contrarios. Pero podría decir alguien que los más son capaces de condenarnos a muerte.

CRIT. - Es evidente que podría decirlo, Sócrates.

SÓC. - Tienes razón. Pero, mi buen amigo, este razonamiento que hemos recorrido de cabo a cabo me parece a mí que es aún el mismo de siempre. Examina, además, si también permanece firme aún, para nosotros, o no permanece el razonamiento de que no hay que considerar lo más importante el vivir, sino el vivir bien.

CRIT. - Sí permanece.

SÓC. -¿La idea de que vivir bien, vivir honradamente y vivir justamente son el mismo concepto, permanece, o no permanece?

CRIT. - Permanece.

SÓC. -Entonces, a partir de lo acordado hay que examinar si es justo, o no lo es, el que yo intente salir de aquí sin soltarme los atenienses. Y si nos parece justo, intentémoslo, pero si no, dejémoslo. En cuanto a las consideraciones de que hablas sobre el gasto de dinero, la reputación y la crianza de los hijos, es de temer, Critón, que éstas, en realidad, sean reflexiones adecuadas a éstos que condenan a muerte y harían resucitar, si pudieran, sin el menor sentido, es decir, a la mayoría. Puesto que el razonamiento lo exige así, nosotros no tenemos otra cosa que hacer, sino examinar, como antes decía, si nosotros, unos sacando de la cárcel y otro saliendo, vamos a actuar justamente pagando dinero y favores a los que me saquen, o bien vamos a obrar injustamente haciendo todas estas cosas. Y si resulta que vamos a realizar actos injustos, no es necesario considerar si, al quedarnos aquí sin emprender acción alguna, tenemos que morir o sufrir cualquier otro daño, antes que obrar injustamente.

CRIT. -Me parece acertado lo que dices, Sócrates, mira qué debemos hacer.

SÓC. -Examinémoslo en común, amigo, y si tienes algo que objetar mientras yo hablo, objétalo y yo te haré caso. Pero si no, mi buen Critón, deja ya de decirme una y otra vez la e misma frase, que tengo que salir de aquí contra la voluntad de los atenienses, porque yo doy mucha importancia a tomar esta decisión tras haberte persuadido y no contra tu voluntad; mira si te parece que está bien planteada la base del razonamiento e intenta responder, a lo que yo pregunte, lo que tú creas más exactamente.

CRIT. - Lo intentaré.

SÓC. - ¿Afirmamos que en ningún caso hay que hacer el mal voluntariamente, o que en unos casos sí y en otros no, o bien que de ningún modo es bueno y honrado hacer el mal, tal como hemos convenido muchas veces anteriormente? Eso es también lo que acabamos de decir. ¿Acaso todas nuestras ideas comunes de antes se han desvanecido en estos pocos días y, desde hace tiempo, Critón, hombres ya viejos, dialogamos uno con otro, seriamente sin darnos cuenta de que en nada nos distinguimos de los niños? O, más bien, es totalmente como nosotros decíamos entonces, lo afirme o lo niegue la mayoría; y, aunque tengamos que sufrir cosas aún más penosas que las presentes, o bien más agradables, ¿cometer injusticia no es, en todo caso, malo y vergonzoso para el que la comete? ¿Lo afirmamos o no?

CRIT. -Lo afirmamos.

SÓC. -Luego de ningún modo se debe cometer injusticia.

CRIT. -Sin duda.

SÓC. -Por tanto, tampoco si se recibe injusticia se debe responder con la injusticia, como cree la mayoría, puesto que de ningún modo se debe cometer injusticia.

CRIT. - Es evidente.

SÓC. - ¿Se debe hacer mal, Critón, o no?

CRIT. - De ningún modo se debe, Sócrates.

SÓC. -¿Y responder con el mal cuando se recibe mal es justo, como afirma la mayoría, o es injusto?

CRIT. -De ningún modo es justo.

SÓC. - Pues el hacer daño a la gente en nada se distingue de cometer injusticia. CRIT. - Dices la verdad.

SÓC. -Luego no se debe responder con la injusticia ni hacer mal a ningún hombre, cualquiera que sea el daño que se reciba de él. Procura, Critón, no aceptar esto contra tu opinión, si lo aceptas; yo sé, ciertamente, que esto lo admiten y lo admitirán unas pocas personas. No es posible una determinación común para los que han formado su opinión de esta manera y para los que mantienen lo contrario, sino que es necesario que se desprecien unos a otros, cuando ven la determinación de la otra parte. Examina muy bien, pues, también tú si estás de acuerdo y te parece bien, y si debemos iniciar nuestra deliberación a partir de este principio, de que jamás es bueno ni cometer injusticia, ni responder a la injusticia con la injusticia, ni responder haciendo mal cuando se recibe el mal. ¿O bien te apartas y no participas de este principio? En cuanto a mí, así me parecía antes y me lo sigue pareciendo ahora, pero si a ti te parece de otro modo, dilo y explícalo. Pero si te mantienes en lo anterior, escucha lo que sigue. d e

CRIT. -Me mantengo y también me parece a mí. Continúa.

SÓC. - Digo lo siguiente, más bien pregunto: ¿las cosas que se ha convenido con alguien que son justas hay que hacerlas o hay que darles una salida falsa?

CRIT. -Hay que hacerlas.

SÓC. - A partir de esto, reflexiona. Si nosotros nos vamos de aquí sin haber persuadido a la ciudad, ¿hacemos daño a alguien y, precisamente, a quien me nos se debe, o no? ¿Nos mantenemos en lo que hemos acordado que es justo, o no?

CRIT. - No puedo responder a lo que preguntas, Sócrates; no lo entiendo.

SÓC. -Considéralo de este modo. Si cuando nosotros estemos a punto de escapar de aquí, o como haya que llamar a esto, vinieran las leyes y el común de la ciudad y, colocándose delante, nos dijeran: «Dime, Sócrates, ¿qué tienes intención de hacer? ¿No es cierto que, por medio de esta acción que intentas, tienes el propósito, en lo que de ti depende, de destruirnos a nosotras y a toda la ciudad? ¿Te parece a ti que puede aún existir sin arruinarse la ciudad en la que los juicios que se producen no tienen efecto alguno, sino que son invalidados por particulares y quedan anulados?» ¿Qué vamos a responder, Critón, a estas preguntas y a otras semejantes? Cualquiera, especialmente un orador, podría dar muchas razones en defensa de la ley, que intentamos destruir, que ordena que los juicios que han sido sentenciados sean firmes. ¿Acaso les diremos: «La ciudad ha obrado injustamente con nosotras y no ha llevado el juicio rectamente»? ¿Les vamos a decir eso?

CRIT. - Sí, por Zeus, Sócrates.

SÓC. - Quizá dijeran las leyes: «¿Es esto, Sócrates, lo que hemos convenido tú y nosotras, o bien que hay que permanecer fiel a las sentencias que dicte la ciudad?» Si nos extrañáramos de sus palabras, quizá dijeran: «Sócrates no te extrañes de lo que decimos, sino respóndenos, puesto que tienes la costumbre de serc d virte de preguntas y respuestas. Veamos, ¿qué acusación tienes contra nosotras y contra la ciudad para intentar destruimos? En primer lugar, ¿no te hemos dado nosotras la vida y, por medio de nosotras, desposó tu padre a tu madre y te engendró? Dinos, entonces, ¿a las leyes referentes al matrimonio les censuras algo que no esté bien?» «No las censuro», diría yo. «Entonces, ¿a las que se refieren a la crianza del nacido y a la educación en la que te has educado? ¿Acaso las que de nosotras estaban establecidas para ello no disponían bien ordenando a tu padre que te educara en la música y en la gimnasia?» «Sí disponían bien», diría yo. «Después que hubiste nacido y hubiste sido criado y educado, ¿podrías decir, en principio, que no eras resultado de nosotras y nuestro esclavo, tú y tus ascendientes? Si esto es así, ¿acaso crees que los derechos son los mismos para ti y para nosotras, y es justo para ti responder haciéndonos, a tu vez, lo que nosotras intentemos hacerte? Ciertamente no serían iguales tus derechos respecto a tu padre y respecto a tu dueño, si lo tuvieras, como para que respondieras haciéndoles lo que ellos te hicieran, insultando a tu vez al ser insultado, o golpeando al ser golpeado, y así sucesivamente. ¿Te sería posible, en cambio, hacerlo con

la patria y las leyes, de modo que si nos proponemos matarte, porque lo consideramos justo, por tu parte intentes, en la medida de tus fuerzas, destruimos a nosotras, las leyes, y a la patria, y afirmes que al hacerlo obras justamente, tú, el que en verdad se preocupa de la virtud? ¿Acaso eres tan sabio que te pasa inadvertido que la patria merece más honor que la madre, que el padre y que todos los antepasados, que es más venerable y más santa y que es digna de la mayor estimación entre los dioses y entre los hombres de juicio? ¿Te pasa inadvertido que hay que respetarla y ceder ante la patria y halagarla, si está irritada, más aún que al padre; que hay que convencerla u obedecerla haciendo lo que ella disponga; que hay que padecer sin oponerse a ello, si ordena padecer algo; que si ordena recibir golpes, sufrir prisión, o llevarte a la guerra para ser herido o para morir, hay que hacer esto porque es lo justo, y no hay que ser débil ni retroceder ni abandonar el puesto, sino que en la guerra, en el tribunal y en todas partes hay que hacer lo que la ciudad y la patria ordene, o persuadirla de lo que es justo; y que es inipio hacer violencia a la madre y al padre, pero lo es mucho más aún a la patria?» ¿Qué vamos a decir a esto, Critón? ¿Dicen la verdad las leyes o no?

CRIT. - Me parece que sí.

SÓC. -Tal vez dirían aún las leyes: «Examina, además, Sócrates, si es verdad lo que nosotras decimos, que no es justo que trates de hacernos lo que ahora intentas. En efecto, nosotras te hemos engendrado, criado, educado y te hemos hecho participe, como a todos los demás ciudadanos, de todos los bienes de que éramos capaces; a pesar de esto proclamamos la libertad, para el ateniense que lo quiera, una vez que haya hecho la prueba legal para adquirir los derechos ciudadanos y, haya conocido los asuntos públicos y a nosotras, las leyes, de que, si no le parecemos bien, tome lo suyo y se vaya adonde quiera. Ninguna de nosotras, las leyes, lo impide, ni prohíbe que, si alguno de vosotros quiere trasladarse a una colonia, si no le agradamos nosotras y la ciudad, o si quiere ir a otra parte y vivir en el extranjero, que se marche adonde quiera llevándose lo suyo. »El que de vosotros se quede aquí viendo de qué modo celebramos los juicios y administramos la ciudad en los demás aspectos, afirmamos que éste, de hecho, ya está de acuerdo con nosotras en que va a hacer lo que nosotras ordenamos, y decimos que el que no obedezca es tres veces culpable, porque le hemos dado la vida, y no nos obedece, porque lo hemos criado y se ha comprometido a obedecernos, y no nos obedece ni procura persuadirnos si no hacemos bien alguna cosa. Nosotras proponemos hacer lo que ordenamos y no lo imponemos violentamente, sino que permitimos una opción entre dos, persuadirnos u obedecernos; y el que no obedece no cumple ninguna de las dos. Decimos, Sócrates, que tú vas a quedar sujeto a estas inculpaciones y no entre los que menos de los atenienses, sino entre los que más, si haces lo que planeas.» Si entonces yo dijera: «¿Por qué, exactamente?», quizá me respondieran con justicia diciendo que precisamente yo he aceptado este compromiso como muy pocos atenienses. Dirían: «Tenemos grandes pruebas, Sócrates, de que nosotras y la ciudad te parecemos bien. En efecto, de ningún modo hubieras permanecido en la ciudad más destacadamente que todos los otros

ciudadanos, si ésta no te hubiera agradado especialmente, sin que hayas salido nunca de ella para una fiesta, excepto una vez al Istmo, ni a ningún otro territorio a no ser como soldado; tampoco hiciste nunca, como hacen los demás, ningún viaje al extranjero, ni tuviste deseo de conocer otra ciudad y otras leyes, sino que nosotras y la ciudad éramos satisfactorias para ti. Tan plenamente nos elegiste y acordaste vivir como ciudadano según nuestras normas, que incluso tuviste hijos en esta ciudad, sin duda porque te encontrabas bien en ella. Aún más, te hubiera sido posible, durante el proceso mismo, proponer para ti el destierro, si lo hubieras querido, y hacer entonces, con el consentimiento de la ciudad, lo que ahora intentas hacer contra su voluntad. Entonces tú te jactabas de que no te irritarías, si tenías que morir, y elegías, según decías, la muerte antes que el destierro. En cambio, ahora, ni respetas aquellas palabras ni te cuidas de nosotras, las leyes, intentando destruirnos; obras como obraría el más vil esclavo intentando escaparte en contra de los pactos y acuerdos con arreglo a los cuales conviniste con nosotras que vivirías como ciudadano. En primer lugar, respóndenos si decimos verdad al insistir en que tú has convenido vivir como ciudadano según nuestras normas con actos y no con palabras, o bien si no es verdad.» ¿Qué vamos a decir a esto, Critón? ¿No es cierto que estamos de acuerdo?

CRIT. -Necesariamente, Sócrates.

SÓC. - «No es cierto -dirían ellas- que violas los pactos y los acuerdos con nosotras, sin que los hayas convenido bajo coacción o engaño y sin estar obligado a tomar una decisión en poco tiempo, sino durante setenta años, en los que te fue posible ir a otra parte, si no te agradábamos o te parecía que los acuerdos no eran justos. Pero tú no has preferido a Lacedemonia ni a Creta, cuyas leyes afirmas continuamente que son buenas, ni a ninguna otra ciudad griega ni bárbara; al contrario, te has ausentado de Atenas menos que los cojos, los ciegos y otros lisiados. Hasta tal punto a ti más especialmente que a los demás atenienses, te agradaba la ciudad y evidentemente nosotras, las leyes. ¿Pues a quién le agradaría una ciudad sin leyes? ¿Ahora no vas a permanecer fiel a los acuerdos? Sí permanecerás, si nos haces caso, Sócrates, y no caerás en ridículo saliendo de la ciudad. »Si tú violas estos acuerdos y faltas en algo, examina qué beneficio te harás a ti mismo y a tus amigos. Que también tus amigos corren peligro de ser desterrados, de ser privados de los derechos ciudadanos o de perder sus bienes es casi evidente. Tú mismo, en primer lugar, si vas a una de las ciudades próximas, Tebas o Mégara, pues ambas tienen buenas leyes, llegarás como enemigo de su sistema político y todos los que se preocupan de sus ciudades te mirarán con suspicacia considerándote destructor de las leyes; confirmarás para tus jueces la opinión de que se ha sentenciado rectamente el proceso. En efecto, el que es destructor de las leyes, parecería fácilmente que es también corruptor de jóvenes y de gentes de poco espíritu. ¿Acaso vas a evitar las ciudades con buenas leyes y los hombres más honrados? ¿Y si haces eso, te valdrá la pena vivir? O bien si te diriges a ellos y tienes la desvergüenza de conversar, ¿con qué pensamientos lo harás, Sócrates? ¿Acaso con los mismos que aquí, a saber, que lo más importante para los hombres es la virtud y la justicia, y también la legalidad y las leyes? ¿No crees que parecerá vergonzoso el comportamiento

de Sócrates? Hay que creer que sí. Pero tal vez vas a apartarte de estos lugares; te irás a Tesalia con los huéspedes de Critón. En efecto, allí hay la mayor indisciplina y libertinaje, -y quizá les guste oírte de qué manera tan graciosa te escapastes de la cárcel poniéndote un disfraz o echándote encima una piel o usando cualquier otro medio habitual para los fugitivos, desfigurando tu propio aspecto. ¿No habrá nadie que diga que, siendo un hombre al que presumiblemente le queda poco tiempo de vida, tienes el descaro de desear vivir tan afanosamente, violando las leyes más importantes? Quizá no lo haya, si no molestas a nadie; en caso contrario, -tendrás que oír muchas cosas indignas. ¿Vas a vivir adulando y sirviendo a todos? ¿Qué vas a hacer en Tesalia sino darte buena vida como si hubieras hecho el viaje allí para ir a un banquete? ¿Dónde se nos habrán ido aquellos discursos sobre la justicia y las otras formas de virtud? ¿Sin duda quieres vivir por tus hijos, para criarlos y educarlos? ¿Pero, cómo? ¿Llevándolos contigo a Tesalia los vas a criar y educar haciéndolos extranjeros para que reciban también de ti ese beneficio? ¿O bien no es esto, sino que educándose aquí se criarán y educarán mejor, si tú estás vivo, aunque tú no estés a su lado? Ciertamente tus amigos se ocuparán de ellos. ¿Es que se cuidarán de ellos, si te vas a Tesalia, y no lo harán, si vas al Hades, si en efecto hay una ayuda de los que afirman ser tus amigos? Hay que pensar que sí se ocuparán. »Más bien, Sócrates, danos crédito a nosotras, que te hemos formado, y no tengas en más ni a tus hijos ni a tu vida ni a ninguna otra cosa que a lo justo, para que, cuando llegues al Hades, expongas en tu favor todas estas razones ante los que gobiernan allí. En efecto, ni aquí te parece a ti, ni a ninguno de los tuyos, que el hacer esto sea mejor ni más justo ni más pío, ni tampoco será mejor cuando llegues allí. Pues bien, si te vas ahora, te vas condenado injustamente no por nosotras, las leyes, sino por los hombres. Pero si te marchas tan torpemente, devolviendo injusticia por injusticia y daño por daño, violando los acuerdos y los pactos con nosotras y haciendo daño a los que menos conviene, a ti mismo, a tus amigos, a la patria y a nosotras, nos irritaremos contigo mientras vivas, y allí, en el Hades, nuestras hermanas las leyes no te recibirán de buen ánimo, sabiendo que, en la medida de tus fuerzas has intentado destruirnos. Procura que Critón no te persuada más que nosotras a hacer lo que dice.» Sabe bien, mi querido amigo Critón, que es esto lo que yo creo oír, del mismo modo que los coribantes creen oír las flautas, y el eco mismo de estas palabras retumba en mí y hace que no pueda oír otras. Sabe que esto es lo que yo pienso ahora y que, si hablas en contra de esto, hablarás en vano. Sin embargo, si crees que puedes conseguir algo, habla.

CRIT. -No tengo nada que decir, Sócrates.

SÓC. - Ea pues, Critón, obremos en ese sentido, puesto que por ahí nos guía el dios.

Introducción

Confesiones Agustín de Hipona

Sobre Agustín de Hipona

San Agustín (354, 430) es ciudadano romano del norte de África (Aurelius Augustinus) nace en Tagaste, se forma en Madauro y Cartago. Muy joven parte a Roma para continuar su brillante carrera como profesor de Retórica y Elocuencia, culminará este recorrido poniendo su increíble verbo al servicio del mismo Emperador en la corte de Milán. Allí conoce al obispo San Ambrosio y, después de no pocos quebraderos de cabeza, se convierte al cristianismo. Su madre, Santa Mónica, es una cristiana devota que juega un papel muy importante en esta conversión. Ya bautizado, vuelve a África y se ordena sacerdote. Durante un largo periodo fue el Obispo de Hipona, y como tal vive el final de una era, la del Imperio romano.

Agustín, Doctor de Iglesia, representa brillantemente la corriente armonicista dentro de la Patrística latina. El armonicismo quiere construir esta nueva religión, el cristianismo, sobre los firmes cimientos de: la vida, muerte y resurrección de Cristo (Nuevo Testamento), la herencia de los hermanos mayores de la fe judía (Antiguo Testamento) y el lenguaje y solidez intelectual de la cultura grecolatina. Gran admirador de Cicerón, comparte con él su amor por la Retórica y Elocuencia e incluso, en un corto periodo, también su afiliación al escepticismo. Conocedor indirecto de Platón y Aristóteles, es un gran estudioso de los neoplatónicos Plotino y Porfirio. Es considerado el último pensador antiguo y el primer medieval. Dentro de una antología de Humanismo Clásico y Contemporáneo es lectura obligada, el representa el cambio de cosmovisión del mundo clásico al cristiano. El hombre, para Agustín, es un ser creado a imagen y semejanza de Dios, que se entiende desde un yo íntimo. Esta es la clave para entender toda su obra, cualquier categoría que queramos estudiar en Agustín, parte de esta premisa: el tiempo, la historia, la antropología, el conocimiento, la política, ... todo.

Sobre “Las confesiones”

Las *Confesiones* es un libro de carácter autobiográfico, en ellas nos relata sus primeros años de vida, años en los que emprende la búsqueda de la auténtica Verdad. La magia de esta obra maestra radica en no conformarse con narrar los acontecimientos externos, elige hacer un camino por los íntimos estados del alma del joven Agustín, confesando así a Dios las caídas en esta azarosa búsqueda. El gran tesoro al final del recorrido es darse cuenta de que lo que buscaba fuera, estaba dentro, que nunca hizo ese recorrido solo, aunque él se sintiese vacío y desorientado, Dios siempre estuvo en su interior, sólo necesitaba iluminar el alma para encontrar la ansiada Verdad “hermosura tan antigua y tan nueva”.

Las *Confesiones* nos hablan de la relación entre Dios y el alma, en su obra la Teología se hace Antropología, nos presenta su filosofía del espíritu al hombre de la intimidad y la confesión, al hombre con la capacidad de entrar en sí mismo para trascender.

Sobre el contenido

Siempre de la mano de la narración autobiográfica, en la selección hecha del libro X de *Las Confesiones* Agustín nos narra el año 398 (45 años), relata el final de su conversión, hilo central de este libro. Mientras aborda distintos temas como, la naturaleza de la confesión, la participación del ser, la naturaleza del amor de Dios, la felicidad, la auténtica verdad y la conversión completa (termina con la poesía de “Tarde te amé”. En la selección del libro XI, trata el tema del tiempo y la historia, siempre en relación con Dios y su creación. No existe el pasado ni el futuro, solo el presente. El tema de la historia lo volverá a tratar en su gran obra filosófica *La Ciudad de Dios* de gran influencia para la Edad Media.

En los libros anteriores en primera persona nos lleva por el camino de su conversión. Cuando llega a Cartago con 17 años, para seguir formándose, se encuentra de bruces con la devastadora fuerza de la sensualidad, “Todavía no amaba, pero amaba el amar” un materialismo atroz lo sume en un bucle de experiencias que no buscan más que la satisfacción inmediata y lo precipitan a un vacío inmenso. Tiene más suerte de lo que él mismo piensa que merece y se enamora, y de esa unión poco conveniente, nace su hijo Adeodato (“regalo de Dios”). Tiene una revelación filosófica leyendo *El Hortensio* de Cicerón, así inicia su gran búsqueda de la verdad. Plantea el *entender* como camino necesario al *creer*. Se acerca a las Escrituras y, como él mismo describe, su soberbia y cerrazón no le dejan comprender, las rechaza por “pueriles” fundamentalmente por el

concepto de mal, que para Agustín en ese momento es incompatible con la idea de un Dios creador de lo bueno y lo malo (más tarde verá que en el mal hay una ausencia de Dios). Después de este primer fracaso con el cristianismo se acerca al maniqueísmo mientras asciende en su brillante carrera como retórico, más adelante se da cuenta de los errores de esta secta, pues el entendimiento debe de convivir con las creencias y en este caso “no entiende para creer”, el maniqueísmo no le abre a la inteligencia superior.

Dos grandes ideas referentes al hombre aparecen en este texto: lo que el hombre es, sólo se entiende desde la perspectiva de la Creación, es un ser creado a imagen y semejanza de Dios “También ignoraba totalmente qué es aquello que hay en nosotros según lo cual somos y con verdad se nos llama en la Escritura *imagen de Dios.*” y la relación entre Dios y el hombre que se da en un ámbito nuevo para el hombre de la antigüedad clásica, la intimidad, “porque tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío”.

No será hasta el libro VIII en el que nos relate el episodio del huerto en el que una voz infantil le dice “Tolle, lege”, toma y lee. Agustín toma el Nuevo Testamento y lee un Epístola a los Romanos de San Pablo en la que habla de cómo Cristo se enfrenta a los apetitos de la carne. El último obstáculo en la búsqueda queda superado, la sensualidad desaparece, ya es completamente cristiano. Y en el libro X, explicará la grandeza de la conversión que no tenía más que dirigir su mirada hacia dentro y en su interior encontraría la ansiada verdad la auténtica Verdad.

“¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, ¡qué tarde te amé!
Tú estabas dentro de mí, y yo estaba fuera, y por fuera te buscaba,
y deforme como era, me lanzaba sobre las cosas hermosas creadas por Ti.
Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo.
Me retenían lejos de Ti todas las cosas que, si no existieran en Ti, nada serían.
Pero Tú me llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera.
Brillaste y resplandeciste, y pusiste en fuga mi ceguera.
Exhalaste tu perfume, y respiré, y suspiro por Ti.
Gusté de Ti, y siento hambre y sed. Me tocaste, y ardo en deseos de tu paz”
(Confesiones 10, 26, 37)

Mtra María Soledad Perea Unceta

Confesiones

Agustín de Hipona

LIBRO DÉCIMO

Ascenso al conocimiento de Dios. Tesoros de la memoria. Estado actual de su espíritu.

Cuarenta y seis años

(h. 400)

CAPÍTULO I

Invocación para conocer a Dios

1. Que yo te conozca, conocedor mío, que yo te conozca como tú me conoces¹, Virtud de mi alma, entra en ella y ajústala a ti, para que la tengas y poseas sin mancha ni arruga².

Esta es mi esperanza, por eso hablo; y en esta esperanza me gozo cuando mi alegría es sana. Las demás cosas de esta vida, tanto menos se han de llorar cuanto más se las llora, y tanto más se han de llorar cuanto menos se las llora.

He aquí que amaste la verdad³, porque el que obra la verdad viene a la luz⁴. Yo la quiero obrar en mi corazón, delante de ti por esta mi confesión y delante de muchos testigos por este mi escrito.

CAPÍTULO II

Por qué Agustín quiere confesarse a Dios

2. Y ciertamente, Señor, a cuyos ojos está siempre desnudo el abismo de la conciencia humana, ¿qué podría haber oculto en mí, aunque yo no te lo quisiera confesar? Lo que haría sería escondérmelo a ti de mí, no a mí de ti. Pero ahora que mi gemido es testigo de que yo me desagrado a mí, tú brillas y me places y eres amado y deseado hasta avergonzarme de mí y desecharme y elegirte a ti, y así no me plazca a ti ni a mí si no es por ti.

Quienquiera, pues, que yo sea, manifiesto soy para ti, Señor. También he dicho yo el fruto con que te confieso; porque no hago esto con palabras y voces de carne, sino con palabras del alma y clamor de la mente, que son las que tus oídos conocen. Porque, cuando soy malo, confesarte a ti no es otra cosa que displacerme a mí; y cuando soy piadoso, confesarte a ti no es otra cosa que no atribuírmelo a mí. Porque tú, Señor, eres el que bendices al justo⁵ pero antes, de impío le haces justo⁶.

Así, pues, mi confesión en tu presencia, Dios mío, se hace callada y no calladamente: calla en cuanto al ruido [de las palabras], clama en cuanto al afecto. Porque ni siquiera una

palabra de bien puedo decir a los hombres si antes no la oyeres tú de mí, ni tú podrías oír algo tal de mí si antes no me lo hubieses dicho tú a mí.

CAPÍTULO III

Por qué le piden a Agustín que describa su estado actual (Libro X) de Confesiones

3. ¿Qué tengo, pues, yo que ver con los hombres, para que oigan mis confesiones, como si ellos fueran a sanar todas mis debilidades?⁷ Curioso linaje para averiguar vidas ajenas, desidioso para corregir la suya. ¿Por qué quieren oír de mí quién soy, ellos que no quieren oír de ti quiénes son? ¿Y de dónde saben, cuando me oyen hablar de mí mismo, si les digo verdad, siendo así que ninguno de los hombres sabe lo que pasa en el hombre, si no es el espíritu del hombre, que, existe en él?⁸ Pero si te oyeren a ti hablar de ellos, no podrán decir: «Miente el Señor». Porque ¿qué es oírte a ti hablar de ellos sino conocerse a sí? ¿Y quién hay que se conozca y diga «es falso», si él mismo no miente?

Mas, porque la caridad todo lo cree⁹, entre aquellos, digo, a quienes unidos consigo hace una cosa, también yo, Señor, aun así me confieso a ti, para que lo oigan los hombres, a quienes no puedo probarles que las cosas que confieso son verdaderas. Pero créanme aquellos cuyos oídos abre para mí la caridad.

4. No obstante esto, Médico mío íntimo, hazme ver claro con qué fruto hago yo esto. Porque las confesiones de mis males pretéritos —que tú perdonaste ya y cubriste, para hacerme feliz en ti, cambiando mi alma con tu fe y tu sacramento—, cuando son leídas y oídas, excitan al corazón para que no se duerma en la desesperación y diga: «No puedo», sino que le despierte al amor de tu misericordia y a la dulzura de tu gracia, por la que es poderoso todo débil que se da cuenta por ella de su debilidad. Y deleita a los buenos oír los pasados males de aquellos que ya carecen de ellos; pero no les deleita por aquello de ser malos, sino porque lo fueron y ahora no lo son. ¿Con qué fruto, pues, Señor mío —a quien todos los días se confiesa mi conciencia, más segura ya con la esperanza de tu misericordia que de su inocencia—, con qué fruto, te ruego, confieso delante de ti a los hombres, por medio de este escrito, lo que yo soy ahora, no lo que he sido? Porque ya hemos visto y consignado el fruto de confesar lo que fui.

Pero hay muchos que me conocieron, y otros que no me conocieron, que desean saber quién soy yo al presente en este tiempo preciso en que escribo las Confesiones, los cuales, aunque me han oído algo o han oído a otros de mí, pero no pueden aplicar su oído a mi corazón, donde soy lo que soy. Quieren, sin duda, saber por confesión mía lo que soy interiormente, allí donde ellos no pueden penetrar con la vista, ni el oído, ni la mente. Dispuestos están a creerme, ¿acaso lo estarán a conocerme? Porque la caridad, que los hace buenos, les dice que yo no les miento cuando confieso tales cosas de mí y ella misma hace que ellos crean en mí.

CAPÍTULO IV

Frutos de la confesión actual de su alma

5. Pero ¿con qué fruto quieren esto? ¿Acaso desean congratularse conmigo al oír cuánto me he acercado a ti por tu gracia y orar por mí al oír cuánto me retardo por mi peso? Me manifestaré a los tales, porque no es pequeño fruto, Señor Dios mío, el que sean muchos los que te den gracias por mí¹⁰ y seas rogado de muchos por mí. Ame en mí el ánimo fraterno lo que enseñas se debe amar y duélase en mí de lo que enseñas se debe doler. Haga esto el ánimo fraterno, no el extraño, no el de hijos ajenos, cuya boca habla la vanidad y su diestra es la diestra de la iniquidad¹¹, sino el fraterno, que cuando aprueba algo en mí se goza en mí y cuando reprueba algo en mí se contrista por mí, porque, ya me apruebe, ya me repruebe, me ama.

Me manifestaré a estos tales. Respiren en mis bienes, suspiren en mis males. Mis bienes son tus obras y tus dones; mis males son mis pecados y tus juicios. Respiren en aquéllos y suspiren en éstos, y de los corazones de estos hermanos, que son tus incensarios, suban el himno y el llanto a tu presencia.

Y tú, Señor, deleitado con la fragancia de tu santo templo, compadécete de mí, según tu gran misericordia¹², por amor de tu nombre; y no abandonando en modo alguno tu obra comenzada, consume en mí lo que hay de imperfecto.

6. Este es el fruto de mis confesiones, no de lo que he sido, sino de lo que soy. Que yo confiese esto, no solamente delante de ti con secreta alegría mezclada de temor y con secreta tristeza mezclada de esperanza, sino también en los oídos de los creyentes hijos de los hombres, compañeros de mi gozo y consortes de mi mortalidad, ciudadanos míos y peregrinos conmigo, anteriores y posteriores y compañeros de mi vida. Estos son tus siervos, mis hermanos, que tú quisiste fuesen hijos tuyos, señores míos, y a quienes me mandaste que sirviese si quería vivir contigo de ti.

Poco hubiera sido de provecho para mí si tu Verbo lo hubiese mandado de palabra y no hubiera ido delante con la obra. Por eso hago yo también esto con palabras y con hechos, y lo hago bajo tus alas y con un peligro enormemente grande, si no fuera porque bajo tus alas te está sujeta mi alma y te es conocida mi flaqueza¹³.

Pequeñuelo soy, mas vive perpetuamente mi Padre y tengo en él tutor idóneo. Él es el mismo que me engendró y me defiende, y tú eres todos mis bienes, tú Omnipotente, que estás conmigo aun desde antes de que yo lo estuviera contigo. Manifestaré, pues, a estos tales —a quienes tú mandas que les sirva— no quién he sido, sino quién soy ahora al presente y quién venga a ser todavía. Pero no quiero juzgarme a mí mismo¹⁴. Óiganme, pues, en esta actitud.

CAPÍTULO V

El hombre se desconoce a sí mismo

7. Tú eres, Señor, el que me juzgas; porque, aunque nadie de los hombres sabe las cosas interiores del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él¹⁵, con todo hay algo en el hombre que ignora aun el mismo espíritu que habita en él; pero tú, Señor, sabes todas sus cosas, porque le has hecho¹⁶. También yo, aunque en tu presencia me desprecie y tenga por tierra y ceniza, sé algo de ti que ignoro de mí. Y ciertamente ahora te vemos, por espejo en enigmas, no cara a cara¹⁷, y así, mientras peregrino fuera de ti, me soy más presente a mí que a ti. Con todo, sé que tú no puedes ser de ningún modo violado, en tanto que no sé a qué tentaciones puedo yo resistir y a cuáles no puedo, estando solamente mi esperanza en que eres fiel y no permitirás que seamos tentados por encima de nuestras fuerzas; antes, con la tentación das también el modo de poder soportarla¹⁸.

Confiese, pues, lo que sé de mí; confiese también lo que de mí ignoro; porque lo que sé de mí lo sé porque tú me iluminas, y lo que de mí ignoro no lo sabré hasta tanto que mis tinieblas se conviertan en mediodía ante tu presencia¹⁹.

CAPITULO VI

Qué ama Agustín cuando ama a Dios

8. No con conciencia dudosa, sino cierta, yo te amo, Señor. Heriste mi corazón con tu palabra y te amé. Mas también el cielo y la tierra y todo cuanto en ellos se contiene he aquí que me dicen de todas partes que te ame; ni cesan de decírselo a todos, a fin de que sean inexcusables²⁰. Sin embargo, tú te compadecerás más altamente de quien te compadecieres y prestarás más tu misericordia con quien fueses misericordioso²¹: de otro modo, el cielo y la tierra cantarían tus alabanzas a sordos.

Y ¿qué es lo que amo cuando yo te amo? No belleza de cuerpo ni hermosura de tiempo, no blancura de luz, tan amable a estos ojos terrenos; no dulces melodías de toda clase de cantilenas, no fragancia de flores, de ungüentos y de aromas, no manás ni mieles, no miembros atrayentes a las caricias de la carne: nada de esto amo cuando amo a mi Dios. Y, sin embargo, amo una especie de luz, de voz, y de fragancia y de alimento y de caricia, cuando amo a mi Dios, que es luz, voz, fragancia, alimento y caricia del hombre mío interior, donde resplandece a mi alma lo que el espacio no contiene; resuena lo que no arrebatara consigo el tiempo; exhala sus perfumes lo que no se lleva el viento; saborea lo que no se consume comiendo, y donde la unión es tan firme que no la disuelve el hastío. Esto es lo que amo cuando amo a mi Dios.

9. Pero ¿y qué es entonces? Pregunté a la tierra y me dijo: «No soy yo»; y todas las cosas que hay en ella me confesaron lo mismo. Pregunté al mar y a los abismos y a los reptiles de alma viva, y me respondieron: «No somos tu Dios; búscale sobre nosotros». Interrogué a las auras que respiramos, y el aire todo, con sus moradores, me dijo: «Se engaña

Anaxímenes: yo no soy tu Dios». Pregunté al cielo, al sol, a la luna y a las estrellas. «Tampoco somos nosotros el Dios que buscas», me respondieron.

Dije entonces a todas las cosas que están fuera de las puertas de mi carne: «Decidme algo de mi Dios, ya que vosotras no lo sois; decidme algo de él». Y exclamaron todas con grande voz: Él nos ha hecho²². Mi pregunta era mi mirada; su respuesta, su belleza.

Entonces me dirigí a mí mismo y me dije: «¿Tú quién eres?», y respondí: «Un hombre». He aquí, pues, que tengo en mí prestos un cuerpo y un alma; esta, interior; el otro, exterior. ¿Por cuál de éstos es por donde debí yo buscar a mi Dios, a quien ya había buscado por los cuerpos desde la tierra al cielo, hasta donde pude enviar los mensajeros rayos de mis ojos? Mejor, sin duda, es el elemento interior, porque a él es a quien comunican sus noticias todos los mensajeros corporales, como a presidente y juez, de las respuestas del cielo, de la tierra y de todas las cosas que en ellos se encierran, cuando dicen: «No somos Dios» y «Él nos ha hecho». El hombre interior es quien ha conocido estas cosas por ministerio del exterior; yo interior conocí estas cosas; yo, Yo—Alma, por medio del sentido de mi cuerpo.

Interrogué, finalmente, a la mole del mundo acerca de mi Dios, y ella me respondió: «Yo solo soy simple hechura suya».

10. Pero ¿no se muestra esta belleza a cuantos tienen entero el sentido? ¿Por qué, pues, no habla a todos lo mismo?

Los animales, pequeños y grandes, ven esta belleza; pero no pueden interrogarla, al no estar dotados de una razón que presida los sentidos y dictamine sobre ellos. Los hombres sí que pueden interrogarla, por percibir por las cosas visibles las invisibles de Dios²³. Sin embargo, el amor a las visibles les hace esclavos de ellas, y, una vez esclavizados, la razón ya no puede juzgar. Porque estas realidades creadas no responden a los que preguntan, sino a los que saben juzgar; ni cambian de voz, esto es, de aspecto, si uno ve solamente, y otro, además de ver, interroga, de modo que aparezca a uno de una manera y a otro de otra; sino que, apareciendo a ambos, es muda para el uno y habladora para el otro, o mejor dicho, habla a todos, mas sólo la entienden aquellos que contrastan su voz, que viene del exterior, con la verdad interior. Porque la verdad me dice: «No es tu Dios el cielo, ni la tierra, ni cuerpo alguno». Y esto mismo dice la naturaleza de éstos, a quien advierte que la masa es menor en su parte que en el todo. Por esta razón eres tú mejor que éstos; a ti te digo; ¡oh alma!, porque tú vivificas la masa de tu cuerpo prestándole vida, lo que ningún cuerpo puede prestar a otro cuerpo. Mas tu Dios es para ti hasta la vida de tu vida.

CAPÍTULO VII

El alma vegetativa y sensitiva no llega a Dios

11. ¿Qué amo, pues, cuando yo amo a mi Dios? ¿Y quién es él sino el que está sobre la cabeza de mi alma? Por mi alma misma subiré, pues, a él. Trascenderé esta energía (vis) mía por la que estoy unido al cuerpo y llena su organismo de vida, pues no encuentro en ella a

mi Dios. Porque, de encontrarle, le hallarían también el caballo y el mulo, que no tienen inteligencia²⁴, y que, sin embargo, tienen esta misma energía por la que viven igualmente sus cuerpos. Hay otra energía por la que no sólo vivifico, sino también sensibilizo a mi carne, y que el Señor me fabricó mandando al ojo que no oiga y al oído que no vea²⁵, sino a aquél que me sirva para ver, a éste para oír, y a cada uno de los otros sentidos lo que les es propio según su lugar y oficio; las cuales acciones diversas, las hago por su medio, yo que soy único espíritu. Pero trascenderé esta energía mía; porque también la poseen el caballo y el mulo, pues también ellos sienten por medio del cuerpo.

CAPÍTULO VIII

Los anchurosos palacios de la memoria

12. Trascenderé, pues, aun esta energía de mi naturaleza, ascendiendo gradualmente hacia mi creador.

Y entro en los campos y anchos palacios de la memoria, donde están los tesoros de innumerables imágenes de toda clase de cosas acarreadas por los sentidos. Allí se halla escondido cuanto pensamos, ya aumentando, ya disminuyendo, ya variando de cualquier modo las cosas adquiridas por los sentidos, y todo cuanto se le ha encomendado y se halla allí depositado y no ha sido aún absorbido y sepultado por el olvido.

Cuando estoy allí pido que se me presente lo que quiero, y algunas cosas se presentan al momento; pero otras hay que buscarlas con más tiempo y como sacarlas de unos receptáculos abstrusos; otras, en cambio, irrumpen en tropel, y cuando uno desea y busca otra cosa se ponen en medio, como diciendo: «¿No seremos nosotras?». Y las espanto yo del haz de mi memoria con la mano del corazón, hasta que se esclarece lo que quiero y salta a mi vista de su escondrijo.

Otras cosas hay que fácilmente y por su orden riguroso se presentan, según son llamadas, y ceden su lugar a las que les siguen, y cediéndolo son depositadas, para salir cuando de nuevo se desee. Lo cual sucede puntualmente cuando narro alguna cosa de memoria.

13. Allí se hallan también guardadas de modo distinto y por sus géneros todas las cosas que entraron por su propia puerta, como la luz, los colores y las formas de los cuerpos, por la vista; por el oído, toda clase de sonidos; y todos los olores por la puerta de la nariz; y todos los sabores por la de la boca; y por el sentido del tacto que se extiende por todo el cuerpo, lo duro y lo blando, lo caliente y lo frío, lo suave y lo áspero, lo pesado y lo ligero, ya sea extrínseco, ya intrínseco al cuerpo. Todas estas cosas recibe, para recordarlas cuando fuere menester y volver sobre ellas, el gran receptáculo de la memoria, y no sé qué secretos e inefables senos suyos. Todas las cuales cosas entran en ella, cada una por su propia puerta, siendo almacenadas allí.

Ni son las mismas cosas las que entran, sino las imágenes de las cosas sentidas, las cuales quedan allí a disposición del pensamiento que las recuerda. Pero ¿quién podrá decir cómo

fueron formadas estas imágenes, aunque sea claro por qué sentidos fueron captadas y escondidas en el interior? Porque, cuando estoy en silencio y en tinieblas, me represento, si quiero, los colores, y distingo el blanco del negro, y todos los demás que quiero, sin que me salgan al encuentro los sonidos, ni me perturben lo que, extraído por los ojos, entonces considero, no obstante que ellos [los sonidos] estén allí, y como colocados aparte, permanezcan latentes. Porque también a ellos les llamo, si me place, y al punto se me presentan, y con la lengua inmóvil y callada la garganta canto cuanto quiero, sin que las imágenes de los colores que se hallan allí se interpongan ni interrumpen mientras se revisa el tesoro que entró por los oídos.

Del mismo modo recuerdo, según me place, las demás cosas aportadas y acumuladas por los otros sentidos, y así, sin oler nada, distingo el aroma de los lirios del de las violetas; y, sin gustar ni tocar cosa sino sólo con el recuerdo, prefiero la miel al arrope [almíbar] y lo suave a lo áspero.

14. Todo esto lo hago yo interiormente en el aula inmensa de mi memoria. Allí se me ofrecen al punto el cielo y la tierra y el mar con todas las cosas que he percibido sensiblemente en ellos, a excepción de las que tengo ya olvidadas. Allí me encuentro con mí mismo y me acuerdo de mí y de lo que hice, y en qué tiempo y en qué lugar, y de qué modo y cómo estaba afectado cuando lo hacía. Allí están todas las cosas que yo recuerdo haber experimentado o creído. De este mismo tesoro salen las semejanzas tan diversas unas de otras, bien experimentadas, bien creídas en virtud de las experimentadas, las cuales, cotejándolas con las pasadas, infiero de ellas acciones futuras, acontecimientos y esperanzas, todo lo cual lo pienso como presente. «Haré esto o aquello», digo entre mí en el seno ingente de mi alma, repleto de imágenes de tantas y tan grandes cosas; y esto o aquello se sigue. «¡Oh si sucediese esto o aquello!» «¡No quiera Dios esto o aquello!» Esto digo en mi interior, y al decirlo se me ofrecen al punto las imágenes de las cosas que digo de este tesoro de la memoria, porque si me faltasen, nada en absoluto podría decir de ellas.

15. Grande es esta energía de la memoria, grande sobremanera, Dios mío. Santuario amplio y sin fronteras. ¿Quién ha llegado a su fondo? Pero, con ser esta energía propia de mi alma y pertenecer a mi naturaleza, no soy yo capaz de abarcar totalmente lo que soy. De donde se sigue que es angosta el alma para contenerse a sí misma. Pero ¿dónde puede estar lo que de sí misma no cabe en ella? ¿Acaso fuera de ella y no en ella? ¿Cómo es, pues, que no se puede abarcar?

Mucha admiración me causa esto y me llena de estupor. Viajan los hombres por admirar las alturas de los montes, y las ingentes olas del mar, y las anchurosas corrientes de los ríos, y la inmensidad del océano, y el giro de los astros, y se olvidan de sí mismos⁸, ni se admiran de que todas estas cosas, que al nombrarlas no las veo con los ojos, no podría nombrarlas si interiormente no viese en mi memoria los montes, y las olas, y los ríos, y los astros, percibidos ocularmente, y el océano, sólo creído; con dimensiones tan grandes como si las viese fuera. Y, sin embargo, no es que haya absorbido tales cosas al verlas con los ojos del

cuerpo, ni que ellas se hallen dentro de mí, sino sus imágenes. Lo único que sé es por qué sentido del cuerpo he recibido la impresión de cada una de ellas.

CAPÍTULO IX

La memoria intelectual del conocimiento

16. Pero no son estas cosas las únicas que encierra la inmensa capacidad de mi memoria. Aquí están como en un lugar interior remoto, que no es lugar, todas aquellas nociones aprendidas de las artes liberales, que todavía no se han olvidado. Mas aquí no son ya las imágenes de ellas las que llevo, sino las cosas mismas. Porque yo sé qué es la gramática, la pericia dialéctica, y cuántos los géneros de cuestiones; y lo que de estas cosas sé, está de tal modo en mi memoria que no está allí como la imagen suelta de una cosa, cuya realidad se ha dejado fuera; o como la voz impresa en el oído, que suena y pasa, dejando un rastro de sí por el que la recordamos como si sonara, aunque ya no suene; o como el perfume que pasa y se desvanece en el viento, que afecta al olfato y envía su imagen a la memoria, la que repetimos con el recuerdo; o como el manjar, que, no teniendo en el vientre ningún sabor ciertamente, parece lo tiene, sin embargo, en la memoria; o como algo que se siente por el tacto, que, aunque alejado de nosotros, lo imaginamos con la memoria. Porque todas estas cosas no son introducidas en la memoria, sino captadas solas sus imágenes con maravillosa rapidez y depositadas en unas maravillosas como celdas, de las cuales salen de modo maravilloso cuando se las recuerda.

CAPÍTULO X

Las ciencias en la memoria sin entrada por los sentidos

17. Pero cuando oigo decir que son tres los géneros de cuestiones —si la cosa es, qué es y cuál es—, retengo las imágenes de los sonidos de que se componen estas palabras, y sé que pasaron por el aire con estrépito y ya no existen. Pero las cosas mismas significadas por estos sonidos ni las he tocado jamás con ningún sentido del cuerpo, ni las he visto en ninguna parte fuera de mi alma, ni lo que he depositado en mi memoria son sus imágenes, sino las cosas mismas. Las cuales digan, si pueden, por dónde entraron en mí. Porque yo recorro todas las puertas de mi carne y no hallo por cuál de ellas han podido entrar. En efecto, los ojos dicen: «Si son coloradas, nosotros somos los que las hemos noticiado». Los oídos dicen: «Si hicieron algún sonido, nosotros las hemos indicado». El olfato dice: «Si son olorosas, por aquí han pasado». El gusto dice también: «Si no tienen sabor, no me preguntéis por ellas». El tacto dice: «Si no es cosa corpulenta, yo no la he tocado, y si no la he tocado, no he dado noticia de ella».

¿Por dónde, pues, y por qué parte han entrado en mi memoria? No lo sé. Porque cuando las aprendí, ni fue dando crédito a otros, sino que las reconocí en mi alma y las aprobé por verdaderas y se las encomendé a ésta, como en depósito, para sacarlas cuando quisiera. Allí

estaban, pues, y aun antes de que yo las aprendiese; pero no en la memoria. ¿En dónde, pues, o por qué, al ser nombradas, las reconocí y dije: «Así es, es verdad», sino porque ya estaban en mi memoria, aunque tan retiradas y sepultadas como si estuvieran en cuevas muy ocultas, y tanto que, si alguno no las suscitara para que saliesen, tal vez no las hubiera podido pensar?

CAPÍTULO XI

El ordenado museo de la memoria: qué es aprender

18. Por aquí descubrimos que aprender estas cosas —de las que no recibimos imágenes por los sentidos, sino que, sin imágenes, como ellas son, las vemos interiormente en sí mismas— no es otra cosa sino un como recoger con el pensamiento las cosas que ya contenía la memoria aquí y allí y confusamente, y cuidar con la atención que estén como puestas a la mano en la memoria, para que, donde antes se ocultaban dispersas y descuidadas, se presenten ya fácilmente a una atención familiar. ¡Y cuántas cosas de este orden no encierra mi memoria que han sido ya descubiertas y, conforme dije, puestas como a la mano, que decimos haber aprendido y conocido! Estas mismas cosas, si las dejara de recordar de tiempo en tiempo, de tal modo vuelven a sumergirse y sepultarse en sus más ocultos penetrales, que es preciso, como si, fuesen nuevas, excogitarlas segunda vez en este lugar —porque no tienen otra estancia— y juntarlas de nuevo para que puedan ser sabidas, esto es, recogerlas como de cierta dispersión, de donde vino la palabra cogitare; porque cogito (pensar) es frecuentativo de cogo (recoger) como agito (agitar) lo es de ago (mover) y factito (hacer frecuentemente) de ago (hacer). Sin embargo, la inteligencia ha vindicado en propiedad esta palabra para sí, de tal modo que ya no se diga propiamente cogitari (ser recogido) de lo que se recoge (colligitur), esto es, de lo que se junta (cogitur) en un lugar cualquiera, sino en el alma como es pensar (cogitare).

CAPÍTULO XII

Memoria de los conceptos matemáticos

19. También contiene la memoria las razones y leyes infinitas de los números y dimensiones, ninguna de las cuales ha sido impresa en ella por los sentidos del cuerpo, por no tener color, ni sonido, ni olor, ni haber sido gustadas ni tocadas. Oí los sonidos de las palabras con que fueron significadas cuando se disputaba de ellas; pero una cosa son los sonidos, otra muy distinta las significaciones. Porque aquéllos suenan de un modo en griego y de otro modo en latín; mas éstas ni son griegas, ni latinas, ni de ningún otro idioma.

He visto líneas trazadas por arquitectos tan sumamente tenues como un hilo de araña. Mas aquéllas [las matemáticas] son distintas de éstas, pues no son imágenes de las que me

entran por los ojos de la carne, y sólo las conoce quien interiormente las reconoce sin mediación de pensamiento alguno corpóreo. También he percibido por todos los sentidos del cuerpo los números que numeramos; pero otros muy diferentes son aquellos con que numeramos, los cuales no son imágenes de éstos, poseyendo por lo mismo un ser mucho más excelente. Ríase de mí, al decir estas cosas, quien no las vea, que yo tendré compasión de quien se ría de mí.

CAPÍTULO XIII

Memoria de los actos de la memoria

20. Todas estas cosas las tengo yo en la memoria, como tengo en la memoria el modo como las aprendí. También tengo en ella muchas objeciones que he oído aducir falsísimamente en las disputas contra ellas, las cuales, aunque falsas, no es falso, sin embargo, el haberlas recordado y haber hecho distinción entre aquéllas, verdaderas, y éstas, falsas, aducidas en contra. También retengo esto en la memoria, y veo que una cosa es la distinción que yo hago al presente y otra el recordar haber hecho muchas veces tal distinción, tantas cuantas pensé en ellas. En efecto, yo recuerdo haber entendido esto muchas veces, y lo que ahora discierno y entiendo lo deposito también en la memoria, para que después recuerde haberlo entendido al presente. Finalmente, me acuerdo de haberme acordado; como después, si recordase lo que ahora he podido recordar, ciertamente lo recordaré por la fuerza de la memoria.

CAPÍTULO XIV

La memoria y los sentimientos del alma

21. También se hallan los sentimientos de mi alma en la memoria, no del modo como están en el alma cuando los padece, sino de otro muy distinto, como se tiene la virtud de la memoria respecto de sí. Porque, no estando alegre, recuerdo haberme alegrado; y no estando triste, recuerdo mi tristeza pasada; y no temiendo nada, recuerdo haber temido alguna vez; y no codiciando nada, haber codiciado en otro tiempo. Y al contrario, otras veces, estando alegre, me acuerdo de mi tristeza pasada, y estando triste, de la alegría que tuve. Lo cual no es de admirar respecto del cuerpo, porque una cosa es el alma y otra el cuerpo; y así no es maravilla que, estando yo gozando en el alma, me acuerde del pasado dolor del cuerpo.

Pero aquí, siendo la memoria parte del alma —pues cuando mandamos retener algo de memoria, decimos: «Mira que lo tengas en el alma», y cuando nos olvidamos de algo, decimos: «No estuvo en mi alma» y «Se me fue del alma», denominando alma a la memoria misma—, siendo esto así, digo, ¿en qué consiste que, cuando recuerdo alegre mi pasada

tristeza, mi alma siente alegría y mi memoria tristeza, estando mi alma alegre por la alegría que hay en ella, sin que esté triste la memoria por la tristeza que hay en ella? ¿Por ventura no pertenece al alma? ¿Quién osará decirlo? ¿Es acaso la memoria como el vientre del alma, y la alegría y tristeza como un manjar, dulce o amargo; y que una vez encomendadas a la memoria son como las cosas transmitidas al vientre, que pueden ser guardadas allí, mas no gustadas? Ridículo sería asemejar estas cosas con aquéllas; sin embargo, no son del todo desemejantes.

22. Mas he aquí que, cuando digo que son cuatro los sentimientos o pasiones del alma: deseo, alegría, miedo y tristeza, de la memoria lo saco; y cuanto sobre ellas pudiera disputar, dividiendo cada una en particular en las especies de sus géneros respectivos y definiéndolas, allí encuentro lo que he de decir y de allí lo saco, sin que cuando las conmemoro recordándolas sea perturbado con ninguna de dichas afecciones; y ciertamente, allí estaban antes que yo las recordase y volviese sobre ellas; por eso pudieron ser tomadas de allí mediante el recuerdo. ¿Quizá, pues, son sacadas de la memoria estas cosas recordándolas, como del vientre el manjar rumiando? Mas entonces, ¿por qué no se siente en la boca del pensamiento del que disputa, esto es, de quien las recuerda, la dulzura de la alegría o la amargura de la tristeza? ¿Acaso es porque la comparación que hemos puesto, no semejante en todo, es precisamente desemejante en esto? Porque ¿quién querría hablar de tales cosas si cuantas veces nombramos el miedo o la tristeza nos viésemos obligados a padecer tristeza o temor?

Y, sin embargo, ciertamente no podríamos nombrar estas cosas si no encontrásemos en nuestra memoria no sólo los sonidos de los nombres según las imágenes impresas en ella por los sentidos del cuerpo, sino también las nociones de las cosas mismas, las cuales no hemos recibido por ninguna puerta de la carne, sino que la misma alma, sintiéndolas por la experiencia de sus pasiones, las encomendó a la memoria, o bien ésta misma, sin haberle sido encomendadas, las retuvo para sí.

CAPÍTULO XV

Memoria de las cosas ausentes

23. Pero, si es por medio de imágenes o no, ¿quién lo podrá fácilmente decir?

En efecto: nombro la piedra, nombro el sol; y no estando estas cosas presentes a mis sentidos, están ciertamente presentes en mi memoria sus imágenes. Nombro el dolor del cuerpo, que no se halla presente en mí, porque no me duele nada, y, sin embargo, si su imagen no estuviera en mi memoria, no sabría lo que decía, ni en las disputas sabría distinguirlo del deleite. Nombro la salud del cuerpo, estando sano de cuerpo: en este caso tengo presente la cosa misma; sin embargo, si su imagen no estuviese en mi memoria, de ningún modo recordaría lo que quiere significar el sonido de este nombre; ni los enfermos,

nombrada la salud, entenderían qué era lo que se les decía, si no tuviesen en la memoria su imagen, aunque la realidad de ella esté lejos de sus cuerpos. Nombro los números con que contamos, y he aquí que ya están en mi memoria, no sus imágenes, sino ellos mismos. Nombro la imagen del sol, y se presenta ésta en mi memoria, mas lo que recuerdo no es una imagen de su imagen, sino esta misma, la cual se me presenta cuando la recuerdo. Nombro la memoria y conozco lo que nombro; pero ¿dónde lo conozco, si no es en la memoria misma? ¿Acaso también ella está presente a sí misma por medio de su imagen y no por sí misma?

CAPÍTULO XVI

La memoria del olvido

24. ¿Y qué cuando nombro el olvido y al mismo tiempo tengo conocimiento de lo que nombro? ¿De dónde podría conocerlo yo si no lo recordase? No hablo del sonido de esta palabra, sino de la cosa que significa, la cual, si la hubiese olvidado, no podría saber el valor de tal sonido. Cuando, pues, me acuerdo de la memoria, la misma memoria es la que se me presenta y a sí por sí misma; pero cuando recuerdo el olvido, se me hacen presentes la memoria y el olvido: la memoria con que me acuerdo y el olvido de que me acuerdo. Pero ¿qué es el olvido sino privación de memoria? Pues ¿cómo está presente en la memoria para acordarme de él, siendo así que estando presente no puedo recordarlo? Pero si es cierto que lo que recordamos lo retenemos en la memoria, y que, si no recordásemos el olvido, de ningún modo podríamos, al oír su nombre, saber lo que por él se significa, síguese que la memoria retiene el olvido. Luego está presente para que no olvidemos la cosa que olvidamos cuando se presenta. ¿Deduciremos de esto que cuando lo recordamos no está presente en la memoria por sí mismo, sino por su imagen, puesto que, si estuviese presente por sí mismo, el olvido no haría que nos acordásemos, sino que nos olvidásemos? Mas al fin, ¿quién podrá indagar esto? ¿Quién comprenderá su modo de ser?

25. Ciertamente, Señor, trabajo en ello y trabajo en mí mismo, y me he hecho a mí mismo tierra de dificultad y de excesivo sudor²⁶. Porque no exploramos ahora las regiones del cielo, ni medimos las distancias de los astros, ni buscamos los cimientos de la tierra; soy yo el que recuerdo, yo el alma. No es gran maravilla si digo que está lejos de mí cuanto no soy yo; en cambio, ¿qué cosa más próxima a mí que yo mismo? Con todo, he aquí que, no siendo este «mí» cosa distinta de mi memoria, no comprendo la fuerza de ésta.

Pues ¿qué diré, cuando estoy cierto de que yo recuerdo el olvido? ¿Diré acaso que no está en mi memoria lo que recuerdo? ¿O tal vez habré de decir que el olvido está en mi memoria para que no me olvide? Ambas cosas son absurdísimas. ¿Qué decir de lo tercero? Mas ¿con qué fundamento podré decir que mi memoria retiene las imágenes del olvido, no el mismo olvido, cuando lo recuerda? ¿Con qué fundamento, repito, podré decir esto, siendo así que cuando se imprime la imagen de alguna cosa en la memoria es necesario que primeramente

esté presente la misma cosa, para que con ella pueda grabarse su imagen? Porque así es como me acuerdo de Cartago y así de todos los demás lugares en que he estado; así del rostro de los hombres que he visto y de las noticias de los demás sentidos; así de la salud o dolor del cuerpo mismo; las cuales cosas, cuando estaban presentes, tomó de ellas sus imágenes la memoria, para que, mirándolas yo presentes, las repasase en mi alma cuando me acordase de dichas cosas estando ausentes.

Ahora bien, si el olvido está en la memoria en imagen no por sí mismo, es evidente que tuvo que estar éste presente para que fuese abstraída su imagen. Pero cuando estaba presente, ¿cómo esculpía en la memoria su imagen, siendo así que el olvido borra con su presencia lo ya impreso? Y, sin embargo, de cualquier modo que ello sea —aunque este modo sea incomprendible e inefable—, yo estoy cierto que recuerdo el olvido mismo con que se sepulta lo que recordamos.

CAPÍTULO XVII

Trascender la memoria para llegar a Dios

26. Grande es la energía (vis) de la memoria y algo que me causa horror, Dios mío: multiplicidad infinita y profunda. Y esto es el alma y esto soy yo mismo. ¿Qué soy, pues, Dios mío? ¿Qué naturaleza soy? Vida varia y multiforme y sobremanera inmensa. Vedme aquí en los campos y antros e innumerables cavernas de mi memoria, llenas innumerablemente de géneros innumerables de cosas, ya por sus imágenes, como las de todos los cuerpos; ya por presencia, como las de las artes; ya por no sé qué nociones o notaciones, como las de los afectos del alma, las cuales, aunque el alma no las padezca, las tiene la memoria, por estar en el alma cuanto está en la memoria. Por todas estas cosas discurro y vuelo de aquí para allá y penetro cuando puedo, sin que dé con el fin en ninguna parte. ¡Tanta es la virtud de la memoria, tanta es la virtud de la vida en un hombre que vive mortalmente!

¿Qué haré, pues, oh tú, vida mía verdadera, Dios mío? ¿Trascenderé también esta energía mía que se llama memoria? ¿La trascenderé para llegar a ti, luz dulcísima? ¿Qué dices? He aquí que ascendiendo por el alma hacia ti, que estás encima de mí, trascenderé también esta facultad mía que se llama memoria, queriendo tocarte por donde puedes ser tocado y adherirme a ti por donde puedes ser adherido. Porque también las bestias y las aves tienen memoria, puesto que de otro modo no volverían a sus madrigueras y nidos, ni harían otras muchas cosas a las que se acostumbran, pues ni aun acostumbrarse pudieran a ninguna si no fuera por la memoria. Trascenderé, pues, aun la memoria para llegar a aquel que me separó de los cuadrúpedos y me hizo más sabio que las aves del cielo; trascenderé, sí, la memoria. Pero ¿dónde te encontraré, ¡oh, tú, verdaderamente bueno y suavidad segura!, dónde te encontraré? Porque si te hallo fuera de mi memoria, olvidado me he de ti, y si no me acuerdo de ti, ¿cómo ya te podré encontrar?

CAPÍTULO XVIII

El reconocimiento supone conocimiento

27. Perdió la mujer la dracma y la buscó con la linterna; pero si no la hubiese recordado, no la encontraría tampoco; porque si no se acordara de ella²⁷, ¿cómo podría saber, al encontrarla, que era la misma?

Yo recuerdo también haber buscado y encontrado muchas cosas perdidas; y sé esto porque cuando buscaba alguna de ellas y se me decía: «¿Es por fortuna esto?», «¿Es acaso aquello?», siempre decía que «no», hasta que se me ofrecía la que buscaba, de la cual, si yo no me acordara, fuese la que fuese, aunque se me ofreciera, no la hallara, porque no la reconociera. Y siempre que perdemos y encontramos algo sucede lo mismo.

Sin embargo, si alguna cosa desaparece de la vista por casualidad —no de la memoria—, como sucede con un cuerpo cualquiera visible, se conserva interiormente su imagen y se busca aquél hasta que es devuelto a la vista; el cual, al ser hallado, es reconocido por la imagen que llevamos dentro. Ni decimos haber hallado lo que había perecido si no lo reconocemos, ni lo podemos reconocer si no lo recordamos; pero esto, aunque ciertamente había perecido para los ojos, pero era retenido en la memoria.

CAPÍTULO XIX

Qué es la reminiscencia

28. ¿Y qué cuando es la misma memoria la que pierde algo, como sucede cuando olvidamos alguna cosa y la buscamos para recordarla? ¿Dónde al fin la buscamos sino en la misma memoria? Y si por casualidad aquí se ofrece una cosa por otra, la rechazamos hasta que se presenta lo que buscamos. Y cuando se presenta decimos: «Esto es»; lo cual no dijéramos si no la reconociéramos, ni la reconoceríamos si no la recordásemos. Ciertamente, pues, la habíamos olvidado. ¿Acaso era que no había desaparecido del todo, y por la parte que era retenida buscaba la otra parte? Porque la memoria sentía no revolver conjuntamente las cosas que antes conjuntamente solía, y como cojeando por la troncada costumbre, pedía que se le devolviese lo que le faltaba: algo así como cuando vemos o pensamos en una persona conocida, y, olvidados de su nombre, nos ponemos a buscarle, a quien no le aplicamos cualquier otro distinto que se nos ofrezca, porque no tenemos costumbre de haberle pensado con él, por lo que los rechazamos todos hasta que se presenta aquel nombre con que, por ser el acostumbrado y conocido, descansamos plenamente.

Pero este nombre, ¿de dónde surge sino de la memoria misma? Porque si alguien nos lo sugiere, el reconocerlo surge de aquí, de la memoria. Porque no lo aceptamos como cosa nueva, sino que, recordándolo, aprobamos ser lo que se nos ha dicho, ya que, si se borrara plenamente del alma, ni aun advertidos lo recordaríamos.

No se puede, pues, decir que nos olvidamos totalmente, puesto que nos acordamos al menos de habernos olvidado y de ningún modo podríamos buscar lo perdido que absolutamente hemos olvidado.

CAPÍTULO XX

Buscando la vida feliz tras la memoria

29. ¿Y a ti, Señor, de qué modo te puedo buscar? Porque cuando te busco a ti, Dios mío, la vida bienaventurada busco. Que te busque yo para que viva mi alma, porque si mi cuerpo vive de mi alma [espíritu], mi alma vive de ti. ¿Cómo, pues, busco la vida bienaventurada — porque no la poseeré hasta que diga «Basta» allí donde conviene que lo diga—, cómo la busco, pues? ¿Acaso por medio de la reminiscencia, como si la hubiera olvidado, pero conservado el recuerdo del olvido? ¿O tal vez por el deseo de saber una cosa ignorada, sea por no haberla conocido, sea por haberla olvidado hasta el punto de olvidarme de haberme olvidado?

¿Pero acaso no es la vida feliz la que todos apetecen, sin que haya ninguno que no la desee? Pues ¿dónde la conocieron para así quererla? ¿Dónde la vieron para amarla? Ciertamente que tenemos su imagen no sé de qué modo. Pero es diverso el modo de serlo: el que es feliz por poseer realmente la felicidad y los que son felices en esperanza. Sin duda que éstos la poseen de modo inferior a aquellos que son felices en realidad; con todo, son mejores que aquellos otros que ni en realidad ni en esperanza son felices; los cuales, sin embargo, no desearan tanto ser felices si no poseyeran la felicidad en algún grado; porque que desean ser felices es certísimo. Yo no sé cómo han tenido conocimiento de ella, y, consiguientemente, ignoro qué noción tienen de ella, sobre la cual noción deseo ardientemente saber si reside en la memoria; porque si está en ésta, ya fuimos en algún tiempo felices. No me preocupa por el momento investigar si todos individualmente o en aquel hombre que primero pecó, y en el cual todos morimos y de quien todos hemos nacido con miseria. Lo que ahora me interesa es saber si la vida feliz está en la memoria; porque ciertamente que no la amaríamos si no la conociéramos. Oímos este nombre y todos confesamos que apetecemos la realidad misma; porque no es el sonido lo que nos deleita, ya que éste, cuando lo oye un griego en latín, no le causa ningún deleite, por ignorar su significado; en cambio, nos lo causa a nosotros —como se lo causaría también al griego si se la nombrasen en griego—, porque la felicidad misma ni es griega ni latina, y ésta es la que desean poseer griegos y latinos, y las personas de todas las lenguas.

Luego es de todos conocida aquélla; y si pudiesen ser interrogados «si querían ser felices», todos a una responderían sin vacilaciones que querían serlo. Lo cual no podría ser si la cosa misma, cuyo nombre es felicidad, no estuviese en su memoria.

CAPÍTULO XXI

La noción de la felicidad en la memoria

30. ¿Acaso está así como recuerda a Cartago quien la ha visto? No; porque la vida bienaventurada no se ve con los ojos, porque no es cuerpo. ¿Acaso como recordamos los números? No; porque el que tiene noticia de éstos no desea ya alcanzarlos; en cambio, la vida bienaventurada, aunque la tenemos en conocimiento y por eso la amamos, con todo, la deseamos alcanzar, a fin de ser felices.

¿Tal vez como recordamos la elocuencia? Tampoco; porque aunque al oír este nombre se acuerdan de su realidad aquellos que aún no son elocuentes —y son muchos los que desean serlo, por donde se ve que tienen noticia de ella—, sin embargo, esta noticia les ha venido por los sentidos del cuerpo, viendo a otros elocuentes, y deleitándose con ellos, y deseando ser como ellos, aunque ciertamente no se deleitaran si no fuera por la noticia interior que tienen de ella, ni desearan esto si no se hubiesen deleitado; y la vida bienaventurada no la hemos experimentado en otros por ningún sentido.

¿Será por ventura como cuando recordamos el gozo? Tal vez sea así. Porque así como estando triste recuerdo mi gozo pasado, así siendo miserable recuerdo la vida bienaventurada; por otra parte, por ningún sentido del cuerpo he visto, ni oído, ni olfateado, ni gustado, ni tocado jamás el gozo, sino que lo he experimentado en mi alma cuando he estado alegre, y se adhirió su noticia a mi memoria para que pudiera recordarlo, unas veces con desprecio, otras con deseo, según los diferentes objetos del mismo de que recuerdo haberme gozado.

Porque también me sentí en algún tiempo inundado de gozo de cosas torpes, recordando el cual ahora lo detesto y execro, así como otras veces de cosas honestas y buenas, el cual lo recuerdo deseándolo; aunque tal vez uno y otro estén ausentes, y por eso recuerde estando triste el pasado gozo.

31. Pues ¿dónde y cuándo he experimentado yo mi vida bienaventurada, para que la recuerde, la ame y la desee? Porque no sólo yo, o yo con unos pocos, sino todos absolutamente quieren ser felices, lo cual no deseáramos con tan cierta voluntad si no tuviéramos de ella noticia cierta.

Pero ¿en qué consiste que si se pregunta a dos individuos si quieren ser militares, tal vez uno de ellos responda que quiere y el otro que no quiere, y, en cambio, si se les pregunta a ambos si quieren ser felices, uno y otro al punto y sin vacilación alguna respondan que lo quieren y que no por otro fin que por ser felices quiere el uno la milicia y el otro no la quiere? ¿No será tal vez porque el uno se goza en una cosa y el otro en otra? De este modo concuerdan todos en querer ser felices, como concordarían, si fuesen preguntados de ello, en querer gozar, gozo al cual llaman vida bienaventurada. Y así, aunque uno la alcance por un camino y otro por otro, uno es, sin embargo, el término adonde todos se empeñan por

llegar: gozar. Lo cual, por ser cosa que nadie puede decir que no ha experimentado, cuando oye el nombre de «vida bienaventurada », hallándola en la memoria, la reconoce.

CAPÍTULO XXII

La vida bienaventurada es «gozar de ti, para ti y por ti»

32. Lejos, Señor, lejos del corazón de tu siervo, que se confiesa a ti, lejos de mí juzgarme feliz por cualquier gozo que disfrute. Porque hay gozo que no se da a los impíos, sino a los que generosamente te sirven, cuyo gozo eres tú mismo. Y la misma vida bienaventurada es —y no otra cosa— que gozar de ti, para ti y por ti (gaudere de te, ad te, propter te). Pero los que piensan que es otra, otro es también el gozo que persiguen, aunque no el verdadero. Sin embargo, su voluntad no se aparta de cierta imagen de gozo.

CAPÍTULO XXIII

La vida feliz es el «gozo de la verdad»

33. No es, pues, cierto que todos quieran ser felices, porque los que no quieren gozar de ti, que eres la única vida feliz, no quieren realmente la vida feliz. ¿O es acaso que todos la quieren, pero como la carne apetece contra el espíritu y el espíritu contra la carne para que no hagan lo que quieren²⁸, caen sobre lo que pueden y con ello se contentan, porque aquello que no pueden no lo quieren tanto cuanto es menester para poderlo?

Porque, si yo pregunto a todos si por ventura querrían gozarse más de la verdad que de la falsedad, tan no dudarían en decir que prefieren gozar más de la verdad cuanto no dudan en decir que quieren ser felices. La vida feliz es, pues, gozo de la verdad (beata vita, gaudium de veritate), porque éste es gozo de ti, que eres la verdad, ¡oh Dios, luz mía, salud de mi rostro, Dios mío!²⁹ Todos desean esta vida feliz; todos quieren esta vida, la sola feliz; todos quieren el gozo de la verdad (gaudium de veritate).

Muchos he tratado a quienes gusta engañar; pero que quieran ser engañados, a ninguno. ¿Dónde conocieron, pues, esta vida feliz sino allí donde conocieron la verdad? Porque también aman a ésta por no querer ser engañados, y cuando aman la vida feliz, que no es otra cosa que gozo de la verdad (de veritate gaudium), ciertamente aman la verdad; mas no la amaran si no hubiera en su memoria noticia alguna de ella. ¿Por qué, pues, no se gozan de ella? ¿Por qué no son felices? Porque se ocupan más intensamente en otras cosas que les hacen más infelices (miseros) que felicidad les causa la vida feliz de la que solo guardan un leve recuerdo.

Pues todavía hay un poco de luz en los hombres: caminen, caminen; no se les echen encima las tinieblas³⁰.

34. Pero ¿por qué «la verdad genera el odio» y se les hace enemigo tu nombre, que les predica la verdad, amando como aman la vida feliz, que no es otra cosa que gozo de la verdad? No por otra cosa sino porque de tal modo se ama la verdad, que quienes aman otra cosa que ella quisieran que esto que aman fuese la verdad. Y como no quieren ser engañados, tampoco quieren ser convictos de error; y así, odian la verdad por causa de aquello mismo que aman en lugar de la verdad.

La aman cuando brilla, la odian cuando les reprende; y porque no quieren ser engañados y gustan de engañar, la aman cuando se descubre a sí y la odian cuando les descubre a ellos. Pero ella les dará su merecido, descubriéndolos contra su voluntad; ellos, que no quieren ser descubiertos por ella, sin que a su vez ésta se les manifieste.

Así, así, aun así el alma humana, aun así ciega y lánguida, torpe e indecente, quiere estar oculta, no obstante que no quiera que se le oculte nada. Pero lo que le sucederá es que ella quedará descubierta ante la verdad sin que ésta se descubra a ella. Pero aun así, infeliz (miser) como es, quiere más gozarse con la verdad que con la mentira.

Bienaventurado será, pues, si libre de todo impedimento se alegra de sola la verdad, por quien son verdaderas todas las realidades.

CAPÍTULO XXIV

Dios en la memoria

35. Ved aquí cuánto me he extendido por mi memoria buscándote a ti, Señor; y no te encontré fuera de ella. Porque, desde que te conocí no he hallado nada de ti de que no me haya acordado; pues desde que te conocí no me he olvidado de ti. Porque allí donde hallé la verdad, allí encontré a mi Dios, la misma verdad, la cual no he olvidado desde que la conocí. Así, pues, desde que te conocí, permaneces en mi memoria y aquí te hallo cuando me acuerdo de ti y me deleito en ti. Estas son las santas delicias mías que tú me donaste por tu misericordia, poniendo los ojos en mi pobreza.

CAPÍTULO XXV

En qué lugar de la memoria está Dios

36. Pero ¿en dónde moras en mi memoria, Señor; en dónde permaneces en ella? ¿Qué morada te has construido para ti en ella? ¿Qué santuario te has edificado? Tú has otorgado a mi memoria este honor de permanecer en ella; pero en qué parte de ella permaneces es de lo que ahora voy a tratar.

Porque cuando te recordaba, por no hallarte entre las imágenes de las cosas corpóreas, trasasé aquellas sus partes que tienen también las bestias, y llegué a aquellas otras partes tuyas en donde tengo depositadas las afecciones del alma, y ni aun allí te encontré. Y penetré en la misma sede que mi propia alma tiene en mi memoria —porque también el alma se acuerda de sí misma—, y ni aun aquí estabas tú; porque así como no eres imagen

corporal ni sentimiento vital, como es el que se siente cuando nos alegramos, entristecemos, deseamos, tememos, recordamos, olvidamos y demás cosas por el estilo, así tampoco tú eres alma, porque eres el Señor Dios del alma, y todas estas cosas se mudan, mientras que tú permaneces inmutable sobre todas las cosas, habiéndote dignado habitar en mi memoria desde que te conocí.

Pero ¿por qué busco el lugar de ella en que habitas, como si hubiera lugares allí? Ciertamente habitas en ella, porque me acuerdo de ti desde que te conocí, y en ella te encuentro cuando te recuerdo.

CAPÍTULO XXVI

Dónde encontró Agustín a Dios

37. Pues ¿dónde te encontré para conocerte —porque ciertamente no estabas en mi memoria antes que te conociese—, dónde te encontré, pues, para conocerte, sino en ti sobre mí? No hay absolutamente lugar, y nos apartamos y nos acercamos, y, no obstante, no hay absolutamente lugar. ¡Oh Verdad!, tú presides en todas partes a todos los que te consultan, y a un tiempo respondes a todos los que te consultan, aunque sean cosas diversas. Claramente tú respondes, pero no todos oyen claramente. Todos te consultan sobre lo que quieren, mas no todos oyen siempre lo que quieren. Óptimo ministro tuyo es el que no atiende tanto a oír de ti lo que él quisiera cuanto a querer aquello que de ti oyere.

CAPÍTULO XXVII

«¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva!»

38. ¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé! (sero te amavi...). Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te andaba buscando; y deforme como era, me lanzaba sobre las bellezas de tus criaturas. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me retenían alejado de ti aquellas realidades que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu fragancia y respiré, y ya suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz.

CAPÍTULO XXVIII

Miserias de esta vida

39. Cuando yo me adhiriere a ti con todo mi ser, ya no habrá más dolor ni trabajo para mí, y mi vida será viva, llena toda de ti. Pero ahora, como al que tú llenas lo elevas, me soy carga a mí mismo, porque no estoy lleno de ti.

Contienden mis alegrías, dignas de ser lloradas, con mis tristezas, dignas de alegría, y no sé de qué parte está la victoria. Contienden mis tristezas malas con mis gozos buenos, y no sé de qué parte está la victoria. ¡Ay de mí, Señor! ¡Ten misericordia de mí! ¡Ay de mí!³¹

He aquí que no oculto mis llagas. Tú eres médico, y yo estoy enfermo; tú eres misericordioso, y yo miserable. ¿Acaso no es tentación la vida humana sobre la tierra?³² ¿Quién hay que guste de las molestias y trabajos? Tú mandas tolerarlos, no amarlos. Nadie ama lo que tolera, aunque ame el tolerarlo. Porque, aunque goce en tolerarlo, más quisiera, sin embargo, que no hubiese cosa que tolerar.

En las cosas adversas deseo las prósperas, en las cosas prósperas temo las adversas. ¿Qué lugar intermedio hay entre estas cosas en el que la vida humana no sea una tentación? ¡Ay de las prosperidades mundanas una y dos veces: por el temor de la adversidad y la corrupción de la alegría! ¡Ay de las adversidades mundanas una, dos y tres veces: por el deseo de la prosperidad y por la dureza de la misma adversidad y por el riesgo de perder la paciencia! ¿Acaso no es tentación ininterrumpida la vida humana sobre la tierra?

CAPÍTULO XXIX

«Dame lo que mandas y manda lo que quieras»

40. Toda mi esperanza no estriba sino en tu muy grande misericordia. Da lo que mandas y manda lo que quieras (da quod iubes et iube quod vis). Nos mandas que seamos continentes. Y como yo supiese —dice uno— que ninguno puede ser continente si Dios no se lo da, entendí que también esto mismo era parte de la sabiduría, conocer de quién es este don³³.

Por la continencia, en efecto, somos juntados y reducidos a la unidad, de la que nos habíamos apartado, derramándonos en muchas cosas. Porque menos te ama quien ama algo contigo y no lo ama por ti.

¡Oh amor que siempre ardes y nunca te extingues! Caridad, Dios mío, enciéndeme. ¿Mandas la continencia? Da lo que mandas y manda lo que quieras (da quod iubes et iube quod vis).

CAPÍTULO XXX

Sueños impuros

41. Ciertamente tú mandas que me abstenga de la concupiscencia de la carne, de la codicia de los ojos y de la ambición del mundo³⁴. Mandaste que me abstudiese del concúbito, y aun respecto del matrimonio mismo aconsejaste algo mejor de lo que concediste como lícito. Y porque tú me concediste esta gracia, lo logré, incluso antes de ser dispensador de tu sacramento³⁵.

Pero aún viven en mi memoria, de la que he hablado mucho, las imágenes de tales cosas, que mi costumbre fijó en ella, y me salen al encuentro cuando estoy despierto, apenas ya sin fuerzas; pero en sueños llegan no sólo a la delectación, sino también al consentimiento

y a una acción en todo semejante a la real. Y tanto puede la ilusión de aquella imagen en mi alma, en mi carne, que estando durmiendo llegan estas falsas visiones a persuadirme de lo que estando despierto no logran las cosas verdaderas. ¿Acaso entonces, Señor Dios mío, yo no soy yo? Y, sin embargo, ¡cuánta diferencia hay entre yo y mí mismo en el momento en que paso de la vigilia al sueño o de éste a aquélla! ¿Dónde está entonces la razón por la que el despierto resiste a tales sugerencias y, aunque se le introduzcan las mismas realidades, permanece inmovible? ¿Acaso se cierra aquélla con los ojos? ¿Acaso se duerme con los sentidos del cuerpo?

Pero ¿de dónde viene que muchas veces, aun en sueños, resistamos, acordándonos de nuestro propósito, y, permaneciendo castísimamente en él, no damos ningún asentimiento a tales sugerencias? Y, sin embargo, hay tanta diferencia, que, cuando sucede al revés, al despertar volvemos a la paz de la conciencia, y la distancia que hallamos entre ambos estados nos convence de no haber hecho nosotros aquello que lamentamos que se ha hecho de algún modo en nosotros.

42. ¿Acaso no es poderosa tu mano, ¡oh Dios omnipotente!, para sanar todas las dolencias de mi alma y extinguir con más abundante gracia hasta los mismos movimientos lascivos de mi fantasía? Tú aumentarás, Señor, más y más en mí tus dones, para que mi alma me siga a mí hacia ti, libre del visco de la concupiscencia, para que no sea rebelde a sí misma, para que aun en sueños no sólo no perpetre estas torpezas de corrupción a causa de las imágenes animales hasta el flujo de la carne, sino para que ni aun siquiera consienta. Porque el que nada tal me deleite o me deleite tan poquito que pueda ser cohibido a voluntad hasta en el casto afecto del que duerme, no sólo en esta vida, sino también en esta edad, no es cosa grande para un ser omnipotente como tú, que puedes otorgarnos más de lo que pedimos y entendemos³⁶.

Qué sea, pues, al presente en este género de mal, ya te lo he dicho a ti, mi buen Señor, alegrándome con temblor³⁷ por lo que me has dado y llorando por lo que aún me falta, esperando que darás perfección en mí a tus misericordias, hasta lograr paz completa, que contigo tendrán mi interior y mi exterior cuando fuere la muerte trocada en victoria³⁸.

CAPÍTULO XXXI

La tentación de la gula

43. Otra malicia tiene el día³⁹, y ¡ojalá que le bastase! Porque hemos de reparar comiendo y bebiendo las pérdidas cotidianas del cuerpo, en tanto no destruyas los alimentos y el vientre, cuando dieres muerte a la necesidad con una maravillosa saciedad y vistieres a este cuerpo corruptible de eterna incorrupción⁴⁰.

Pero ahora me es grata la necesidad y tengo que luchar contra esta dulzura para no ser esclavo de ella, y la combato todos los días con muchos ayunos, reduciendo a servidumbre

a mi cuerpo⁴¹; más mis molestias se ven arrojadas por el placer. Porque el hambre y la sed son molestias, queman y, como la fiebre, dan muerte si el remedio de los alimentos no viene en su ayuda; y como éste está pronto, gracias al consuelo de tus dones, entre los cuales están la tierra, el agua y el cielo, que haces sirvan a nuestra flaqueza, se llama delicias a semejante calamidad.

44. Tú me enseñaste esto: que me acerque a los alimentos que he de tomar como si fueran medicamentos. Mas he aquí que cuando paso de la molestia de la necesidad al descanso de la saciedad, en el mismo paso me tiende insidias el lazo de la concupiscencia, porque el mismo paso es ya un deleite, y no hay otro paso por donde pasar que aquel por donde nos obliga a pasar la necesidad. Y siendo la salud la causa del comer y beber, se le junta como pedísecua una peligrosa delectación, y muchas veces pretende ir delante para que se haga por ella lo que por causa de la salud digo o quiero hacer.

Ni es el mismo el modo de ser de ambas cosas, porque lo que es bastante para la salud es poco para la delectación, y muchas veces no se sabe si el necesario cuidado del cuerpo es el que pide dicho socorro o es el deleitoso engaño del apetito quien solicita se le sirva. Ante esta incertidumbre se alegra la infeliz alma y con ella prepara la defensa de su escusa, gozándose de que no aparezca qué es lo que basta para la conservación de la buena salud, a fin de encubrir con pretexto de ésta la satisfacción de deleite. A tales tentaciones procuro resistir todos los días e invoco tu diestra y te confieso mis perplejidades, porque mi parecer sobre este asunto no es aún suficientemente sólido.

45. Oigo la voz de mi Dios, que manda: No se agraven vuestros corazones en la crápula y embriaguez⁴². La embriaguez está lejos de mí; tu misericordia hará que no se me acerque. Pero la crápula llega algunas veces a deslizarse en tu siervo 29. Tú tendrás misericordia a fin de que se aleje también de mí; porque nadie puede ser continente si tú no se lo dieres⁴³.

Muchas cosas nos concedes cuando oramos; mas cuanto de bueno hemos recibido antes de que orásemos, de ti lo recibimos, y el que después lo hayamos conocido, de ti lo recibimos también. Yo nunca fui borracho, pero he conocido a muchos borrachos hechos sobrios por ti. Luego obra tuya es que no sean borrachos los que nunca lo fueron; obra tuya que no lo fuesen siempre los que lo fueron alguna vez, y obra tuya, finalmente, que unos y otros conozcan a quién deben atribuirlo.

Oí otra voz tuya: No vayas tras tus concupiscencias y reprime tu deleite⁴⁴. También oí por tu gracia aquella que tanto amé: Ni porque comamos tendremos de sobra ni porque no comamos tendremos falta⁴⁵; que es como decir: Ni aquella cosa me hará rico ni ésta necesitado.

También oí esta otra: Porque yo he aprendido a bastarme con lo que tengo, y sé lo que es abundar y lo que padecer penuria, Todo lo puedo en aquel que me conforta⁴⁶. ¡He aquí un soldado de las milicias celestiales, no el polvo que somos nosotros! Pero acuérdate, Señor,

de que somos polvo y que de polvo hiciste al hombre, y que, habiendo perecido, fue encontrado⁴⁷.

Ni aun el Apóstol que así se expresó bajo el soplo de tu divina inspiración, y a quien aprecio, pudo algo por sí, porque era también polvo, cuando dice: Todo lo puedo en aquel que me conforta⁴⁸. Confórtame, pues, para que pueda; da lo que mandas y manda lo que quieras (da quod iubes et iube quod vis). Confiesa el Apóstol haberlo recibido todo, y de lo que se gloria se gloria en el Señor⁴⁹.

Oí a otro que rogaba: Aleja de mí la concupiscencia del vientre⁵⁰. Por todo lo cual, se ve, ¡oh mi Dios Santo!, que eres tú quien das que se haga lo que, cuando mandas que se haga, se hace.

46. Tú me enseñaste, Padre bueno, que para los puros todas las cosas son puras; pero que es malo para el hombre comer con escándalo⁵¹; y que toda criatura tuya es buena y que nada se ha de arrojar de lo que se recibe con acción de gracias⁵²; y que no es la comida la que nos recomienda a Dios⁵³; y que nadie nos debe juzgar por la comida o bebida⁵⁴; y el que coma no desprecie al que no coma, y el que no come no desprecie al que come⁵⁵. Estas cosas he aprendido: ¡Gracias a ti, alabanzas a ti, Dios mío, maestro mío, pulsador de mis oídos, ilustrador de mi corazón! Líbrame de toda tentación. No temo yo la inmundicia de la comida, sino la inmundicia de la concupiscencia.

Sé que a Noé le fue permitido comer de toda clase de carnes que pueden usarse, y que Elías comió carne, y que Juan, dotado de una admirable abstinencia, no se manchó con los animales, esto es, con las langostas que le servían de comida. Y, al contrario, sé que Esau fue engañado por el apetito de unas lentejuelas, y David por haber deseado sólo agua se reprendió a sí mismo; y que nuestro Rey no fue tentado con carne, sino con pan; y que asimismo el pueblo [israelita] mereció, estando en el desierto, que Dios le reprendiese, no por haber deseado carne, sino por haber murmurado contra el Señor por el deseo de manjar.

47. Colocado en tales tentaciones, combato todos los días contra la concupiscencia del comer y beber, porque no es esto cosa que se pueda cortar de una vez, con ánimo de no volver a ello, como lo pude hacer con el concúbito. Porque en el comer y beber hay que tener el freno de la garganta con un tira y afloja moderado. ¿Y quién es, Señor, el que no es arrastrado un poco más allá de los límites de la necesidad? Si hay alguien, grande es, ensalce tu nombre. Yo ciertamente no lo soy, porque soy hombre pecador; mas también magnifico tu nombre, porque por mis pecados interpela ante ti aquel que venció al mundo⁵⁶, contándome entre los miembros débiles de su cuerpo, y porque tus ojos vieron lo imperfecto de él, y serán todos escritos en tu libro⁵⁷.

CAPÍTULO XXXII

El encanto de los perfumes

48. Del encanto de los perfumes no cuido demasiado. Cuando no los tengo, no los busco; cuando los tengo, no los rechazo, dispuesto a carecer de ellos siempre. Así me parece al menos, aunque tal vez me engañe. También son dignas de llorarse estas tinieblas en que a veces se me oculta el poder que hay en mí, hasta el punto que, si mi alma se interroga a sí misma sobre sus fuerzas, no se da crédito fácilmente a sí, porque muchas veces le es oculto lo que hay en ella, hasta que se lo da a conocer la experiencia 33; y nadie debe estar seguro en esta vida, que toda ella está llena de tentaciones, no sea que como pudo uno hacerse de peor mejor, se haga a su vez de mejor peor. Nuestra única esperanza, nuestra única confianza, nuestra firme promesa, es tu misericordia.

CAPÍTULO XXXIII

Los deleites del oído

49. Más tenazmente me enredaron y subyugaron los deleites del oído; pero me desataste y liberaste. Ahora, respecto de las melodías que están animadas por tus palabras, cuando se cantan con voz suave y armoniosa, lo confieso, me recreo algún tanto, no ciertamente que quede prisionero de ellas, sino que me desprendo cuando quiero. Sin embargo, juntamente con las palabras, que les dan vida y que hacen que yo les dé entrada, buscan en mi corazón un lugar preferente; pero yo apenas si se lo doy conveniente.

Otras veces, al contrario, me parece que les doy más honor del que conviene, cuando siento que nuestras almas se mueven más ardiente y religiosamente en llamas de piedad con aquellos textos sagrados, cuando son cantados de ese modo, que si no se cantaran así, y que todos los afectos de nuestro espíritu, en su diversidad, tienen en el canto y en la voz sus modos propios, con los cuales no sé por qué oculta familiaridad son excitados.

Pero aun en esto me engaña muchas veces la delectación sensual —a la que no debiera entregarse el alma para enervarse—, cuando el sentido no se resigna a acompañar a la razón de modo que vaya detrás, sino que, por el hecho de haber sido por su amor admitido, pretende ir delante y tomar la dirección de ella. Así, pecho en esto sin darme cuenta, hasta que luego me la doy.

50. Otras veces, empero, queriendo inmoderadamente evitar este engaño, yerro por demasiada severidad; y tanto algunas veces, que quisiera apartar de mis oídos y de la misma iglesia toda melodía de los cánticos suaves con que se suele cantar el Salterio de David, pareciéndome más seguro lo que recuerdo haber oído decir muchas veces del obispo de

Alejandro, Atanasio, quien hacía que el lector cantase los salmos con tan débil inflexión de voz que pareciese más recitarlos que cantarlos.

Con todo, cuando recuerdo las lágrimas que derramé con los cánticos de la iglesia en los comienzos de mi conversión, y lo que ahora me conmueve, no con el canto, sino con las cosas que se cantan, cuando se cantan con voz clara y una modulación muy adecuada, reconozco de nuevo la gran utilidad de esta costumbre.

Así fluctué entre el peligro del deleite y la experiencia del provecho, aunque me inclino más —sin dar en esto sentencia irrevocable— a aprobar la costumbre de cantar en la iglesia, a fin de que el espíritu flaco se despierte a piedad con el deleite del oído. Sin embargo, cuando me siento más movido por el canto que por lo que se canta, confieso que pecho en ello y merezco castigo, y entonces quisiera más no oír cantar.

¡He aquí en qué estado me hallo! Llorad conmigo y por mí los que en vuestro interior, de donde proceden las obras, tratáis con vosotros mismos algo bueno. Porque los que no tratáis de tales cosas no os habrán de mover estas mías. Y tú, Señor Dios mío, escucha, mira y ve, y compadécete y sáname⁵⁸; tú, a cuyos ojos estoy hecho un problema (mihi quaestio factus sum), y ésa es mi dolencia.

CAPÍTULO XXXIV

La seducción de los ojos

51. Resta el deleite de estos ojos de mi carne, del cual quiero hacer confesión, que ¡ojalá oigan los oídos de tu templo, los oídos fraternos y piadosos, para que concluyamos con las tentaciones de la concupiscencia carnal, que todavía me incitan, a mí, que gimo y no deseo sino ser revestido de mi habitáculo, que, es del cielo!⁵⁹

Aman los ojos las formas bellas y variadas, los claros y amenos colores. No posean estas cosas mi alma; poséala Dios, que hizo estas cosas, muy buenas ciertamente; porque mi bien es él, no éstas. Y me tienta despierto todos los días, ni me dan momento de reposo, como lo dan las voces de los cantores, que a veces quedan todas en silencio. Porque la misma reina de los colores, esta luz, bañando todas las cosas que vemos, en cualquier parte que me hallare durante el día, me acaricia y se me insinúa de mil modos, aun estando entretenido en otras cosas y sin fijar en ella la atención. Y con tal vehemencia se insinúa, que si de repente desaparece es buscada con deseo, y si falta por mucho tiempo se contrista el alma.

52. ¡Oh luz!, la que veía Tobías cuando, cerrados sus ojos, enseñaba al hijo el camino de la vida y andaba delante de él con el pie de la caridad, sin errar jamás. O la que veía Isaac cuando, entorpecidos y velados por la senectud sus ojos carnales, mereció no bendecir a sus hijos conociéndoles, sino conocerles bendiciéndoles. O la que veía Jacob cuando, ciego

también por la mucha edad, proyectó los rayos de su corazón luminoso sobre las generaciones del pueblo futuro, prefigurado en sus hijos, y cuando puso a sus nietos, los hijos de José, las manos místicamente cruzadas, no como su padre de ellos exteriormente corregía, sino como él interiormente discernía. Esta es la verdadera luz, luz única, y que cuantos la ven y aman se hacen uno.

Pero esta luz corporal de que antes hablaba, con su atractiva y peligrosa dulzura, sazona la vida del siglo a sus ciegos amadores; pero cuando aprenden a alabarte por ella, «¡oh Dios, creador de cuanto existe!», la convierten en himno tuyo, sin ser asumidos por ella en su sueño. Así quiero ser yo.

Resisto a las seducciones de los ojos, para que no se traben mis pies, con los que me introduzco en tu camino. Y levanto hacia ti mis ojos invisibles, para que tú libres de lazo a mis pies⁶⁰. Tú no cesarás de librarlos, porque no cesan de caer en él. Sí, no cesarás de librarlos, no obstante que yo no cese de caer en las asechanzas diseminadas por todas partes, porque tú, que guardas a Israel, no dormirás ni dormirás⁶¹.

53. ¡Cuán innumerables cosas, con variadas artes y elaboraciones en vestidos, calzados, vasos y demás productos por el estilo, en pinturas y otras diversas invenciones que van mucho más allá de la necesidad y conveniencia y de la significación religiosa que debían tener, han añadido los hombres a los atractivos de los ojos, siguiendo fuera lo que ellos hacen dentro, y abandonando dentro al que los ha creado, y destruyendo aquello que les hizo.

Pero yo, Dios mío y gloria mía, aun por esto te canto un himno y te ofrezco como a mi santificador el sacrificio de la alabanza, porque las bellezas que a través del alma pasan a las manos del artista vienen de aquella hermosura que está sobre las almas, y por la cual suspira la mía día y noche.

Los obradores y seguidores de las bellezas exteriores de aquí toman su criterio o modo de aprobarlas, pero no derivan de allí el modo de usarlas. Y, sin embargo, allí está, aunque no lo ven, para que no vayan más allá y guarden para ti su fortaleza⁶² y no la disipen en enervantes delicias.

Aun yo mismo, que digo estas cosas y las discierno, me enredo a veces en estas hermosuras; pero tú, Señor, me librarás; sí, tú me librarás, porque tu misericordia está delante de mis ojos⁶³; pues si yo caigo miserablemente, tú me arrancas misericordiosamente, unas veces sin sentirlo, por haber caído muy ligeramente; otras con dolor, por estar ya apegado.

CAPÍTULO XXXV

La tentación de la curiosidad

54. A esto hay que añadir otra manera de tentación, cien veces más peligrosa. Porque, además de la concupiscencia de la carne, que radica en la delectación de todos los sentidos y voluptuosidades, sirviendo a la cual perecen los que se alejan de ti, hay una vana y curiosa concupiscencia, paliada con el nombre de conocimiento y ciencia, que radica en el alma a través de los mismos sentidos del cuerpo, y que consiste no en deleitarse en la carne, sino en experimentar cosas por la carne. La cual [curiosidad], como radica en el apetito de conocer y los ojos ocupan el primer puesto entre los sentidos en orden a conocer, es llamada en el lenguaje divino concupiscencia de los ojos⁶⁴.

A los ojos, en efecto, pertenece propiamente el ver; pero también usamos de esta palabra en los demás sentidos cuando los aplicamos a conocer. Porque no decimos: «Oye cómo brilla», o «huele cómo luce», o «gusta cómo resplandece», o «palpa cómo relumbra», sino que todas estas cosas se dicen ver. En efecto, nosotros no sólo decimos: «mira cómo luce» —lo cual pertenece a solos los ojos—, sino también «mira cómo suena», «mira cómo huele», «mira cómo sabe», «mira qué duro es». Por eso lo que se experimenta en general por los sentidos es llamado, como queda dicho, concupiscencia de los ojos, porque todos los demás sentidos usurpan por semejanza el oficio de ver, que es primario de los ojos, cuando tratan de conocer algo.

55. Por aquí se advierte muy claramente cuándo se busca el placer, cuándo la curiosidad por medio de los sentidos; porque el placer busca las cosas hermosas, sonoras, suaves, gustosas y blandas; la curiosidad, en cambio, busca aun cosas contrarias a aquéllas, no para sufrir molestias, sino por el placer de experimentar y conocer. Porque ¿qué deleite hay en contemplar en un cadáver destrozado aquello que te horroriza? Y, sin embargo, si yace en alguna parte, acuden las gentes para entristecerse y palidecer. Y aun temen verle en sueños, como si alguien les hubiera obligado despiertos a verlo o les hubiera persuadido a ello la fama de una gran hermosura. Y esto mismo dígase de los demás sentidos, que sería muy largo enumerar.

De este deseo insano proviene el que se exhiban monstruos en los espectáculos; y de aquí también el deseo de escrutar los secretos de la naturaleza, que está sobre nosotros, y que no aprovecha nada conocer, y que los hombres no desean más que conocer. De aquí proviene igualmente el que con el mismo fin de un conocimiento perverso se busque algo por medio de las artes mágicas. De aquí proviene, finalmente, el que se tiene a Dios en la misma religión, pidiendo signos y prodigios no para salud de alguno, sino por el solo deseo de verlos.

56. En esta selva tan inmensa, llena de insidias y peligros, ya ves, ¡oh Dios de mi salvación!, cuántas cosas he cortado y arrojado de mi corazón, según me concediste hacer. Sin embargo ¿cuándo me atrevo a decir, mientras nuestra vida cotidiana se ve aturdida por

todas partes con el ruido que en su derredor hace esta multitud de cosas, cuándo me atrevo a decir que ninguna de estas cosas me llama la atención para que mire y caiga en algún cuidado vano? Ciertamente que no me arrebatan ya los teatros, ni cuidado de saber el curso de los astros, ni mi alma consultó jamás a las sombras, y detesto todos los sacrílegos sacramentos.

Pero ¡con cuántos ardides de sugerencias no trata el enemigo de que te pida un signo a ti, Señor Dios mío, a quien debo humilde y sencilla servidumbre! Mas yo te suplico por nuestro Rey y por Jerusalén, nuestra patria pura y casta, que así como ahora está lejos de mi consentir estas cosas, así esté siempre cada vez más lejos de mí. Pero cuando te ruego por la salud de alguien, otro muy distinto es el fin de mi intención. Pero haciendo tú lo que quieres, tú me das y me darás que te siga de buen grado.

57. Pero ¿quién podrá contar la multitud de cosas menudísimas y despreciables con que es tentada todos los días nuestra curiosidad y las muchas veces que caemos? ¿Cuántas veces, a los que narran cosas vanas, al principio apenas si los toleramos, por no ofender a los débiles, y después poco a poco gustosos les prestamos atención?

Ya no contemplo, cuando se verifica en el circo, la carrera del perro tras la liebre; pero en el campo, cuando por casualidad paso por él, todavía atrae mi atención hacia sí aquella caza y me distrae tal vez hasta de algún gran pensamiento y me hace salir del camino, no con el jumento que me lleva, sino con la inclinación del corazón; y si tú, demostrada ya mi flaqueza, no me amonestaras al punto, o a levantarme hacia ti por medio de alguna consideración tomada de lo mismo que contemplo, o a despreciarlo todo y pasar adelante, me quedaría, como vano, hecho un bobo.

¿Y qué decir cuando, sentado en casa, me llama la atención el estelión que anda a caza de moscas o la araña que envuelve una y más veces a las caídas en sus redes? ¿Acaso porque son animales pequeños no es el efecto el mismo? Ciertamente que paso después a alabarte por ello, Creador admirable y ordenador de todas las cosas; pero cuando empiezo a fijarme en ellas, realmente no lo hago con este fin. Una cosa es levantarse presto y otra no caer.

Y de cosas por el estilo está llena mi vida, por lo que mi única esperanza es tu grandísima misericordia. Porque cuando nuestro corazón llega a ser un receptáculo de semejantes cosas y lleva consigo tan gran copia de vanidad, sucede que nuestras oraciones se interrumpen con frecuencia y se perturban; y mientras en tu presencia dirigimos a tus oídos la voz del corazón, no sé de dónde procede impetuosamente una turba de pensamientos vanos que cortan tan importante acto.

CAPÍTULO XXXVI

Las tentaciones de la soberbia

58. ¿Acaso habremos de contar también esto entre las cosas despreciables? ¿O hay algo que puede reducirnos a esperanza, si no es tu conocida misericordia, puesto que has comenzado a mudarnos? Ante todo, tú sabes en qué medida me has mudado, sanándome primeramente del apetito de venganza, para serme después propicio en todas las demás iniquidades mías, y sanar todas mis dolencias, y redimir mi vida de la corrupción, y coronarme con misericordia, y saciar de bienes mi deseo⁶⁵, tú que reprimiste mi soberbia con tu temor y domaste mi cerviz con tu yugo, el cual llevo ahora y me es suave, porque así lo prometiste y has cumplido. En realidad así era, y yo no lo sabía, cuando temía someterme a él.

59. Pero ¿por ventura, Señor —tú, el único que dominas sin altivez, porque eres el único verdadero Señor⁶⁶ que no tiene señor—, por ventura me ha dejado o puede dejarme durante toda esta vida este tercer género de tentación, que consiste en querer ser temido y amado de los hombres no por otra cosa sino por conseguir de ello un gozo que no es gozo? ¡Mísera vida es y fea jactancia!

De aquí proviene principalmente el que no se te ame ni tema castamente, y tú resistas a los soberbios y des tu gracia a los humildes⁶⁷, y truenes contra las ambiciones del siglo, y se estremezcan los fundamentos de los montes⁶⁸.

Pero, como quiera que por ciertos oficios de la sociedad humana nos es necesario ser amados y temidos de los hombres, insiste el adversario de nuestra verdadera felicidad sembrando en todas partes como lazos estas palabras: «¡Bien, bien!», para que, mientras las recogemos con avidez, caigamos incautamente, y dejemos de poner en tu verdad nuestro gozo y lo pongamos en la falsedad de los hombres, y nos agrade el ser amados y temidos no por motivo tuyo, sino en tu lugar; y de esta manera, hechos semejantes a nuestro adversario, nos tenga consigo no para concordia de la caridad, sino para ser consortes de su suplicio, él que determinó poner su sede en el aquilón⁶⁹, a fin de que, tenebrosos y fríos, sirviesen al que te imitó por caminos perversos y torcidos.

Nosotros, empero, Señor, somos tu pequeña grey⁷⁰. Tú nos posees. Extiende tus alas para que nos refugiemos bajo ellas. Tú serás nuestra gloria. Por ti seamos amados y tu palabra sea temida en nosotros. Quien quiere ser alabado de los hombres vituperándole tú, no será defendido de los hombres cuando tú le juzgues, ni asimismo liberado cuando tú le condenes. Pero cuando no es el pecador el que es alabado en los deseos de su alma ni es bendecido el que obra la iniquidad⁷¹, sino que el hombre es objeto de alabanza por algún don que le has concedido, si se alegran más de que le alaben que de poseer ese don que le hace acreedor de las alabanzas, también apetece las alabanzas humanas vituperándole tú. Así es mejor el alabador que el alabado, pues aquel mostró su deferencia hacia el don de Dios, mientras que éste se complació más del don del hombre que del de Dios.

CAPÍTULO XXXVII

El halago de la alabanza humana

60. Diariamente somos tentados, Señor, con semejantes tentaciones, y somos tentados sin cesar. Nuestro horno cotidiano es la lengua humana. Tú nos mandas que seamos también en este orden continentes; da lo que mandas y manda lo que quieras. Tú tienes conocidos sobre este punto los gemidos de mi corazón dirigidos hacia ti y los ríos de mis ojos . Porque no puedo fácilmente saber cuánto me he limpiado de esta lepra, y temo mucho mis pecados ocultos, patentes a tus ojos, pero no a los míos. Porque en cualquier otro género de tentaciones tengo yo facultad de examinarme a mí mismo, pero en éste es casi nula. Porque en orden a los deleites de la carne y a la vana curiosidad de conocer, veo bien cuánto he aprovechado al tener que refrenar mi alma, cuando carezco de tales cosas por voluntad o por necesidad. Porque entonces yo mismo me pregunto cuándo me es más o menos molesto carecer de ellas.

En cuanto a las riquezas, que son deseadas para servicio de una de estas tres concupiscencias, o de dos de ellas, o de todas, si el alma no puede percibir si las desprecia poseyéndolas, puede hacer prueba de sí abandonándolas. Pero, en orden a la alabanza, ¿acaso, para carecer de ella y así experimentar lo que podemos en este punto, hemos de vivir mal y tan perdidamente y con tanta crueldad que todo el que nos conozca nos deteste? ¿Qué mayor locura puede decirse ni pensarse?

Pero si la alabanza suele y debe ser compañera de la vida buena y de las buenas obras, no debemos abandonar ni la vida buena ni su compañero la alabanza. Sin embargo, yo ignoro si puedo llevar con igualdad de ánimo o de mala gana la carencia de alguna cosa, hasta ver que me falta.

61. Pues ¿qué es, Señor, lo que te confieso en este género de tentación? ¿Qué, sino que me deleito en las alabanzas? Pero, sin duda alguna, me deleita más la verdad que las alabanzas; pero si me propusiesen qué quería más: ser loco furioso y desatinado en todo y ser alabado de todos los hombres, o estar cabal y certísimo de la verdad, y ser vituperado de todos, ya veo lo que elegiría.

Con todo, yo no quisiera que la aprobación ajena aumentase el gozo de cualquier bien mío. Pero de hecho no sólo lo aumenta, lo confieso, sino que también la vituperación lo disminuye. Y cuando me siento turbado con esta miseria mía, luego me sale al paso una excusa, que tú sabes, ¡oh Dios!, lo que vale, porque a mí me trae perplejo. Porque habiéndonos mandado tú no sólo la continencia, esto es, de qué cosas debemos cohibir el amor, sino también la justicia, esto es, en qué lo debemos poner, y queriendo no sólo que te amásemos a ti, sino también al prójimo, sucede muchas veces que parezco deleitarme del provecho o esperanza del prójimo, cuando me deleito con la alabanza del que ha entendido bien, y a su vez contristarme con su mal, cuando le oigo vituperar lo bueno que ignora.

Porque también me contristo algunas veces con las alabanzas, cuando o alaban en mí aquellas cosas en que yo me desagrado o estiman algunos bienes pequeños y leves míos más de lo que debieran serlo.

Pero a su vez, ¿de dónde sé yo si el sentirme así afectado es porque no quiero que disienta de mí, respecto de mí, el que me alaba, no porque me mueva su utilidad, sino porque los mismos bienes que veo con agrado en mí me son más gratos cuando agradan también a otros? Porque, en cierto modo, no soy yo alabado cuando no es aprobado mi juicio respecto de mí, puesto que o alaban cosas que a mí me desagradan o alaban más las que a mí me agradan menos. ¿Luego también en esto ando incierto de mí?

62. He aquí que veo en ti, ¡oh Verdad!, que no debían moverme mis alabanzas por causa de mí, sino por utilidad del prójimo, y no sé si tal vez es así; pues en este asunto me soy menos conocido a mí que tú. Yo te suplico, Dios mío, que me des a conocer a mí mismo, para que pueda confesar a mis hermanos, que han de orar por mí, cuanto hallare en mí de malo. Me examinaré, pues, nuevamente con más diligencia.

Pero si es la utilidad del prójimo la que me mueve en mis alabanzas, ¿por qué me muevo menos cuando es vituperado injustamente un extraño que no cuando lo soy yo? ¿Por qué me hiere más la contumelia lanzada contra mí que la que en mi presencia se lanza con la misma iniquidad contra otro? ¿Acaso ignoro también esto? ¿Había de faltar esto para engañarme a mí mismo y no realizar la verdad en tu presencia, ni con el corazón ni con la lengua?

Aleja, Señor, de mí semejante locura, para que mi boca no sea para mí el óleo del pecador con que unja mi cabeza⁷².

CAPÍTULO XXXVIII

Vanagloria en el desprecio de la vanagloria

63. Soy menesteroso y pobre⁷³, aunque mejor cuando con secreto gemido me desagrado a mí mismo y busco tu misericordia para que sea reparada mi indignancia y llevada a la perfección de aquella paz que ignora el ojo del arrogante.

Pero la palabra que sale de la boca y las obras conocidas de los hombres están expuestas a una tentación peligrosísima por causa del amor a la alabanza, que encamina los mendigados votos a una cierta excelencia personal. Tienta, en efecto; y cuando la reprendo en mí, por el mismo hecho de reprenderla —y muchas veces aun del mismo desprecio de la vanagloria— se gloria más vanamente; razón por la cual ya no se gloria del desprecio mismo de la vanagloria, puesto que realmente no desprecia ésta cuando se gloria de ella.

CAPÍTULO XXXIX

El amor propio o autocomplacencia

64. También hay dentro de nosotros, sí, dentro de nosotros, y en este mismo género de tentación, otro mal, con el cual se desvanecen los que se complacen a sí mismos de sí, aunque no agraden, o más bien desagraden, a los demás, ni tengan deseo alguno de agradarles. Mas estos tales, agradándose a sí mismos, te desagradan mucho a ti, no sólo teniendo por buenas las cosas que no lo son, sino poseyendo tus bienes como si fuesen suyos propios; o si tuyos, como debidos a sus méritos; o si como debidos a tu gracia, no gozándose de ellos socialmente, sino envidiándolos en otros.

En todos estos peligros y trabajos y otros semejantes, tú ves el temor de mi corazón y que siento más el que tengas que sanar continuamente mis heridas que el que no se me inflijan.

CAPÍTULO XL

Recapitulación I: Experiencia mística «de una no sé qué dulzura interior»

65. ¿Dónde tú no caminaste conmigo, ¡oh Verdad!, enseñándome lo que debo evitar y lo que debo apetecer, al tiempo de referirte mis puntos de vista interiores, los que pude, y de los que te pedía consejo? Recorrí el mundo exterior con el sentido, según me fue posible, y paré mientes en la vida de mi cuerpo que recibe de mí y de mis sentidos. Después entré en los ocultos senos de mi memoria, múltiples latitudes llenas de innumerables riquezas por modos maravillosos, los cuales consideré y quedé espantado, y de todas ellas no pude discernir nada sin ti; pero hallé que nada de todas estas cosas eras tú. Ni yo mismo, el descubridor, que las recorrí todas ellas y me esforcé por distinguirlas y valorarlas según su excelencia, recibiendo unas por medio de los sentidos e interrogándolas, sintiendo otras mezcladas conmigo, examinando y enumerando los mismos órganos transmisores, y dejando aquéllas y sacando las otras; ni yo mismo —digo—, cuando hacía esto, o más bien la facultad mía con que lo hacía, ni aun esta misma eras tú, porque tú eras la luz indeficiente a la que yo consultaba sobre todas las cosas: si eran, qué eran y en cuánto se debían tener; y de ella oía lo que me enseñabas y ordenabas. Y esto lo hago yo ahora muchas veces, y esto es mi deleite; y siempre que puedo desentenderme de los quehaceres forzosos, me refugio en este placer.

Pero en ninguna de estas cosas que recorro, consultándote a ti, hallo lugar seguro para mi alma sino en ti, en quien se recogen todas mis dispersiones, sin que se aparte nada de mí.

Algunas veces me introduces en un afecto muy inusitado, en una no sé qué dulzura interior, que si se completase en mí, no sé ya qué será lo que no es esta vida. Pero con el peso de mis miserias vuelvo a caer en estas cosas terrenas y a ser reabsorbido por las cosas acostumbradas, quedando cautivo en ellas. Mucho lloro, pero mucho más soy detenido por

ellas. ¡Tanto es el poder de la costumbre! Aquí puedo estar y no quiero; allí quiero y no puedo. Infeliz en ambos casos.

CAPÍTULO XLI

Recapitulación II: Dios es la verdad

66. Por eso consideré las enfermedades de mis pecados en su triple concupiscencia e invoqué tu diestra para mi salud. Porque vi tu esplendor con corazón enfermo, y, repelido, dije: ¿Quién podrá llegar allí? Arrojado he sido de la faz de tus ojos⁷⁴. Tú eres la verdad que preside sobre todas las cosas. Mas yo, por mi avaricia, no quise perderte, sino que quise poseer contigo la mentira; del mismo modo que nadie quiere decir la mentira hasta el punto que ignore lo que es la verdad. Y así yo te perdí, porque no te dignas ser poseído con la mentira.

CAPÍTULO XLII

El mediador falaz de los neoplatónicos

67. ¿A quién encontraría yo que me reconciliase contigo? ¿Debí recurrir a los ángeles? ¿Y con qué preces, con qué sacramentos? Muchos, esforzándose por volver a ti y no pudiendo por sí mismos, tentaron, según oigo, este camino y cayeron en deseos de visiones curiosas y merecieron ser engañados, porque te buscaban con el fasto de la ciencia, hinchando más bien que hiriendo sus pechos; y atrajeron hacia así, por la semejanza de su corazón, a las potestades aéreas⁷⁵, conspiradoras y cómplices de su soberbia, las cuales con sus poderes mágicos les engañaron, por buscar un mediador que los juzgara, que no era tal, sino un diablo transfigurado en ángel de luz⁷⁶. El cual atrajo sobremanera a la carne soberbia, por el hecho mismo de carecer de cuerpo carnal. Eran ellos mortales y pecadores, y tú, Señor, con quien ellos buscaban soberbiamente reconciliarse, inmortal y sin pecado.

Pero era necesario que el Mediador entre Dios y los hombres tuviese algo de común con Dios y algo de común con los hombres, no fuese que, siendo semejante en ambos extremos a los hombres, estuviese alejado de Dios; o, siendo semejante en ambos extremos a Dios, estuviese alejado de los hombres, y así no pudiera ser mediador.

Así, pues, aquel mediador falaz por quien merece, según tus secretos juicios, ser engañada la soberbia, una cosa tiene de común con los hombres; es a saber, el pecado; y otra que quiere aparentar tener con Dios, mostrándose inmortal por razón de no hallarse revestido de la carne mortal. Pero como el estipendio del pecado es la muerte⁷⁷, síguese que tiene esto de común con los hombres, por lo que juntamente con ellos será condenado a muerte.

CAPÍTULO XLIII

Cristo—Jesús, único y verdadero Mediador

68. Pero el verdadero Mediador, a quien por tu secreta misericordia revelaste a los humildes y lo enviaste para que con su ejemplo aprendiesen hasta la misma humildad, aquel Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús⁷⁸, apareció entre los pecadores mortales y el Justo Inmortal, mortal con los hombres, justo con Dios, para que, pues el estipendio de la justicia es la vida y la paz, por razón de la justicia que tiene de común con Dios, destruyese en los impíos justificados por él, la muerte, que quiso tener de común con ellos. Este Mediador fue mostrado a los antiguos santos 49 para que fuesen salvos por la fe en su pasión futura, como nosotros lo somos por la fe en la ya pasada. Porque en tanto es Mediador en cuanto Hombre; pues en cuanto Verbo no puede ser intermediario, por ser igual a Dios, Dios en Dios y juntamente con él un solo Dios.

69. ¡Oh cómo nos amaste, Padre bueno, que no perdonaste a tu Hijo único, sino que le entregaste por nosotros, impíos!⁷⁹ ¡Oh cómo nos amaste, haciéndose por nosotros, quien no tenía por usurpación ser igual a ti, obediente hasta la muerte de cruz, siendo el único libre entre los muertos⁸⁰, teniendo potestad para dar su vida y para nuevamente recobrarla⁸¹. Por nosotros se hizo ante ti vencedor y víctima, y por eso vencedor, por ser víctima; por nosotros sacerdote y sacrificio ante ti, y por eso sacerdote, por ser sacrificio, haciéndonos para ti de esclavos hijos, y naciendo de ti para servirnos a nosotros.

Con razón tengo yo gran esperanza en él de que sanarás todas mis dolencias por su medio, porque el que está sentado a tu diestra te suplica por nosotros⁸²; de otro modo desesperaría. Porque muchas y grandes son las dolencias, sí; muchas y grandes son, aunque más grande es tu Medicina. De no haberse hecho tu Verbo carne y habitado entre nosotros, con razón hubiéramos podido juzgarle apartado de la naturaleza humana y desesperar de nosotros.

70. Aterrado por mis pecados y por el peso enorme de mi miseria, había tratado en mi corazón y pensado huir a la soledad mas tú me lo prohibiste y me tranquilizaste, diciendo: Por eso murió Cristo por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió por ellos⁸³.

He aquí, Señor, que deposito en ti mis preocupaciones, a fin de que viva y pueda considerar las maravillas de tu ley⁸⁴. Tú conoces mi ignorancia y mi debilidad: enséñame y sáname. Aquel tu Unigénito en quien se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia⁸⁵, me redimió con su sangre. No me calumnien los soberbios⁸⁶, porque pienso en el precio de mi rescate, y lo como y lo bebo y lo distribuyo, y, pobre, deseo saciarme de él en compañía de aquellos que lo comen y son saciados. Y alabarán al Señor quienes le buscan⁸⁷.

Introducción

La divina comedia

Dante Alighieri

La *Commedia*, texto que Dante Alighieri empieza a escribir probablemente alrededor de 1307, es un poema dividido en tres *Cantiche* (*Inferno*, *Purgatorio*, *Paradiso*), cada una compuestas por 33 *Canti*, más un *Canto* introductorio (total 100 *Canti*). La entera obra es escrita en *Terzina dantesca* (ABA, BCB, CDC), y en total se compone de 14233 versos.

El poema narra de un viaje cuyos significados son múltiples: literario, alegórico, espiritual, filosófico, teológico. El viaje tiene la función de enseñar a los lectores de cada época la condición de las almas *post mortem*, como explicado por Dante mismo en algunas cartas suyas, y se desarrolla durante los siete días de la Semana Santa en el año en el cual papa Bonifacio VIII convocó el primer Jubileo de la Iglesia – es decir, desde el 8 hasta el 14 de abril 1300 o desde el 25 hasta el 31 de marzo, dependiendo si el viaje empieza con el aniversario de la muerte de Cristo (25 de marzo) o con el Viernes Santo (8 de abril) –.

El viaje, alegóricamente, se puede interpretar como un recorrido de purificación moral y religiosa que cada ser humano en su vida terrenal puede, y tiene, que aprender para poder alcanzar la salvación eterna. En este sentido, cada personaje que aparece en la *Commedia* tiene un doble aspecto. Al aspecto histórico se añade el aspecto simbólico. Dante mismo, desde esta perspectiva, es el poeta de Florencia que ha nacido en 1265, autor de varios textos filosóficos-literarios (aspecto histórico), pero, al mismo tiempo, el profeta y arquetipo de cada ser humano (aspecto alegórico). Así Virgilio, máximo ejemplo de poeta clásico latino autor del *Eneide* y, al mismo tiempo, alegoría de la razón natural y de la potencia de la tradición clásica. Beatrice, a su vez, es la musa de Dante, la mujer muerta en joven edad que siempre inspiró el poeta, y personificación de la teología cristiana revelada y de la fe, en grado de conducir cada alma humana a la felicidad y a la salvación eterna. Esta es la razón por la cual Virgilio puede ser anfitrión de Dante solo en dos de los tres reinos del más allá, mientras que, en el tercer reino, el *Paradiso*, la guía de Dante solo puede ser Beatrice.

Los estudiantes podrán aprovechar de la lectura de dos de los cien *Canti* (uno del *Inferno* y uno del *Paradiso*) que componen la obra, pauta obligatoria de la cultura universal y umbral entre Medioevo y Edad Moderna. En particular modo, podrán apreciar las novedades extraordinarias de la *Commedia*.

Entre ellas, la particular dinámica narrativa del Alighieri. Dante enseña a cada lector varios ejemplos de puniciones o de premios que esperan pecadores y almas virtuosas, usando como ejemplos personajes “públicos”. Cada personaje es conocido tanto a sus

contemporáneos cuanto a nosotros en cuanto pertenece o a la historia, a la tradición mitológica o bíblica, o a la literatura.

Descender al *Inferno* permite a Dante ver cuál sea el destino de los pecadores, que él visita en nueve *gironi* concéntricos siempre más pequeños. Los *gironi* son poblados por las almas que cumplen sus sentencias en base a la *legge del contrappasso*: las almas padecen una pena que – por antítesis o por analogía – se basa en el pecado que cometieron en la vida terrenal. La gravedad de los pecados aumenta al descender los niveles infernales.

Toda otra experiencia espera a Dante en el *Paradiso* donde, con el auxilio de Beatrice, sube los varios *cieli*. Una luz progresivamente más fuerte lo acompaña hacia la final y fugaz visión de Dios. Será el autor mismo a confesar que no tendrá herramientas lingüísticas y conceptuales para describir esta última experiencia. La atmósfera del *Paradiso* es mucho más abstracta y más complejos son, lingüísticamente y conceptualmente, los diálogos con santos y beatos. Mas larga y densa es la experiencia de Dante en cada *cielo*.

La *Divina Commedia* tiene la singularidad de conectar en un instante las historias particulares de los hombres de todos los tiempos como un arco voltaico, que enlaza el escritor, el lector y los personajes. Analizar dos de los cien *Canti* de esta obra ayudará no solamente a los estudiantes a comprender el universo de transición desde la cultura medioeval hacia la modernidad, sino también a descubrir la trascendencia de los valores universalistas del hombre.

La divina comedia

Dante Alighieri

Inferno: Canto V

Así pues bajé del círculo primero
abajo al segundo, que menor espacio ciñe,
3 pero más dolor, más punzantes lamentos.
Horrible estaba Minos, rechinando dientes:
Examina las culpas en la entrada,
6 juzga y ordena, conforme se ciñe.
Digo que cuando el alma mal nacida
viene delante, toda se confiesa;
9 y aquel conocedor de pecados
ve cuál es su lugar en el Infierno:
Cíñese con la cola tantas veces,
12 cuantos grados abajo quiere sea puesta.
Siempre delante de él hay muchas almas
que van y vienen, cada cual al juicio,
15 dicen y oyen y después abajo son devueltas.
¡Oh tú que vienes al doloroso albergue
me dijo Minos al verme,
18 dejando su obrar de tan grande oficio,
guárdate de como entres y de quien te fíes:
¡Que no te engañe la amplitud de la puerta!
21 Y mi jefe a él: ¿Porqué gritas entonces?
No impidas su fatal camino:

Quiérese así allá donde se puede
24 lo que se quiere, y no más inquietas.
Ahora comienzan las dolientes notas
a dejárase oír: he llegado ahora
27 a donde tantos lamentos me hieren.
Vine a un lugar de toda luz mudo,
que ruge como tempestad en la mar
30 cuando contrarios vientos la combaten.
La tromba infernal, que nunca calma,
arrastra en torbellino a los espíritus,
33 volviéndose, y golpeando los molesta.
Cuando llegan ante su propia ruina,
allí son los gritos, el llanto y los lamentos,
36 aquí blasfeman de la virtud divina.
Supe que a un tal tormento
sentenciados eran los pecadores carnales
39 que la razón al deseo sometieron.
Y como las alas llevan a los estorninos
en tiempo frío, en larga y compacta hilera,
42 así aquel soplo a los espíritus malignos
de aquí, de allá, de abajo a arriba, así los lleva;
nunca ninguna esperanza los conforta
45 de algún reposo, o de disminuida pena.
Y como van las grullas entonando sus lamentos
componiéndose en el aire en larga fila;
48 así vi venir, exhalando gemidos,
sombras llevadas por la dicha tromba:

Por lo que dije: Maestro, ¿quienes son aquellas
51 gentes, a quienes el negro aire así castiga?
La primera de aquellos de los que noticia
quieres, me dijo entonces,
54 fue emperatriz de muchas lenguas.
Al vicio de la lujuria estaba tan entregada,
que en su reino fue ley la lascivia
57 por no caer ella misma en el escarnio en el que estaba.
Es Semíramis, de la que se lee,
que sucedió a Nino y fue su esposa,
60 tuvo la tierra que Soldán tiene ahora.
La otra es aquella que se mató amorosa
y quebró la fe de las cenizas de Siqueo;
63 tras ella viene Cleopatra lujuriosa.
Vi a Helena por quien tiempo hubo
tan malvado, y vi al gran Aquiles,
66 que al final combatió con amor.
Vi a Paris, a Tristán; y a más de mil
sombras mostróme y señalóme con el dedo,
69 que de esta vida por amor partieron.
Luego que hube a mi Doctor oído
nombrar las mujeres antiguas y los caballeros,
72 la piedad me venció, y quedé como aturdido.
Y comencé: Poeta, a aquellos que juntos
tan gustosamente van, yo hablaría,
75 que parecen bajo el viento tan ligeros.
Y él a mí: Verás, cuando más cerca

estuvieren: y tú por el amor que así los lleva
78 los llamarás entonces; y ellos vendrán.
Tan pronto como el viento a nos los trajo
les di la voz: ¡Oh dolorosas almas
81 venid a hablarnos, si no hay otro que lo impida!
Como palomas por el deseo llamadas,
abiertas y firmes las alas, al dulce nido,
84 cruzan el aire por el querer llevadas:
Así salieron de la fila donde estaba Dido,
a nos vinieron por el maligno aire,
87 tan fuerte fue el afectuoso grito.
¡Oh animal gracioso y benigno,
que visitando vas por el aire negro enrojecido
90 a nosotros que de sangre al mundo teñimos:
Si fuese amigo el Rey del universo,
a El rogaríamos que la paz te diera,
93 por la piedad que tienes de nuestro mal perverso.
Di lo que oír y de lo que hablar te place
nosotros oiremos y hablaremos contigo,
96 mientras se calla el viento, como lo hace.
La tierra, en la que fui nacida, está
en la marina orilla a donde el Po desciende
99 para gozar de paz con sus afluentes.
Amor, que de un corazón gentil presto se adueña,
prendó a aquél por el hermoso cuerpo
102 que quitado me fue, y de forma que aún me ofende.
Amor, que no perdona amar a amado alguno,

me prendó del placer de este tan fuertemente
105 que, como ves, aún no me abandona.
Amor condújonos a una muerte:
el alma que nos mató caína tiene que la espera.
108 Así ella estas palabras dijo.
Al oír aquellas almas desgraciadas,
abatí el rostro, y tan abatido lo tuve,
111 que el Poeta me dijo: ¿Qué estás pensando?
Cuando respondí, comencé: ¡Ay infelices!
¡Cuán dulces ideas, cuántos deseos
114 no los trajo al doloroso paso!
Luego para hablarles me volví a ellos
diciendo: Francisca, tus martirios
117 me hacen llorar, triste y piadoso.
En tiempo de los dulces suspiros,
dime pues ¿Cómo amor os permitió
120 conocer deseos tan peligrosos?
Y ella a mí: No hay mayor dolor,
que, en la miseria recordar
123 el feliz tiempo, y eso tu Doctor lo sabe.
Pero si conocer la primera raíz
de nuestro amor deseas tanto,
126 haré como el que llora y habla.
Por entretenernos leíamos un día
de Lancelote, cómo el amor lo oprimiera;
129 estábamos solos, y sin sospecha alguna.
Muchas veces los ojos túvonos suspensos

la lectura, y descolorido el rostro:
132 mas sólo un punto nos dejó vencidos.
Cuando leímos que la deseada risa
besada fue por tal amante,
135 este que nunca de mí se había apartado
temblando entero me besó en la boca:
el libro fue y su autor, para nos Galeoto,
138 y desde entonces no más ya no leímos.
Mientras el espíritu estas cosas decía
el otro lloraba tanto que de piedad
141 yo vine a menos como si muriera;
y caí como un cuerpo muerto cae

Paradiso: Canto XXXIII

Virgen Madre, hija de tu hijo,
humilde y alta más que otra criatura,
3 término fijo del consejo eterno,
tú eres quien la humana natura
ennobleció tanto, que su hacedor
6 no desdeñó hacerse su hechura.
En tu vientre se reencendió el amor,
a cuyo calor en la eterna paz
9 ha germinado así esta flor.
Para nosotros eres aquí meridiana faz
de caridad, y abajo, entre los mortales,
12 eres de la esperanza fuente vivaz.
Señora, eres tan grande y tanto vales,
que quien quiere gracia y a ti no se acoge,
15 su deseo quiere que sin alas vuele.
Tu benignidad no sólo socorre
a quien demanda, mas muchas veces
18 liberal al demandar precede.
En ti misericordia, en ti piedad,
en ti magnificencia, en ti se aduna
21 cuanto en la criatura hay de bondad.
Ahora, este, que de la ínfima laguna
del universo hasta aquí ha visto
24 las vidas espirituales una a una,
te suplica, por gracia, de virtud
tanta, que pueda con los ojos alzarse

27 más alto hasta la última salud.
Y yo, que nunca por mi propio ver me inflamé
como hago por el suyo, todas mis preces
30 te ofrezco, y ruego que no sean escasas,
por que de toda nube lo deslignes
de su mortalidad con tus ruegos,
33 para que el sumo placer se le despliegue.
Aún más te ruego, reina, que puedes
lo que quieres, que conserves sanos,
36 luego de tanto ver, sus afectos.
Venza tu guardia las mociones humanas:
¡Mira a Beatriz con cuantos beatos
39 a favor de mis ruegos juntan las manos!
Aquellos ojos de Dios amados y venerados,
fijos en el orador, demostraron
42 cuánto los ruegos devotos le son gratos;
de allí a la eterna luz se alzarón,
de lo cual no debe creerse que pueda
45 una criatura dirigir un mirar tan claro.
Y yo que al final de todas mis deseos
me acercaba, como era natural,
48 calmé el ardor en mí de mi deseo.
Bernardo me indicaba y sonreía
para que mirase arriba; mas yo estaba
51 ya por mi mismo como él quería;
porque mi vista, venida sincera,
más y más se metía por el rayo

54 de la alta luz que en sí misma es verdadera.
De aquí en adelante mi mirar fue mayor
que nuestra charla, que a la visión cede,
57 y cede la memoria a grandeza tanta.
Como quien soñando mira,
que tras el sueño la emoción impresa
60 queda, y lo otro la mente no retiene,
así estaba yo, que casi a su término llegada
mi visión, todavía me destila
63 en el corazón el dulzor que nació de ella.
Así al Sol la nieve se desliga;
así al viento en las hojas leves
66 se pierde la sentencia de Sibila.
¡Oh suprema luz, que te elevas tanto
de los mortales conceptos! A mi mente
69 presta de nuevo un poco de lo que parecías,
y haz mi lengua tan potente,
que al menos una chispa de tu gloria
72 pueda dejar a la futura gente;
pues, por volver un tanto a mi memoria
y por resonar un poco en estos versos,
75 más se comprenderá de tu victoria.
Creo yo, por lo intenso que sufrí
del vivo rayo, que me habría perdido,
78 si mis ojos de él hubieran partido.
Y recuerdo, que por ello más audaz
me hice a soportar tanto, que uní

81 mi mirada al valor infinito.
¡Oh abundante gracia por la que presumí
fijar la vista en la luz eterna,
84 tanto que la fuerza de la visión consumí!
En su profundo vi que se interna,
ligado con amor en un volumen,
87 todo lo que por el universo se desencuaderna;
sustancia y accidente y sus costumbres
cuasi confundidos entre sí, de modo tal
90 que lo que digo modesta es vislumbre.
La forma universal de este nudo
creo que vi, que al recordarlo,
93 diciendo esto, siento mayor gozo.
Un punto sólo me causa más letargo
que veinticinco siglos idos de la empresa
96 que movió a Neptuno a admirar la sombra de Argos.
Así mi mente enteramente suspendida,
fija miraba, inmóvil y atenta,
99 y siempre de admirar encendida.
Y en aquella luz tal uno se renueva,
que apartarse de ella hacia otro aspecto
102 es imposible que nunca se consienta;
pues el bien, que del querer es objeto,
entero en ella se encierra; y fuera de ella
105 es defectivo lo que allí es perfecto.
En adelante será más corta mi conversa,
sólo de lo que recuerdo, que la de un infante

108 que en el pezón baña todavía la lengua.
No era que más de un simple semblante
hubiera en aquella luz que yo miraba,
111 pues es siempre así como era antes;
sino porque la visión se avaloraba
en mi mirada, una sola apariencia,
114 mudando yo, por mi se trastocaba.
En la profunda y clara subsistencia
del alto lumbre me aparecieron tres giros
117 de tres colores y de un continente;
y uno de otro como iris de iris
parecía reflejo, y el tercero parecía fuego,
120 que aquí y allá igualmente se espire.
¡Oh! ¡Cuán poco es el decir y cuán flaco
mi concepto! y esto, y lo que vi,
123 es tanto, que no basta con decir “poco”.
¡Oh luz eterna que sola en ti sedes,
sola te entiendes, y por ti entendida
126 y tú te entiendes, amas y sonrías!
Aquel circular, que así concebido
parecía en ti como luz refleja,
129 contemplado por mis ojos en torno,
dentro de sí, de su color mismo,
me parecía ver pintada nuestra efigie;
132 porque mi rostro en él estaba metido todo.
Como el geómetra que se afana y aflige
por medir el cerco, y no encuentra,

135 pensando, el principio que precisa,
así estaba yo en aquella visión nueva;
ver quería cómo la imagen al círculo
138 correspondía y cómo allí se encontraba;
mas no bastaban las propias alas:
si no que mi mente fue herida
141 de un fulgor que cumplió su anhelo.
A la alta fantasía aquí faltaron fuerzas;
mas ya movía mi deseo y mi velle,
144 como rueda a su vez movida,
el amor que mueve el Sol y las demás estrellas.

Introducción

El príncipe Nicolás Maquiavelo

Nicolás Maquiavelo es uno de los pensadores más relevantes de la etapa renacentista. Perteneciente a una familia noble, pero con posición económica baja, se forjó una carrera prolífica alrededor de las familias prominentes de época como los Medici, los Sforza y los Borgia. Hombre de convicciones y con un carácter férreo, logró consolidar una visión del mundo en torno a la *“Real Politik”* que ha llegado hasta nuestros días. Considerado el padre de la política moderna, desarrolló las primeras observaciones en torno al ejercicio de la política y la soberanía. Como diplomático y político, sus experiencias y el contacto con las altas jerarquías que detentaban el poder, elaboró una forma de observar el mundo de los desacuerdos, la violencia y el ejercicio de la fuerza, de ahí que su pensamiento político, se construyera a partir de estas experiencias otorgando el centro de atención en el ejercicio de Estado y en las capacidades que los gobernantes tendrían que desarrollar para detentar el ejercicio del poder.

En la práctica, fue un hombre que aplicó sus estrategias en la diplomacia y en los mecanismos de fuerza para consolidar la soberanía, algunas veces sin resultados positivos. Su vida transitó en un crear, poner a prueba y ajustar las estrategias mediante el ejercicio de la política, para prevenir a los soberanos del uso de la fuerza, la crueldad y la violencia para mantener la soberanía de Estado y sus implicaciones. Hombre de experiencias y prácticas, sus obras se desarrollan a partir de las vivencias, las experiencias y sus teorías. Así la apuesta por crear y proponer una forma de pensar desde *“lo político”* y desde el soberano, condicionan al mundo una nueva realidad como condición para pensar de otro modo las alianzas, las fortalezas, las traiciones, las venganzas. Expuesto siempre a la sensibilidad de su entorno, se adelanta a su tiempo, previniendo el ciclo y el retorno la historia, donde las tensiones de las fuerzas y el azar condicionarán órdenes y controles siempre en tensión que reorganizarán a las formas de soberanía, de violencia, tensiones y resistencias en la sociedad.

El Príncipe

Entre la experiencia y las formas de confrontarla e impugnarla, Maquiavelo escribió obras vinculadas a esas vivencias y confrontaciones que la vida misma deparaba. En una posición siempre abierta, transitó en lugares innovadores para crear espacios aún no contemplados para pensadores de su tiempo. En este proyecto que se apuesta por la vida misma, la obra

El Príncipe, dedicada a manera de carta a Lorenzo de Medici “el magnífico”, será una de las más originales de su tiempo. Inspirada en César Borgia, miembro de una de las familias más complejas de su tiempo, elabora escenarios probables de ejercicio de poder y crueldad para mantener vigente la estructura del Estado y su soberanía.

Es así como condiciona una guía para los soberanos que se atrevan a detentar el poder y las estrategias para ejercerlo a partir de la violencia, la crueldad y en muchos casos el azar y la voluntad. En esta guía, plasma las condiciones de posibilidad para que el soberano acceda a una posición de pervivencia a costa del conflicto, la violencia y el ejercicio de la fuerza. En esta trama, desenmascara las funciones elementales de la violencia y la crueldad, como tácticas que los soberanos deberán implementar para mantener el orden y el control de la sociedad.

En este sentido, las virtudes del ser humano ocuparán una parte vital de su obra, ya que será cuestión de éstas que el desarrollo y el ejercicio de poder pueda ser fructífero o convertirse en una desgracia. En este sentido, el “príncipe” deberá desarrollar capacidades ambiguas y complejas para aparentar, pretender, engañar y convencer a sus súbditos, subyugarlos y someterlos mediante distintas prácticas bajo la directriz de la razón de Estado. Ahora bien, la obra a su vez devela una “advertencia” a los soberanos que decidan ejercer el poder, donde la apuesta por perderlo todo en ese azar estará siempre presente, y donde la caída podrá ser inminente. El príncipe a su vez será alguien que al detentar el poder bajo la razón de Estado, deberá exiliarse de sí, para concretar un proyecto “soberano” no infinito y siempre en riesgo de desaparecer.

Temática de la obra en el curso de Humanismo Clásico y Contemporáneo

La obra se inserta en el preámbulo de la discusión en torno al ser y lo “político”. La propuesta implica aproximarnos a eso que se entiende por *lo político* en ese pasado y su resonancia en lo actual a partir de esta pregunta: ¿Es posible pensar a la persona fuera de lo político? ¿Pensar la dignidad de la persona en lo político implica transformar su ejercicio en la actualidad? A partir de la problematización del ser, sujeto, individuo y persona, la obra del Príncipe se utiliza como un detonante para cuestionar que hemos adoptado y determinado como certeza en torno a las convicciones creadas desde la “*real politik*” que siguen atravesándonos hasta nuestro presente, y que influyen en nuestra toma de decisiones para constituirnos como verdaderas sociedades solidarias, vinculadas, fraternas y democráticas.

A su vez, la discusión de la obra se aborda desde el cuestionamiento histórico en torno a las virtudes humanas, consolidadas en el presente, que requieren un *repesamiento* responsable a partir de como la persona hoy, replica modelos en el ejercicio del poder, sin reflexionar previamente sobre sus condiciones y efectos. Se retoma el papel de la política y la dignidad humana, y si en la actualidad se contempla a la persona en el espacio del ejercicio de lo político. Como efectos de la discusión, la obra nos invita a cuestionar

conceptos heredados culturalmente como la libertad, la injusticia, la sujeción, la justicia, el orden y la violencia para dar una oportunidad a fomentar una crítica a aquello que se ha establecido como mandato para constituir una sociedad, y al mismo tiempo para cuestionar y proponer aquello que pudiera y debiera ser transformado en la emergencia de nuestra actualidad. En este módulo se trabaja mediante discusiones abiertas “foros” en mesas formadas por alumnos que eligen un concepto de la lectura para llevar a cabo su disertación y problematización en la sesión. El objetivo es fomentar un espíritu crítico en el alumno y que pueda a partir de un diálogo responsable, crear posibilidades para transformar su entorno, donde la sensación de impotencia se convierta en potencia.

Mtra. Marisol Ochoa

El príncipe

Nicolás Maquiavelo

ESTUDIO PRELIMINAR
por Ana Martínez Alarcón

Quien iba a ser uno de los pensadores más influyentes y denostados de la historia nació el mes de mayo de 1469 en Florencia. Su padre era abogado y estaba bien relacionado con los círculos de humanistas y burócratas. En 1498, poco después de la caída de Savonarola, el joven Nicolás es nombrado jefe de la segunda cancillería de la república florentina. En cumplimiento de los deberes de su cargo, llevó a cabo algunas misiones diplomáticas ante el rey de Francia, el papa y el emperador. Uno de estos desplazamientos como embajador de su patria le dio la oportunidad de tratar con un personaje que los críticos señalan entre los posibles modelos para El príncipe: César Borgia. Maquiavelo quedó muy impresionado por la personalidad del duque Valentino, por su amplitud de miras y su encanto personal, pero también percibió sus limitaciones, sus defectos, su casi desesperada fe en su buena estrella.

En 1501, Maquiavelo se casa con Marietta Corsini, con la que tuvo seis hijos y a la que siempre trató con afectuosa ternura, lo que no le impedía engañarla con cierta frecuencia. Nuevas misiones le llevan a conocer a otro gran personaje, el papa Julio 11, cuya política critica con dureza. Tal vez piensa sobre todo en él, y en lo que representó su actuación en los negocios humanos, cuando, más adelante, escribe en los Discursos que la culpa de que Italia no sea un país unificado y poderoso, como Francia o España, la tiene sobre todo la Iglesia, «pues, residiendo aquí y teniendo dominio temporal, no ha sido tan fuerte ni de tanta virtud como para hacerse con el dominio unificado de Italia y convertirse en su príncipe, pero tampoco ha sido tan débil que no haya podido, por miedo a perder su poder temporal, llamar a un poderoso que la defiende contra cualquiera que en Italia se vuelva demasiado potente» 1 •

Entre tanto, en Florencia se estaba llevando a cabo una reforma constitucional que, inspirándose en el modelo veneciano, trataba de fortalecer las instituciones republicanas y acabar con el doble peligro que suponían las luchas entre facciones, y las tentaciones monárquicas de las grandes familias en general y de los Medici en particular. Maquiavelo apoya fervientemente la idea, pero abriga ciertas dudas sobre su éxito, sobre todo porque, entre el puñado de excelentes y bien intencionados varones encargados de llevar las riendas del estado, no encuentra a ninguno con la suficiente energía para conducir a buen término una tarea tan complicada como es la reforma de un Estado.

Trata de insinuar respetuosamente al gonfalonero vitalicio, Pietro Soderini, que sería necesario llevar a cabo una política más decidida y menos blanda, pero sus avisos se ignoran

o no se saben poner en práctica. En el otoño de 1512, tras el saqueo de Prato por las tropas españolas, la indecisión gubernativa da sus frutos de desastre. Los Medici entran triunfalmente en Florencia, disuelven el régimen republicano y dismantelan su proyecto de reforma del Estado. El gonfalonero marcha al destierro, y otros funcionarios y simpatizantes de la república corren la misma suerte.

También Maquiavelo, amigo y colaborador de confianza del supremo magistrado, pierde su cargo y es confinado. Unos meses después, en febrero de 1513, lo encarcelan y torturan acusado de formar parte de una fracasada conjura antimedicéa. Tras pagar una multa, queda en libertad por falta de pruebas y vuelve a la relativa paz de su destierro. Va a comenzar el período más intenso de su actividad intelectual. Forzado a abstenerse de toda participación activa en la política, tuvo que dedicar todo su tiempo a la reflexión sobre ella.

Pero lo que hace tan original el pensamiento de Maquiavelo es que en él se funden varios elementos en una unidad vital. Su cultura clásica, su experiencia diplomática, su agudeza, su claridad de análisis, su interés por lo que pasaba a su alrededor, y también su fiebre visionaria de futuro y su vocación para la actividad pública: todo se amalgama en una meditación que es proyecto. Como ha sabido ver Chabod en su hermoso libro sobre Maquiavelo, en este autor «mundo lógico e imaginativo y pasional, seguridad de coordinación y de comprensión, vigor de síntesis unificadora y voluntad de acción práctica se compenetran en una organicidad tal de la que no se puede separar el más mínimo elemento sin que se haga trizas en las manos.

Esto, y no sus ideas, es lo que hace verdaderamente peligroso a Maquiavelo; ésta fue la razón del temor y la repulsa que causaron sus páginas. El las ofrece como un arma agudísima, forjada con su sangre, con su ser entero, pulida y perfecta: un brillo que, como las dagas mágicas de los cuentos, parece buscar por sí solo la herida destinada.

Ardiente e irónico a la vez, siempre quiso modelar el futuro. Buscó hacerlo en la práctica política, y también probó el otro camino, menos directo y rápido, pero que podía llevar a frutos más duraderos. Intentó dirigir a los otros, a quienes sí estaban en condiciones de actuar, manejando los hilos a través de libros hermosos y provocativos, llenos de sueños, que como una carga de profundidad estallando de futuro.

En su ocio, empezó a escribir los Discursos sobre la primera Década_ de Tito Livio, y leía y comentaba las páginas recién acabadas en un pequeño grupo de correligionarios republicanos, que se reunía para charlar y conspirar en los jardines de Cosimo Rucellai, los llamados «Orti Oricellari». En este libro toma a los antiguos romanos como pretexto para su reflexión política sobre temas contemporáneos, y como modelo para una futura república italiana unificada, cuyo corazón y guía había de ser Florencia, la ciudad tan amada e ingrata.

De pronto, interrumpe su labor y sistematiza algunas de sus ideas sobre el gobierno y el poder personal en un tratado pequeño, que escribe en pocos meses. Lo termina en la Navidad de 1513 y lo dedica a Lorenzo de Medici. El libro se llama El príncipe, y todavía hoy nos deslumbra.

¿ Por qué Maquiavelo, encarcelado y torturado por conspirador republicano, escribe ese mismo año un tratado sobre los principados, y además lo dedica al Medici felizmente reinante? La obra versa sobre los modos de adquirir y conservar el poder; ¿quería ayudar a su destinatario a mantenerse en el cargo? Algunos autores piensan que lo que nuestro florentino busca es conseguir de nuevo un cargo en la administración.

Es posible que; sí sea, y eso no significa que haya abandonado sus antiguas convicciones. Para él, el primer mandamiento de un político es ser realista, conocer las circunstancias y adaptarse a ellas. Nunca recomienda el aislamiento; se puede uno resignar a él, si no hay más remedio, pero no elegirlo. Es preciso conservar o adquirir, aun en las circunstancias más desfavorables, una parcela de poder que permita intervenir de algún modo en los acontecimientos, sea directamente, sea influyendo en el príncipe, o incluso ganándose su confianza para arrebatarle el poder o asesinarlo con las mayores garantías de éxito; hay múltiples opciones, desde servir a la patria como un funcionario fiel y desinteresado, tratando de mejorar las cosas en la medida en que lo permitan las propias capacidades, hasta dar un golpe audaz y alzarse personalmente con el dominio absoluto: cada cual puede elegir según sus deseos o su fortuna; lo único inadmisibles es seguir fuera de la escena política. Por eso, es muy probable que Maquiavelo buscara, con su libro, el perdón de la familia Medici y un nuevo empleo en la cancillería. Si es así, no logró su propósito .

Sólo consiguió que se le encargaran algunas misiones aisladas, de poca importancia, así como que se le confiara la redacción de una Historia de Florencia. Los Medici no apreciaron sus méritos o desconfiaron abiertamente de él.

A este ocio forzoso debemos sus espléndidos Discursos *sobre la primera Década de Tito Livio*, su Historia de Florencia, tan llena de cálidos elogios a la libertad civil pese a su condición de obra encargada por un Papa Medici, sus mordaces obras de teatro. Nosotros, pues, casi nos congratulamos de esa desconfianza que lo mantuvo apartado de la burocracia; Maquiavelo, en cambio, acumulaba frustraciones y amargura, y se consumía de dolor y de impotencia

Volviendo a los motivos que le impulsaron a escribir *El príncipe* y dedicarlo a Lorenzo, sospecho que este acto formaba parte de un plan más ambicioso. Quizá Maquiavelo creía que un príncipe ambicioso, de una familia enérgica, lista y con suerte, podía engrandecer Florencia y convertirla en cabeza de una Italia unificada, y redacta y envía su libro, concebido como un instrumento eficazísimo para mantener y acrecentar el poder, para ayudarle a culminar esa misión. Entonces, cumplida la primera parte del plan, sólo faltaría expulsar a los Tarquinos. Para formar el Bruto que haga posible la consecución de este segundo objetivo, escribe simultáneamente sus Discursos, más extensos, más profundos, llenos de una renovada moralidad cívica, de un coraje elegante y un vigoroso sentido del deber, y los dedica a sus contertulios republicanos de los «Orti Oricellari». Les ofrece un instrumento aún más poderoso y no menos práctico para liberar y reformar el Estado, engrandecerlo, y mantenerlo alejado de la corrupción el mayor tiempo posible. Si esta sospecha es cierta, *El príncipe* y los Discursos formarían parte de un mismo y ambicioso plan de futuro, en el que también se incluiría *Del arte de la guerra*, para regenerar Italia y devolverle, con nueva savia, el esplendor de la antigüedad romana. Un plan digno de este visionario de mirada

burlona, y tal vez la única utopía renacentista que, lejos de ser un juego crítico o un sueño, se pega a la tierra, exige ser puesta en práctica y demuestra su posibilidad con multitud de variados ejemplos, extraídos tanto de la historia antigua como de la realidad contemporánea.

De cualquier manera, ni los florentinos ni sus gobernantes se mostraron a la altura de lo que se pedía de ellos. Cuando en 1527, tras el saqueo de Roma, los Medici fueron otra vez expulsados de Florencia y se restauró, por breve tiempo, la república, Maquiavelo, enfermo y cansado, quiso cooperar. Rechazaron sus servicios. Lo juzgaban viejo y anticuado, y hasta sospechoso de colaboracionista. Desde aquel desdichado 1512, parece que resultaba sospechoso para todo el mundo. Definitivamente desilusionado, dejó de luchar y murió un mes más tarde, el 21 de junio de 1527. En 1532, y con el apoyo de las tropas españolas e imperiales, Alejandro de Medici asume el gobierno de Florencia con el título de duque, La libertad y la unificación tendrían que esperar algunos siglos.

II

El pensamiento político de Maquiavelo tuvo una enorme influencia incluso entre quienes la negaban más ostensiblemente, dedicando al pobre filósofo los peores insultos. De hecho, constituye una de las bases de la reflexión moderna sobre la política y la sociedad, pese a sus limitaciones, hijas de su tiempo, como el escaso papel concedido a la economía en el desarrollo de los acontecimientos. El secreto de su atractivo está, además de en su estilo directo y en esa vivacidad suya en una serie de innovaciones que delimitaban una nueva manera de ver y de entender la vida pública.

La antigüedad había considerado que la sociedad era un producto natural, un derivado de la propia constitución del ser humano, y respondía a unas leyes que, como las de la naturaleza, el hombre podía conocer, pero no alterar. En la Edad Media, la sociedad y la historia se contemplan como elementos integrantes de un grandioso plan divino de creación y redención, cuyo protagonista es la Providencia, y el hombre ha de plegarse a sus leyes a no ser que escoja el destino inútil y desdichado de los réprobos.

En el Renacimiento se adopta un nuevo punto de vista, y Maquiavelo es uno de los primeros y más explícitos exponentes de ese cambio. La organización social aparece ahora como un producto de la acción humana; el hombre es el protagonista, responsable y artífice de la historia, y puede modelarla según sus deseos y necesidades. No es un fenómeno natural, ni tampoco el resultado de los designios de Dios, sino el fruto de las aspiraciones, los actos, planes y trabajo de los hombres: un producto nuevo salido de sus manos. Por tanto, es un artificio, como escribió lúcidamente J. A. Maravall⁶, o más bien un artefacto. Parece tener vida propia, como los autómatas de que tanto gustaban los renacentistas, pero, también como ellos, esa vida es el resultado del ingenio y actividad humanos. Como entidad artificial, aparece cosificado y objetivado, y ese producto, podríamos decir que manufacturado, recibe un nuevo nombre: es el Estado. Maquiavelo es uno de los autores que crean y consolidan este término, reflejo de una mentalidad distinta.

Este objeto debe ser adecuadamente estudiado. Así que es posible y necesario constituir la reflexión política como ciencia, y enseñar a los hombres a fabricar y manejar con mayores garantías de éxito ese maravilloso monstruo que fija y ordena las relaciones sociales. Conociendo las limitaciones y los obstáculos a que se enfrenta la acción humana, estableciendo claramente los fines de la actividad pública, y arbi-trando los medios más adecuados para conseguirlos con el auxilio del análisis racional y de la experiencia práctica, la política ya no será hija del confuso mestizaje entre principios generales y voluntarismo privado, sino que se convertirá en una ciencia objetiva y aplicada, sistemática y eficaz, que permita aprender unas técnicas específicas para dominar y controlar el objeto de su estudio con un mínimo de error y sin desperdiciar energías.

Esta ciencia es independiente de otras disciplinas. La actividad social persigue el bien común, y ese bien común se logra a través de un Estado fuerte y bien organizado, equilibrado en sus tensiones sociales y libre. De este modo, «el objetivo de mantener la libertad y seguridad de una república representa el valor supremo (en realidad decisivo) en la vida política»⁷; luego la ciencia política debe ocuparse de arbitrar los medios más apropiados para llegar a ese fin, y hacerlo de forma autónoma, sin tener en cuenta la opinión de otros saberes cuyo objeto y cuyo punto de vista es diferente.

Resultó particularmente llamativo y escandaloso que la política declarase su independencia respecto de la moral. Un acto será conveniente o no según sea beneficioso o perjudicial para conseguir el fin de mantener y acrecentar el Estado. Su valor moral es indiferente para el político; no le interesa, lo mismo que no le importa su entidad metafísica. Matar a un tirano es algo que puede ser o no útil para una re- pública, y el político debe establecer en qué circunstancias parece conveniente y, en ese caso, qué estrategia es la más segura para llevar a buen término la acción. Que asesinar sea moralmente reprobable no hace al caso, o será asunto de la ética, lo mismo que los procesos biológicos que explican el paso de la vida a la muerte son asunto de la medicina: el político no se ocupa ni de lo uno ni de lo otro, se queda en su propio campo de conocimiento. Las cosas funcionan de una cierta manera, y puede que esto resulte lamentable para un hombre de principios, pero es un hecho real que hay que aceptar con la frialdad de quien pretende un cono- cimiento objetivo y susceptible de aplicación práctica.

Por eso, la nueva ciencia política declara su indiferencia moral del mismo modo y por los mismos motivos que se abstiene de pronunciarse en cuestiones de física o aritmética. La ruptura con el universo mental del medievo se plasma en esta secularización de la vida política, donde comienzan a predominar valores de éxito, eficacia y bienestar, que han nacido en el seno de las ciudades y que, desde entonces y progresivamente, serán señas de identidad de una conciencia burguesa en ascenso.

Para que un político pueda poner en práctica sus planes, debe vencer una serie de limitaciones, adelantarse al futuro, ser previsor, flexible, con buenos reflejos para reconocer y aprovechar las ocasiones. Esto no es fácil, porque no sólo se necesita conocimiento, sino intuición y experiencia, y la vi- da del hombre es muy cona para permitir que cada uno aco- pie directamente tal tesoro de destreza. Afortunadamente, contamos con una maestra maravillosa y sapientísima: la historia. Quien sabe leerla e interpretarla cuenta con un

auxilio inapreciable para construir el futuro y comprender el presente. Por eso, los antiguos nos ofrecen una lección impagable y siempre actual. Maquiavelo descubre que la antigüedad nos pone en la mano una herramienta efficacísima para configurar la vida comunitaria, si sabemos analizar la historia críticamente, desentrañando las causas que determinaron que los acontecimientos transcurrieran así y no de otra manera.

Para que el conocimiento histórico sea provechoso para la acción, se requiere, además, partir de la creencia en que la naturaleza humana permanece, en lo esencial, idéntica. Sólo este presupuesto garantiza que lo aprendido en el pasado pueda tener aplicación práctica para el futuro. Maquiavelo estudia la historia desde una fe rotunda y esperanzada en la invariabilidad de nuestra naturaleza. No hemos cambiado, como no lo ha hecho el curso de los astros. Esto le permite pensar que es posible que Italia reviva sus antiguas glorias, que vuelva a ser tan grande y firme como en el esplendor de Roma. Y así lo advierte a sus contemporáneos, queriendo despertarlos, incitándolos a la tarea: «Que nadie desespere de conseguir lo que otros han logrado, porque los hombres nacen, viven y mueren siempre del mismo modo»

Amparado en esta creencia, Maquiavelo, con los ojos siempre puestos en el presente y, sobre todo, en el mañana, se inclina sobre los clásicos con mirada ávida, para escudriñar los secretos de su grandeza y proponer una línea de actuación política capaz de emular los éxitos de los antiguos, pero, eso sí, evitando sus fracasos.

Leyendo la Historia se observa que, por lo general, los Estados se organizan primero bajo la forma de una monarquía. Es una única persona, un legislador sabio, quien funda las naciones y les da leyes. Pero, como la monarquía es hereditaria, los sucesores suelen desmerecer del fundador, y los grandes se ponen de acuerdo para alzarse y destituirlo, instaurando una forma de gobierno oligárquica o aristocrática. Los nobles, de por sí orgullosos, hacen que su arrogancia resulte insoportable cuando son dueños del poder. Sus abusos incitan a los pueblos a tomar las armas, derrocar a los tiranos y dar paso a una etapa democrática. En la democracia suelen ser frecuentes las alteraciones, falta un ejercicio enérgico de la autoridad, y la libertad degenera así en desenfreno, lo que es aprovechado por alguien, más audaz y ambicioso o más amante de su patria que los demás, para tomar la dirección del Estado y fundar una nueva dinastía monárquica. Un pueblo podría estar así, dando vueltas y vueltas a esta rueda de las formas de gobierno, hasta la consumación de los siglos, si no fuera porque las naciones vecinas suelen aprovechar alguna de sus épocas de crisis para conquistarlo.

La causa de la inestabilidad de estas formas de gobierno no está sólo en la imperfección de la naturaleza humana, sino también en que esos esquemas puros son arquetipos que no resultan idóneos para la práctica política. Según Maquiavelo, la organización más perfecta y más estable del gobierno es la república mixta, que sintetiza elementos de la monarquía, la aristocracia y la democracia. Un poder popular, pero con una única cabeza visible que, aunque elegida, lo sea por un largo período de tiempo y con amplios poderes, aunque su autoridad se vea frenada por un organismo consultivo, integrado por los ciudadanos más poderosos y mejor preparados. Esta forma de gobierno canaliza la participación política de todos los estamentos sociales y, por lo tanto, disminuye el riesgo de los abusos, previene

los tumultos y alteraciones y facilita que la libertad se conserve celosamente, pero sin degenerar en anarquía. Se sale así de ese círculo de gobiernos «fluctuando alternativamente entre el despotismo y la relajación» 9, y el Estado, bien organizado, es estable, se mantiene unido, se hace cada día más fuerte y podrá ser más duradero.

Las instituciones deben procurar que la república, así ordenada se mantenga a salvo de la corrupción, mediante una legislación adecuada, un ejercicio del poder firme pero flexible, y una educación de los ciudadanos en el amor a la patria y a la libertad. También es muy importante que sean los propios ciudadanos los que defiendan a su patria con la fuerza de las armas, y por eso Maquiavelo dedicó muchas páginas a la necesidad de crear " ejércitos nacionales. Los mercenarios le parecen signo seguro de la ruina de una república, no sólo porque cuestan dinero, sino porque, al luchar por causas que no les conciernen, su valor y su arrojo no son precisamente ejemplares, y, por si fuera poco, es fácil corromperlos y hacerles cambiar de bando.

El ejército nacional garantiza la independencia de la re- pública; mantiene a los ciudadanos sanos, adiestrados y alejados de la molicie; hace realistas a los gobernantes, que aprenden a contar sólo con sus propias fuerzas, y consigue que la nación sea respetada entre sus vecinas. Además, como todos pertenecen a él, y siempre se lucha por los intereses de la patria común, los soldados están altamente motiva- dos, combaten con valentía y audacia y no traicionan a sus jefes. Por último, un ejército nacional no puede convenirse fácilmente en instrumento para ambiciones privadas, como sucede con los mercenarios, y es, pues, un firme apoyo de la libertad común.

Una república bien organizada es responsabilidad de todos. Sin embargo, en etapas cruciales de su existencia, como su fundación, un grave peligro por la invasión de un enemigo poderosísimo, una emergencia catastrófica, o la urgente necesidad de corregir y reformar el Estado, sea porque parece precipitarse en la corrupción, o porque sus instituciones se han quedado anticuadas, es mejor dejar las cosas en manos de un solo hombre, aunque lo ideal es que esté previsto también retornar a la normalidad de las formas mixtas tan pronto como el estado de los asuntos públicos lo haga posible.

A veces, una constitución especialmente rígida y unas condiciones de aislamiento geográfico o de pobreza del suelo aconsejan que la república se mantenga en su primer esta- do, sin conquistar nuevos territorios ni aumentar el número de sus ciudadanos, pero estas condiciones especiales son muy raras. No es normal que una cosa pueda conservarse mucho tiempo en su identidad. La naturaleza no se detiene nunca, y, del mismo modo, «como las cosas humanas están siempre en movimiento, o se remontan o descienden» 10 De manera que, si un Estado no quiere declinar, es absolutamente necesario que esté siempre en crecimiento, y las instituciones deben estar preparadas para encauzar esa dilatación constante. La ciencia política se desarrolla, pues, en tres fases: adquirir, conservar y aumentar; si falla la tercera, las otras se desmoronan.

Dado que los Estados crecen mediante el conflicto con otros, el arte de la guerra es parte fundamental de la educación del político y de su práctica cotidiana, y volvemos así a percatarnos de la necesidad de un ejército nacional, innovadora conquista de los Estados

modernos que Maquiavelo casi inventa, siendo desde luego, su propagandista más convencido.

El conflicto y la guerra son el nervio de las repúblicas, las engrandecen, las alejan del declive y la corrupción. Por eso, Maquiavelo desconfía muchísimo de los gobernantes pacíficos, y, aunque reconoce que a veces son necesarios para que la nación recobre fuerzas, se reorganice y descanse, piensa que, si se suceden consecutivamente dos de estos gobernantes, la república se precipitará irremediabilmente en la ruina total. La paz lleva al ocio, y éste al desorden y la aniquilación. Según nuestro florentino, no hay ningún descanso honesto, y ni siquiera las letras son ocupación digna de un ciudadano, a no ser que las haga compatibles con la espada o que, como en su caso, le sirvan de consuelo en la inactividad forzosa (y aun entonces las convierte en otro tipo de arma, todavía más afilada). Por eso aplaude la decisión de Catón, que prohibió a los filósofos la entrada en Roma, pues «una vez que las justas y disciplinadas armas han proporcionado victorias, y que las victorias han traído la paz, no hay ocio más aparentemente honesto que el de las letras para debilitar el vigor de los espíritus guerreros, y con ningún otro engaño más grande y poderoso que éste puede el ocio penetrar en las ciudades bien organizadas»

El nuevo Estado, que intentará superar los laureles de Roma, requiere, para gestarse, mantenerse y crecer, hombres nuevos, y Maquiavelo asume voluntariamente la responsabilidad de formarlos. Su concepto del gobierno ideal exige que todos participen en la acción política, y por eso piensa que no basta con adiestrar a una clase dirigente, sino que es imprescindible educar al pueblo. La tarea es ardua, sobre todo porque la única que se ha ocupado de aleccionarlo ha sido la Iglesia. El común, tiranizado y manejado desde hace siglos, no tiene la menor idea de la realidad de los mecanismos del poder y de su despliegue, no sabe cómo funciona el Estado, y sólo puede racionalizar los acontecimientos públicos aplicando los únicos conceptos que posee: las ideas morales aprendidas de la Iglesia. Pero esas ideas no sirven en este terreno. Maquiavelo trata de abrir los ojos de sus conciudadanos sobre los hechos tal como son y sobre su control, y les ofrece «la educación positiva de quien debe reconocer como necesarios determinados medios, aunque propios de tiranos, porque quiere determinados fines». Les da lecciones de realismo y de autonomía política: es buen gobernante el que tiene éxito, y malo el que fracasa.

Frente a la virtud que la Iglesia predicaba como ideal de la actuación humana, Maquiavelo coloca una nueva virtud (virtud) como cualidad esencial del ciudadano. Esta virtud es una mezcla de inteligencia y eficacia, valor personal y capacidad para conseguir los fines propuestos, amor a la patria y habilidad en el desempeño de las funciones públicas. Esa virtud permite adquirir y conservar el poder, y es esencialmente abierta y flexible, pues, para lograr el objetivo final, es preciso adaptarse a las limitaciones personales y a las circunstancias externas, saber cambiar con la variación de los tiempos, tener recursos para cualquier situación nueva o imprevista, ser capaz de convenir la necesidad en acción, y contar con la suficiente sabiduría y sagacidad para prever el futuro y adelantarse, en lo posible a él.

Escudriñar el futuro es difícil, y conviene tener una reserva de improvisación y buenos reflejos, pues en los sucesos venideros no sólo intervienen factores que se pueden calcular

y contener, con un conocimiento adecuado, sino también otros imprevisibles, porque son hijos del azar, de la fortuna. La fortuna es ciega y caprichosa, y por eso no podemos adelantarnos a ella haciendo uso del análisis racional. A diferencia de la Providencia, que sigue el plan establecido por una mente similar a la humana, aunque infinitamente más sabia y poderosa, cuyo curso se puede, en consecuencia, comprender y adivinar, al menos en sus líneas generales, «la fortuna no tiene ningún objetivo ni designio más allá demostrar su poder y mostrarlo malignamente; los bienes ocultos que parece traer son obtenidos por los hombres en el acto de superar a la fortuna con el objeto de reducirla a la seguridad de las revoluciones del sol.

Virtu y fortuna mantienen, pues, un encarnizado combate por el dominio de la Historia. Pero Maquiavelo es fundamentalmente optimista con respecto al resultado final de esta lucha. Si bien es cierto que, en ocasiones, estrategias calculadas con meticuloso cuidado por hombres de gran mérito se vienen abajo, desoladoramente, por un golpe brutal de la fortuna, la virtud puede reducir al mínimo las posibilidades del azar. Para ponerse a salvo, en lo posible, de los embates de la fortuna, hay que comportarse como los marineros diestros, que procuran evitar las tempestades pero que, cuando se encuentran con una, no se le enfrentan de proa, sino que se doblegan a ella, adaptando su navegación a sus sinuosidades, y así, obedeciéndola, la vencen. La previsión evita muchas de estas tempestades del azar, pero, cuando pese a todo se producen, hay que ir con los vientos, y de esta manera, lejos de quedar aniquilado, hasta se puede sacar provecho de lo imprevisto. Como demuestra la experiencia cristalizada en la historia, «los hombres pueden secundar a la fortuna, pero no oponerse a ella; pueden tejer sus redes, pero no romperlas» 14. Y ese saber plegarse, pero sin soltar las riendas es otro aspecto de la virtud; de modo que, a la larga, siempre puede vencer. Los hombres no son gran cosa, y Maquiavelo no confía en absoluto en sus bondades, pero al menos son los protagonistas de la Historia.

III

El príncipe fue redactado en el verano y el otoño de 1513. Maquiavelo, en una carta del 10 de diciembre de ese año a su amigo Francesco Vettori, le cuenta su vida cotidiana en su pequeña propiedad de Sant'Andrea in Percussina, tan cerca y tan lejos de Florencia. Se levanta antes del amanecer y sale a pasear por el campo. A veces caza, a veces charla con los campesinos. Lleva un libro bajo el brazo: Petrarca o algún poeta latino, y se sienta en una fuente a leer versos y a recordar amores. Después se va a la posada, donde interroga a los viajeros, con una cortesía que no oculta del todo su impaciente y febril sed de noticias, sobre las novedades de Florencia y de sus lugares de origen. Vuelve a casa a comer, y torna a la posada para jugar a las cartas. Al anochecer, regresa a su casa, y entonces se refugia en un mundo exclusivamente suyo. Es como si la vulgaridad de la jornada no fuera más que un disfraz para proteger mejor ese jardín secreto, como si se escondiera en gestos comunes para que nadie sospechara su tesoro, del mismo modo que los avaros, velando por ocultar su riqueza, se cubren de paños harapientos. El día no ha sido más que un prólogo para la verdadera vida, un prólogo ascético, que por el contraste y la espera hace más precioso el momento en que, entrando en su estudio, se reviste mentalmente con un traje curial y

entra en conversación con los difuntos, como dirá más tarde Quevedo, otro gran lector y también político frustrado. Esos ilustres varones del pasado, escribe Maquiavelo, lo acogen amablemente y le ofrecen esa vida para la que siente que ha nacido. «Durante cuatro horas -prosigue- no siento fastidio alguno; me olvido de todos los contratiempos; no temo a la pobreza, ni me asusta la muerte.»

Pero estas veladas, en las que el apasionado ex canciller florentino se siente en su ambiente, discutiendo, a través de los libros, con los grandes sabios de la Antigüedad, no le sirven sólo para confortar su espíritu o para soñar, sino para analizar, a la luz del pasado, los actualísimos problemas de la Italia de su tiempo, y para tratar de cimentar un futuro diferente. Así que, en la misma carta, tras confiarle a su amigo el placer y el sosiego que le proporcionan sus diálogos con los clásicos añade: «He anotado cuanto he podido alcanzar de sus conversaciones y compuesto de esta manera un opúsculo, *De principatibus*, en el cual ahondo cuanto puedo los problemas de tal asunto, discutiendo qué es un principado, cuántas clases hay de ellos, cómo se adquieren, cómo se mantienen, por qué se pierden» 16; termina anunciando su intención de dedicar el libro al de Medici, que como príncipe nuevo, encontrará en él consejos muy oportunos.

Hemos asistido al nacimiento del libro más famoso de Maquiavelo, el que había de traerle más fama, aunque no siempre buena. Él no lo supo nunca; ni siquiera llegó a verlo publicado, pues no se editó hasta 1532.

El príncipe está escrito en un italiano fluido y preciso, con algunas incorrecciones que lo embellecen, acentuando su naturalidad y ese aire urgente que acaba con cualquier indiferencia del lector, implicándole en el asunto. Se lee no sólo con facilidad, sino con placer. Consta de una dedicatoria preliminar y veintiséis capítulos, cuyos títulos están en latín.

Pese a que se supone que la dedicatoria tenía que servir para que Maquiavelo se ganase el favor de los Medici, el tono es digno y hasta un poco altanero. En un estilo suave, nuestro autor hace ostentación de su origen modesto, exagerándolo incluso, y de sus méritos y capacidades para la práctica política. A este propósito, ensalza la utilidad de la historia y de su lectura reflexiva, sobre todo si se combina con la experiencia directa. Al nuevo amo de Florencia apenas le dedica unas líneas, y toda su adulación se reduce a afirmar que este príncipe tenía muy buena suerte, y que sus cualidades, que no especifica, parecen prometedoras.

El libro trata exclusivamente de los principados y de cómo se adquieren y conservan. En cuanto a lo primero, los príncipes llegan a serlo o por herencia o fundando una dinastía. Un príncipe hereditario que extiende su dominio a nuevos territorios es considerado en estos últimos como fundador, y su comportamiento en esos países recién adquiridos ha de ser diferente al observado en los dominios heredados, pues un principado nuevo se pierde con mayor facilidad.

Maquiavelo detesta la política que sólo -busca vivir al día. Para tener éxito, hay que actuar ocupándose no sólo el presente, sino también del futuro, intentando evitar en lo posible los problemas. Atribuye la grandeza y estabilidad del Imperio romano a su planificación, tan

ambiciosa y al mismo tiempo tan previsora, y está convencido de que los continuos fracasos de la república florentina tienen su raíz en que nunca ha trazado una línea de actuación a largo plazo, tomando en cuenta el mayor número posible de factores.

Según esto, y aunque «el deseo de adquirir es, verdadera- mente, algo muy natural y ordinario» 17, un príncipe deberá pensar en el porvenir antes de adquirir nuevos estados, pues no hay mayor error que empeñarse en hacerlo cuando no se tienen las suficientes fuerzas y posibilidades. Y por muchos ejércitos que se pongan en campaña, nunca se logrará entrar en una provincia con éxito si no se cuenta con el favor de algún sector de sus habitantes.

Un estado nuevo se adquiere por la fuerza o por la astucia, aunque el medio más seguro es una combinación de ambas. Los métodos difieren según las propias características del país que se quiere anexionar, pues, si éste está muy unido, el atacante tendrá que depender exclusivamente de sus propias fuerzas, mientras que, en el supuesto contrario, puede hacer que actúe a su favor la desorganización del otro.

Un caso especial de nuevo príncipe es el de aquellos que, habiendo nacido ciudadanos particulares, se hacen con el poder supremo. Esta es una meta difícil, pero puede alcanzarse por muchos caminos.

El primero es el de aquellos que llegan a príncipes gracias a sus dotes personales. Necesitan, es cierto, encontrar una ocasión propicia, sin la que su talento se hubiera sepultado en el olvido, pero la ocasión por sí sola, sin sus excelentes cualidades, no hubiera podido alzarlos. Quienes adquieren así el principado, gracias a su virtud, encuentran al principio grandes dificultades, sobre todo porque fundan nuevas instituciones y dan nuevas leyes, pero en cambio se mantienen en el trono con bastante seguridad, porque suelen ser bene- factores y porque han aprendido a fiarse sólo de sus propios recursos.

Hay otros que lo deben todo a la fortuna. Estos llegan al poder casi sin esfuerzo: «en su camino no encuentran ningún obstáculo, se diría que vuelan» 18. Normalmente, reciben la ayuda de ejércitos ajenos. En verdad, parece que Maquiavelo está trazando el retrato de los reinstalados Medici, y el boceto se vuelve amenazador cuando añade que quienes así alcanzan el uno encuentran 'infinitas dificultades para mantenerse en él, pues ni merecen su suerte, ni pueden esperar vivir seguros, a no ser que sigan supeditados a quienes les ayudaron, que habitualmente son volubles, y que dejarán de protegerles cuando ya no convenga a sus intereses. Hay un tercer camino, más tortuoso y oscuro: el de quienes alcanzan la corona por medio de crímenes y traiciones. Estos alcanzan el poder rápidamente, pero para mantenerse en él deben emplear adecuadamente la crueldad. Maquia- vello aconseja un baño de sangre inicial, acompañado de algunas mejoras indudables para los súbditos que queden vi- vos, y luego no volver a emplear métodos violentos. En cam- bio, quienes se muestran indulgentes al principio, y se van haciendo cada día más crueles, han escogido la vía más rápida y certera para su propia perdición.

La última modalidad de ascenso al principado es hacerlo con el favor de los conciudadanos o de una facción de ellos, y ayudándose de lo que Maquiavelo llama «una astucia afortunada» 19. A quienes han logrado así la corona les es más segura la ayuda del pueblo

que la de los grandes, y por eso deberán procurar ganárselo, lo que es fácil, pues se suele contentar con que no se abuse de él. La forma de que estos príncipes permanezcan en el trono es que se las arreglen para parecer imprescindibles en toda circunstancia.

Un caso especial son los principados eclesiásticos. Para llegar a ellos se puede hacer uso de la virtud, la suerte, la astucia o el dinero, pero siempre respetando las formas que definen esa institución. Una vez adquiridos, se conservan sin esfuerzo. Maquiavelo habla de ellos en un tono fuertemente crítico, que atenúa con acentos burlones. La política terrenal de la Iglesia le indigna profundamente, no por motivos religiosos, sino porque le echa la culpa de la desunión y de las desdichas de Italia.

Una vez que ha tratado de los medios de hacerse con el poder, Maquiavelo pasa a ocuparse de cómo hay que actuar para mantenerse en él el mayor tiempo posible, acrecentándolo incluso.

En primer lugar, hay que tener en cuenta de qué tipo es el estado que se quiere mantener. Los principados nuevos ofrecen mayores dificultades, sobre todo si se ejercen sobre pueblos que tienen distinta lengua y costumbres. Sin embargo, un país al mando de un solo señor, del que todos los demás, cualquiera que sea su rango, se consideran siervos, será más fácil de retener que otro que cuente con una nobleza poderosa. En ese caso, conviene que el príncipe viva en los nuevos territorios, establezca colonias en ellos, procure evitar los motivos de rebelión y se presente como defensor del pueblo y azote de los grandes.

Pero los principados más difíciles de conservar son aquellos que se imponen a un pueblo libre. La libertad se olvida difícilmente, y el solo eco de su hombre tiene bastante poder para suscitar innumerables rebeliones y despertar los corazones de quienes fueron ciudadanos y se resisten a ser súbditos. Por eso, a quien se hace dueño de una ciudad así no le queda otra alternativa que reducirla a cenizas si quiere seguir siendo el amo. «No hay otro medio más seguro de posesión que la ruina. Y quien se apodera de una ciudad acostumbrada a vivir libre y no la destruye, que espere a ser destruido por ella.»

Sea cual fuere el tipo de principado que se intente consolidar, quien lo ocupa debe ser consciente de que no cuenta con otro apoyo que sus propios recursos. Incluso quienes le apoyaron en su ascenso resultan poco de fiar, y lo dejarán solo si lo ven en peligro, pues nunca se sentirán suficientemente recompensados, y así crecerá el descontento en sus corazones. Estas gentes resultan temibles en grado sumo, pues, aunque se insolenten, el príncipe no suele atreverse a castigar sus faltas con rudeza, ya que la gratitud por los favores pasados le ata las manos. Por eso debe el príncipe estar siempre vigilante. Cuidará sobre todo de que ningún súbdito, ningún estamento social, ninguna familia se engrandezca hasta extremos amenazantes, pues «quien favorece el poder de otro labra su propia ruina» 21 y ésta es una regla prácticamente infalible.

Maquiavelo se detiene especialmente en los asuntos militares. Todo príncipe que pretenda seguir firmemente sentado en el trono ha de saber que su único cimiento inmovible es un ejército propio, de cuya dirección y organización se encargará personalmente. Un príncipe desarmado es despreciable y está a merced de cualquiera.

Las tropas deben estar bien ejercitadas, sin interrumpir su adiestramiento en los períodos de paz. Los mercenarios y las tropas auxiliares prestadas por otros príncipes no sólo resultan, en la mayoría de los casos, totalmente inútiles, sino que, lejos de constituir una ayuda, son una amenaza constante y muy peligrosa. Únicamente son seguras las armas propias, o sea, aquellas en las que los ciudadanos defienden su patria. Sólo entonces el ejército será de confianza, pues la traición y la cobardía no tienen razón de ser cuando cada soldado hace suyo el interés de la batalla. De modo que Maquiavelo incita a los príncipes a armar al pueblo, poniéndoles por delante la seguridad del éxito militar. El conocía muy bien las consecuencias que se producirían si este consejo se llevaba a la práctica: armar al pueblo es hacerle árbitro de su libertad. Como explica serenamente en los Discursos, con las armas en la mano sólo un pueblo extremadamente vil y corrupto puede soportar la tiranía. Y, cuando la libertad se gana y puede conservarse por algún tiempo; es difícil que una ciudad se la deje arrebatarse de nuevo.

Pero Maquiavelo no piensa sólo en su fe republicana cuando envuelve en ejemplos antiguos y modernos este consejo envenenado. Sus ojos miran más lejos: quiere una Florencia unida y en pie de guerra, bien adiestrada y pertrechada, dispuesta a ponerse a la cabeza de una nueva nación italiana. Quiere que Italia recupere su iniciativa y expulse a los ejércitos extranjeros que llevan siglos disputándose sus pedazos como botín y utilizando sus disensiones como instrumento en ayuda de sus propios intereses. Sueña con una península libre, por fin, de los bárbaros y dispuesta a recobrar su hegemonía o, por lo menos, el respeto que se debe a sí misma.

Por lo que toca a la política interior, Maquiavelo advierte que es imposible que un príncipe reúna en sí todas las virtudes morales, y, aun en el caso de que fuera posible, no sería conveniente, pues los asuntos humanos requieren otra especie de capacidades. No hay que titubear, pues, en seguir aquel comportamiento que, aunque parezca vicioso a los ojos de la moral, proporcione a quien lo siga la seguridad y el bienestar. Y tampoco se pueden dar reglas generales, pues la personalidad del sujeto y las circunstancias de que se vea rodeado harán que resulte adecuado un tipo u otro de actuación.

Pese a estas salvedades, hay algunas reglas que, por lo común, dan buenos resultados si se aplican en la relación del príncipe con sus súbditos. En primer lugar, nuestro florentino recomienda que el gobernante se incline más bien a la tacañería que a la liberalidad; novedosa recomendación que no sólo se opone al desprendimiento predicado por la moral cristiana, sino también a la prodigalidad exhibida orgullosamente como distintivo de la conducta caballeresca.

Con respecto a la crueldad y la clemencia, no hay regla fija, pues depende mucho del carácter del gobernante y de sus necesidades. Maquiavelo es ardiente partidario de la disciplina, y piensa que sólo algunos jefes con buena estrella y poderosísima personalidad pueden permitir el lujo de ser clementes sin que la situación degenerare en el caos, que suele ser más sanguinario que el propio Calígula reencarnado. «Por lo tanto, un príncipe no debe preocuparse de la fama de cruel si con ello mantiene a sus súbditos unidos y leales. 22. Lo que sí ha de evitarse por todos los medios es la arbitrariedad; es más seguro ser

temido que amado, pero un rigor arbitrario vuelve odioso a quien lo ejerce, y el odio afila los puñales contra el tirano.

El capítulo dedicado a la mentira es casi un homenaje a la habilidad para violar sus juramentos de que hicieron gala dos políticos españoles de su tiempo: el papa Alejandro Borgia y Fernando el católico. Como filósofo e historiador Maquiavelo ama la verdad, pero como político la desaprueba por su ineficacia. Claro que la mentira que él recomienda no es un engaño descarado, tan inconveniente, a fuer de sincero, como la verdad misma, sino el disimulo, el arte de que todos crean en tu palabra para aprovechar su credulidad rompiéndola en tu beneficio. Nueva bofetada a la moral cristiana y al ideal caballeresco, que hacía un culto del mantenimiento de las promesas. En fin, concluye, lo más conveniente para un príncipe es aparentar una acendrada religiosidad acompañada de todas las virtudes morales, y no poseer realmente ni la una ni las otras.

Recomienda asimismo la prudencia, la previsión, la capacidad para rodearse de colaboradores sabios y expertos, aunque sin confiar excesivamente en ellos, y el rechazo de los aduladores, y afirma que le es muy útil al príncipe labrarse una reputación, y que nada cimienta tan sólidamente la fama como el atreverse a grandes empresas, aunque para hacerlo es preciso tener, además de osadía, un mínimo de posibilidades de éxito.

Los tres capítulos finales desvelan la intención de la obra. Se ha mostrado la conducta ideal del gobernante eficaz, y, si se analiza a la luz de estos consejos la manera de regir los asuntos públicos de la inmensa mayoría de los príncipes italianos contemporáneos, se puede observar que su actuación dista mucho del modelo propuesto. Si por algo se han caracterizado ha sido por una política corta de miras, desorganizada y sin iniciativa, de modo que, concluye nuestro autor, si Italia está hundida no se puede culpar de ello a la fortuna. Esta es como un gran río que, en sus crecidas, puede arrasarlo todo, pero los hombres prudentes son capaces de adelantarse a esas catástrofes, construyendo diques y canales que, aunque no evitan las crecidas, impiden que sus consecuencias sean destructivas. Pero «Italia... es un campo sin diques» 23 y la riada más pequeña es capaz de desbaratarla. Pero ahora Florencia, si lo desea, puede ser líder de su resurrección. La naturaleza no ha variado, y los italianos siguen siendo como aquellos que, en los tiempos de la expansión de Roma, conquistaron el mundo. Sólo hay que despertarlos y limpiarles la costra endurecida que han dejado en sus almas siglos de corrupción. Esto es tarea de un príncipe: siempre es un hombre solo el que funda o regenera las repúblicas. Si Lorenzo de Medici, destinatario de la obra, quiere hacer ese papel, las circunstancias son inmejorables, pues otro Medici, León X, ocupa el trono pontificio, de modo que el Vaticano, eterno obstáculo del resurgir de Italia, no se opondría esta vez a sus planes. Termina con una exhortación llena de urgencia: «No debemos, pues, dejar pasar esta ocasión para que Italia, después de tanto tiempo, encuentre un redentor» 24 • Pero nadie quiso ni supo escuchar.

IV

Aunque Maquiavelo prefiere buscar sus ejemplos en los antiguos romanos o en sus contemporáneos italianos, también cita a veces a políticos extranjeros. Visita habitual en

sus páginas son los reyes de Francia. Sin embargo, dos de los modelos más acabados del príncipe ideal son españoles: César Borgia y Fernando el católico. El primero, pese a algunos reparos, le parece tan capaz que recomienda a los príncipes nuevos que, si quieren tener éxito, lo tomen como guía. En cuanto a Fernando el Católico, a quien cita con frecuencia, y a quien alude otras veces sin nombrarlo, no parece resultarle simpático personalmente, pero alaba su parsimonia, rayana casi en la avaricia; su osadía, que sin embargo no es descabellada; su disimulo, tal vez excesivamente cínico, y, sobre todo, «su habilidad para enfrentarse con la necesidad» 25 y para salir airoso de las situaciones más imprevisibles

Pero este destacado lugar de los españoles entre los modelos del gobernante sagaz no fue óbice para que Maquiavelo fuera criticado, rechazado e insultado por los pensadores políticos españoles. Aunque El príncipe se incluyó muy pronto en el Índice de libros prohibidos, y aunque no existe ninguna traducción castellana impresa hasta el siglo XIX, es indudable que los españoles conocían y leían la obra, pues podían conseguir ejemplares de ésta a través de los dominios italianos de la corona, y la mayoría de las gentes cultas de la España de los Siglos de Oro, aunque no dominase a la perfección el toscano, sí sabía lo bastante como para entender los libros escritos en aquella lengua, como nos lo demuestra la cantidad de alusiones a literatos italianos que encontramos en nuestros hombres de letras, particularmente en los poetas, que incluso se atreven a intercalar en sus obras algunos versos en ese idioma, colocados con tanta soltura como incorrección gramatical.

El príncipe escandalizó en toda Europa y, desde luego, en España, y las reacciones en contra fueron muy violentas. En ellas se exagera el alcance de sus afirmaciones «acentuando el maquiavelismo más allá del nivel de Maquiavelo» 26. Convierten a su autor en una especie de monstruo abominable, y así, por ejemplo, uno de sus detractores, no contento con llamarle «hombre impío y sin Dios» y «ministro de Satanás», afirma que sus doctrina son aún más perniciosas que la herejía luterana, pues los herejes, aunque se equivocan gravemente y son un cáncer para la verdadera doctrina, al menos tienen alguna fe, y, entre sus muchos errores, brillan, por escasas que sean, ciertas chispas de verdad, mientras que «los políticos y discípulos de Maquiavelo no tienen religión alguna, ni hacen diferencia que la religión sea falsa o verdadera, si no es a propósito para su razón de Estado» 27 • Son además enemigos no declarados, y por lo mismo doblemente peligrosos.

Y es que la nueva concepción del actuar político que inauguraba el florentino chocaba radicalmente con la concepción cristiana de la vida, que era muy importante en España, no sólo por razones religiosas, sino también por intereses humanos, pues el rey de España se consideraba el campeón de la Iglesia romana y el brazo armado de la fe, lo que daba una justificación trascendental a su política de imperio.

Pero no era menos cierto que la propuesta de Maquiavelo no se podía dejar de lado: estaba llena de vitalidad, y su mezcla de racionalización y empirismo, de especulación y observación, de utopía y realismo, de innovación y tradición humanística, ponía de manifiesto toda su fuerza, se correspondía con su época de un modo que no permitía ignorarla. Por eso, hasta los más estrictos defensores de la moral cristiana se dan cuenta de que «no es suficiente refutar, no importa cuán habilidosamente, la tesis política de Maquiavelo. Se necesita también una alternativa capaz no sólo de afrontar con éxito las

demandas de la praxis política, sino de mantener incólume la supremacía moral de la religión sobre la política.

Pues Maquiavelo no sólo indicaba respuestas, sino que planteaba nuevas preguntas, hacía explícita la situación de deterioro del Barroco (1559-1640), Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1986, p. 15. hecho y manifestaba la necesidad de racionalizarla. A partir de sus obras, los pensadores deberán analizar el funcionamiento del Estado como un objeto autónomo. De lo que se trata es de defender esos intereses sin vulnerar la base ética del cristianismo, que era uno de los fundamentos de la cultura europea, y de «ofrecer al príncipe los medios de ser un gobernante efectivo sin dejar de ser un buen cristiano» 29• El anti maquiavelismo, para ser eficaz, no puede ser puramente negativo. Hay que ofrecer una alternativa y procurar que ésta resulte apetecible para los políticos, o sea, que les prometa un razonable porcentaje de éxitos. A esta tarea se aplicarán los detractores españoles de Maquiavelo: Barbosa, Rivadeneyra, Salazar, por citar sólo a los más declaradamente contrarios a este autor, entre una larga lista de educadores de príncipes.

Con el transcurso de los años, las propuestas se volverán cada vez más pragmáticas y muchas frases del autor maldito se refunden, sin citar su procedencia, o se amparan con la toga romana de Tácito. Posiblemente, Maquiavelo no lo hubiera desaprobado. La práctica política, está claro, no es asunto para santos, sino para hombres con los pies firmemente asentados en el suelo. Los consejos que se dan al rey para ayudarle en su difícil tarea se sitúan en el borde mismo de la moralidad cristiana, aunque sin vulnerarlo nunca, al menos de forma descarada. Esto da lugar a divertidas y alambicadas disquisiciones, donde se pone de manifiesto que la línea que separa lo permitido de lo prohibido es tan sutil como el cabello de un hada. Buen ejemplo de ello son las distinciones entre la mentira, vedada, y el disimulo, recomendadísimo.

Desde esta perspectiva, la política de Fernando el Católico, ejemplo vivo de muchas de las reglas de gobierno recopiladas en El príncipe, es reivindicada como modelo de la conducta de un príncipe sagaz pero cristiano, afirmando su ortodoxia moral.

Así, Saavedra Fajardo, tras recomendar al rey de España que dedique todo su afán a emular a tan ilustre antepasado, defiende su actuación, que encuentra ajustadísima a la doble norma de Cristo y del mundo. No era aquél rey taimado y mentiroso, sino avisado, y no era culpa suya si los demás caían en sus intachables redes: «No engañaba, pero se engañaban otros en lo equívoco de sus palabras y tratados, haciéndolos de suerte (cuando convenía vencer la malicia con la advertencia) que pudiera desempeñarse sin faltar a la fe pública» 30 • Curioso ejercicio de funambulismo para la educación de los monarcas.

Pero quizá el más conocido de los panegiristas de Fernando de Aragón sea Gracián. Para él, Fernando pudo ser catedrático de todos los políticos, en un tiempo en que los hubo muy capaces. Admira ante todo su flexibilidad, ese saber «gobernar a la ocasión», su sentido de la realidad, su penetración. Gracián ha leído a Maquiavelo, y sus ecos se escuchan a lo largo de todo el libro, pero, aunque recoge muchas de sus ideas, desaprueba su concepto general de la vida pública. Niega también que Fernando fuera astuto y falaz; tan sólo era prudente y callado. Gracián, tal vez la mente más lúcida del Barroco español odia demasiado la

falsedad para consentirle algún papel en la escena pública o privada. Y justifica su negativa afirmando que los mentirosos suelen perecer en sus propias trampas, y que basta leer la historia para comprobarlo. Además, «comúnmente cuantos afectaron artificio fueron reyes de mucha quimera y de ningún provecho» 31 • Pero en esta argumentación vemos que, aunque defiende que Fernando fue un rey suscitado por la Providencia para dilatar los triunfos de la fe, y se comportó, de acuerdo con tal misión, como un dechado de virtudes cristianas, sin embargo, la condena de la mentira no se basa en su incorrección moral, sino en su ineficacia política. El exiliado florentino se había colado de puntillas en el corazón mismo de la ortodoxia.

EL PRINCIPE

Nicolaus Maciavellus ad Magnificum Lavrentium Medicem

Suelen, · las más de las veces, aquellos que deseen captar la benevolencia de un Príncipe presentarse a él con aquello, de entre sus pertenencias, que más estiman o con lo que ven más ha de deleitarse; por eso vemos a menudo cómo les son ofrecidos caballos, armas, telas tejidas con oro, piedras preciosas y otros adornos semejantes dignos de su grandeza. Deseando yo, pues, ofrecerme a Vuestra Magnificencia.

Y aunque juzgo esta obra indigna de seros presentada, tengo, no obstante, confianza en que vuestra benevolencia querrá aceptarla, teniendo en cuenta que yo no puedo hacer ningún presente mejor que el de ofreceros la facultad de poder en brevísimo tiempo comprender todo cuanto yo, en tantos años y con tantas incomodidades y peligros he conocido y aprendido. Esta obra no la he adornado ni relleno con amplios párrafos o ampulosas y solemnes palabras o con cualquier otro ornamento o artificio formal con los que muchos acostumbra a describir y adornar sus cosas, porque he querido o que nada la distinga o que tan sólo la variedad de la materia y la gravedad del tema la hagan grata. Y no quisiera tampoco que se tuviera por presunción el que un hombre de baja e ínfima condición se atreva a discurrir y dar normas sobre el gobierno de los príncipes; porque así como aquellos que dibujan paisajes se sitúan en los puntos más bajos de la llanura para estudiar la naturaleza de las montañas y de los lugares altos, y para considerar la de los lugares bajos ascienden a lo más alto de las montañas, igualmente, para conocer bien la naturaleza de los pueblos hay que ser príncipe y para conocer bien la de los príncipes hay que ser del pueblo.

Reciba, pues, Vuestra Magnificencia este pequeño presente con el mismo ánimo con que yo os lo envío: y si lo leéis y meditáis atentamente, descubriréis en él mi más profundo deseo: que logréis conseguir aquella grandeza que la fortuna vuestra y vuestras otras cualidades os prometen.

Y si Vuestra Magnificencia, desde el ápice de su grandeza se digna alguna vez volver la mirada hacia estos humildes lugares, conocerá cuán inmerecidamente soporto la enorme y continua malignidad de la fortuna.

I

Quod sint genera principatum et quibus modis acquirantur

Todos los estados, todos los dominios que han tenido y tienen soberanía sobre los hombres, han sido y son o repúblicas o principados. Los principales o son hereditarios, es el caso de aquellos en los que impera desde hace tiempo el linaje de su señor, o son nuevos. Los nuevos, o son totalmente nuevos, como fue Milán para Francesco Sforza 2 o son como miembros añadidos al estado hereditario del príncipe que los adquiere, como es el reino de Nápoles para el rey de España 3. Los dominios así adquiridos o están acostumbrados a vivir sometidos a un príncipe o acostumbrados a ser libres; y se gana o con las armas ajenas o con las propias, o por fortuna o por virtud

II

De principatibus hereditariis

No hablaré de las repúblicas de las que traté amplia mente en otro lugar 2. Me ocuparé solamente del principado e iré tejiendo la urdimbre de las diferencias que acabo de describir y expondré las formas en que estos principados se pueden gobernar y conservar.

Digo, pues, que en los estados hereditarios y acostumbrados al linaje de su príncipe hay menos dificultades en mantenerlos que en los nuevos, porque basta con no des- cuidar el orden establecido por sus antepasados e ir adaptándose a los acontecimientos según los casos; de manera que, si tal príncipe posee una normal capacidad, se mantendrá siempre en su estado a menos que una extraordinaria y excesiva fuerza 3 no se lo impida; y si llega a verse privado de él, lo recobraré fácilmente a la primera adversidad con que se tope el usurpador.

Nosotros tenemos como ejemplo, en Italia, al duque de Ferrara 4, que no resistió los asaltos de los venecianos en 1484 ni los del papa Julio en 1510 por razones que nada tienen que ver con la antigüedad de su dominio. Porque el príncipe natural tiene menos motivos y menos necesidad de ofender, de donde resulta que es más amado por sus súbditos; y si no tiene ningún vicio extraordinario que lo haga odioso, es lógico que naturalmente sea querido por sus súbditos. La antigüedad y continuidad del dominio extingue el recuerdo y los motivos de innovación. Porque siempre un cambio prepara el terreno a otro.

III

De principatibus mixtis

Pero es en el principado nuevo donde se encuentran las dificultades. Sobre todo si no es totalmente nuevo, sino como un miembro de otro, de manera que podemos llamarle, conjuntamente, casi mixto. Los problemas que plantea, nacen, en principio, de una intrínseca dificultad existente en todos los principados nuevos: que es que los hombres cambian de buen grado de señor creyendo que mejorarán y esta creencia les hace empuñar las armas contra su antiguo señor, pero se engañan, porque luego la experiencia les demuestra que con el cambio han perdido. Todo eso proviene de otra necesidad natural y ordinaria, que hace inevitable el ofender a los nuevos súbditos no sólo con las tropas sino también con la infinidad de injurias que acarrea la conquista. De modo que tienes como enemigos a los que has ofendido al ocupar aquel principado y no puedes mantener la amistad de los que te introdujeron en él al no satisfacerles en la medida que habían imaginado y porque las obligaciones que con ellos has contraído te impiden usar en su contra medicinas fuertes; y es que siempre, aun cuando uno cuente con un ejército poderosísimo, para entrar en una provincia es necesario el favor de sus habitantes. Por estas razones Luis XII, rey de Francia, perdió Milán con la misma rapidez con que lo había ocupado; para sacarle de allí, bastaron, la primera vez, las fuerzas de Ludovico 6 porque los que le habían abierto las puertas, sintiéndose engañados en sus ideas y en el bien futuro que habían imaginado, no pudieron soportar los inconvenientes del nuevo príncipe.

También es verdad que los países rebelados, reconquistados, la segunda vez se pierden con mayor dificultad puesto que el nuevo señor, aprovechando la rebelión, tiene menos miramientos a la hora de afirmarse en el poder, castigando a los rebeldes, desenmascarando a los sospechosos, proveyendo las partes más débiles. Así que, si para que Francia perdiera Milán bastó la primera vez un duque Ludovico que alborotase en las fronteras, para que lo perdiera la segunda fue necesario tener en contra el mundo entero y que sus ejércitos fueran aniquilados o expulsados de Italia; lo que tuvo su causa en las razones sobredichas. No obstante, tanto la primera como la segunda vez, se lo arrebataron.

Las razones generales de la primera ya han sido explicadas; ahora debemos decir cuáles fueron las de la segunda y ver qué remedios tenía Luis XII a su disposición y cuáles puede tener uno que se encuentre en su misma situación para conservar lo conquistado mejor de lo que lo hizo Francia. Digo, pues, que estos estados, que al ser conquistados se añaden a un antiguo estado del que los adquiere, o son de la misma provincia y lengua o no lo son. Si lo son, es muy fácil conservarlos, máxime si no están acostumbrados a vivir libres; para poseerlos con toda seguridad basta sólo con haber exterminado la familia del príncipe anterior, por que en lo demás, manteniéndoles las antiguas condiciones de vida, al no haber diferencias en las costumbres, la gente vive tranquila, como ha ocurrido en Borgoña, Bretaña, Gascuña y Normandía que desde hace tanto tiempo están unidas a Francia; y aunque haya algunas diferencias en la lengua, las costumbres son similares y pueden tolerarse entre sí sin grandes dificultades. Quien adquiera territorios nuevos de este tipo y

quiera mantenerlos ha de tener en cuenta, pues, dos cosas: una, que es necesario aniquilar la familia del antiguo príncipe; otra, que no hay que alterar ni las leyes ni los impuestos; de tal manera que en poco tiempo se convierta, uniéndose con el principado antiguo, en un solo cuerpo.

Pero las dificultades surgen cuando se adquieren estados en una provincia de lengua, de costumbres y de instituciones diferentes; entonces es necesario tener mucha fortuna y gran habilidad para conservarlos. Uno de los mejores y más eficaces remedios sería que la persona que los adquiriera fuera a vivir allí¹⁰. Esto haría más segura y duradera la posesión: como ha hecho el Turco en Grecia; el cual, a pesar de todas las medidas observadas para mantener el estado, no habría podido conservarlo si no hubiese ido a vivir allí. Porque estando en el territorio ves nacer los desórdenes e inmediatamente les puedes poner remedio, mientras que estando lejos los conoces cuando son grandes y ya no tienen remedio¹². Además, así la provincia no es expoliada por tus funcionarios y los súbditos están contentos porque pueden recurrir fácilmente al príncipe; con lo que tienen más motivos de amarlo, si quieren ser buenos, y de temerlo, si quieren ser de otra manera; y los extranjeros que quisieran asaltar este estado tendrían que pensarlo muy bien. En fin, que si vive en el nuevo estado muy difícilmente podrá perderlo.

Otro gran remedio es el establecimiento de colonias en uno o dos sitios, que sean como cadenas que unen a ti este estado, porque de no hacer eso tendrías que ocuparlo con gran cantidad de gentes armadas, a pie y a caballo. Con las colonias no se gasta mucho; y sin gastos, o con pocos, se envía y mantiene gente en el nuevo territorio, y se ofende tan sólo a los que se les quitan campos y casas para darlos a los nuevos habitantes, que no pasan de ser una mínima parte de este estado; y los que han sido ofendidos, al quedar pobres y dispersos, no podrán nunca hacerte mal alguno, y los demás por una parte deberían permanecer tranquilos, ya que nada se les ha quitado, y por otra no cometer ningún error por miedo a que no les suceda lo que a los que han sido expoliados. En conclusión: estas colonias no cuestan dinero, son más fieles y ocasionan menos perjuicios, y los ofendidos no pueden ocasionar daño alguno al quedar, como ya hemos dicho, pobres y dispersos. Por lo que queda claro que a los hombres o bien hay que ganarlos con beneficios o destruirlos¹⁴, porque se vengan de las pequeñas ofensas, de las grandes no pueden; así que la ofensa que se haga a un hombre debe ser tal que no dé lugar a venganza. Pero si en lugar de colonias se tiene gente de armas, se gasta mucho más, al tener que consumir en la guardia todas las entradas de aquel nuevo estado; con lo que la conquista acaba en pérdida, y se ofende mucho más porque se perjudica a todo el estado con los desplazamientos del ejército y de estas molestias todos se resienten y se convierten en enemigos, y son enemigos que pueden perjudicar porque vencidos permanecen en sus casas. Así que, se mire por donde se mire, el mantenimiento de un ejército en territorio recién conquistado es tan inútil como útiles son las colonias.

Quien se encuentre en una provincia diferente, como ya he dicho, debe además convertirse en caudillo y defensor de los vecinos menos potentes, ingeniárselas para debilitar a los poderosos y guardarse de que, por ninguna circunstancia, entre en esta provincia algún forastero tan poderoso como él; que siempre habrá algunos descontentos que o por miedo

o ambición le llamen desde el interior; como sucedió con los etolios, que llamaron a los romanos a Grecia; y así sucedió en todos los países en los que entraron, que lo hicieron siempre de la mano de sus habitantes. Es norma que tan pronto como un príncipe poderoso entre en un país, los ciudadanos menos potentes se pongan de su parte, movidos por la envidia hacia quien ha sido más poderoso que ellos: de tal manera que respecto a los menos poderosos no tiene que hacer ningún esfuerzo para ganarlos, porque inmediatamente forman juntos un bloque compacto con este nuevo estado que ha adquirido. Lo único que ha de procurar es que no lleguen a tener demasiada fuerza o autoridad; y si así lo hace, con sus fuerzas y con el favor de aquellos, podrá humillar fácilmente a los potentes y convertirse en árbitro absoluto de aquella provincia. Y quien no siga estas reglas perderá pronto cuanto haya ganado, y mientras lo conserve se enfrentará a continuas dificultades y problemas.

Los romanos, en las provincias conquistadas tuvieron siempre en cuenta estos principios: mandaron colonias, conservaron los príncipes menos poderosos sin aumentar su poder, humillaron a los poderosos y no dejaron que adquiriese reputación ningún poderoso extranjero.

Y quiero que me baste como único ejemplo la provincia de Grecia: los romanos sostuvieron a aqueos y etolios, abatieron el reino de los macedonios, y expulsaron de allí a Antíoco; pero nunca los méritos de los aqueos o de los etolios consiguieron que los romanos les permitieran aumentar su poder; ni los argumentos persuasivos de Filipo les indujeron a serle amigos sin antes humillarlo; ni la fuerza de Antíoco logró que le consintieran, en aquella provincia, ningún poder. Porque los romanos hicieron, en estos casos, lo que todos los príncipes sabios deben hacer: preocuparse no sólo de los problemas presentes sino de los futuros, procurando evitarlos por todos los medios; porque previstos con antelación se puede encontrar fácil remedio, pero si se espera a tenerlos encima, la medicina no puede ya actuar porque la enfermedad se ha convertido en incurable 16 . Y sucede aquí lo mismo que, según dicen los médicos, sucede con la tisis, que al principio del mal es fácil de curar y difícil de diagnosticar, pero con el paso del tiempo, al no haber sido ni conocida ni medicada a tiempo, resulta fácil de conocer y difícil de curar. Lo mismo sucede con las cosas del estado, que conociendo a tiempo los males que nacen en él (lo que no es dado más que a los prudentes) 17 se curan pronto; pero cuando por no haberlos reconocido se dejan crecer de tal manera que cualquiera puede reconocerlos, ya no hay remedio alguno.

Pero los romanos, previendo con tiempo los inconvenientes, los remediaron siempre; y no dejaron nunca que progresaran ni para evitar una guerra, porque sabían que la guerra no se elude, sino que se aplaza con ventaja para los otros; por eso prefirieron hacer la guerra en Grecia contra Filipo y Antíoco, para no tener que hacerla en Italia, y aun sabiendo que podían en aquel momento eludir una y otra, no quisieron. Tampoco les gustó nunca eso de gozar del beneficio del tiempo 18 que está siempre en boca de los sabios de nuestra época y prefirieron, en cambio, seguir los dictados de su virtud y prudencia, porque el tiempo que arrastra todo consigo en un gran torbellino, lo mismo puede traer bien por mal que mal por bien.

Pero volvamos a Francia y examinemos si ha hecho alguna de estas cosas que hemos dicho; y hablaré de Luis y no de Carlos 19, porque habiendo aquél mantenido su poder en Italia por más tiempo podemos estudiar mejor sus progresos; y veréis cómo ha hecho lo contrario de lo que se debe hacer para mantener el poder en un país diferente del propio.

Al rey Luis lo trajo a Italia la ambición de los venecianos, que con su venida querían adueñarse de media Lombardía. No quiero yo censurar esta decisión del rey, porque, si quería empezar a poner un pie en Italia, no teniendo amigos en esta provincia, sino muy al contrario teniendo cerradas todas las puertas a causa del comportamiento del rey Carlos, no le quedaba más remedio que aceptar tales amistades; y habría resultado una buena decisión si no hubiera cometido otros errores en su posterior actuación política. Habiendo, pues, conquistado la Lombardía, el rey reconquistó rápidamente la reputación que Carlos le había arrebatado: Génova cedió; los florentinos se convirtieron en sus aliados, el Marqués de Mantua, el Duque de Ferrara, los Bentivoglio, la Señora de Forli, el Señor de Faenza, de Pesara, de Rimini, de Camerino, de Piombino, los luqueses, pisanos, seneses, todos le salieron al encuentro para convertirse en sus amigos. Y entonces pudieron tomar conciencia los venecianos de la temeridad de su decisión, porque para conquistar un puñado de tierra en Lombardía, hicieron al rey señor de un tercio de Italia.

Considérese ahora con cuán poca dificultad podía el rey mantener su reputación en Italia si hubiese observado las reglas anteriormente dichas, manteniendo asegurados y protegidos a todos sus aliados, que al ser muchos y débiles, temerosos unos de la Iglesia, otros de los Venecianos, se veían obligados a estar siempre de su lado y además con su apoyo y lealtad podía fácilmente asegurarse contra quien aún mantenía cierto poder en la península. Sin embargo, tan pronto llegó a Milán, hizo lo contrario al dar su apoyo al papa Alejandro para que ocupase la Romaña 21. Y ni se dio cuenta de que con tal deliberación se debilitaba a sí mismo (alejando de sí a sus amigos y a todos cuantos habían caído en sus brazos) y engrandecía a la Iglesia, añadiendo al espiritual que tanta autoridad le da, más poder temporal. Y cometido el primer error, se vio forzado a cometer otros; de manera que para poner fin a la ambición de Alejandro y para evitar que se convirtiera en señor de Toscana, tuvo que venir a Italia. No le bastó con haber engrandecido a la Iglesia y haber perdido a sus aliados, sino que, por ambicionar el reino de Nápoles, lo dividió con el rey de España; y habiendo sido en un principio árbitro de Italia, ahora tomó un socio para que los ambiciosos de aquella provincia o aquellos a quienes él hubiese ofendido, tuvieran a quién recurrir; y pudiendo dejar en aquel reino un rey tributario suyo, lo sacó, para poner en cambio a otro que podía expulsarlo a él.

El deseo de adquirir es, verdaderamente, algo muy natural y ordinario y siempre que este deseo actúen hombres que tiene a su favor tienes todas las posibilidades serán alabados y nunca censurado, pero por el contrario, cuando no pudiendo se empeñan en hacerlo, caen en el error y se les censura justamente. Si Francia, pues, podía asaltar Nápoles con sus propias fuerzas, debía hacerlo; si no podía, no debía dividirlo. Y si la división que había hecho de Lombardía con los venecianos mereció excusas porque le había permitido poner un pie en Italia, ésta merece tan sólo censura, ya que no existe necesidad alguna que la justifique.

Luis había cometido, pues, estos cinco errores: destruyó a los menos poderosos; aumentó en Italia la potencia de uno que ya era fuerte; trajo a un extranjero poderosísimo; no vino a vivir aquí y no envió colonias. Y todos estos errores podían aún no haberle perjudicado en vida, de no haber cometido el sexto: arrebatárles las tierras a los venecianos; porque si no hubiese acrecentado el poder de la Iglesia ni introducido en Italia al rey de España, era muy razonable y necesario que les humillara; pero habiendo tomado esas dos primeras decisiones, no debía haber permitido jamás la ruina de los venecianos: porque, siendo éstos potentes, habrían mantenido a los demás alejados de la empresa de Lombardía; bien porque los venecianos no lo habrían consentido a menos de convertirse ellos en señores únicos, o bien porque los demás no habrían querido arrebatársela a Francia para dársela a ellos, y no habrían tenido valor suficiente para enfrentarse a ambos. Y si alguien dijera: el rey Luis cedió a Alejandro la Romaña y a España el Reino de Nápoles para evitar la guerra, respondo con las razones expuestas más arriba: que no se debe nunca permitir un desorden esperando evitar una guerra; porque no se evita, sino que se aplaza en tu perjuicio. Y si otros alegasen la promesa que el rey había hecho al Papa de favorecerle en su empresa a cambio de la disolución de su matrimonio y del capelo cardenalicio para el de Rouen, respondo con lo que más adelante diré acerca de la palabra dada por los príncipes y de cómo éstos deben mantenerla.

Así pues el rey Luis perdió la Lombardía, por no haber observado ninguno de aquellos puntos observados por otros que conquistaron provincias y quisieron conservarlas. Y esto no es ningún milagro²⁶, sino algo muy normal y razonable. Y de eso hablé en Nantes²⁷, con Roano cuando el Valentino (que así era popularmente llamado César Borja, el hijo del papa Alejandro) ocupaba la Romaña; porque, diciéndome el cardenal de Rouen que los italianos no entendían de guerras le respondí que los franceses no entendían nada en cuestiones de estado; porque si entendieran no dejarían jamás que la Iglesia alcanzara tanto poder. Y por experiencia se ha visto que en Italia la grandeza de la Iglesia y de España ha sido causada por Francia, y la ruina de ésta, a su vez, causada por aquéllas. De todo eso se extrae una regla general que nunca o casi nunca falla; que quien favorece el poder de otro abra su propia ruina, porque este poder lo ha propiciado o con la fuerza o con la astucia y tanto una como otra, resultan sospechosas a quien se ha hecho poderoso.

IV

Cur Darii regnum quod Alexander occupaverat a successoribus suis post Alexandri mortem non de/ecit

Consideradas las dificultades que se encuentran para mantener un estado recién conquistado, alguien podría preguntarse maravillado cómo a Alejandro Magno, convertido en señor de Asia en pocos años y muerto cuando apenas la había ocupado y cuando parecería razonable que todo aquel estado se rebelara, sus sucesores no sólo lo mantuvieron sino que no tuvieron, para mantenerlo, otras dificultades que las que nacieron entre ellos mismos por su propia ambición. Respondo que todos los principados

de los que tenemos memoria son gobernados de dos maneras distintas: o por un príncipe y el resto de sus siervos que como ministros, por gracia y concesión suya le ayudan a gobernar aquel reino; o por un príncipe y por barones que poseen sus títulos no por gracia del soberano sino por nobleza de sangre. Estos barones tienen estados y súbditos propios, que les reconocen como sus señores y les profesan un afecto natural. En los estados gobernados por un príncipe y por siervos, el príncipe tiene mayor autoridad por- que en toda su provincia no hay nadie que pueda ser reconocido superior a él, y si los súbditos obedecen a otro lo hacen como ministro y funcionario, sin manifestarle especial afecto.

Los ejemplos de estas dos clases distintas de gobierno son en nuestros días el Turco y el rey de Francia. Toda la monarquía del Turco está gobernada por un solo señor; los demás son sus servidores; y dividiendo el reino en Sanjacs, les pone al frente distintos administradores a los que varía y cambia según mejor le parece. En cambio, el rey de Francia está rodeado de una multitud de antiguos señores reconocidos y amados por sus propios súbditos que poseen grandes privilegios a los que el rey no puede tocar sin correr, él mismo, serio peligro. Quien examine, pues, uno y otro estado verá la gran dificultad que supone conquistar el estado del Turco y lo fácil que es mantenerlo una vez conseguido. Por el contrario, encontraréis que en ciertos aspectos es más fácil ocupar el estado de Francia pero mucho más difícil mantenerlo.

Las causas que dificultan la ocupación del reino del Turco estriban en que no puede, el que lo pretenda, ser llamado por los príncipes o barones del reino, ni esperar que la rebelión de los súbditos facilite la empresa. Todo eso se explica por las razones anteriormente expuestas; porque siendo todos sus esclavos y estándole obligados, es muy difícil corromperlos; y suponiendo que esto se lograra, poco podría esperarse de ellos ya que no pueden arrastrar tras de sí al pueblo, por las razones ya dichas.

Así pues, quien quiera atacar al Turco, debe tener en cuenta que lo encontrará muy unido, y confiar más en sus propias fuerzas que en la desorganización de los otros. Pero, una vez vencido y derrotado en campaña de manera que no pueda rehacer sus ejércitos, sólo tiene que temer a su familia, y una vez extinguida ésta ya nada tiene que temer, pues el pueblo sólo se siente obligado a su príncipe y a nadie más; y así como el vencedor, antes de la victoria no podía esperar nada de ellos, tampoco debe, conseguida ésta, temerles.

En los reinos gobernados como el de Francia ocurre todo lo contrario; porque puedes entrar fácilmente en ellos ganándote a algún noble del reino, descontento o amante del cambio, que siempre los hay. Estos, por lo ya dicho, pueden abrirte el camino y facilitarte la victoria. Pero cuando pretendes mantenerte en el estado, esa misma victoria trae consigo infinitas dificultades, tanto de parte de los que te han ayudado como de aquellos a quien oprimiste. Y no te basta con exterminar a la familia del príncipe, porque quedan aquellos señores que encabezan las nuevas alteraciones; y no pudiéndoles ni contentar ni destruir, pierdes aquel estado a la primera ocasión.

Ahora, si consideráis de qué naturaleza era el gobierno de Darío⁴, lo encontraréis parecido al del Turco; por eso, Alejandro ya en el primer momento tuvo que atacar desde todos los frentes y derrotarlo por completo; luego de la victoria, muerto Dado, el estado quedó

seguro en manos de Alejandro por las razones antes expuestas. Y sus sucesos, si se hubiesen mantenido unidos, lo hubieran podido disfrutar tranquilamente ya que en aquel reino no surgieron más desórdenes que los que ellos mismos provocaron. Sin embargo, es imposible ocupar con tanta tranquilidad los estados organizados a la manera de Francia. De ahí las frecuentes rebeliones en España, Francia y Grecia contra los romanos, debidas a los numerosos principados existentes en aquellos estados: y mientras duró el recuerdo de sus antiguos príncipes, el poder de los romanos fue inseguro y precario, pero extinguida la memoria de aquellos, y con la fuerza y continuidad del imperio se convirtieron en seguros dominadores. Y pudieron incluso, enfrentados después entre sí, atraerse como partidarias a algunas de aquellas provincias según la influencia que cada uno había ejercido en ellas, que extinguido el recuerdo de sus antiguos señores, no reconocían otra autoridad que la de Roma. Consideradas pues todas estas cosas, nadie se maravillará de lo fácil que le fue a Alejandro conservar el estado de Asia, ni de las dificultades que en cambio tuvieron otros a la hora de conservar lo adquirido, como fue el caso de Pirro 6 y de muchos otros. Lo que no depende de la mucha o poca virtud del vencedor sino del distinto carácter de los sometidos.

V

Quomodo administrandae sunt civitates vel principatus, qui, antequam occuparentur, suis legibus vivebant

Hay tres maneras de conservar los estados adquiridos cuando estos, como se ha dicho están acostumbrados a vivir con sus propias leyes y en libertad: la primera, destruirlos; otra, ir a vivir personalmente en ellos, y la tercera, dejarles vivir con sus antiguas leyes cobrándoles tributo y creando un gobierno minoritario que los mantenga amigos. Porque, habiendo sido este gobierno creado por el príncipe conquistador, los oligarcas saben muy bien que no pueden mantenerse sin su poder y apoyo, con lo que harán lo posible para conservar su autoridad; y más fácilmente se conserva una ciudad acostumbrada a vivir libre, con el apoyo de sus ciudadanos, que de ninguna otra manera; eso, claro, queriendo evitar su destrucción. Como ejemplos tenemos a los espartanos y a los romanos. Los espartanos conquistaron Atenas y Tebas, creando en ellas un gobierno oligárquico, y con todo las volvieron a perder 3• Los romanos, para mantener su dominio en Capua, Cartago y Numancia 4, las destruyeron y no las perdieron; quisieron conservar Grecia casi como lo habían hecho los espartanos, manteniendo sus leyes y dejándola libre y fracasaron; así que se vieron obligados a destruir muchas ciudades de aquella provincia para conservarla 5• Porque, en verdad, no hay otro medio más seguro de posesión que la ruina. Y quien se apodera de una ciudad acostumbrada a vivir libre y no la destruye, que espere a ser destruido por ella; ya que siempre, en caso de rebelión, se apoyará en el nombre de la libertad y en sus antiguas instituciones; cosas ambas que no se olvidan por mucho tiempo que pase y por muchos beneficios que se reciban 6. Y por mucho que se haga o se prevea, si no se disgregan o dispersan sus habitantes, nunca olvidarán ni aquel nombre ni

aquellas instituciones, y a la menor ocasión recurrirán a ellas como hizo Pisa luego de cien años de sometimiento a los florentinos 7• Pero cuando las ciudades o las provincias están acostumbradas a vivir bajo un príncipe, y la familia se ha extinguido, estando por un lado acostumbrados a obedecer y por otro no temiendo a su viejo príncipe, no se ponen de acuerdo para elegir de entre ellos a otro, ni saben vivir libres: así que son siempre más lentos a la hora de tomar las armas y un príncipe puede con más facilidad conquistarlos y hacerlos suyos8• En cambio en las repúblicas hay mayor vida, más odio, más deseo de venganza; no las deja, ni puede dejarlas descansar el recuerdo de la antigua libertad: así que el camino más seguro es destruirlas o vivir en ellas.

VI

De principatibus novis qui armis propriis et virtute acquiruntur

Que nadie se maraville si en la exposición que voy a hacer de los principados totalmente nuevos 2 , tanto en lo que se refiere al príncipe como al estado, aduzco ejemplos muy notables; porque caminando los hombres casi siempre por vías ya batidas por otros, y procediendo en sus acciones por imitación (aunque a menudo no es posible seguir del todo los caminos de los demás, ni llegar a alcanzar la virtud de aquellos a quienes imitas), el hombre prudente debe intentar siempre seguir los caminos recorridos antes por los grandes hombres; e imitar a aquellos que han sobresalido de manera extraordinaria sobre los demás, para que aun cuando su virtud no alcance la de éstos, se impregne, al menos un poco, en ella; y debe hacer como los arqueros prudentes, que cuando el lugar que quieren alcanzar les parece demasiado alejado, conociendo además hasta dónde llega la potencia de su arco, ponen el punto de mira muy por encima del lugar de destino, no para alcanzar con su flecha tanta altura, sino para poder, con la ayuda de tan alta mira, llegar al lugar que se hayan propuesto.

Digo, pues, que en los principados totalmente nuevos, en los que haya un príncipe nuevo, a la hora de conservar- los las dificultades son mayores o menores según sea el que los adquiere más o menos virtuoso. Y dado que el hecho de pasar de privado a príncipe presupone o virtud o fortuna, parece que o la una o la otra de estas dos cosas mitigue, en parte, muchas de estas dificultades; no obstante, quien menos ha confiado en la fortuna, se ha mantenido mejor. Genera aún más facilidades el hecho de que el príncipe se vea obligado, al no tener otro estado, a ir personalmente a vivir allí. Pero, para hablar de aquellos que llegaron a príncipes por propia virtud y no por fortuna 1, digo que los más excelentes son Moisés, Ciro, Rómulo, Teseo y otros parecidos a ellos. Y aunque de Moisés no se pueda hablar, ya que fue mero ejecutor de las cosas que le eran mandadas por Dios , no obstante ha de ser mencionado aunque sólo sea por aquella gracia que lo hacía digno de hablar con Dios. Consideremos, sin embargo, a Ciro, y a los otros que adquirieron y fundaron reinos: los encontraremos a todos dignos de admiración; y si consideramos las empresas y las instituciones que cada uno de ellos supo crear, no parecerán discrepar de las de Moisés, que tuvo tan gran preceptor. Y examinando sus acciones y su vida, se ve que

no obtuvieron de la fortuna nada más que la ocasión, que les proporcionó la materia sobre la cual plasmaron la forma que mejor les pareció: sin ocasión, la virtud de su ánimo se habría extinguido, y sin esa virtud la ocasión se les habría presentado en vano 5. Era, pues, necesario que Moisés encontrara en Egipto al pueblo de Israel, esclavo y oprimido por los egipcios, para que éstos, queriendo librarse de tal servidumbre, se dispusieran a seguirle. Convenía que en Alba no hubiera sitio para Rómulo, que fuera abandonado al nacer, para que llegara a ser rey de Roma y fundador de aquella patria. Era necesario que Ciro encontrara a los persas descontentos del imperio de los medas y a los medas muelles y afeminados por una prolongada paz. Ni podía Teseo demostrar su virtud de no encontrar a los atenienses desunidos. Estas ocasiones, por lo tanto, colmaron los deseos de estos hombres y su excelente virtud hizo que aquella ocasión fuera conocida; todo lo cual aportó nobleza y prosperidad a sus respectivas patrias. Aquellos que, como estos, por vías virtuosas llegan a príncipes, adquieren el principado con dificultad, pero lo mantienen fácilmente 7; y las dificultades que encuentran al conquistar el principado, nacen en parte de las nuevas formas e instituciones que se ven obligados a introducir para sostener su estado y su seguridad. Tengamos en cuenta que no hay cosa más difícil de tratar, ni en la que el éxito sea más dudoso, ni más peligrosa de manejar, que convertirse en responsable de la introducción de un nuevo orden político; porque todo innovador tiene como enemigos a cuantos el viejo orden beneficia y como tibios defensores a aquellos a los que las nuevas leyes beneficiarían. Esta tibieza nace, en parte, por miedo a los adversarios, que tienen las leyes a su favor, y en parte por la incredulidad de los hombres, que en realidad no confían en las novedades hasta que la experiencia no se las confirma; de ahí viene que cada vez que los que son enemigos tienen ocasión de atacar, lo hacen con pasión facciosa, mientras los otros se defienden tibiamente; de manera que, con ellos, se corre verdadero peligro. Conviene, por lo tanto, si se quiere tratar bien el tema, examinar si estos innovadores tienen fuerza propia o si dependen de otros; es decir, si para llevar a cabo su obra tienen que rogar o pueden forzar 8. En el primer caso acaban siempre mal y no llegan a ninguna conclusión; pero cuando dependen de sí mismos y pueden recurrir a la fuerza, raras veces corren peligro. De ahí que todos los profetas armados hayan vencido y los desarmados fracasaran 9• Porque, además de lo dicho, la naturaleza de los pueblos es voluble; y es fácil convencerles de algo pero difícil mantenerlos convencidos. Por eso conviene estar preparado de tal manera que, cuando dejen de creer, se les pueda hacer creer por la fuerza. Moisés, Ciro, Teseo y Rómulo no habrían podido hacer observar sus constituciones largo tiempo si hubieran estado desarmados; como ocurrió en nuestros días a fray Jerónimo Savonarola, que se hundió junto a su nuevo orden, tan pronto como la multitud empezó a no creer en él; no tenía medios para retener a los que habían creído en él ni para hacer creer a los incrédulos. Por eso estos hombres hallan muchas dificultades a la hora de actuar, y su camino está sembrado de peligros que deben superar con gran virtud; pero una vez superados éstos, y cuando empiezan a ser objeto de veneración, habiendo destruido a todos cuantos podían envidiar sus cualidades, se mantienen potentes, seguros, honrados, felices.

A tan altos ejemplos quiero añadir un ejemplo menor, aunque bien debe tener relación con ellos, y que quiero me baste para todos los casos semejantes; se trata de Hierón de

Siracusa. De simple particular, llegó a príncipe de Siracusa; y tampoco conoció de la fortuna otro don que la oportunidad; porque hallándose los Siracusanos oprimidos, lo eligieron como capitán, y a partir de ahí sus muchos méritos le convirtieron en príncipe. Y fue tanta su virtud, incluso en su vida privada, que quien de él escribe dice: «quod nihil illi deerat ad regnandum praeter regnum» 11. Hierón disolvió el viejo ejército y creó otro nuevo; dejó las antiguas alianzas y concertó otras nuevas; y como tuvo aliados y soldados propios pudo edificar sobre tan sólidas bases cualquier edificio, de manera que lo que le costó gran trabajo alcanzar, con poco lo pudo mantener.

VII

De principatibus novis qui alienis armis et fortuna acquiruntur

Aquellos que de simples particulares llegan a príncipes, sólo con la ayuda de la fortuna, con poco esfuerzo llegan al poder, pero en cambio han de luchar mucho para mantenerse en él; en su camino no encuentran ningún obstáculo, se diría que vuelan; pero todas las dificultades surgen una vez instalados. En esta situación están aquellos a los que les es concedido un estado o por dinero o por la voluntad de quien lo concede; corno les sucedió a muchos en Grecia, en las ciudades de Jonia y del Helesponto, en las que fueron hechos príncipes por Daría para que se las mantuvieran para su propia seguridad y gloria 2 ; o como fueron proclamados emperadores aquellos que de privados llegaron al imperio corrompiendo a los soldados 3• Estos están simplemente supeditados a la voluntad y fortuna de quien les ha concedido el estado; que son dos cosas volubilísimas e inestables; y no saben ni pueden mantener aquel cargo. No saben, porque si no es hombre de gran ingenio y virtud, no es razonable que, habiendo vivido siempre como privado, sepa mandar; no pueden, porque carecen de fuerzas que les puedan apoyar y ser fieles. Además, los estados que surgen de repente, como todas las demás cosas de la naturaleza que nacen y crecen deprisa, no pueden tener las raíces y ramificaciones correspondientes; de manera que la primera adversidad los destruye; a no ser que estos que tan de repente han llegado a ser príncipes tengan, como ya se ha dicho, tanta virtud que sepan inmediatamente prepararse a conservar lo que la fortuna les ha puesto entre las manos, y sepan poner después los fundamentos que los otros pusieron, antes de convertirse en príncipes.

Quiero aducir dos ejemplos de hechos acaecidos en nuestros días, sobre las dos maneras ya citadas de llegar a ser príncipe: por virtud o por fortuna. Son estos: Francesco Sforza y César Borja. Francesco se convirtió, de privado, en duque de Milán por los medios adecuados y gracias a su gran virtud; y lo que había adquirido con mil afanes, mantuvo con poca fatiga. Por otro lado, César Borja, llamado por el vulgo duque Valentino, adquirió el estado gracias a la fortuna de su padre y con ella lo perdió; a pesar de haber recurrido por su parte a toda clase de acciones y de haber hecho todo lo que debía hacer un hombre prudente y virtuoso para poner sus raíces en aquellos estados que las armas y la fortuna de otros le habían proporcionado. Porque, tal como dije antes, quien no ha puesto antes los cimientos los podrá poner luego si tiene una gran virtud, aunque sea con molestias para el

arquitecto y con peligro para el edificio. Si consideramos las progresivas acciones del duque, veremos cómo éste había puesto sólidos fundamentos a su futuro poder; y no creo superfluo hablar de ello porque yo mismo no sabría dar a un príncipe nuevo mejores preceptos que el ejemplo de sus acciones; y si sus previsiones no le sirvieron de nada, no fue por culpa suya sino por una extraordinaria y extrema malignidad de la fortuna.

Se enfrentaba, Alejandro VI, en su deseo de engrandecer al duque, su hijo, con gran número de dificultades presentes y futuras. En primer lugar, no veía la posibilidad de hacerle señor de algún estado que no fuera de la Iglesia; y decidiéndose por uno de la Iglesia sabía que tanto el duque de Milán como los venecianos no se lo iban a consentir, porque Faenza y Rímini estaban desde hacía tiempo bajo la protección de los venecianos)_ Veía, además, cómo los ejércitos de Italia, y en especial aquellos de los que hubiera podido servirse, estaban en manos de quienes debían temer la grandeza del Papa; y no podía fiarse porque todos ellos estaban en manos de los Orsini, los Colonna y sus cómplices. Era, pues, necesario invertir la situación e introducir el desorden en sus estados para poderse adueñar, sin riesgos, de parte de ellos 7• Le fue fácil porque encontró a los venecianos que, movidos por otras razones, estaban interesados en hacer entrar de nuevo en Italia a los franceses; a lo que él no sólo no se opuso, sino que lo hizo aún más fácil con la disolución del anterior matrimonio del rey Luis 8. Pasó, pues, el rey a Italia con la ayuda de los venecianos y el consentimiento de Alejandro; aún no había llegado a Milán que el Papa ya obtuvo de él tropas para la empresa de Romaña, que le fue así permitida por la reputación del rey. Ganada ya la Romaña y batidos los Colonna y sus partidarios, el duque, queriéndola conservar y continuar avanzando, se enfrentaba a dos obstáculos: uno, sus ejércitos, que no le parecían fieles; otro, la voluntad de Francia: es decir, que las armas de los Orsini, de las que se había valido, le fallaran y le impidieran no sólo ganar más territorio, sino que le arrebataran lo ya ganado, y que incluso el rey no le hiciera algo parecido. Sus dudas sobre la fidelidad de los Orsini se confirmaron cuando, después de la conquista de Faenza, asaltó Bolonia y vio su falta de entusiasmo; y con respecto al rey, comprendió sus intenciones cuando, tomado el ducado de Urbino, asaltó la Toscana y aquel le obligó a desistir de tal empresa 9. Así fue cómo el duque decidió no depender nunca más de las armas y de la fortuna de los otros. Y como primera provisión debilitó los partidos de los Orsini y de los Colonna en Roma; a todos los partidarios que tenían entre la nobleza se los ganó haciéndoles nobles suyos y ofreciéndoles grandes estipendios, y honrándoles, en fin, según su cualidad con cargos militares o de gobierno, de manera que en pocos meses el afecto que tenían a sus partidos se extinguió y todos se pusieron de su parte. Luego, esperó la ocasión de destruir a los cabecillas del bando de los Orsini, habiendo ya dispersado a los de los Colonna; se le presentó una buena ocasión y él la aprovechó mejor cuando los Orsini, tarde ya, dándose cuenta de que la grandeza del duque y de la Iglesia representaban su ruina, celebraron una dieta en la Magione, en territorio de Perusa; de ahí nacieron la rebelión de Urbino, los tumultos de la Romaña y una infinidad de peligros para el duque que los superó todos con la ayuda de los franceses. Y, recobrado el prestigio, no fiándose ni de Francia ni de otras fuerzas ajenas para no tener que ponerlas a prueba, recurrió al engaño. Y supo disimular tan bien sus intenciones, que los mismos Orsini se reconciliaron con él por medio del señor Paulo, con el que el duque, queriendo ganar su confianza,

desplegó toda clase de gentilezas dándole dinero, vestidos y caballos; hasta tal punto, que su ingenuidad les hizo caer en Sinigalia en manos del duque. Exterminados, pues, estos cabecillas y convertidos sus partidarios en amigos suyos, el duque había puesto unos cimientos bastante buenos a su poder al tener toda la Romaña con el ducado de Urbino y pareciéndole, sobre todo, haberse ganado la adhesión de la Romaña y de todos aquellos pueblos que empezaban ahora a gustar su bienestar 10• Y como esta parte es digna de noticia y de ser imitada por otros, no quiero olvidarla. Tan pronto como tuvo el duque la Romaña, y encontrándola gobernada por señores impotentes que en lugar de gobernar a sus súbditos más bien les habían expoliado y dado motivos de desunión que de unión (hasta el punto que aquella provincia estaba llena de latrocinios, peleas y toda clase de insolencias), juzgó necesario darle un buen gobierno si quería pacificarla y reducirla a la obediencia del brazo regio. Por eso puso al frente de la Romaña a Ramiro de Orco, hombre cruel y expeditivo, al que dio plena y absoluta potestad. Éste, en poco tiempo unió y pacificó la provincia con grandísima reputación. Pero más tarde juzgó el duque que ya no era necesaria tan rigurosa autoridad porque podía resultar odiosa, y estableció un tribunal civil en el centro de la provincia, con un presidente excelentísimo en el que cada ciudadano tenía su propio abogado. Y como sabía que el rigor anterior le había generado un cierto odio, para apaciguar los ánimos de aquellas gentes y ganárselas del todo, quiso demostrar que si se había llevado a cabo alguna crueldad, no había nacido de él sino de la acerba naturaleza del ministro. Y aprovechando la ocasión, lo hizo sacar una mañana a la plaza de Cesena, con el cuerpo partido en dos, y un trozo de madera y un cuchillo ensangrentados al lado. La ferocidad del espectáculo hizo que aquellos pueblos quedaran a la vez satisfechos y estupefactos.

Pero volvamos a nuestro punto de partida. Digo que al duque, viéndose bastante poderoso y seguro en parte frente a los peligros presentes (al haberse armado a su manera y al haber destruido en buena parte aquellas armas, que por, su proximidad le podían perjudicar), le quedaba tan sólo si quería continuar su política expansiva, guardarse del rey de Francia; porque sabía que el rey, que, aunque tarde se había por fin percatado de su error 12, no se lo iba a permitir. Y por esto empezó a buscar nuevas alianzas y a mantener una actitud vacilante respecto a Francia, al descender los franceses hacia el reino de Nápoles para enfrentarse a los españoles que asediaban Gaeta 13. Su intención era aliarse a éstos, y lo habría conseguido si Alejandro hubiera vivido.

Estas fueron sus acciones de gobierno en cuanto a las cosas presentes. Pero en cuanto a las futuras, debía temer, en primer lugar, que un nuevo sucesor en el papado le fuera hostil e intentara arrebatarle lo que Alejandro le había dado. De ello procuró protegerse de cuatro maneras: primero, exterminando las familias de aquellos señores a los que había expoliado para evitar al nuevo Papa posibilidad alguna de restitución; segundo, ganarse a todos los obispos de Roma, como se ha dicho, para poder así dominar al Papa; tercero, controlar al máximo el Colegio Cardenalicio; cuarto, adquirir suficientes poderes antes de la muerte del Papa para resistir por sí solo un primer ataque. De estas cuatro cosas, a la muerte de Alejandro había conseguido tres; la cuarta estaba a punto de conseguirla; porque de los señores expoliados mató a cuantos pudo atrapar, y poquísimos se salvaron; se había ganado a los nobles romanos y en el Colegio Cardenalicio tenía grandísima influencia; y en lo

referente a las nuevas adquisiciones, había proyectado convertirse en señor de la Toscana, poseía ya Perugia y Piombino y había tomado a Pisa bajo su protección. Y si no hubiera habido de tener miedo de Francia (que no tenía por qué tenerlo, al ser ya los franceses desposeídos del Reino de Nápoles por los españoles, de manera que tanto unos como otros tenían necesidad de comprar su amistad) hubiera saltado sobre Pisa. Después de esto, Luc-ca y Siena cederían rápidamente, en parte por envidia de los florentinos, en parte por miedo; los florentinos no tenían remedio. De haber conseguido todo esto (y lo habría conseguido aquel mismo año en que Alejandro murió) hubiera adquirido tantas fuerzas y tal reputación, que se habría mantenido en el poder por sí mismo y no habría tenido jamás que depender de la fortuna y de las fuerzas de otros sino de su poder y de su virtud.

Pero Alejandro murió cinco años después de que él hubiera empezado a desenvainar la espada. Lo dejó con sólo el estado de Romaña consolidado y con los demás en el aire, entre dos potentísimos ejércitos enemigos y enfermo de muerte. Tenía el duque un carácter tan indómito y tanta virtud y sabía tan bien que a los hombres hay que ganárselos o destruirles, y tan válidos eran los cimientos que en tan poco tiempo se había creado, que si no hubiera tenido encima aquellos ejércitos o hubiese estado sano, habría superado cualquier dificultad. Y que sus cimientos eran buenos, quedó demostrado: pues la Romaña lo esperó más de un mes; en Roma, aunque medio muerto, estuvo seguro; y, a pesar de que los Baglioni, los Vitelli y los Orsini vinieron a Roma, no encontraron a nadie dispuesto a ir contra él; y si no pudo hacer Papa a quien quiso al menos hubiera podido evitar que lo fuese quien no quería. Si a la muerte de Alejandro él hubiera estado bien, todo le habría resultado fácil. Él mismo me dijo, en los días en que fue elegido Julio II 14 que había pensado en todo lo que podía surgir a la muerte del padre y a todo había hallado remedio, pero que no pensó nunca que a su muerte también él podía estar a punto de morir.

Recogidas, pues, todas las acciones del duque, yo no sabría censurarle; sino que, por el contrario, creo, como ya he dicho, poder proponerlo como modelo a imitar a todos aquellos que por fortuna y con armas ajenas han llegado al poder. Porque él, teniendo tanto ánimo y tan altos propósitos, no podía actuar de otro modo; y tan sólo se opusieron a sus designios la brevedad de la vida de Alejandro y su propia enfermedad. Aquel, pues, que juzgue necesario en su principado nuevo asegurarse contra los enemigos, ganar amigos, vencer o con la fuerza o con el fraude, hacerse amar y temer por los pueblos, seguir y reverenciar por los soldados, eliminar a quienes pueden o deben ofenderte, innovar con nuevos modos el antiguo orden, ser severo y agradable, magnánimo y liberal, suprimir la milicia desleal, crear otra nueva, mantener las amistades de reyes y príncipes de manera que tengan que beneficiarte con cortesía o atacar con respeto, no puede encontrar más recientes ejemplos que las acciones de éste. Se le puede reprochar tan sólo la elevación de Julio al pontificado; fue una mala elección, porque como se ha dicho, no pudiendo hacer un Papa a su gusto, podía, en cambio, conseguir que alguien no lo fuera y no debía consentir jamás que llegaran al papado aquellos cardenales a los que él había ofendido o que, una vez elegidos, hubieran de temerle. Porque los hombres hacen daño o por miedo o por odio. Aquellos a los que él había ofendido eran, entre otros, San Pietro ad Vincula, Colonna, San Giorgio, Ascanio D; los demás, una vez elegidos Papas, tenían todos que temerle excepto

Roano y los es- pañoles: estos por vínculos de parentesco y obligación; aquel por su poder, ya que tenía a su lado el reino de Francia. Por lo tanto, el duque por encima de todo debía con- seguir un Papa español, y no siendo esto posible, consentir que lo fuera el cardenal de Rouen y no el de San Pietro ad Vincula. Y quien crea que los nuevos beneficios hacen olvidar a los grandes hombres las viejas ofensas se equivoca. Erró, pues, el duque en esta elección que fue causa de su ruina definitiva.

VIII

De his qui per sce/era ad principatum pervenere

Pero, como de simple particular se puede llegar aún a príncipe por medio de otros procedimientos no atribuibles del todo a la fortuna o a la virtud, no me parece bien dejarlos en el olvido, aun cuando de uno de ellos se pue- da hablar con mayor detenimiento al tratar de las repúblicas.

Estos son: cuando se llega al principado por medios criminales y nefandos, o cuando un ciudadano privado llega a príncipe de su patria con el favor de sus demás conciudadanos. Y hablaremos del primer procedimiento, ilustrándolo con dos ejemplos, uno antiguo, otro moderno, sin entrar en juicios de valor, pues juzgo que, a quien los necesite, le baste con imitarlos.

El siciliano Agatocles, llegó al rey de Siracusa partiendo de una condición no sólo privada sino ínfima y abyecta. Hijo de un alfarero, llevó durante toda su vida una conducta criminal; sin embargo supo acompañar sus maldades con tanta fuerza física y de carácter, que dedicado a la milicia, pasando por todos sus grados, llegó a ser pretor de Siracusa. Cuando ya era pretor, y habiendo deliberado convertir- se en príncipe y mantener con violencia y sin obligación alguna hacia los demás aquello que por acuerdo general le había sido concedido, tras ponerse de acuerdo con el cartaginés Amílcar, que estaba por entonces en Sicilia con sus ejércitos, reunió una mañana al pueblo y al Senado, como si hubiera de tratar cosas pertinentes a la república; y a una señal convenida, hizo que sus soldados asesinaran a todos los senadores y a los más ricos de la ciudad; muertos éstos, ocupó y conservó el principado de la ciudad sin ningún tipo de oposición interna. Y aunque fue derrotado dos veces y al fin incluso asediado por los cartagineses, no sólo supo defender su ciudad, sino que dejando que parte de sus tropas resistieran al asedio, asaltó África con las restantes y en breve espacio de tiempo libró a Siracusa del cerco y puso a los cartagineses en tan comprometida situación que tuvieron necesariamente que pactar con él y contentándose con la posesión de África, dejar a Agatocles la de Sicilia. Quien considere, pues, las acciones y la vida de éste, verá que pocas cosas, o ninguna, son atribuibles a la fortuna; porque como dijimos antes, si llegó al principado no fue gracias a los favores de nadie, sino pasando dificultades y peligros, y si se mantuvo luego en él fue gracias a sus audaces y arriesgadas disposiciones. Pero no se puede llamar virtud, el asesinar a sus ciudadanos, traicionar a los amigos, no tener palabra, ni piedad, ni religión; estos medios

harán ganar poder pero no gloria. Porque, si se considera la virtud de Agatocles al arrostrar vencer los peligros, y su grandeza de ánimo a la hora de soportar y superar las adversidades, no se ve por qué se le deba juzgar inferior a cualquier otro excelentísimo capitán; pero en cambio su feroz e inhumana crueldad, así como sus innumerables maldades no consienten que sea celebrado entre los hombres más excelentes. No se puede, pues, atribuir a la fortuna o a la virtud lo que él consiguió sin la una ni la otra.

En nuestros días, durante el papado de Alejandro VI, Oliverotto de Fermo, huérfano de padre desde su niñez, fue criado por un tío materno, llamado Giovanni Fogliani, y muy joven aún puesto a combatir bajo la enseña de Paulo Vitelli, para que bien formado en disciplina militar pudiera llegar a conseguir un elevado grado en la milicia. Muerto Paulo, militó bajo las órdenes de Vitellozzo, su hermano, y en brevísimo tiempo, por su ingenio, su fuerza física y su valor, se convirtió en el primer hombre de su milicia. Pero pareciéndole cosa servil el estar bajo las órdenes de otros, pensó, con la ayuda de algunos ciudadanos que estimaban más la esclavitud que la libertad de su patria y con el favor vicellesco, ocupar Fermo; así pues, escribió a Giovanni Fogliani diciendo que eras largos años de ausencia deseaba ahora regresar, para verle a él, visitar su ciudad, y en cierta manera reconocer la situación de su patrimonio; y como que hasta entonces todas sus fatigas habían ido encaminadas a adquirir honores, deseaba regresar para que sus conciudadanos pudieran ver que no había perdido el tiempo en vano, con toda la dignidad conveniente y acompañado por cien soldados a caballo, amigos y servidores suyos; y le rogaba se dignara dar las órdenes pertinentes para que los ciudadanos de Fermo le recibieran debidamente; con lo que no sólo se honraría a Oliverotto sino también a él por ser su tío. No faltó pues Giovanni para con su sobrino a ninguno de los deberes de la hospitalidad, y habiéndole hecho recibir honrosamente por los ciudadanos de Fermo, le alojó en su propia casa: allí, pasados unos días, que le sirvieron a Oliverotto para preparar secretamente todo cuanto necesitaba para su futuro engaño, organizó un banquete solemnísimos al que invitó a Giovanni Fogliani y a todos los ciudadanos importantes de Fermo. Acabadas las viandas y demás entretenimientos usuales en este tipo de banquete, Oliverotto suscitó, a propósito, una discusión sobre ciertos temas graves, hablando de la grandeza del Papa Alejandro y de su hijo César, y de las empresas de ambos. Como a tales razonamientos Giovanni y los otros replicaran, Oliverotto se levantó de repente diciendo que eran aquellas cosas para ser habladas en lugar más secreto, y se retiró a una habitación contigua, seguido por Giovanni y los otros ciudadanos.

Apenas habían tomado asiento, cuando de distintos lugares secretos de la habitación salieron soldados que asesinaron a Giovanni y a todos los demás. Después de este homicidio, Oliverotto montó a caballo, ocupó la ciudad y sitió el palacio del supremo magistrado, de tal manera que el miedo les obligó a obedecerle y a constituir un gobierno del que se erigió en príncipe. Muertos aquellos que, por su descontento, podían dañarle, se afianzó en el poder con nuevas instituciones civiles y militares, de forma que en el curso del año que ostentó el principado, no sólo estuvo seguro en la ciudad de Fermo, sino que consiguió hacerse temer por todos sus vecinos.

Y habría sido inexpugnable, como Agatocles, si no se hubiera dejado engañar por César Borja cuando en Sinigaglia, como antes dijimos, apresó a los Orsini y a Vitelli; y allí, cautivo él también, un año después de cometido el parricidio 3, fue estrangulado junto a Vitellozzo, que había sido su maestro en la virtud y en el crimen.

Alguien podría extrañarse de que Agatocles, y algún otro parecido a él, luego de infinitas traiciones y crueldades, pudiera vivir largo tiempo seguro en su patria, y defenderse de los enemigos exteriores sin que sus ciudadanos hubieran conspirado nunca contra él; mientras muchos otros, mediante la crueldad, no han podido en tiempos de paz mantener su estado, y no digamos, ya en tiempos de guerra. Creo que esto sea debido al mal o buen uso de la crueldad 4 • Bien usadas pueden llamarse aquellas crueldades que (si del mal es lícito hablar bien) se hacen de golpe por la necesidad de afianzarse en el poder, y sobre las que luego no se insiste, sino que por el contrario se convierten, en lo posible, en una gran utilidad para los súbditos 5 • Mal usadas son aquellas que, aun siendo pocas al principio, con el tiempo van aumentando en lugar de disminuir. Los que siguen el primer modo, pueden, con ayuda de Dios y de los hombres, encontrar algún remedio para su estado, como le sucedió a Agatocles; los otros es imposible que se mantengan.

Por eso, no hay que olvidar, que al apoderarse de un estado, el príncipe deberá estudiar muy bien todas aquellas ofensas que considere ineludibles, y actuarlas de golpe, para no tener que renovarlas día a día, y así, no renovándolas, poder tranquilizar a sus nuevos súbditos y ganárselos fácilmente con nuevos favores. Quien proceda de otro modo ya sea por timidez o por estar mal aconsejado, se verá obligado a tener siempre el cuchillo en la mano; jamás podrá apoyarse en sus súbditos, ya que éstos no se fiarán de él dadas las recientes y continuadas injurias. Porque las injurias han de hacerse todas a la vez, para que paladeándolas menos hagan también menos daño, mientras que los favores hay que hacerlos poco a poco, para que puedan saborearse mejor. Y un príncipe sobre todo ha de comportarse con sus súbditos de manera que nada, bueno o malo, le haga cambiar; porque, cuando con los tiempos adversos viene la necesidad, ya no estás en condiciones de hacer el mal, y el bien que haces ya no te aprovecha, porque no será juzgado sincero y nadie te lo agradecerá.

IX

De principatu civili

Pero, llegando a la otra posibilidad, es decir, cuando un simple ciudadano no por medio de crímenes u otras intolerables violencias sino con el favor de sus conciudadanos llega a príncipe de su patria (y a este principado se le puede llamar civil; y para llegar a él no se necesita ni mucha virtud ni mucha fortuna, sino más bien una astucia afortunada), digo que se llega a este principado o con el favor del pueblo o con el de los grandes y poderosos. Porque en todas las ciudades existen estos dos tipos de humores; que nacen del hecho de que el pueblo no quiere ser gobernado ni oprimido por los grandes y en cambio los grandes

desean dominar y oprimir al pueblo; y de estos dos diversos apetitos nacen en las ciudades uno de estos tres efectos: principado, libertad o anarquía.

El principado es creado o por el pueblo o por los grandes, según que una u otra de estas tres partes encuentre la ocasión. Porque, cuando los grandes ven que es imposible resistir al pueblo, empiezan a acrecentar la reputación de uno de ellos y lo convierten en príncipe para poder así, bajo su sombra, desahogar sus apetitos³. El pueblo, a su vez, viendo que no puede resistirse a los grandes, acrecienta la reputación de alguien y lo convierte en príncipe para defenderse con su autoridad. Aquel que llega al principado con la ayuda de los grandes, se mantiene en él con mayor dificultad que el que llega con la ayuda del pueblo; porque se encuentra príncipe entre otros muchos a su alrededor que se creen iguales a él y por eso no les puede ni mandar ni manejar a su manera. Pero aquél que llega al principado con el favor popular, se encuentra sólo en él, y tiene a su alrededor a muy pocos o ninguno que no estén dispuestos a obedecer. Además, no se puede honestamente y sin ofender a otros, satisfacer a los grandes, pero sí se puede satisfacer al pueblo: porque el del pueblo es en fin más honesto que el de los grandes, ya que éstos quieren oprimir y aquél no ser oprimido. Además, no hay que olvidar que con un pueblo enemigo, un príncipe jamás estará seguro, porque son multitud; de los grandes sí puede estarlo, pues son pocos. Lo peor que un príncipe puede esperar del pueblo enemigo es que éste le abandone, pero si los enemigos son los grandes no sólo ha de temer que lo abandonen, sino que se revuelvan contra él; porque teniendo éstos más inteligencia y mayor astucia, no pierden el tiempo a la hora de salvarse y procurar conseguir los favores del que esperan sea el vencedor. El príncipe, además, tiene que vivir siempre con el mismo pueblo pero no necesariamente con los mismos nobles, a los que puede, día a día, crear o aniquilar, dar o quitar reputación según guste.

Y para aclarar mejor todo esto, diré que a los grandes hay que dividirlos principalmente en dos clases: aquellos que actúan de manera que con su proceder quedan ligados por completo a tu suerte y los que no. A los que se ligan a ti, si no son rapaces, hay que amarles y honrarles; a los otros hay que dividirlos en dos categorías. O hacen eso por pusilanimidad y natural falta de valor, y entonces debes servirte de ellos, especialmente de los más prudentes porque en los momentos de prosperidad te honran y en las adversidades no tienes por qué temerles; o bien no están a tu lado premeditadamente y por ambición, pensando más en ellos que en ti; y de estos el príncipe ha de guardarse, y temerlos como a enemigos declarados, ya que siempre, en los momentos difíciles contribuirán a su ruina.

Debe, por lo tanto, quien llegue a príncipe con el favor del pueblo, mantenérselo amigo, cosa fácil ya que el pueblo sólo pide no ser oprimido. Pero uno que contra la voluntad popular llegue a príncipe con el apoyo de los grandes, deberá, ante todo, intentar ganarse al pueblo, lo que será fácil si se convierte en su protector. Y puesto que los hombres, cuando reciben el bien de quien esperaban mal, se sienten más obligados a su benefactor, recibirá enseguida del pueblo más afecto que si hubiera llegado al principado con su apoyo. Y el príncipe puede ganarse al pueblo de muchas maneras; pero no hablaremos ahora de ellas ya que pueden variar según las circunstancias, y no es fácil dar una regla general. Concluiré

tan sólo diciendo que a un príncipe le conviene contar con la amistad de su pueblo, de lo contrario no tendrá remedio alguno en la adversidad.

Nabis, príncipe de los espartanos, aguantó el asedio de toda Grecia y de un victorioso ejército romano, y contra todos ellos defendió su patria y su estado; y le bastó con sólo, llegado el peligro, cerciorarse de unos pocos: lo que no le habría bastado de haber tenido el pueblo en contra. Y que nadie contradiga mi opinión con aquel proverbio tan trillado de que «quien edifica sobre el pueblo edifica en el barro», porque eso es verdad cuando quien lo hace es un ciudadano privado que se imagina que el pueblo le libraré de la opresión de sus enemigos o de la de sus magistrados (y en este caso podría muy bien equivocarse, como ocurrió en Roma a los Graco y en Florencia a micer Giorgio Scali) ; pero si el que se apoya en el pueblo es un príncipe capaz de mandar, valiente, al que no atemorizan las contrariedades, que no olvida estar preparado para todo, y que con su valor y sus medidas mantiene vivo el ánimo de todo su pueblo, nunca se encontrará engañado por éste y podrá comprobar que ha puesto sólidos fundamentos a su poder. Suelen estos principados correr peligro cuando están por pasar del orden civil al absoluto 7. Porque estos príncipes, o gobiernan directamente o por medio de magistrados; en este último caso su situación es más débil y corren más peligro, porque se encuentran totalmente supeditados a la voluntad de los ciudadanos que han sido elegidos magistrados que, sobre todo en los momentos adversos, les pueden arrebatarse con gran facilidad el poder, al enfrentársele abiertamente o al no obedecerle. Y entonces en los momentos de peligro el príncipe ya no llega a tiempo de recuperar el poder absoluto, porque los ciudadanos y súbditos 8 que suelen recibir órdenes de los magistrados difícilmente podrán en tan graves circunstancias obedecer las suyas; con lo que carecerá siempre en los momentos inciertos de gente en quien confiar. Por eso tal príncipe no debe basarse en lo que ve en tiempos de tranquilidad cuando los ciudadanos tienen necesidad del estado, porque entonces todos corren, todos prometen, y todos quieren morir por él cuando la muerte está lejos; pero en los momentos difíciles, cuando el estado tiene necesidad de los ciudadanos, entonces encontrará a muy pocos. Y esta experiencia es tanto más peligrosa por cuanto tan sólo se la puede hacer una vez. Así que un príncipe prudente deberá encontrar un procedimiento por el cual sus ciudadanos, siempre y en toda circunstancia, necesiten de él y del estado; y siempre más le serán fieles.

X

Quomodo omnium principatum vires perpendi debeant

Conviene tener en cuenta, al examinar las cualidades de estos principados, otro problema: es decir, si un príncipe tiene tanto estado que pueda, en caso de necesidad, valerse por sí mismo; o bien si tiene siempre que depender de la ayuda de los demás. Y para aclarar mejor esto digo que creo que pueden valerse por sí mismos los que, o por abundancia de hombres o de dinero, pueden poner en pie de guerra un ejército adecuado a las circunstancias, y enfrentarse en abierta batalla con cualquiera que les ataque; y que, al contrario, creo que necesitan siempre la ayuda de los demás los que no pueden afrontar al

enemigo en campo abierto y se ven obligados a refugiarse dentro de las murallas para defenderlas. Del primer caso ya hemos hablado y más adelante añadiremos lo que sea necesario. En cuanto lo segundo caso poco podemos decir; tan sólo aconsejar a los príncipes que fortifiquen y defiendan bien la propia ciudad y no se preocupen del resto del territorio. Y quien haya fortificado bien su ciudad y en las relaciones con sus súbditos se haya comportado tal como: Se ha dicho más arriba y como se dirá más adelante' será siempre atacado con gran temor y precaución; porque los hombres son siempre enemigos de las empresas en las que ven dificultades y no puede verse facilidad alguna en atacar a uno que tenga su ciudad bien defendida y no sea odiado por el pueblo.

Las ciudades de Alemania son muy libres, tienen poco territorio bajo su jurisdicción y obedecen al emperador cuando quieren; y no temen ni a éste ni a ningún otro señor que tengan cerca: porque están fortificadas de tal manera que todos piensan que su asedio ha de ser largo y difícil. Porque todas tienen fosos y murallas apropiadas; tienen artillería suficiente; en los almacenes públicos hay siempre comida, bebida y combustible para un año entero; y además de todo esto, para poder mantener alimentada a la plebe sin pérdida para el erario público, tienen siempre en la ciudad con qué darles trabajo durante un año en aquellos oficios que son el nervio y la vida de aquella ciudad y con el ejercicio de los cuales esta plebe se nutre. Además, los ejercicios militares gozan en estas ciudades de gran reputación y a este propósito tienen muchas disposiciones que los regulan y mantienen.

Un príncipe, pues, que tenga una ciudad fuerte y no se haga odiar, no podrá ser atacado; y si a pesar de todo alguien lo intentara, tendría que levantar el cerco avergonzado, que las cosas del mundo cambian tanto que es casi imposible que uno pueda pasar con sus ejércitos todo un año, ocioso, en un asedio. Y a quien replicare: si el pueblo tiene sus propiedades fuera y las ve arder, no tendrá paciencia y el largo asedio y sus propios intereses le harán olvidar al príncipe; respondo que un príncipe potente y animoso superará siempre todas esas dificultades; ya sea dando a sus súbditos la esperanza de que el mal no ha de durar, o bien atemorizándoles con la crueldad del enemigo, o protegiéndose con destreza de aquellos que le parezcan demasiado atrevidos. Además, el enemigo lógicamente incendiará y devastará el país en cuanto llegue, al principio de su ataque, cuando los ánimos de los hombres están aún inflamados y dispuestos a la defensa; precisamente por eso no tiene el príncipe por qué temer, porque después de algunos días, cuando los ánimos se han enfriado, el mal está ya hecho, se han aceptado las consecuencias y ya no hay remedio: y es entonces cuando más se unen los súbditos a su príncipe, pareciéndole que tiene éste que estarles más obligado al haberles sido incendiadas sus casas y arruinadas sus posesiones precisamente por defenderle a él. Que la naturaleza de los hombres es tal que igual se sienten obligados por los beneficios que hacen como por los que reciben. Por lo que, si se considera bien todo, no le será difícil a un príncipe prudente mantener firme, tanto al principio como al final, el ánimo de sus ciudadanos durante el asedio, siempre que no les falte con qué vivir y defenderse.

XI

De principatibus ecclesiasticis

Ahora sólo nos resta hablar de los principados eclesiásticos ahí las dificultades se presentan todas antes de poseerlos; porque se adquieren o por virtud o por fortuna y se conservan sin la una ni la otra; ya que se apoyan en las seculares leyes de la religión, tan poderosas y de tal cualidad, que mantienen a sus príncipes en el poder sea cual sea su manera de proceder y de vivir. Estos príncipes son los únicos que tienen estados y no los defienden, súbditos y no los gobiernan; los estados, aunque indefensos, no les son arrebatados; y los súbditos, no siendo gobernados, no se preocupan de ello y ni piensan ni pueden sustraerse a su dominio. Sólo, pues, estos principados están seguros y felices. Pero, como están regidos por una razón superior a la que la mente humana no alcanza, dejaré de hablar de ellos; porque, siendo exaltados y mantenidos por Dios, discurrir sobre ellos sería un acto de hombre pre-suntuoso y temerario.

No obstante por si alguien me preguntara por qué la Iglesia, en lo temporal, ha alcanzado tanto poder siendo así que antes de Alejandro los grandes estados italianos, y no sólo esos que se llamaban los grandes, sino cualquier barón o señor por muy pequeño que fuera, la estimaba poco en lo temporal y ahora un rey de Francia tiembla ante esta Iglesia que ha podido echarle a él de Italia y hundir a los venecianos; no me parece superfluo recordar todo esto, al menos en parte, aun cuando sea cosa conocida.

Antes de que Carlos pasara a Italia 6, esta provincia 7 estaba bajo el dominio del Papa, de los venecianos, del rey de Nápoles, del duque de Milán y de los florentinos. Estos potentados tenían que procurar fundamentalmente dos cosas: la primera, que ningún extranjero entrara en Italia con sus ejércitos, y la otra, que ninguno de ellos ocupara más territorios aumentando su poder. Los que inspiraban mayor motivo de preocupación eran el Papa y los venecianos. Para mantener a raya a los venecianos era menester la unión de todos los demás, como sucedió en la defensa de Ferrara 8; y para frenar al Papa se servían de los barones romanos; que, al estar divididos en dos facciones, Orsini y Colonna, daban siempre motivo de escándalo; y estando siempre con las armas en la mano ante los propios ojos del pontífice, mantenían el pontificado débil y sin fuerzas. Y aunque de vez en cuando surgiera un Papa animoso, como Sixto 9, ni su fortuna ni su saber pudieron librarle nunca de tales dificultades. Y el principal motivo de todo eso era la brevedad de sus pontificados; porque en diez años que de media vivía un Papa, a _duras penas podía disminuir la potencia de ninguna de las facciones; y si uno, por ejemplo, había aniquilado así a los Colonna, aparecía otro, enemigo de los Orsini, que los hacía resurgir, sin tener tiempo en cambio de eliminar a los Orsini.

Esto hacía que los poderes temporales del Papa fueran tan poco estimados en Italia. Surgió luego Alejandro VI 10, que de entre todos los pontífices habidos hasta nuestros días, fue el primero que mostró cómo con el dinero y con la fuerza un Papa puede imponerse, e hizo por medio del duque Valentino, y aprovechando la venida de los franceses, todo cuanto he expuesto más arriba hablando de las acciones del duque. Y aunque su propósito no era

engrandecer la Iglesia sino a su hijo el duque, sin embargo lo que hizo revirtió en la grandeza de la Iglesia; la cual, después de su muerte, eliminado el duque, fue la heredera de sus esfuerzos. Siguió después el papa Julio 11; y encontró una, Iglesia grande gracias a la posesión de toda la Romaña y al haber sido aniquilados los barones romanos y anuladas sus facciones por los golpes que les había propinado Alejandro; y encontró además abierto el camino a un método de acumular dinero nunca usado antes de Alejandro. Y todo eso Julio no sólo lo continuó sino que aún fue más allá; y decidió ganarse Bolonia, aniquilar a los venecianos y expulsar a los franceses de Italia; empresas todas de las que salió victorioso y con tanta más gloria para él cuanto que todo lo hizo para aumentar el poder de la Iglesia y no el de un particular. Mantuvo además las facciones de los Orsini y de los Colonna en las mismas condiciones en que las encontró; y aun cuando en ellas hubiera algún cabecilla capaz de provocar algún cambio, dos cosas, sin embargo, las han mantenido tranquilas: la grandeza de la Iglesia que les asusta y el no tener ninguna de las dos facciones cardenales, ya que son éstos el origen de sus violentos conflictos. Y jamás estarán quietas estas facciones mientras tengan cardenales; ya que éstos alimentan las banderías en Roma y fuera de ella, y los barones se ven forzados a defenderlas; y así de la ambición de los prelados nacen las discordias y tumultos entre los nobles. Su Santidad el papa León 14 ha encontrado, pues, un pontificado poderosísimo; y si sus dos predecesores lo hicieron grande con las armas, se espera que él, con su bondad y todas sus infinitas virtudes lo hará aún mayor y digno de veneración.

XII

Quot sint genera militiae et de mercenariis militibus

Habiendo examinado en todos sus elementos las características de aquellos principados sobre los que al principio me había propuesto hablar, consideradas en cierta medida las causas de su buena o mala situación, y mostrados los métodos con los que muchos han tratado de obtenerlos y conservarlos, me resta ahora hablar en términos generales de los distintos tipos de ataque y defensa que en cada uno de ellos pueden darse. Ya hemos dicho antes que a un príncipe le conviene tener buenos fundamentos; pues de lo contrario se verá sin remedio abocado al desastre, y los principales fundamentos que pueden tener los estados, tanto nuevos como viejos o mixtos, son las buenas leyes y las buenas armas: y dado que no puede haber buenas leyes donde no hay buenas armas, y donde hay buenas armas las leyes han de ser necesariamente buenas, dejaré a un lado el hablar de las leyes y hablaré de las armas.

Digo, pues, que las armas con las que un príncipe defiende su estado, o son propias o mercenarias, o auxiliares o mixtas. Las mercenarias o auxiliares son inútiles y peligrosas; y si uno tiene su estado fundado sobre las armas mercenarias, jamás estará tranquilo y seguro; porque están desunidas, son ambiciosas, indisciplinadas, desleales, gallardas entre los amigos y entre los enemigos viles; ni temerosas de Dios ni leales con los hombres; y con ellas se retrasa la derrota en la medida en que se difiere el ataque; en la paz se despojan

ellas y en la guerra el enemigo. Y todo eso porque no tienen otro interés ni otro motivo que las mantenga en el campo de batalla que una triste soldada, que no basta para que quieran morir por ti. Desean ser tus soldados mientras no declares la guerra, pero en cuanto estalla, no piensan más que en dejarte o huir. Y no debería costarme mucho convencerlos de esto, ya que la actual ruina de Italia no tiene otro origen que la confianza dada durante largos años a las armas mercenarias. Las cuales hicieron en el pasado, para algunos, ciertos progresos, y parecían fuertes luchando entre sí, pero en cuanto se presentó el extranjero mostraron lo que en realidad eran; y así pudo Carlos, rey de Francia, conquistar Italia con el yeso.

Y tenía razón quien decía que la causa de todo ello eran nuestros pecados, sólo que no eran los que él creía, sino los que yo he expuesto; y como que eran pecados de príncipes, la pena la han pagado también ellos.

Quiero mostrar aún mejor lo funestas que son estas tropas. Los capitanes mercenarios, o son excelentes hombres de armas o no lo son: si lo son, no puedes fiarte de ellos, pues aspirarán siempre a su propia grandeza, o bien oprimiéndote a ti que eres su señor, o bien oprimiendo a otros en contra de tus intenciones; si no lo son y carecen de cualidades, lo natural será que causen tu ruina. Y si se me responde que cualquiera que tenga las armas en la mano, sea o no mercenario, hará lo mismo, replicaré mostrando cómo un príncipe o una república han de utilizar las armas: el príncipe debe ir al frente de sus tropas, haciendo de capitán; la república tiene que mandar a sus ciudadanos: y cuando manda a uno que no resulta valiente, tiene que cambiarlo; y si lo es, frenarlo con leyes, para que no pueda excederse en sus funciones. Y por experiencia vemos cómo príncipes solos y repúblicas armadas obtienen grandes victorias, mientras que las armas mercenarias no traen más que graves daños; y con mayor dificultad cae bajo el dominio de uno de sus ciudadanos una república armada con tropas propias que otra armada con tropas de fuera. Roma y Esparta permanecieron durante muchos siglos armadas y libres. Los suizos están armadísimos y son muy libres. De tropas mercenarias en la antigüedad tenemos ejemplos entre los cartagineses, que estuvieron a punto de ser oprimidos por sus propios soldados mercenarios 7, terminada la primera guerra contra los romanos, a pesar de tener los cartagineses como jefes, o sus propios ciudadanos. Filipo de Macedonia fue nombrado por los tebanos, después de la muerte de Epaminondas, capitán de sus ejércitos; y conseguida la victoria, les arrebató la libertad. Los milaneses, muerto el duque Filippo 9, tomaron a sueldo a Francesco Sforza para que luchara contra los venecianos y él, tras vencer a los enemigos en Caravaggio, se alió con ellos para oprimir a sus propios señores, los milaneses. Sforza, su padre, estando a sueldo de la reina Juana de Nápoles, la dejó de repente desarmada; con lo que ella, para no perder el reino, tuvo que echarse en brazos del rey de Aragón. Y si venecianos y florentinos han acrecentado en el pasado su poderío gracias a las armas mercenarias sin que por ello ninguno de sus capitanes se haya hecho proclamar príncipe, sino que las ha defendido, respondo que los florentinos, en este caso, han sido favorecidos por la suerte; porque de los capitanes valerosos a los que podían temer, algunos no vencieron, otros encontraron oposición y otros en fin orientaron su ambición hacia otras partes. Uno de los que no venció fue Giovanni Aucut, cuya lealtad, al no vencer, no se pudo probar pero todos reconocieron que, de haber vencido, los florentinos habrían

estado en sus manos. Sforza tuvo siempre en su contra a los partidarios de Braccio, y así se mantuvieron a raya unos a otros. Francesco dirigió su ambición a Lombardía; Braccio contra la Iglesia y el reino de Nápoles.

Pero vayamos a lo sucedido hace poco. Los florentinos hicieron capitán de sus tropas a Paulo Vitelli 15, hombre prudentísimo que partiendo de su condición de simple particular había ganado grandísima reputación. Si hubiese tomado Pisa, nadie me negará que los florentinos no habrían tenido más remedio que depender de él; porque, si se ponía al servicio de sus enemigos, estaban perdidos, y si lo mantenían al frente de sus tropas tenían que obedecerle. Y en cuanto a los venecianos, si se considera su manera de proceder, veremos que obraron segura y gloriosamente mientras hicieron la guerra con sus propias armas (que fue antes de que se dedicaran a sus empresas de tierra firme) cuando con sus nobles y el pueblo armado actuaron de manera extraordinariamente sagaz y valerosa; pero cuando empezaron a combatir en tierra, abandonaron su antigua virtud y siguieron las costumbres de las guerras de Italia 16. Y al principio de su expansión por tierra firme, como que aún no dominaban grandes territorios y gozaban, en cambio, de enorme reputación, no tenían nada que temer de sus capitanes mercenarios; pero cuando extendieron su dominio (que fue bajo el Carmignuola) 17 tuvieron buena prueba de su error; porque habiéndolo visto lleno de valor e ímpetu cuando bajo su guía derrotaron al duque de Milán, dándose luego cuenta de su pérdida de interés por la guerra comprendieron que con él, puesto que no lo quería, no volverían a ganar, y como que para no perder lo ya adquirido tampoco podían licenciarlo, se vieron forzados, para su tranquilidad, a matarlo. Posteriormente tuvieron como capitanes a Bertolommeo de Bergamo, Ruberto de San Severino, al conde de Pitigliano y a otros por el estilo con los que tenían que cerner más por las derrotas que por las victorias; como sucedió en Vailla, donde en una jornada perdieron lo que con canco esfuerzo habían adquirido en ochocientos años. Porque este tipo de tropas generan can sólo lencas, tardías y débiles conquistas, y repentinas y espectaculares pérdidas. Y ya que con estos ejemplos he llegado a Italia, gobernada durante cantos años por armas mercenarias, quiero hablar de ellas con mayor perspectiva histórica para que, vistos su origen y desarrollo, sea más fácil corregir sus errores.

Tenéis, pues, que saber que can pronto como en los últimos tiempos el Imperio empezó a ser rechazado en Italia y el Papa acrecentó su prestigio en lo temporal, Italia se dividió en varios estados, ya que muchas de las grandes ciudades tomaron las armas contra sus nobles, que anees, favorecidos por el emperador, las tenía sometidas; y la Iglesia las ayudaba para aumentar así su poder temporal, y en muchas otras, simples ciudadanos accedieron al principado. Así que, habiendo ido a parar casi toda Italia a manos de la Iglesia y de algunas repúblicas, y no escando acostumbrados ni los sacerdotes ni los ciudadanos al uso de las armas, empezaron a asoldar extranjeros. El primero en dar prestigio a este tipo de milicia fue el romañolo Alberigo da Conio. Discípulos suyos fueron, entre otros, Braccio y Sforza, árbitros de Italia en su tiempo. Después vinieron todos los demás que hasta nuestros días han dirigido estos tipos de milicias. Y el resultado de su valerosa actuación ha sido que Italia se ha visto invadida por Carlos, pillada por Luis, forzada por Fernando y cubierta de ignominia por los suizos. La táctica seguida por los mercenarios ha consistido, ante todo, en destruir el prestigio de la infantería para acrecentar así el suyo. Hicieron esto, porque no

teniendo estado propio donde reclutar soldados y viviendo de las armas, poca infantería no les daba bastante lustre y mucha costaba demasiado de mantener; así que se limitaron a la caballería, que con un número soportable, les daba menos gasto y más honor. Las cosas habían llegado a tal extremo que en un ejército de veinte mil soldados apenas se contaban dos mil infantes. Además de todo esto, se las habían ingeniado para evitar, tanto a sí mismos como a sus soldados, cualquier motivo de fatiga o temor, no matándose en combate y haciendo tan sólo prisioneros a los que liberaban sin rescate. De noche no atacaban las ciudades ni los de las ciudades atacaban los campamentos; no construían alrededor de los campamentos ni empalizadas ni fosos; no luchaban en invierno. Y todo esto estaba permitido en sus ordenanzas militares e inventado por ellos, como hemos dicho, para ahorrarse fatiga y peligros; y tanto han hecho, que han llevado a Italia a la esclavitud y al oprobio.

XIII

De militibus auxiliariis, mixtis et propriis

Las tropas auxiliares, que son otro tipo de armas inútiles, son aquéllas de que puedes disponer cuando llamas a un poderoso para que con sus ejércitos te ayude y defienda; como hizo, hace poco, el papa Julio, que habiendo visto en la empresa de Ferrara 2 la triste actuación de sus tropas mercenarias, recurrió a las auxiliares y llegó a un acuerdo con Fernando, rey de España, para que con sus gentes y ejércitos le ayudara. Estas armas pueden ser útiles y buenas en sí mismas, pero para quien las llama son casi siempre perjudiciales; porque, si pierden, quedas deshecho, y si ganas te conviertes en su prisionero. Y aun cuando las antiguas historias estén llenas de tales ejemplos, no quiero sin embargo alejarme de este reciente ejemplo del papa Julio; cuya decisión no pudo ser menos meditada: ponerse en manos de un extranjero tan sólo por obtener Ferrara. Pero su suerte hizo que surgiera un tercer elemento que evitó que recogiera el truto de su mala elección; ya que, habiendo sido derrotados sus soldados auxiliares en Rávena, aparecieron los suizos, que hicieron huir a los vencedores en contra de toda opinión, tanto suya como de los demás, no quedando así prisionero de los enemigos, que habían huido, ni de sus auxiliares, puesto que había vencido con otras armas que no eran las de éstos. Los florentinos, encontrándose completamente desarmados, llevaron diez mil franceses a Pisa para expugnarla; y con esta decisión corrieron más peligro que en ningún otro momento de su difícil historia. El emperador de Constantinopla para enfrentarse a sus vecinos, hizo entrar en Grecia a diez mil turcos; que, terminada la guerra, no quisieron salir, lo que fue el principio de la esclavitud de Grecia bajo los infieles.

Aquel, pues, que quiera no poder vencer que se valga de tales armas; ya que son mucho más peligrosas que las mercenarias. Porque con éstas la derrota está asegurada de antemano: ya que están muy unidos y únicamente supeditados a la obediencia de otros; mientras que las mercenarias, aun cuando hayan vencido, necesitan para dañarte más tiempo y ocasión más propicia, pues no forman un cuerpo único y han sido en cambio

reclutadas y pagadas por ti; en estas tropas un tercero al que tú confíes el mando no puede alcanzar fácilmente la autoridad suficiente para perjudicarte. En suma, en las mercenarias es más peligrosa la desidia, en las auxiliares la virtud.

Por eso, los príncipes prudentes han rehuido siempre ese tipo de tropas, y se han valido de las propias, prefiriendo perder con las suyas que vencer con las de otros, juzgando que no es verdadera victoria la que se obtiene con armas ajenas. No dudaré jamás en alegar el ejemplo de César Borja y de sus acciones. Este duque entró en la Romaña al mando de tropas auxiliares, totalmente francesas y con ellas tomó Imola y Forli; pero no pareciéndole luego tales armas seguras, recurrió a las mercenarias, considerándolas menos peligrosas; y asoldó a los Orsini y Vitelli; y habiéndolas encontrado después, en la práctica, variables, desleales y peligrosas, las suprimió y se decidió por las propias. Y puede verse fácilmente la diferencia existente entre tales tropas si se considera la muy distinta reputación obtenida por el duque cuando tenía tan sólo a los franceses, cuando tenía a los Orsini y Vitelli, y cuando se quedó con sus soldados sostenido únicamente por sus propias fuerzas; porque, si bien su reputación iba en aumento, nunca se le estimó tanto como cuando se vio claramente que él era dueño absoluto de sus tropas.

No era mi intención apartarme de los ejemplos Italianos, sobre todo recientes, pero tampoco quiero olvidar a Hierón de Siracusa, siendo uno de los que antes he citado. Este, nombrado, como ya dije, por los siracusanos jefe de los ejércitos, vio enseguida que la milicia mercenaria no era útil, ya que sus jefes estaban hechos de la misma pasta que los nuestros; y sabiendo que no podía ni conservarlos ni licenciarlos, optó por hacerles descuartizar a todos y a partir de entonces hizo la guerra con sus propias armas y no con las de otros. Quiero también traer a la memoria una figura del Viejo Testamento que viene muy a propósito. Habiéndose ofrecido David a Saúl para ir a combatir contra Goliat, guerrero filisteo, Saúl, para darle ánimo, le armó con sus propias armas, que, David, una vez vestidas, rechazó diciendo que con ellas no se podía valer bien por sí mismo y que quería enfrentarse al enemigo con su propia honda y su propio cuchillo.

En fin, las armas ajenas, o te vienen grandes, o te pesan o te oprimen. Carlos VII 8, padre del rey Luis XI, habiendo con su fortuna y virtud librado a Francia de los ingleses, se dio cuenta de esta necesidad de armarse con tropas propias, y estableció en su reino la ordenanza de la caballería y de la infantería. Luego, el rey Luis, su hijo, abolió la de la infantería y empezó a asoldar suizos; error que, seguido por sus sucesores, ha sido como puede verse ahora en efecto la causa de los peligros que corre aquel reino. Porque, habiendo dado prestigio a los suizos ha humillado a todo su ejército; porque ha disuelto la infantería y ha supeditado su caballería a los ejércitos ajenos; porque acostumbrados a luchar junto a los suizos, se creen ahora incapaces de vencer sin ellos; de ahí que los franceses, contra los suizos no se batan, y sin suizos contra otros ni se atrevan a luchar. Los ejércitos de Francia han sido, pues, mixtos, en parte mercenarios y en parte propios: armas éstas, en conjunto, mucho mejores que las simplemente auxiliares o las simplemente mercenarias y muy inferiores a las propias. Y baste el ejemplo mencionado; porque el reino de Francia sería invencible si hubiera mejorado o al menos mantenido la organización de Carlos. Pero la poca prudencia de los hombres ve tan sólo la bondad inicial de las cosas sin

darse cuenta del veneno que esconden: como ya dije más arriba refiriéndome a las fiebres héticas.

Por consiguiente, aquél que en un principado no reconoce los males cuando nacen, no es verdaderamente prudente; y esta facultad es dada a muy pocos. Y si se considera el origen de la ruina del imperio romano, se verá que se produjo tan pronto como se empezó a tomar a sueldo a los godos ¹¹ porque desde aquel momento comenzaron a debilitarse las fuerzas del imperio romano, y toda la virtud que se le restaba a éste, pasaba a los otros.

Concluyo, pues, que sin tener ejércitos propios ningún principado está seguro; más aún, está a merced de la fortuna, al no tener virtud que con fe lo defienda en las adversidades. Y fue siempre opinión y sentencia de los sabios «quod nihil sit tam infirmum aut instabile quam fama potentiae non sua vi mixta» Y los ejércitos propios son aquéllos que están compuestos o por súbditos o por ciudadanos o por siervos tuyos: los demás, son mercenarios o auxiliares. Y el modo de organizar un ejército propio será fácil de encontrar si se estudian las ordenanzas militares de los cuatro que antes mencioné, y se verá cómo Filipo, padre de Alejandro Magno, y cómo muchas repúblicas y muchos príncipes se armaron y organizaron: y a tales ordenanzas por entero me remito.

XIV

Quo principem deceat circa militiam

Un príncipe, pues, no debe tener otro objetivo, ni otra preocupación, ni considerar cosa alguna como responsabilidad personal, excepto la guerra y su organización y reglamentación, porque éste es un arte que compete exclusivamente a quien manda; y comporta tanta virtud que no sólo mantiene en su lugar a quienes han nacido príncipes, sino que muchas veces eleva a este rango a simples ciudadanos; y al contrario, podemos ver que cuando los príncipes han pensado más en los refinamientos que en las armas, han perdido su estado. Y el primer motivo que te lo hace perder, es el descuidar este arte; y el que te lo hace adquirir es el ser experto en él.

Francesco Sforza, al estar armado, de privado llegó a duque de Milán, y sus herederos, por evitar las molestias de la guerra, de duques pasaron a simples particulares. Porque, entre los otros males que te acarrea, el estar desarmado te hace despreciable: y esta es una de aquellas infamias de las que el príncipe ha de guardarse, como diremos más adelante porque entre un hombre armado y uno desarmado no hay proporción alguna, y no es razonable que quien está armado obedezca de buen grado a quien está desarmado, ni que el desarmado se sienta seguro entre servidores armados; ya que, habiendo en uno desdén y en el otro temor, no es posible que juncos actúen bien. Por eso un príncipe que desconozca el arte de la milicia, además de las otras desgracias de las que hemos hablado, jamás podrá ser estimado por sus soldados ni tampoco fiarse de ellos.

Por lo tanto, nunca debe apartar su pensamiento del ejercicio de la guerra: y en época de paz deberá ejercitarse en ello con mayor ahínco que durante la guerra, lo que puede hacer de dos maneras: con la acción y con la mente. En lo que se refiere a la acción, además de tener a sus soldados bien organizados y ejercitados, deberá ir siempre de caza para acostumar el cuerpo a las incomodidades; y conocer al mismo tiempo la naturaleza de los distintos lugares y saber dónde se alzan las montañas, cómo se abren los valles, por dónde se extienden las llanuras, estudiando la naturaleza de los ríos y pantanos; y en todo eso ha de poner sumo cuidado. Este conocimiento es útil en dos sentidos: en primer lugar se aprende a conocer el propio país y así se puede atender mejor a su defensa; y además gracias al conocimiento y familiaridad con aquellos lugares podrá con facilidad comprender cualquier otro nuevo territorio que haya de explorar. Porque las colinas, los valles, las llanuras, los ríos y los pantanos que hay, por ejemplo en Toscana, tienen cierta semejanza con los de otras regiones; de manera que del conocimiento del terreno de una provincia, se puede fácilmente llegar al conocimiento de las demás. Y el príncipe que carece de esta habilidad carece de la primera condición necesaria a todo capitán, porque esta habilidad enseña a descubrir al enemigo, encontrar alojamientos apropiados, guiar a los ejércitos, disponer el orden de batalla y atacar las ciudades con ventaja.

De Filipómenes, príncipe de los aqueos, se dice, entre las otras alabanzas que ha merecido de los historiadores, que en tiempos de paz no pensaba en otra cosa que no fuera el arte de la guerra; y cuando paseaba por el campo con sus amigos, a menudo se detenía diciendo: «Si los enemigos estuviesen en aquella colina y nosotros estuviéramos aquí, con nuestro ejército, ¿quién tendría ventaja? ¿Cómo podríamos ir a su encuentro manteniendo el orden?; si quisiéramos retirarnos, ¿qué tendríamos que hacer? Y si fueran ellos los que se retiraran, ¿cómo deberíamos perseguir-les?» Y así, mientras paseaban iba planteándoles todos los casos que pueden presentarse a un ejército; escuchaba su opinión y exponía la suya corroborándola con argumentos de tal manera que, debido a estas continuas especulaciones no podía nunca presentársele, estando al mando de sus ejércitos, problema alguno para el cual no tuviera remedio.

En lo que se refiere al ejercicio de la mente, el príncipe debe leer libros de historia y examinar atentamente en ellos las acciones de los hombres más sobresalientes; ver cómo se han comportado en las guerras, estudiando los motivos de sus victorias y de sus derrotas para poder evitar éstas o imitar aquéllas; y sobre todo hacer, como ha hecho en el pasado más de un hombre eminente: tomar como ejemplo a alguien que con anterioridad haya sido alabado y glorificado, procurando seguir de cerca sus gestos y acciones: como se dice de Alejandro Magno, que imitaba a Aquiles; César a Alejandro; Escipión a Ciro. Y quien quiera que lea la vida de Ciro escrita por Jenofonte, reconocerá después en la vida de Escipión hasta qué punto tal imitación le proporcionó gloria y cómo, en la castidad, afabilidad, humanidad y liberalidad Escipión se adecuaba a todo cuanto Jenofonte ha dejado escrito de Ciro.

Así debe proceder todo príncipe sabio, y no estar nunca ocioso en tiempos de paz; sino que con habilidad irá adquiriendo un capital de experiencia del que valerse en momentos de adversidad para que, cuando cambie la fortuna, ésta lo encuentre preparado a resistir.

De his rebus quibus homines et praesertim principes laudantur aut vituperantur

Nos queda ahora por ver cuáles deben ser el comportamiento y gobierno de un príncipe con súbditos y amigos. Y como sé que muchos han escrito sobre esto, temo, al escribir yo también sobre ello, ser tenido por pre-suntuoso, máxime al alejarme, hablando de esta materia, de los métodos seguidos por los demás. Pero siendo mi intención escribir algo útil para quien lo lea, me ha parecido más conveniente buscar la verdadera realidad de las cosas que la simple imaginación de las mismas. Y muchos se han imaginado repúblicas y principados que nunca se han visto ni se ha sabido que existieran realmente; porque hay tanta diferencia de cómo se vive a cómo se debe vivir, que quien deja lo que se hace por lo que se debería hacer, aprende más bien su ruina que su salvación: porque un hombre que quiera en todo hacer profesión de bueno fracasará necesariamente entre tantos que no lo son. De donde le es necesario al príncipe que quiera seguir siéndolo aprender a poder no ser bueno y utilizar o no este conocimiento según lo necesite.

Dejando por lo tanto de lado todo lo imaginado acerca de un príncipe y razonando sobre lo que es la realidad, digo que todos los hombres, cuando se habla de ellos -y sobre todo los príncipes por su situación preeminente, son juzgados por alguna de estas cualidades que les acarrearán o censura o alabanza: y así, uno es tenido por liberal, otro por mezquino (usando un término toscano, ya que «avaro», en nuestra lengua es aquel que desea poseer por rapiña, mientras llamamos «mezquino» al que se abstiene en demasía de milizar lo propio); uno es considerado generoso, otro rapaz; uno cruel, otro compasivo; uno desleal, otro fiel; uno afeminado y pusilánime, otro feroz y atrevido; uno humilde, otro soberbio; uno lascivo, otro casto; uno recto, otro astuto; uno duro, otro flexible; uno ponderado, otro frívolo; uno religioso, otro incrédulo y así sucesivamente. Y yo sé que todos admitirán que sería muy encomiable que en un príncipe se reunieran, de todas las cualidades mencionadas, aquéllas que se consideran como buenas; pero puesto que no se pueden tener todas ni observarlas plenamente, ya que las cosas de este mundo no lo consienten, tiene que ser tan prudente que sepa evitar la infamia de aquellos vicios que le arrebatarían el estado y guardarse, si le es posible, de aquéllos que no se lo quiten; pero si no fuera así que incurra en ellos con pocos miramientos. Y aún más, que no se preocupe de caer en la infamia de aquellos vicios sin los cuales difícilmente podría salvar el estado; porque si consideramos con cuidado, encontraremos algo que parecerá virtud, pero que si lo siguiese sería su ruina y algo que parecerá vicio pero que, siguiéndolo, le proporcionará la seguridad y el bienestar propio.

XVI

De liberalitate et parsimonia

Empezando pues por las primeras cualidades mencionadas, reconozco lo bueno que sería ser considerado liberal no obstante, la liberalidad usada de modo que todos se tengan por generoso, puede perjudicarte; porque si se practica virtuosamente y como es 'debido, de manera que no se note, no se evitará el ser cachado de lo contrario. Y además, si se quiere mantener entre los hombres el título de liberal es necesario no olvidar ninguno de los componentes de la magnificencia; de tal manera que siempre un príncipe de tales características consumirá todo su patrimonio en esto, y al fin, si quiere mantener su fama de liberal, se verá obligado a gravar con fuertes impuestos al pueblo y a ser exigente y a hacer todo lo que pueda para conseguir dinero, lo que le acarreará el odio de sus súbditos, la poca estima de todos y al final la pobreza; de manera que con poca liberalidad suya, habiendo ofendido a muchos y premiado a pocos se resentirá al primer inconveniente y caerá frente a la primera ocasión de peligro; por lo que sabiendo todo esto y queriéndolo evitar, se gana en seguida fama de mezquino.

Un príncipe, pues, no pudiendo practicar de manera conocida la virtud del liberal, sin salir por ello perjudicado, debe, si es prudente, no preocuparse de ser tachado de mezquino: porque con el tiempo irá siendo tenido cada vez por más liberal al ver sus súbditos que con su parsimonia le bastan sus rentas, puede defenderse de los que le hacen la guerra, y puede llevar a cabo grandes empresas sin gravar al pueblo; de manera que es liberal con todos aquellos a los que no quita nada, que son muchísimos, y mezquino con todos aquellos a los que no da, que son pocos. En nuestros días, sólo vimos hacer grandes cosas a quienes fueron considerados mezquinos y fracasar a los otros. El papa Julio II una vez aprovechada su fama de liberal para obtener el papado, no pensó ya en mantenerla para poder así hacer la guerra; el actual rey de Francia ha hecho tantas guerras sin imponer una sola contribución extraordinaria a sus súbditos gracias a que su gran parsimonia ha sabido compensar los gastos superfluos; el actual rey de España, si hubiera tenido fama de liberal no hubiera emprendido ni superado tantas empresas.

Por lo tanto, un príncipe debe preocuparse bien poco de lo que tachen de mezquino mientras no tenga que robar a sus súbditos para defenderse, ni se vea abocado a la pobreza y al desprecio, ni se vea forzado a convertirse en rapaz, porque éste es uno de aquellos vicios que lo hacen reinar.

Y si alguien dijera: César con su liberalidad alcanzó el imperio, y muchos otros precisamente por haber sido liberales y considerados como tales, alcanzaron puestos importantísimos, respondo: o bien has alcanzado el poder o estás en vías de alcanzarlo: en el primer caso esta liberalidad es perjudicial; en el segundo, es muy necesario ser tenido por liberal. Y César era uno de los que quería llegar al principado de Roma; pero si una vez alcanzado, hubiera sobrevivido y no hubiera moderado sus gastos, habría destruido aquel imperio. Y si alguien replicase: muchos príncipes tenidos por liberales han hecho grandes cosas con sus ejércitos, le respondo: o el príncipe gasta lo suyo y lo de sus súbditos o lo de otros; en

el primer caso debe ser parco; en el segundo no debe olvidar ninguno de los aspectos de la liberalidad. Y el príncipe que va con sus ejércitos que se nutre de botines, de saqueos y rescates, administra lo que es de otros, y le es necesaria esta liberalidad; de lo contrario sus soldados no le seguirían. Y de lo que no es tuyo o de tus súbditos se puede ser mucho más espléndido, como fueron Ciro, César y Alejandro; porque el gastar lo de los demás no te quita reputación, sino que te la aumenta: sólo el gastar lo tuyo te perjudica. Y no hay nada que se consume tanto a sí mismo como la liberalidad: porque mientras la usas pierdes la facultad de usarla y te conviertes o en pobre y despreciable o para huir de la pobreza, en rapaz y odioso. Y de entre todas las cosas de las que un príncipe debe guardarse está la de ser-digno de desprecio y de odio; y la liberalidad te conduce a lo uno y a lo otro. Por lo tanto, es más sabio ganarse el nombre de miserable que genera una infamia sin odio, que por pretender la fama de liberal, verse obligado a incurrir en la de rapaz, que produce infamia con odio.

XVII

De crudelitate et pietate; et an sit melius amari quam timeri, ve! e contra

Prosiguiendo con las otras cualidades mencionadas, digo que todo príncipe debe desear ser tenido por compasivo y no por cruel: no obstante, ha de procurar no hacer mal uso de su compasión. César Borjaera considerado cruel y sin embargo su crueldad restableció el orden en la Romaña, la unificó y la redujo a la paz y a la lealtad al soberano. Si se estudia bien todo esto, se verá que fue mucho más compasivo que el pueblo florentino, que para evitar ser tachado de cruel, permitió la destrucción de Pistoia. Por lo tanto un príncipe no debe preocuparse de la fama de cruel si con ello mantiene a sus súbditos unidos y leales 5; porque, con poquísimos castigos ejemplares, será más compasivo que aquéllos que, por excesiva clemencia, dejan prosperar los desórdenes de los que resultan asesinatos y rapiñas; porque éstas suelen perjudicar a toda una comunidad, mientras las ejecuciones ordenadas por el príncipe perjudican tan sólo a los menos 6. Y de entre todos los príncipes es el nuevo al que les es imposible rehuir la fama de cruel, porque el estado nuevo está lleno de peligros. Y Virgilio, en boca de Dido, dice:

Res dura, et regni novitas me talia cogunt Moliri, et late fines custode tue ri

No obstante ha de ser circunspecto en el creer y en el actuar, no temerse a sí mismo y proceder moderadamente con prudencia y medida, para que el exceso de confianza no le haga incauto y la excesiva desconfianza no le vuelva intolerable.

Surge de esto una duda: si es mejor ser amado que temido o viceversa. La respuesta es que convendría ser lo uno y lo otro; pero como es difícil combinar ambas cosas, es mucho más seguro ser temido que amado cuando se haya de prescindir de una de las dos. Porque de los hombres, en general, se puede decir esto: que son ingratos, volubles, hipócritas, falsos,

temerosos del peligro y ávidos de ganancias; y mientras les favoreces, son todo tuyos, te ofrecen su sangre, sus bienes, la vida e incluso los hijos como ya dije antes mientras no los necesitas; pero, cuando llega el momento, te dan la espalda. Y aquel príncipe que lo ha fundado todo en promesas, encontrándose falto de otro apoyo, fracasa; porque las amistades que se adquieren con dinero y no con grandeza y nobleza de ánimo, se compran pero no se tienen, y en los momentos de necesidad no puedes contar con ellas. Además, los hombres tienen menos miedo de ofender al que se hace querer, que al que se hace temer; porque el amor está mantenido por un vínculo de obligación, quedada la malicia humana, rompe por cualquier motivo de utilidad propia; pero el temor se mantiene gracias al miedo al castigo que no nos abandona jamás.

Debe, no obstante, el príncipe hacerse temer de manera que si no se gana el amor, evite el odio; porque puede muy bien ser temido y a la vez odiado; lo que conseguirá siempre que se abstenga de tocar los bienes y las mujeres de sus ciudadanos y de sus súbditos. Y si alguna vez tuviera que proceder contra la familia de alguno de ellos, ha de hacerlo con causa manifiesta y conveniente justificación pero sobre todo, debe respetar la hacienda ajena, porque los hombres olvidan antes la muerte del padre que la pérdida del patrimonio. Y además nunca faltarán pretextos para arrebatar los bienes ajenos; y quien empieza a vivir de la rapiña, encuentra siempre motivos para apoderarse de lo de los demás; en cambio, los motivos para matar a alguien son más escasos y duran menos.

Pero cuando el príncipe está con sus ejércitos y tiene a sus órdenes a multitud de soldados, entonces es absolutamente necesario que no se preocupe de la fama de cruel; porque sin esta fama no se mantiene nunca un ejército unido ni dispuesto a acción alguna. Entre las admirables empresas de Aníbal se enumera ésta: que teniendo un ejército grandísimo, mezcla de diversas razas, llevado a luchar a tierras ajenas, jamás surgió en él disensión alguna, ni entre ellos ni contra el príncipe, tanto en los momentos buenos como en los malos. Lo que no podía provenir de nada más que de su inhumana crueldad; la cual, junto a sus infinitas cualidades, lo hizo siempre, a los ojos de sus soldados, temible y respetado; sin ella, no le hubieran bastado sus otras cualidades para conseguir aquel resultado. Y los escritos, en este tema poco ponderados, por una parte admiran su proeza pero por otra condenan la causa principal de ésta.

Y que sea verdad eso de que sus otras virtudes no le habrían bastado, se puede comprobar con el ejemplo de Escipión, hombre excepcional no sólo en su tiempo sino en todo el que alcanza la memoria, al que se le rebelaron sus ejércitos en España; y la causa no fue otra que su excesiva clemencia, puesto que había concedido a sus soldados más licencia de la que convenía a la disciplina militar. Y todo eso se lo reprochó Fabio Máximo en el Senado, llamándole corruptor de la milicia romana. Y cuando los habitantes de Lacres fueron destruidos por un legado suyo, ni les vengó ni corrigió la insolencia del legado, y todo provenía de su carácter blando: de tal manera que, queriendo alguien excusarlo en el senado, dijo que había muchos hombres a los que les era más fácil no errar que corregir los errores y este carácter, con el tiempo, habría empañado la fama y la gloria de Escipión de haber perseverado en él, ejerciendo el mando; pero viviendo bajo el gobierno del senado, esta cualidad suya, negativa, no sólo quedó oculta sino que le procuró gloria.

Concluyo, pues, volviendo a eso de ser temido y amado, que amando los hombres según su voluntad y temiendo según las del príncipe, un príncipe sabio debe apoyarse en lo que es suyo y no en lo que es de otros; debe solamente ingeniárselas, como hemos dicho, para evitar el odio.

XVIII

Quomodo fides a principibus sit servanda

Todos sabemos cuán loable es en un príncipe mantener la palabra dada y vivir con integridad y no con astucia; sin embargo se ve por experiencia en nuestros días cómo aquellos que han tenido muy poco en cuenta la palabra dada y han sabido burlar con astucia el ingenio de los hombres, han hecho grandes cosas superando al final a aquéllos que se han basado en la lealtad.

Debéis, pues, saber que hay dos modos de combatir: uno con las leyes; el otro con la fuerza; el primero es propio de los hombres, el segundo de las bestias; pero, puesto que el primero muchas veces no basta, conviene recurrir al segundo. Por lo tanto es necesario que un príncipe sepa actuar según convenga, como bestia y como hombre. Este punto ha sido enseñado, de manera velada, a los príncipes por los antiguos escritores, que nos cuentan cómo Aquiles y otros muchos príncipes antiguos fueron llevados al centauro Quirón, para que bajo su disciplina les educara. El hecho de tener por preceptor a un ser que es medio bestia y medio hombre, no quiere decir otra cosa que el príncipe necesita saber ser una y otra cosa; y que sin ambas naturalezas no podrá mantener su poder.

Estando pues el príncipe obligado a saber comportarse a veces como una bestia, de entre ellas ha de elegir a la zorra y al león; porque el león no sabe defenderse de las trampas ni la zorra de los lobos. Es pues necesario ser zorra para conocer las trampas y león para atemorizar a los lobos. Los que sólo imitan al león no saben lo que llevan entre manos. Por consiguiente un señor prudente no puede, ni debe, mantener la palabra dada cuando tal cumplimiento se vuelva en contra suya y hayan desaparecido los motivos que le obligaron a darla. Y si los hombres fuesen todos buenos, este precepto no lo sería, pero como son malos y no mantienen lo que te prometen, tú tampoco' tienes por qué mantenérselo a ellos. Además, jamás le han faltado a un príncipe motivos legítimos con los que disimular su inobservancia. Sobre esto se podrían aducir infinidad de ejemplos modernos y mostrar cuántas paces, cuántas promesas se han revelado vanas y sin efecto, por la infidelidad de los príncipes: y el que mejor ha sabido imitar a la zorra ha salido mejor librado. Pero hay que saber disfrazar bien tal naturaleza y ser un gran simulador y disimulador: y los hombres son tan crédulos, y tan sumisos a las necesidades del momento, que el que engaña encontrará siempre quién se deje engañar.

No quiero callar uno de los ejemplos más recientes. Alejandro VI no hizo nunca nada ni pensó nada más que engañar a los hombres: y siempre encontró con quién poder hacerlo. No hubo jamás hombre alguno que aseverara con mayor eficacia ni que afirmara cosa

alguna con más juramentos y que, sin embargo, menos la observara: y a pesar de ello siempre le salieron los engaños según sus deseos, porque conocía bien este aspecto del mundo.

Un príncipe no ha de tener necesariamente todas las cualidades citadas, pero es muy necesario que parezca que las tiene. Es más, me atrevería a decir eso: que son perjudiciales si las posees y practicas siempre, y son útiles si tan sólo haces ver que las posees: como parecer compasivo, fiel, humano, íntegro, religioso, y serio; pero estar con el ánimo dispuesto de tal manera que si es necesario no serlo puedas y sepas cambiar a todo lo contrario. Y hay que tener bien en cuenta que el príncipe, y máxime uno nuevo, no puede observar todo lo que hace que los hombres sean tenidos por buenos, ya que a menudo se ve forzado para conservar el estado a obrar contra la fe, contra la caridad, contra la humanidad, contra la religión. Por eso tiene que contar con un ánimo dispuesto a moverse según los vientos de la fortuna y la variación de las circunstancias se lo exijan, y como ya dije antes, no alejarse del bien, si es posible, pero sabiendo entrar en el mal si es necesario.

Debe, por lo tanto, el príncipe tener buen cuidado de que no se le escape jamás de la boca cosa alguna que no esté llena de las citadas cinco cualidades, y debe parecer, al verlo y oírlo, todo compasión, todo lealtad, todo integridad, todo humanidad, todo religión. Y no hay nada que sea más necesario aparentar que se practica, que esta última cualidad. Y los hombres, en general, juzgan más por los ojos que por las manos; que a todos es dado ver, pero tocar a pocos. Todos ven lo que pareces pero pocos sienten lo que eres y esos pocos no se atreven a oponerse a la opinión de la mayoría que tiene además el poder del estado que les protege; y en las acciones de todos los hombres, especialmente de los príncipes, donde no hay tribunal al que apelar, se atiende al resultado. Procure pues el príncipe ganar y conservar el estado: los medios serán siempre juzgados honorables y alabados por todos; ya que el vulgo se deja cautivar por la apariencia y el éxito, y en el mundo no hay más que vulgo; y los pocos no tienen sitio cuando la mayoría tiene donde apoyarse. Cierta príncipe de nuestro tiempo, al que no es oportuno nombrar, no predica más que paz y lealtad, cuando de la una y de la otra es acérrimo enemigo; y tanto la una como la otra, de haberlas observado, le habrían arrebatado o la reputación o el estado.

XIX

De contemptu et odio fugiendo

Puesto que ya he hablado de las cualidades más importantes de entre todas las mencionadas anteriormente, quiero ahora discurrir brevemente acerca de las demás ateniéndome a este punto de vista genérico: que el príncipe ha de procurar, tal como en parte se ha dicho más arriba, evitar todo aquello que le haga odioso o digno de menosprecio; si así lo hace habrá cumplido con su papel de príncipe, y sus otros defectos no representarán peligro alguno para él. Le hace odioso, sobre todo, como ya he dicho, el ser rapaz y usurpador de los bienes y de las mujeres de sus súbditos: de eso ha de guardarse;

que la mayoría de los hombres siempre que no se les quita ni los bienes ni el honor viven contentos, y sólo hay que combatir la ambición de unos pocos, que fácilmente y de distintas maneras puede ser refrenada. Lo hace despreciable el ser considerado voluble, frívolo, afeminado, pusilánime, irresoluto: de todo eso ha de guardarse un príncipe como de un escollo e ingeniárselas para que en sus acciones se reconozca su grandeza de ánimo, valor, gravedad, fortaleza; y en lo que toca a los asuntos privados de sus súbditos ha de procurar que su sentencia sea irrevocable; manteniendo así su prestigio de manera que nadie piense ni en engañarle ni en confundirle.

El príncipe que da de sí esta imagen adquiere gran reputación, y contra alguien que tiene tan buena reputación difícilmente se conjura; difícilmente se ataca a alguien al que se sabe tenido por excelente y reverenciado por los suyos. Porque un príncipe ha de abrigar dos temores: uno interior, de sus súbditos; otro exterior, de los poderosos príncipes extranjeros. De este último temor se defiende con buenos ejércitos y buenos amigos; y siempre que esté bien armado tendrá buenos amigos; y siempre que las cosas de fuera estén tranquilas estarán tranquilas las del interior, a menos que se vean perturbadas por una conjura; y aun cuando los asuntos externos se agitaran, si el príncipe se ha organizado y ha vivido como he dicho⁴, si no pierde la cabeza, podrá aguantar cualquier ataque, tal como dije que hizo el espartano Nabis. Y en cuanto a los súbditos, mientras las cosas en el exterior no se muevan, sólo hay que temer que no se conjuren secretamente: de lo que el príncipe puede guardarse muy bien, evitando ser odiado o despreciado y manteniendo al pueblo satisfecho con él; conseguir esto es absolutamente necesario, como expuse anteriormente con gran prolijidad. Y uno de los remedios más potentes que pueda tener un príncipe contra las conjuras es el no ser odiado por la mayoría; porque siempre el que conjura cree satisfacer al pueblo con la muerte del príncipe; pero si cree que por el contrario ha de ofenderlo, no se anima a tomar semejante partido, ya que las dificultades con que han de enfrentarse los conjurados son infinitas. Por experiencia vemos que han sido muchas las conjuras pero pocas han llegado a buen fin; porque el que conjura no puede estar solo, ni puede tampoco buscar otra compañía que la de los que cree descontentos; y tan pronto como a un descontento le descubres tus intenciones le das motivo para contentarse, ya que evidentemente denunciándote puede esperar todo tipo de recompensas: de manera que, viendo la ganancia segura por esta parte, y por la otra incierta y llena de peligros, ha de ser un amigo fuera de lo común o bien un acérrimo y obstinado enemigo del príncipe para mantenerse fiel a la palabra dada. Para hacerlo más breve, digo que por parte del conjurado no hay sino miedo, recelos, temor al castigo que lo atemoriza; en cambio de la parte del príncipe está la majestad del poder, las leyes, el apoyo de los amigos y del estado que lo defienden; de manera que si a todo esto añadimos la benevolencia popular, es imposible que exista nadie tan temerario que conjure. Porque si de ordinario un conjurado ha de temer antes de la ejecución del mal, en este caso (teniendo al pueblo en contra suya) debe continuar temiendo incluso luego de haber llevado a cabo el delito, al no poder esperar refugio ni ayuda de nadie.

Sobre esta materia podrían darse infinitos ejemplos, pero me contentaré con citar tan sólo uno que tuvo lugar en época de nuestros padres. Messer Annibale Bentivoglio, príncipe de Bolonia, abuelo del actual messer Annibale, fue asesinado por los Cameschi que se habían

conjurado contra él, no dejando otro descendiente que messer Giovanni (entonces un niño en pañales); inmediatamente después de este homicidio, el pueblo se levantó y mató a todos los Canneschi. La causa de esto fue el amor que el pueblo sentía entonces por los Bentivoglio: y era tan grande de este amor, que, no quedando en Bolonia nadie de la familia que pudiera, muerto Annibale, gobernar el estado, los boloñeses, conocedores de que en Florencia vivía un descendiente de los Bentivoglio, que se había considerado hasta entonces hijo de un herrero, vinieron por él a Florencia y le dieron el gobierno de la ciudad: que fue gobernada por él hasta que messer Giovanni alcanzó una edad conveniente para gobernar.

Concluyo, pues, diciendo que el príncipe debe tener poco en cuenta las conjuras cuando tenga el favor del pueblo; pero si el pueblo está descontento y le odia debe temer por codo y a codos. Y los estados bien organizados, y los príncipes prudentes han tratado con toda diligencia de no desesperar a los poderosos y de satisfacer y tener contento al pueblo; porque éste es uno de los principales objetivos que pueda tener un príncipe.

Entre los reinos bien organizados y gobernados en nuestros días, se encuentra el de Francia hay en él infinitas instituciones buenas de las que depende la libertad y seguridad del rey. De ellas, la principal es el parlamento y su autoridad; porque quien estructuró aquel reino, conociendo la ambición de los poderosos y su insolencia, y juzgando que necesitaban un freno que les contuviera y, por otra parte, consciente del odio (basado en el miedo que el pueblo sentía por la nobleza), queriendo asegurarles, no quiso que fuese ésta carea panicular del rey para evitarle los reproches por parte de los grandes señores si favorecía al pueblo o por parte del pueblo si favorecía a los grandes; así que creó un tercer juez, que fuera quien sin responsabilidad para el rey, escarmentara a los grandes y favoreciera a los humildes. No pudo ser esta resolución más acercada ni más prudente, ni pudo garantizar mejor la seguridad del rey y del reino.

De ella se puede extraer, además, otro principio importante: que los príncipes han de hacer que otros apliquen los castigos y reservarse ellos la concesión de gracias y beneficios. De nuevo concluyo que un príncipe ha de estimar a los nobles pero no hacerse odiar por el pueblo

Teniendo en cuenta la vida y muerte de algunos emperadores romanos, a muchos les parecerá quizás que son ejemplos contrarios a esta opinión mía, al encontrar que hubo quien vivió siempre de forma extraordinariamente ilustre, mostrando gran virtud de ánimo, y, sin embargo, perdió el Imperio o incluso fue asesinado por sus súbditos que habían conjurado contra él. Queriendo, pues, responder a esta objeción, discurriré acerca de las cualidades de algunos emperadores y mostraré las causas de su ruina, que no difieren en nada de las que hasta ahora he aducido; y además pondré de relieve cuanto pueda ser notable para quien lea los hechos de aquellos tiempos. Y quisiera que me bastara tomar como ejemplo a todos aquellos emperadores que se sucedieron desde Marco Aurelio, el filósofo, a Maximino, es decir: Marco Cómodo su hijo, Pertinax, Julián, Severo, Antonino Caracalla su hijo, Macrino, Heliogábalo, Alejandro y Maximino. Hay que tener en cuenta ante todo que mientras que en los demás principados hay que luchar tan sólo contra la ambición de los grandes y la insolencia del pueblo, los emperadores romanos se

enfrentaban con una tercera dificultad: la de tener que soportar la crueldad y avidez de los soldados.

Y era eso tan difícil que ocasionó la ruina de muchos, ya que es casi imposible satisfacer a la vez a los soldados y al pueblo, pues el pueblo amaba la paz y por eso amaba a los príncipes moderados, mientras los soldados preferían un príncipe con espíritu militar, que fuese insolente, cruel y rapaz; y querían que ejercitara estas características contra el pueblo para poder duplicar su estipendio y desahogar su concupiscencia y crueldad. Lo que hizo que aquellos emperadores que, por sus cualidades naturales o por su inexperiencia política, carecían de suficiente reputación que les permitiera frenar a unos y a otros, acabaran siempre mal. La mayoría, sobre todo aquéllos que accedían al principado como hombres nuevos, una vez conocida la dificultad de dominar tan opuestos humores, preferían satisfacer a los soldados, importándoles muy poco dañar al pueblo. Decisión necesaria, porque, al no poder los príncipes evitar que alguien les odie, han de procurar ante todo no ser odiados por la colectividad; y si no pueden conseguirlo, deben ingeniárselas para evitar el odio del grupo más poderoso. Por eso, aquellos emperadores que por ser nuevos necesitaban favores extraordinarios, se ponían del lado de los soldados más que del pueblo; lo que les era más o menos útil según el emperador supiera mantener su reputación entre ellos. Estas razones que hemos enumerado fueron la causa de que Marco Aurelio, Pertinax y Alejandro Severo, todos ellos de vida modesta, amantes de la justicia, enemigos de la crueldad, humanos y benignos, tuvieran, con excepción de Marco, un triste final. Tan sólo Marco Aurelio vivió y murió respetado por todos, ya que había accedido al imperio por derecho hereditario y no tenía nada que agradecer ni a los soldados ni al pueblo; además, al estar adorado de muchas virtudes que lo hacían respetable, mantuvo siempre, mientras vivió, a uno y otro grupo dentro de sus correspondientes límites y no fue nunca ni odiado ni soportar aquel tipo de vida honesta a la que Pertinax quería conducirles), habiéndose granjeado el odio de estos, al que se añadió un sentimiento de menosprecio debido a su avanzada edad, fracasó en los primeros momentos de su administración.

Y aquí se debe señalar que el odio se gana tanto con las buenas como con las malas obras; así que, como ya dije antes, un príncipe que quiera mantener su estado se ve a menudo forzado a no ser bueno; porque, cuando aquella colectividad, ya sean pueblos, soldados o grandes señores que tú juzgues necesitar para mantenerte esté corrompida, te conviene seguir su humor para satisfacerla; con lo que entonces las buenas obras son tus enemigas. Pero pasemos a Alejandro, que fue tan bondadoso que entre las muchas alabanzas que mereció, está la de que en los catorce años de gobierno nadie fue ejecutado sin previo juicio; no obstante, tenido por afeminado y por hombre que se dejaba dominar por su madre -lo que le acarreó el desprecio de todos- el ejército conspiró contra él y lo asesinó.

Examinando ahora, por contra, las características de Cómodo, de Severo, Antonino Caracalla y Máximo, veremos que fueron extremadamente crueles y rapaces y que para satisfacer a sus soldados no se abstuvieron de ningún tipo de injuria que pudiera infligirse al pueblo; y todos, excepto Severo, tuvieron un triste fin. Porque en Severo hubo tanta virtud, que conservando la amistad de los soldados, y a pesar de oprimir al pueblo, pudo siempre reinar felizmente; porque sus virtudes le hacían tan admirable a los ojos de sus

soldados y del pueblo, que éstos quedaban en cierta manera atónitos y estupefactos y aquellos reverentes y satisfechos.

Y puesto que las acciones de éste fueron grandes y notables para un príncipe nuevo, quiero mostrar brevemente lo bien que supo usar el carácter de la zorra y el del león; que como he dicho antes son las naturalezas que un príncipe ha de imitar. Conociendo Severo la desidia del emperador Juliano, persuadió a su ejército del que era capitán en Eslavonia de la conveniencia de marchar a Roma para vengar la muerte de Pertinax, asesinado por los soldados pretorianos. Y bajo este pretexto, sin mostrar que aspiraba al Imperio, dirigió su ejército contra Roma y llegó a Italia antes de que se tuviera siquiera noticia de su partida. Llegado a Roma, el Senado atemorizado lo eligió emperador y Juliano fue asesinado. Después de este comienzo le quedaban a Severo dos obstáculos si es que pretendía apoderarse de todo el estado: uno en Asia, donde Pescenio Nigro, comandante de los ejércitos asiáticos se había hecho proclamar emperador; el otro en occidente, donde Albino aspiraba también al imperio Juzgando peligroso enfrentarse a ambos a la vez, decidió atacar a Nigro y engañar a Albino. Al que escribió diciéndole que elegido emperador por el senado, quería compartir con él aquella dignidad; le mandó el título de César y por deliberación del Senado lo asumió como colega: cosas ambas que Albino aceptó como verdaderas. Pero cuando Severo hubo derrotado y muerto a Nigro y, apaciguadas las cosas en oriente, retornó a Roma, se quejó en el Senado de que Albino, poco agradecido por los beneficios que de él había recibido, había tratado de asesinarlo con engaños y que en consecuencia no le quedaba más remedio que castigar su ingratitud. Seguidamente fue a su encuentro en Francia y le quitó el estado y la vida.

Quién examine pues detenidamente sus acciones podrá ver en él a un ferocísimo león y a una astutísima zorra; verá que fue temido y reverenciado por todos, y que los ejércitos no le odiaron; y no se maravillará si él, hombre nuevo, pudo conservar un imperio tan grande, porque su extraordinaria reputación le defendió en todo momento del posible odio que los pueblos, a causa de sus rapiñas, hubieran podido concebir contra él. Antonino, su hijo, fue también hombre de excelentes cualidades, que lo hacían admirable en opinión del pueblo y grato a los soldados; era un perfecto militar, capaz de soportar cualquier fatiga, desdeñoso de todo alimento delicado o de cualquier otra molición; lo que le hacía muy estimado por sus ejércitos; no obstante, su ferocidad fue tanta y tan inaudita (había dado muerte, luego de infinidad de asesinatos particulares, a gran parte del pueblo de Roma y a todo el de Alejandría), que acabó por hacerse odioso a todo el mundo. Y empezó a ser temido incluso por los que, tenía alrededor; de manera que fue asesinado por un centurión, en medio de su ejército ". Ha de observarse que ese tipo de muertes, llevadas a cabo por la resolución de un ánimo obstinado, no pueden ser evitadas por los príncipes; porque todo aquel que no tema morir, puede asesinarles; aunque el príncipe no ha de temerlas mucho, pues son más bien raras. Debe preocuparse tan sólo de no ofender gravemente a ninguna de las personas que están a su servicio o que tiene a su alrededor al servicio del principado: como hizo Antonino, que había asesinado sin razón aparente a un hermano de aquel centurión y a él mismo le amenazaba continuamente; y no solamente eso, lo tenía en su guardia personal, determinación temeraria que podía costarle, como en efecto le costó, muy cara

Pero pasemos a Cómodo , para quien era enormemente fácil conservar el imperio al tenerlo «iure hereditario») por ser hijo de Marco y sólo le hubiera bastado seguir las huellas de su padre para tener satisfechos a los soldados y a los pueblos. Pero, de ánimo cruel y bestial, para poder ejercer su rapacidad en contra del pueblo, se dedicó a ganarse con favores a los ejércitos haciéndoles licenciosos; por otra parte, despreocupándose de su propia dignidad, bajando a menudo, en los teatros, a luchar con los gladiadores y haciendo otras cosas viles y poco dignas de la majestad imperial, se hizo despreciable a los ojos de los soldados. Y siendo odiado por unos y despreciado por otros, fue víctima de una conspiración y asesinado.

Nos queda por narrar las cualidades de Maximino. Fue hombre belicosísimo, y escando los ejércitos hastiados de la molicie de Alejandro, del que ya he hablado más arriba, muerto éste le elevaron al imperio, que no conservó mucho tiempo; porque dos cosas le hicieron odioso y despreciable: una su ínfimo origen, porque había guardado ovejas en Tracia (lo que era bien conocido y motivo de gran desprecio para codos); la otra, porque habiendo diferido al inicio de su principado, el ir a Roma y tomar posesión de la sede imperial, sus prefectos, canco en Roma como en cualquier otro lugar del imperio, habían tenido ocasión de ejercer coda clase de crueldades, labrándose así él fama de cruel. Movido, pues, codo el mundo por el desdén a causa de la vileza de sus orígenes y por el odio derivado del temor a su ferocidad, se rebeló primero África, luego el senado con todo el pueblo de Roma y por último toda Italia conspiró contra él. A ello se sumó su propio ejército, que acampado frente a Aquileya y encontrando grandes dificultades en el asedio, cansado de su crueldad y temiéndole menos al ver que tenía tantos enemigos, le mató.

No quiero hablar ni de Heliogábalo ni de Macrino ni de Juliano, que por ser del todo despreciables desaparecieron enseguida; así que llegaré a la conclusión de este tema. Y digo que los príncipes de nuestros tiempos no tienen tanta necesidad de satisfacer extraordinariamente a los soldados a la hora de gobernar; porque aunque se tenga que tener con ellos alguna consideración especial, se acaba pronto, ya que ninguno de estos príncipes tiene ejércitos que se hayan enraizado en el gobierno y en la administración de las provincias como era el caso de los ejércitos del imperio romano. Y si entonces era más necesario satisfacer a los soldados que al pueblo, era porque los soldados tenían más poder que el pueblo; ahora, en cambio, todos los príncipes excepto el Turco y el Sultán tienen más necesidad de satisfacer al pueblo que a los soldados, ya que el pueblo tiene más poder que aquéllos. Hago excepción del Turco , porque siempre tiene a su alrededor doce mil soldados de infantería y quince mil de a caballo de los que depende, su seguridad y la fuerza de su reino: y es necesario que, posponiendo cualquier otra consideración, se los mantenga amigos. Igual sucede con el reino del Sultán , que estando por completo en manos de los soldados, le conviene también conservar su amistad sin tener para nada en cuenta al pueblo. Y habéis de saber que este estado del Sultán es distinto de todos los demás principados, porque es similar al pontificado cristiano, que no puede llamarse ni principado hereditario ni principado nuevo; ya que no son los hijos del príncipe anterior los herederos y soberanos, sino aquél que es elevado a aquel grado por quienes tienen autoridad para hacerlo. Y al ser ésta una forma de gobierno antigua, no se la puede llamar principado nuevo puesto que en él no se encuentran muchas de las dificultades que acostumbran a tener los

nuevos; ya que si efectivamente el príncipe es nuevo las instituciones de aquel estado son viejas y están dispuestas a recibirle como si fuese su señor hereditario.

Pero volvamos a nuestro tema. Digo que quien examine todo lo dicho hasta aquí verá cómo fueron el odio o el desprecio las causas de la ruina de los emperadores anteriormente citados; y comprenderá también la razón por la que, procediendo parte de ellos de una manera y parte de manera completamente distinta, en ambos grupos, uno tuvo un final feliz y otros infeliz. Porque a Pertinax y a Alejandro, por ser príncipes nuevos, les fue inútil y perjudicial querer imitar a Marco, que había accedido al principado por derecho de herencia; e igualmente a Caracalla, Cómodo y Maximino el haber imitado a Severo, les fue muy perjudicial, al no tener suficiente virtud que les permitiera seguir sus huellas. Por lo tanto, un príncipe nuevo, en un principado nuevo, no puede imitar las acciones de Marco ni tampoco es necesario que siga las de Severo: sino que de Severo ha de tomar aquellas cualidades que sean necesarias para fundar su estado y de Marco las que son convenientes y gloriosas para la conservación de un estado ya establecido y seguro.

XX

An arces et multa alia quae cotidie a principibus fiunt utilia_ an inutilia sint

Algunos príncipes, para tener seguro su estado, han desarmado a sus súbditos; otros han mantenido divididas las tierras sometidas; otros han alimentado una cierta oposición contra sí mismos; otros se han dedicado a ganarse la confianza de aquellos que al principio de su gobierno les parecían sospechosos; unos han construido fortalezas y otros las han arruinado y destruido. Y aunque de todas esas cosas no sea posible dar una opinión específica, a menos que se descienda a los particulares de aquellos estados en los que haya de tomarse una decisión parecida, hablaré de todo ello con la amplitud que la materia, por sí misma, permite.

Y así, no ha sucedido nunca que un príncipe nuevo desarmara a sus súbditos; mientras que, por el contrario, si les ha encontrado desarmados, les ha armado siempre; porque si les armas, aquellas armas se hacen tuyas, los sospechosos se vuelven fieles, y los que ya te eran fieles continúan siéndolo y de simples súbditos pasan a ser partidarios tuyos. Y como es imposible armar a todos los súbditos, beneficiando a los que armas puedes con el resto actuar sin tanto miramiento: ya que los armados, al verse tratados de manera distinta, se sienten obligados hacia ti; mientras los otros por su parte te disculpan, juzgando que es natural que tengan más méritos los que tienen mayor peligro y obligación. Pero si los desarmas, empiezas a ofenderles; muestras que desconfías de ellos o por su cobardía o por su poca lealtad: y tanto una consideración como la otra, les hace concebir odio contra ti. Y como no puedes estar desarmado, te verás obligado a recurrir a las tropas mercenarias, cuyas cualidades ya hemos mencionado más arriba 3; y por muy buenas que fueran, no pueden ser tan numerosas que te defiendan a la vez de los enemigos poderosos y de los

súbditos sospechosos. Por eso, como ya he dicho, un príncipe nuevo, en un principado nuevo, siempre ha organizado allí el ejército; las historias están llenas de tales ejemplos.

Pero cuando un príncipe adquiere un estado nuevo que como un miembro más se añade al que ya poseía, es necesario entonces desarmar aquel estado, a excepción de aquellos que en el momento de la conquista fueron tus partidarios; e incluso a aquéllos, con el tiempo y aprovechando las ocasiones, hay que hacerles blandos y afeminados, y organizarse de tal manera que todas las armas de tu estado se hallen únicamente en manos de tus propios soldados, que estaban ya a tu lado en tu antiguo estado.

Nuestros antepasados, y aquellos que eran considerados sabios, acostumbraban a decir que era necesario conservar Pistoia con las facciones y Pisa con las fortalezas, y por eso fomentaban las discordias en todas las ciudades que tenían sometidas para dominarlas más fácilmente. Esto, en aquellos tiempos que Italia estaba en cierta manera equilibrada, debía estar bien; pero no creo que pueda darse hoy en día como precepto: porque no creo que las divisiones hagan jamás bien alguno; antes bien, es inevitable que las ciudades divididas se pierdan rápidamente cuando el enemigo se acerca; ya que siempre la facción más débil se adherirá a las fuerzas enemigas y la otra no podrá resistir.

Los venecianos, movidos, según creo, por dichas razones, alimentaban las sectas güelfas y gibelinas en las ciudades que habían sometido; y aun cuando no les dejaban nunca llegar al derramamiento de sangre, alimentaban las discrepancias entre ambas partes para que, ocupados aquellos ciudadanos en sus propias diferencias, no se unieran contra ellos. Lo que como se vio, no les sirvió de nada, porque inmediatamente después de la derrota de Vailate, una parte de aquellas ciudades se envalentonó y les arrebató el estado. Denotan, pues, tales procedimientos la debilidad del príncipe; porque en un principado fuerte jamás se permitirán tales divisiones; ya que tan sólo son beneficiosas en tiempos de paz, al permitir manejar más fácilmente a los súbditos; pero en cuanto estalle la guerra, tal procedimiento se manifiesta en toda su falacia.

Sin duda los príncipes se hacen grandes cuando superan las dificultades y las oposiciones que se les enfrentan; y así, la fortuna (sobre todo cuando quiere ensalzar a un príncipe nuevo, que tiene más necesidad de adquirir reputación que un príncipe hereditario), le crea enemigos, y le empuja a realizar empresas en contra suya para que así él encuentre la ocasión de superarlas y de subir cada vez más arriba por aquella escalera que le han ofrecido sus propios enemigos. Por eso, muchos consideran que un príncipe sabio debe, cuando tenga la oportunidad, procurarse con astucia alguna enemistad para que, vencéndola, resulte mayor su grandeza.

Los príncipes, y sobre todo los nuevos, han encontrado más lealtad y mayor utilidad en aquellos hombres que al principio de su gobierno habían sido considerados sospechosos, que en aquellos en los que al principio confiaban. Pandolfo J>e trucció, príncipe de Siena, gobernaba su estado más con la ayuda de quienes le habían sido sospechosos que con los demás. Pero de esto no se puede hablar generalizando porque varía según cada caso particular. Sólo diré esto, que el príncipe podrá siempre ganarse con gran facilidad a aquellos hombres que al comienzo de su principado habían sido sus enemigos, pues son los

que, para mantenerse, necesitan un apoyo y están especialmente forzados a servirle con lealtad porque son conscientes de que necesitan cancelar con sus obras la mala opinión que de ellos se tenía; y así el príncipe saca de ellos más provecho que de aquellos que, sirviéndole con demasiada tranquilidad, descuidan sus negocios.

Y puesto que la materia lo requiere, no quiero dejar de recomendar a los príncipes que recientemente han ocupado un estado con ayudas desde su interior, que examinen bien qué tipo de razones movieron a los que les han favorecido a favorecerles; y si no es por afecto natural hacia él, sino más bien porque estaban descontentos con la situación anterior, a duras penas, con gran esfuerzo y dificultades, podrá contar con su amistad, ya que es imposible que pueda comentarles. Y examinando atentamente, con la ayuda de ejemplos sacados de las cosas antiguas y modernas, las razones de todo esto, verá que le ha de ser mucho más fácil ganar la amistad de aquellos hombres que se contentaban con el estado anterior y que por ello eran sus enemigos, que la de aquellos otros que precisamente por su descontento se convirtieron en sus amigos y le ayudaron a ocupar el estado.

Ha sido costumbre de los príncipes, para proteger la seguridad del estado, edificar fortalezas que fueran la brida y el freno de quienes planeaban rebelarse, y a la vez refugio seguro contra un ataque repentino. Alabo esta costumbre, porque ha sido usada desde la antigüedad; sin embargo, en nuestro tiempo se ha visto cómo micer Niccolo Vitelli destruyó dos fortalezas en Cittadi Castello para conservar aquel estado. Guido Ubaldo, duque de Urbino, demolió hasta los cimientos todas las fortalezas de aquel país cuando recuperó su dominio del que había sido expulsado por César Borja, porque juzgó que sin ellas le sería mucho más difícil perder de nuevo su estado. Los Bentivoglio, de regreso a Bolonia, hicieron lo mismo. Por consiguiente, las fortalezas son útiles o no según los tiempos y si a veces te favorecen otras te perjudican. Podemos considerar este punto así: el príncipe que tiene más miedo al pueblo que a los forasteros, debe construir fortalezas; en cambio, el que tiene más miedo a los forasteros que al propio pueblo debe prescindir de ellas. Ha dado y dará más guerra a la casa Sforza el castillo de Milán, que levantó Francesco Sforza, que cualquier otro desorden en aquel estado. Por eso la mejor fortaleza que pueda existir es no ser odiado por el pueblo, porque por muchas fortalezas que tengas, no te salvarán si el pueblo te odia; que una vez han tomado las armas, a los pueblos no les faltan nunca extranjeros que les ayuden.

En nuestra época no se ve que hayan aprovechado a ningún príncipe, excepto a la condesa de Forli, cuando fue asesinado el conde Girolamo, su marido; porque gracias a la fortaleza pudo evitar la ira popular, esperar la ayuda de Milán y recuperar el estado. Los tiempos no estaban entonces como para que el extranjero viniera en ayuda del pueblo. Pero luego de poco le valieron las fortalezas cuando César Borja le asaltó y el pueblo, enemigo suyo, se unió al invasor. Consideradas, pues, todas esas cosas, alabaré al que construya fortalezas y al que no las construya; y censuraré a todo aquél que, fiándose de las fortalezas, menosprecie el ser odiado por el pueblo.

Quod principem deceat ut egregius habeatur

Nada hace estimar tanto a un príncipe como las grandes empresas o el dar de sí ejemplos extraordinarios. En nuestro tiempo tenemos a Fernando de Aragón, actual rey de España. Podemos casi llamarle príncipe nuevo, ya que de rey débil que era se ha convenido por su fama y por su gloria en el primer rey de los cristianos; y si examináis sus acciones, las encontraréis todas grandiosas y alguna extraordinaria. Al principio de su reinado asaltó Granada 3; y aquella empresa fue el fundamento de su estado. En primer lugar, la realizó en un momento en que no tenía otras ocupaciones ni peligro de ser obstaculizado, mantuvo ocupados en ella los ánimos de los nobles de Castilla, que absortos en aquella guerra no tenían ya tiempo para conspirar. Y él adquiría, entre tanto, reputación y poder sobre los nobles sin que ellos lo advirtieran. Con dinero de la Iglesia y del pueblo pudo mantener sus tropas y poner sólidas bases con aquella larga guerra a sus ejércitos, que tanto honor le han proporcionado después. Además de todo esto, para poder llevar a cabo empresas mayores, sirviéndose de la religión, se dedicó con piadosa crueldad a expulsar y vaciar su reino de marranos; ejemplo por demás despreciable y extraño. Bajo este mismo manto, atacó África; llevó a cabo la empresa de Italia, y últimamente ha asaltado Francia; y así ha hecho y urdido cosas grandes, que han mantenido siempre suspensos y admirados los ánimos de sus súbditos y pendientes del resultado final. Y todas estas acciones se han ido sucediendo de tal manera, una a la otra, que no han dado lugar a que nadie pudiese actuar, entre ellas, tranquilamente contra él.

Ayuda también mucho a un príncipe el dar de sí ejemplos extraordinarios en su política interna, como los que se cuentan de micer Bernabo de Milán, de modo que cuando haya alguien que lleve a cabo, en la vida civil, alguna cosa extraordinaria, ya sea en bien o en mal, se debe aprovechar la ocasión para premiarle o castigarle de tal manera que dé mucho que hablar. Y, sobre todo, un príncipe se las ha de ingeniar para que cada una de sus acciones le proporcione fama de hombre grande y de ingenio excelente.

También es estimado un príncipe cuando es un verdadero amigo y un verdadero enemigo; es decir, cuando sin miramientos se declara a favor de uno o en contra de otro. Lo que es siempre más útil que permanecer neutral; porque si dos poderosos, vecinos tuyos, llegan a las manos, o son de tal condición que venciendo uno hayas de temer al vencedor, o no. En cualquiera de ambos casos te será siempre más fácil tomar partido e intervenir abiertamente en la guerra; porque, en el primer caso, si no te has decidido, serás siempre víctima del vencedor, con placer y satisfacción del vencido, y no tendrás razón ni cosa alguna que te defienda o proteja; porque el que vence no quiere amigos dudosos que no lo ayuden en la adversidad; el que pierde, no te protege, por no haber querido tú, con las armas en la mano, correr su suerte.

Antíoco fue a Grecia llamado por los etolios para expulsar a los romanos. Mandó embajadores a los aqueos, aliados de los romanos, exhortándoles a permanecer neutrales; mientras, por otra parte, los romanos trataban de persuadirles para que lucharan a su favor.

Se discutió el asunto en la asamblea de los aqueos, en la que el legado de Antíoco les persuadía a que permanecieran neutrales, a lo que el legado romano replicó: «Quod autem isti dicunt non interponendi vos bello, nihil magis alienum rebus vestris est; sine gratia, sine dignitate, praemium victoris eritis».

Y siempre ocurrirá lo mismo: que el que no es tu amigo buscará tu neutralidad y el que es tu amigo te pedirá que luches a su lado. Y los príncipes indecisos, para cortar los peligros presentes, escogen. la mayoría de las veces el camino de la neutralidad, y la mayoría de las veces precipitan su ruina. Pero, cuando el príncipe se manifiesta valientemente a favor de una de las partes, si aquel con el que te has aliado vence, aunque sea muy poderoso y que tú permanezcas a su merced, te estará obligado porque ha establecido contigo vínculos de afecto; y los hombres no son nunca tan deshonestos como para oprimirte con tan gran muestra de ingratitud; además, las victorias no son nunca tan completas como para que el vencedor no tenga que tener cierto temor, especialmente a la justicia: pero si aquel a quien te has unido pierde, siempre te proporcionará un refugio; mientras pueda te ayudará, sin olvidar que te conviertes en el compañero de una fortuna que puede resurgir. En el segundo caso, cuando los que luchan entre sí son de tal calidad que tú no. tienes por qué temer al vencedor, es aún mucho más prudente unirse a uno de ellos, porque colaboras en la ruina de uno al que el otro debería salvar, si fuese sabio; y venciendo, queda a tu discreción, y es imposible que no venza con tu ayuda.

Aquí hay que señalar que un príncipe ha de procurar no aliarse nunca, para atacar a otros, con alguien más poderoso que él, a no ser que la necesidad le obligue a ello como ya dijimos antes; porque si vence te conviertes en su prisionero, y los príncipes han de evitar, en lo posible, estar a la merced de otros. Los venecianos se aliaron con Francia contra el duque de Milán, y podían muy bien haber evitado tal alianza; el resultado fue su ruina. Pero cuando no se puede evitar (como les ocurrió a los florentinos cuando el Papa y España fueron con sus ejércitos a atacar Lombardía) entonces el príncipe debe, por las razones ya «lichas, tomar partido. Y que ningún estado crea poder siempre tomar partido seguro sino más bien que piense que habrá de tomarlos todos dudosos, porque así sucede en el orden natural de los acontecimientos que siempre que se pretende huir de un inconveniente se cae en otro; pero la prudencia consiste en saber conocer la naturaleza de los inconvenientes y tomar por bueno el menos malo.

Un príncipe debe también mostrarse admirador del talento, acogiendo a los hombres virtuoso y honrando a los que sobresalen en algún arte. Además, debe animar a sus conciudadanos para que puedan ejercer pacíficamente sus actividades, ya sea en el comercio, en la agricultura o en cualquier otra actividad humana; y que nadie tema mejorar sus posesiones por miedo a que se las arrebaten ni abrir un nuevo negocio por miedo a los impuestos; por el contrario debe instituir premios para quien quiera hacer estas cosas o para quien piense en mejorar de una manera u otra su ciudad o su estado. Debe, además de todo esto, entretener al pueblo, en las épocas convenientes, con fiestas y espectáculos. Y ya que cada ciudad está dividida en corporaciones o en barrios, debe tener en cuenta estas colectividades; reunirse con ellas de vez en cuando, dar ejemplo de humanidad y

munificencia, teniendo siempre asegurada, no obstante, la magnificencia de su dignidad, porque esto no puede faltar nunca en cosa alguna.

XXII

De hiis quos a secretis principes habent

No es de poca importancia para un príncipe la elección de sus ministros; que son buenos o no según la prudencia del príncipe. Y el primer juicio que nos formamos sobre la inteligencia de un señor se basa en los hombres que le rodean; y cuando son competentes y fieles se le puede reputar sabio porque ha sabido reconocer su capacidad y conservar su lealtad. Pero cuando son de otra manera hay siempre motivos para formar un mal concepto de él, ya que su primer error ha sido precisamente esta elección.

No había nadie que conociese a micer Antonio de Venafro, como ministro de Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, que no creyera que Pandolfo era un hombre excelente ya que le tenía por ministro. Y esto porque existen tres clases de inteligencia 3: una comprende las cosas por sí misma, otra discierne lo que otros comprenden y la tercera no comprende nada por sí misma ni por medio de otros; la primera es extraordinaria, la segunda excelente y la tercera inútil; si Pandolfo no estaba en el primer grupo, tenía necesariamente que estar en el segundo: porque siempre que uno tiene talento para discernir el bien o el mal que otro hace o dice, aunque de por sí carezca de iniciativa, reconoce las cosas buenas o malas del ministro exaltando unas y corrigiendo las otras; con lo que el ministro no puede esperar engañarle y ha de continuar siéndole fiel.

Para que un príncipe pueda conocer a su ministro hay un procedimiento que no falla nunca: cuando veas que el ministro piensa más en sí mismo que en ti, y que en todas las acciones persigue su propio provecho, puedes estar seguro que no será nunca buen ministro ni podrás fiarte jamás de él; porque quien tiene en sus manos el gobierno de otro no debe pensar jamás en sí mismo sino en el príncipe, ni recordarle jamás cosa alguna que no sea de su interés. Y por otro lado, el príncipe, para mantenerle fiel, debe pensar en el ministro honrándole, enriqueciéndole, obligándole, confiriéndole honores y cargos para que vea que no puede vivir sin él, y al mismo tiempo los muchos honores no le hagan desear más honores, ni las muchas riquezas ambicionar más, y los muchos cargos le hagan temer los cambios. Cuando, pues, los ministros y los príncipes actúan así, pueden confiar unos en otros; si no, las cosas acabarán mal o para uno o para otro.

XXIII

Quomodo adulatores sint /ugendi

No quiero descuidar un tema importante y un error del que difícilmente se defienden los príncipes a menos que sean prudentísimos o capaces de buena elección. Se trata de los aduladores, de los que las cortes están llenas, porque los hombres se complacen tanto en las cosas propias, y se engañan hasta tal punto en ello, que muy difícilmente saben defenderse de esta peste; y queriéndose defender de ella corren el peligro de convertirse en alguien despreciable. Porque no hay otro medio de defenderse de las adulaciones que haciendo comprender a los hombres que no te ofenden diciéndote la verdad; pero cuando todo el mundo puede decirte la verdad, te falta entonces el respeto. Así que un príncipe prudente debe encontrar una tercera vía, eligiendo en su estado hombres sabios que serán los únicos a los que permitirá que le digan la verdad, pero exclusivamente sobre lo que él pregunta, y no sobre nada más. Pero debe preguntarles sobre toda clase de cosas, y escuchar sus opiniones; luego deliberar por sí solo y a su manera; y con estos consejos, y con cada uno de sus consejeros, comportarse de manera que todos comprendan que cuando más libremente se hable mejor recibidos serán: fuera de ellos, no ha de querer escuchar a nadie, ha de procurar el cumplimiento de lo decidido y mantener obstinadamente sus opiniones. El que actúa de otra manera o bien fracasa por culpa de los aduladores o cambia continuamente sus decisiones por la variedad de pareceres, con el consiguiente menosprecio de todos.

A este propósito quiero aducir un ejemplo moderno. El reverendo Luca, hombre de Maximiliano, el actual emperador, hablando de su majestad dijo que nunca pedía consejo a nadie pero tampoco hacía nunca nada a su manera lo que provenía de seguir un comportamiento contrario al que hemos aconsejado. Porque el emperador es hombre reservado que no comunica a nadie sus intenciones ni pide parecer alguno; pero como que al ponerlos en práctica, sus planes empiezan a descubrirse y a conocerse y los que le rodean a discutirseles; él, que es influenciable, cambia de parecer. Así lo que hace un día lo deshace al siguiente; y no hay manera de saber lo que quiere o piensa hacer, y nadie puede fiarse de sus decisiones.

Un príncipe, por tanto, debe pedir siempre consejo, pero cuando él quiera y no cuando quieran los demás; debe incluso desanimar a quienes quieran aconsejarle sobre algo, sin que se les haya pedido consejo. Pero al mismo tiempo ha de ser solícito y muy preguntón, y luego paciente auditor de toda la verdad e incluso enojarse al saber que alguien por un cierto respeto no se la ha contado. Muchos creen que el príncipe que da de sí opinión de prudente, es tenido por tal no por su propia naturaleza sino por los buenos consejos de los que le rodean; y sin duda se engañan. Porque ésta es una regla que no falla nunca: que un príncipe que no sea inteligente por sí mismo no puede nunca ser bien aconsejado, a menos que por casualidad caiga en manos de un único hombre prudentísimo que lo gobierne en todo.

En este caso podría estar bien aconsejado pero duraría poco; porque al poco tiempo este gobernador le arrebatara el estado. Y si se deja aconsejar por más de uno, un príncipe que no sea sabio no recibirá nunca consejos coherentes ni sabrá unificarlos por sí mismo; cada consejero pensará en su propio interés y él no sabrá ni pensarles ni reconocer su naturaleza. Y no puedes encontrar otra clase de consejeros, porque los hombres siempre te saldrán malos, a menos que la necesidad les haga buenos. Por eso hay que concluir que los buenos consejos, vengan de quien vengan, han de nacer de la prudencia del príncipe y no la prudencia del príncipe de los buenos consejos.

XXIV

Cur Italiae principes regnum amiserunt

Observadas con prudencia, las cosas que hemos dicho hasta ahora hacen que un príncipe nuevo parezca antiguo y le dan inmediatamente más seguridad y firmeza en su estado de la que tendría si se hubiera establecido en él desde siempre. Porque un príncipe nuevo es mucho más observado en sus acciones que uno hereditario; y cuando estas acciones son consideradas virtuosas, conquistan más fácilmente a los hombres y les obligan más que la antigüedad de la sangre. Porque a los hombres les interesan más las cosas presentes que las pasadas, y cuando en el presente encuentran el bien lo disfrutan sin preocuparse de nada más; más aún, defenderán al príncipe en todo y por todo, siempre que no falte en lo demás a su palabra. Y así habrá duplicado su gloria: por haber creado un principado nuevo y haberlo ornado y consolidado con buenas leyes, con buenas armas, buenos amigos y buenos ejemplos; como habrá duplicado su vergüenza aquél que, nacido príncipe, por su poca prudencia pierda el estado.

Y si observamos atentamente a aquellos señores que en nuestro tiempo han perdido sus estados en Italia, como el rey de Nápoles y el duque de Milán y otros, a todos los encontraremos en primer lugar un defecto común en lo que se refiere a las armas, por las razones que más arriba hemos argumentado; pero, además, veremos que alguno de ellos, o bien no ha tenido al pueblo de su parte o bien si lo tenía no ha sabido protegerse de los poderosos; porque sin estos errores no se pierden estados con tanto nervio, capaces de mantener un ejército en pie de guerra. Filipo de Macedonia, no el padre de Alejandro sino el que fue vencido por Tito Quinto, tenía un estado menor en relación a la grandeza de los romanos y de Grecia que le atacaron; no obstante, al ser un buen militar y saber atraerse al pueblo y defenderse de los nobles, pudo sostener durante años la guerra contra aquéllos; y si bien es verdad que al final perdió el dominio de alguna ciudad, no lo es menos que conservó el reino.

Así que estos príncipes nuestros, que durante años conservaron sus principados, no acusen, ahora que los han perdido, a la fortuna, sino a su indolencia porque no habiendo pensado nunca en tiempos de paz que podían sobrevenir cambios (defecto común entre los hombres, no tener en cuenta la tempestad cuando el mar está en calma) cuando luego

vinieron tiempos adversos, tan sólo pensaron en huir y no en defenderse; y esperaron que los pueblos, hastiados de la insolencia de los vencedores, les volvieran a llamar. Esta alternativa, cuando no hay otra, es buena; pero es muy malo haber dejado otras soluciones para tomar ésta; porque no hay que dejarse caer pensando que ya habrá quien te recoja, que esto no suele suceder; y si sucede, está en peligro tu seguridad, porque fue una forma de defensa vil que, además, no dependió de ti. Sólo son buenas, seguras y duraderas las defensas que dependen de ti mismo y de tu propia virtud.

XXV

Quantum fortuna in rebus humanis possit et quomodo itli sit occurrendum

Ya sé que muchos han creído y creen que las cosas del mundo están hasta tal punto gobernadas por la fortuna y por Dios, que los hombres con su inteligencia no pueden modificarlas ni siquiera remediarlas; y por eso se podía creer que no vale la pena esforzarse mucho en las cosas sino más bien dejarse llevar por el destino. Esta opinión se ha extendido mucho en nuestra época, dada la gran variación de cosas que se han visto y se ven cada día, más allá de cualquier humana conjetura. Yo mismo, pensando en ello, algunas veces me he inclinado, en parte, hacia esta opinión general. No obstante, puesto que nuestro libre albedrío no se ha extinguido, creo que quizás es verdad que la fortuna es árbitro de la mitad de nuestras acciones, pero que también es verdad que nos deja gobernar la otra mitad, o casi a nosotros. Y la comparo a uno de esos ríos impetuosos que cuando se enfurecen inundan las llanuras, destrozan árboles y edificios, se llevan tierra de aquí para dejarla allá; todos les huyen, todos ceden a su furia sin poder oponerles resistencia alguna. Y aunque sean así, nada impide que los hombres, en tiempos de bonanza, puedan tomar precauciones, o con diques o con márgenes, de manera que en crecidas posteriores o bien siguieran por un canal o bien su ímpetu no fuera ya ni tan desenfrenado ni tan peligroso. Lo mismo ocurre con la fortuna que demuestra su fuerza allí donde no hay una virtud preparada capaz de resistírsele; y así dirige sus ímpetus hacia donde sabe que no se han hecho ni márgenes ni diques que puedan contenerla. Y si observáis atentamente Italia, que es la sede de todos estos cambios y la que los ha suscitado, veréis que es un campo sin diques y sin protección alguna; porque si estuviera protegida por una adecuada virtud, como Alemania, España o Francia, esta riada no habría provocado tan grandes trastornos; o ni siquiera se hubiera producido.

Y baste lo dicho para oponerse, en general, a la fortuna.

Pero ciñéndome más a los casos particulares, digo que se ve a los príncipes prosperar hoy y caer mañana, sin haber visto cambio alguno en su naturaleza o en sus cualidades. Lo que creo que proviene, ante todo, de las razones ampliamente expuestas más arriba, es decir que el príncipe que sólo se apoya en la fortuna se arruina tan pronto como ésta cambia. Creo, también, que triunfa el que acomoda su manera de proceder a las circunstancias del momento, e igualmente fracasa quien en su proceder entra en desacuerdo con ellas.

Porque vemos cómo en las cosas que les llevan a alcanzar el resultado deseado, eso es gloria y riquezas, los hombres proceden de muy distinta manera: uno con precaución, otro con ímpetu; uno con violencia, otro con astucia; uno con paciencia, el otro con todo lo contrario; y todos con tan distintos métodos pueden lograrlo. Se ve también que de dos circunspectos, uno alcanza lo que se proponía y el otro no; o bien que otros dos tienen el mismo éxito con dos maneras distintas de actuar, al ser uno circunspecto y el otro impetuoso: y todo eso no proviene sino de la cualidad de los tiempos, que se conforman o no a su manera de proceder. De ahí que, como he dicho, dos hombres, actuando de una manera distinta consigan el mismo resultado, y que en cambio otros dos que actúan del mismo modo, uno consiga su propósito y el otro no. De eso depende también la variedad de los resultados; porque, si uno se comporta con cautela y paciencia y los tiempos y las cosas van de manera que su forma de gobernar sea buena, tiene éxito; pero si los tiempos y las cosas cambian, se arruina porque no cambia su manera de proceder; no existe hombre tan prudente que sepa adaptarse a esta norma, ya sea porque no pueda desviarse de aquello a lo que le inclina su propia naturaleza, ya sea porque habiendo triunfado avanzando siempre por un mismo camino, no puede ahora persuadirse a sí mismo de la conveniencia de alejarse de él. Y así el hombre cauto cuando es hora de proceder con ímpetu no sabe hacerlo y fracasa; mientras que si modificase su naturaleza de acuerdo con los tiempos y con las cosas no alteraría su fortuna. El papa Julio II procedió impetuosamente en todas sus empresas; y encontró los tiempos y las cosas tan conformes a su modo de proceder, que todo le salió bien. Considera su primera empresa de Bolonia, cuando aún vivía micer Giovanni Bentivoglio. Los venecianos no estaban de acuerdo; el rey de España tampoco; con Francia discutía sobre el asunto, y a pesar de todo esto, con su peculiar violencia e impetuosidad decidió llevar a cabo personalmente la expedición. Tal decisión dejó en suspenso e inmóviles a España, y a los venecianos; éstos por miedo, aquél por el deseo que tenía de recuperar todo el reino de Nápoles; y, por otra parte, arrastró tras de sí al rey de Francia, porque habiendo visto el rey que el Papa se movía y deseando ganárselo como aliado para someter a los venecianos, estimó que no podía negarle su apoyo militar sin ofenderle abiertamente. Consiguió, pues, Julio, con su jugada impetuosa, aquello que nunca ningún otro pontífice, con toda la humana prudencia, habría conseguido: porque si hubiera esperado a partir de Roma con los acuerdos firmes y todas las cosas en regla, como habría hecho cualquier otro pontífice, no lo habría logrado; porque el rey de Francia habría encontrado mil excusas y los demás mil amenazas. No quiero hablar de sus otras empresas, que todas fueron similares y todas le salieron bien. Y la brevedad de su vida no le ha permitido experimentar lo contrario; porque si hubieran venido tiempos en los que hubiera sido necesario proceder con precaución, su ruina hubiera sido segura; pues nunca se habría desviado de aquellos procedimientos a los que su naturaleza le inclinaba. Concluyo, pues, que al cambiar la fortuna y aferrándose obstinadamente los hombres a su modo de actuar, tienen éxito mientras ambos coinciden y cuando no, fracasan. Y o creo firmemente esto: que es mejor ser impetuoso que circunspecto, porque la fortuna es mujer, y es necesario, queriéndola doblegar arremeter contra ella y golpearla. Y se ve que se deja vencer más fácilmente por éstos que por los que actúan con frialdad; ya que siempre, como mujer, es amiga de los jóvenes, porque son menos circunspectos, más feroces y la dominan con más audacia

Exhortatio ad capessendam Italiam in libertatem que a barbaris vindicandam

Habiendo considerado, pues, todas las cosas que hasta ahora se han dicho, y pensando entre mí si en Italia, actualmente, corrían tiempos que permitieran a un nuevo príncipe adquirir honor, y si había aquí materia que diera a un hombre prudente y virtuoso la oportunidad de introducir en ella una forma que le honrara a él y proporcionara bienestar a todos los hombres que en ella viven, me parece que concurren tantas cosas en favor de un príncipe nuevo, que no creo que haya habido nunca un momento más apto que éste. Y si, como dije, era necesario para ver la virtud de Moisés que el pueblo de Israel estuviera esclavo en Egipto; y para conocer la grandeza de ánimo de Ciro, que los persas estuvieran oprimidos por los medas, y la excelencia de Teseo, que los atenienses estuvieran dispersos; igualmente ahora, para poder conocer la virtud de un espíritu italiano, era necesario que Italia se viera reducida a su actual situación, más esclava que los hebreos, más sometida que los persas, más dispersa que los atenienses; sin cabeza, sin orden; vencida, expoliada, desgarrada, ocupada y que hubiese soportado toda clase de calamidades. Y si bien hasta ahora habríamos visto alguna señal en alguno, que permitía esperar que Dios le había escogido para su redención, no obstante se ha visto luego cómo en el momento culminante de sus acciones ha sido reprobado por la fortuna. De manera que, desfallecida, espera a ver quién la sane de sus heridas, ponga fin a los saqueos de Lombardía, a las extorsiones del reino de Nápoles y de Toscana y la cure de tantas llagas ulceradas por el tiempo. Véase cómo ruega a Dios que le mande a alguien que la redima de estas crueldades e insolencias bárbaras. Se la ve también pronta y dispuesta a seguir una bandera, con sólo que haya uno que la enarbole. Y no se ve, en el presente, nadie en quien pueda depositar mejor sus esperanzas que en vuestra ilustre casa, la cual con su fortuna y virtud, favorita de Dios y de la Iglesia, de la que ahora es príncipe, pueda ponerse a la cabeza de esta redención. Lo que no será muy difícil, si tenéis presentes las acciones y la vida de los personajes que antes he mencionado. Y aunque estos hombres sean singulares y extraordinarios, al fin y al cabo fueron hombres, y ninguno de ellos tuvo oportunidades tan favorables como la presente; porque su empresa no fue más justa que ésta, ni más fácil, ni les fue Dios más propicio que a vos. Esto es muy justo «*iustum enim est bellum quibus necessarium et pia arma ubi nulla nisi in armis spes est*». Y hay ahora una gran disposición; y donde hay tan gran disposición no pueden existir demasiadas dificultades siempre que vuestra casa siga el ejemplo de aquellos que os he propuesto por modelo. Además de todo esto se ven señales extraordinarias, sin precedentes, dispuestas por Dios: el mar se ha abierto; una nube os ha señalado el camino; de la roca ha manado agua; ha llovido maná; todo concurre a vuestra grandeza. El resto debéis hacerlo vos. Dios no quiere hacerlo todo para no arrebatáros el libre arbitrio y parte de aquella gloria que os corresponde.

Y no hay que maravillarse si ninguno de los italianos citados ha podido hacer lo que podemos esperar que haga vuestra ilustre casa; y si en tantos cambios como ha sufrido Italia y en tantas operaciones de guerra, siempre parece que la virtud militar se haya extinguido en ella. Y la razón de todo eso es que su antigua organización militar no era buena y no ha

habido nadie capaz de encontrar otra nueva, y nada honra tanto a un hombre que acaba de surgir como las nuevas leyes y las nuevas ordenanzas por él promulgadas. Éstas, si poseen grandeza y están bien fundadas; le hacen digno de respeto y admirable. Y en Italia no falta materia a la que dar forma: hay aquí mucha virtud en los miembros si no faltara en las cabezas. Ved en los duelos y torneos, cuán superiores son los italianos en fuerza, en destreza, en ingenio; pero en cuanto se trata de ejércitos, no quedan bien. Y todo es debido a la debilidad de los jefes; porque los que saben, no son obedecidos, y todos creen saber, sin que hasta ahora haya habido uno que sobresalga por encima de los demás en virtud o en fortuna obligando a los demás a ceder. De ahí que, en tanto tiempo, en tantas guerras declaradas en los últimos veinte años, cada vez que ha habido un ejército completamente italiano siempre ha hecho mal papel. Tenemos testimonios de eso primero en el Taro, luego en Alessandria, Capua, Génova, Vailate, Bolonia y Mestre.

Por lo tanto, si vuestra ilustre casa quiere emular a aquellos hombres excelentes que redimieron sus países es necesario, ante todo, como verdadero fundamento de cualquier empresa, proveerse de ejércitos propios; porque no existen soldados más fieles, ni más auténticos, ni mejores. Y si cada uno de ellos es bueno, todos juntos resultarán aún mejores cuando se vean mandados por su príncipe, y honrados y sostenidos por él. Es necesario, pues, preparar este ejército para poder, con la virtud itálica, defenderse de los extranjeros. Y aunque la infantería suiza y española sean consideradas temibles, sin embargo, en ambas hay un defecto por el cual una tercera forma de organización militar podría no sólo enfrentárseles sino también confiar en superarlas. Porque los españoles no pueden resistir a la caballería y los suizos han de temer a los soldados de infantería cuando se enfrenten a otros tan obstinados como ellos. Así hemos visto y veremos, por experiencia, que los españoles no pueden resistir una caballería francesa y los suizos son derrotados por la infantería española. Y aunque de esto último no se tenga una experiencia completa, se ha visto no obstante un ensayo en la batalla de Ravenna, cuando los infantes españoles se enfrentaron a los batallones alemanes, que guardan el mismo orden de combate que los suizos; los españoles, por la agilidad de su cuerpo y la ayuda de sus escudos, se habían introducido entre las picas de aquellos y estaban seguros de poderles atacar sin que los alemanes pudieran hacer nada; y si no hubiese sido por la caballería que les embistió, les habrían aniquilado a todos. Conocido, pues, el defecto de estas dos infanterías se puede organizar otra nueva, que resista la caballería y no tenga miedo a la infantería: cosa que se consigue con la calidad de los soldados y el cambio en la disposición de las fuerzas. Y esas innovaciones forman parte de aquellas cosas que dan reputación y grandeza a un príncipe nuevo.

No debemos, pues, dejar pasar esta ocasión para que Italia, después de tanto tiempo, encuentre un redentor. No puedo expresar con qué amor sería recibido en todas aquellas provincias que han sufrido a causa de estos aluviones extranjeros; con qué sed de venganza, con qué obstinada lealtad, con qué devoción, con cuántas lágrimas. ¿Qué puertas se le cerrarían? ¿Qué pueblos le negarían obediencia? ¿Qué envidia se le opondría? ¿Qué italiano le negaría su homenaje? A todos asquea este bárbaro dominio. Tome, pues, la ilustre casa vuestra este asunto con aquel ánimo y con aquella esperanza con que se hacen propias las

causas justas; para que, bajo su enseña, esta patria se ennoblezca y bajo sus auspicios se hagan realidad las palabras de Petrarca:

Virtu comro a furore

Prendera J'arme; e fia el combatter corto; Che l'antico valore

Nell'italici cor non e ancor morto

1. S. Freud Los textos fundamentales del psicoanálisis
2. JJ. Rousseau El contrato social
3. J.P. Sartre El ser y la nada
4. A. Einstein La teoría de la relatividad
5. B. Russell Ensayos filosóficos
6. Erasmo Elogio de la locura
7. Voltaire Cartas filosóficas
8. Ortega y Gasset La rebelión de las masas

Introducción

¿Qué es la Ilustración? Immanuel Kant

Immanuel Kant (1724-1804) es considerado uno de los grandes filósofos de la modernidad. Nació y pasó toda su vida en una ciudad de la antigua Prusia Oriental dedicándose por completo a la ciencia y a la filosofía. Sus biógrafos lo describen como un hombre sumamente metódico que, aunque era físicamente débil, alcanzó una edad avanzada gracias a una gran disciplina en todos los órdenes de su existencia. Su principal preocupación fue el problema del conocimiento y buscó resolverlo tomando las ideas más importantes del empirismo y del racionalismo. Por esto, su pensamiento es considerado como una de las grandes síntesis del pensamiento humano. Además, también desarrolló una filosofía moral cuyos principios se basan en la libertad de la voluntad y el deber.

En *¿Qué es la Ilustración?* Kant se muestra como un hombre de su tiempo, del “Siglo de las Luces”. La define como la salida del hombre de su minoría de edad a través del libre uso de la razón y concluye que no se vive en una época *ilustrada* pero sí en una época de *ilustración*. Según él, falta mucho para alcanzarla por lo que analiza cuáles son los principales ámbitos de cuyas tutelas el hombre todavía no logra emanciparse.

Incluir este texto en la Antología de Humanismo clásico y contemporáneo es fundamental porque ofrece la visión antropológica propia del mundo moderno. Permite comprender la Ilustración de una manera diferente, no como un periodo de la historia sino como un proceso que lleva al hombre, como un ser racional y libre, a responsabilizarse de su vida y enfrentar las consecuencias, positivas y negativas, de sus decisiones. Cuando Kant habla de que la pereza y la cobardía son la causa de que los seres humanos no se atrevan a pensar por sí mismos y prefieran quedarse siempre como menores de edad, provoca la reflexión personal y promueve el pensamiento crítico de los alumnos.

¿Qué es la Ilustración?

Immanuel Kant

Respuesta a la pregunta ¿qué es la ilustración?

(Véase en diciembre de 1783, página 516)¹ Immanuel Kant ²

La ilustración es la salida del hombre de la minoría de edad causada por él mismo. La minoría de

edad es la incapacidad para servirse del propio entendimiento sin la guía de otro. Esa minoría de edad es causada por el hombre mismo, cuando la causa de ésta no radica en una carencia del entendimiento, sino en una falta de decisión y arrojo para servirse del propio entendimiento sin la dirección del de algún otro. Sapere Aude! ³ ¡Ten valentía para servirse de tu propio entendimiento! Esta es la consigna de la ilustración.

La pereza y la cobardía son las causas de por qué una gran parte de los hombres, luego de que la naturaleza los ha declarado libres, ya desde hace tiempo, de una dirección externa (naturaliter maiorennnes)⁴, no obstante permanecen a gusto como menores de edad toda la vida; y de por qué le resulta a otros muy fácil convertirse en sus tutores. Es muy cómodo ser menor de edad. Si tengo una guía espiritual que tiene fe por mí, si tengo un médico que juzga por mí la dieta y así por el estilo, entonces no necesito esforzarme por mí mismo. No tengo necesidad de pensar, cuando sólo puedo pagar. Otros asumirán la fastidiosa tarea por mí. Los tutores que se han apropiado buenamente de la supervisión se preocupan también de que la gran mayoría de los hombres (incluidas todas las del bello género), piensen que el paso a la mayoría de edad, además de ser fatigoso, resulta también muy peligroso. Después de haber entontecido a su ganado particular y de haberse asegurado con cuidado que esas criaturas no se atrevan a dar paso alguno más allá de las andaderas que los retienen, les muestran entonces los peligros que les amenazan cuando intentan caminar por sí solos. Pero ese peligro no resulta ahora muy grande, pues ellos aprenderían finalmente a caminar con algunos contratiempos; un sólo ejemplo de este estilo previene y por lo general atemoriza de cualquier otro intento posterior.

A cada hombre en particular le resulta difícil salir de la minoría de edad convertida, ahora sí, en casi una segunda naturaleza. Incluso hasta se ha encariñado con ella y será en realidad incapaz de servirse de su propio entendimiento, por cuanto no se le permitiría ni siquiera hacer el intento. Las prescripciones y las formalidades, o sea, los instrumentos mecánicos

de un uso racional o mejor del mal uso de sus dones naturales son los grilletes de una minoría de edad que se vuelve permanente. Aquel que la rechazara, haría con ello, no obstante, un salto tan inseguro sobre una zanja tan estrecha por cuanto no está acostumbrado al movimiento libre. Por lo tanto, son sólo muy pocos, los que satisfactoriamente se han podido liberar de la minoría de edad por medio del esfuerzo de su espíritu, y avanzan con paso seguro.

1 La indicación a la paginación de la "Berlinischen Monatsschrift" (Boletín mensual de Berlín) se refiere a la siguiente anotación en el artículo "¿Es conveniente que la alianza matrimonial se legitime adicionalmente por la religión?", del señor clérigo Zöllner: "¿Qué es la ilustración? Esta pregunta que quizá sea tan importante como la pregunta ¿qué es la verdad?, tiene que ser respondida antes que se comience a ilustrar y hasta el momento no he encontrado respuesta en ninguna parte"

2 traducido del alemán por Álvaro Corral, marzo 10 de 2003.

3 expresión latina: "¡Atrévete a pensar!". Nota del traductor.

4 expresión latina: mayoría de edad natural. Nota del traductor.

Pero que una sociedad se ilustre es por el contrario bastante probable; incluso, cuando se deja sólo

la libertad, es algo inevitable. Pues siempre se encontrarán, incluso entre los tutores señalados de la gran masa, algunos pensadores autónomos, quienes luego de haberse sacudido ellos mismos del yugo de la minoría de edad, extenderán a su alrededor el espíritu de un aprecio racional del valor propio y de la vocación de cada hombre para pensar por sí mismos. En esto resulta curioso que la sociedad, la cual con anterioridad ha sido sometida al yugo por ellos, es obligada luego a permanecer sometida, cuando ha sido incitada a la rebelión por parte de algunos de sus tutores, incapaces ellos mismos de cualquier ilustración. Por eso es tan dañino sembrar prejuicios, porque a la postre se vengan ellos mismos en quienes fueron sus creadores o antecesores. Por esto, es que una sociedad puede alcanzar la ilustración sólo despacio. Con una revolución se puede lograr la caída del despotismo personal o la opresión codiciosa o imperiosa, pero nunca se logrará una verdadera reforma del modo de pensar, sino que los nuevos prejuicios servirán, al igual que los anteriores, como elementos de guía para la gran masa irreflexiva.

Para la ilustración no se requiere más que la libertad; y por cierto la menos dañina de todas las que

se puedan llamar libertad, o sea aquella para poder hacer uso público de la razón en todos los asuntos. Pero por todas partes oigo ahora la llamada: “¡No razonad!” El oficial dice: “¡No razonad, sino haced la maniobra!” El recaudador de impuestos dice: “¡No razonad, sino pagad!” El guía espiritual dice: “¡No razonad, sino creed!” Sólo un único señor en el mundo dice: ¡razonad todo lo queráis, y sobre lo que queráis, pero obedeced! Aquí hay limitaciones a la libertad por todas partes. ¿Pero qué limitación es acaso un obstáculo para la ilustración? ¿Cuál no, sino que incluso sea capaz de estimularla? Yo respondo que el uso público de la razón debe ser siempre libre y éste sólo puede lograr realizar la ilustración ente los hombres. El uso privado de la misma tiene que limitarse con frecuencia demasiado sin obstaculizar por ello el progreso en particular de la ilustración. Pero entiendo por uso público de la propia razón el que hace cualquiera como intelectual ante su público del universo de lectores. Denomino uso privado, el uso que está permitido hacer de su razón cuando se le confía una cierta responsabilidad o un cargo civil.

Ahora bien, con ciertos asuntos relacionados con el interés del Estado, resulta indispensable un cierto mecanismo por medio del cual algunos entes del Estado tengan que comportarse sólo con pasividad, para que por medio de una unidad artificial se indiquen por parte del gobierno las metas públicas, o por lo menos se protejan de la destrucción de esas metas. En este caso no está permitido, por cierto, razonar, sino que uno tiene que obedecer. Pero, en tanto que esa parte de la máquina se considera ahora también como miembro de la nación en su totalidad, o incluso de la sociedad cosmopolita, con ello en calidad de intelectual que se dirige al público en sentido propio por medio de escritos, entonces sí puede en ese caso razonar, sin que por ello se menoscaben los asuntos para los cuales ha sido contratado en cuanto miembro pasivo. Sería pues muy pernicioso que un oficial, al que sus superiores le ordenan algo, quisiera, estando al servicio, exponer sus razones en voz alta acerca de la finalidad o la utilidad de esa orden; él tiene que obedecer.

Sin embargo, en justicia, no se le puede prohibir que en cuanto intelectual haga comentarios sobre los errores del servicio militar y los presente a consideración del público. El ciudadano no se puede oponer a las tareas que le han sido impuestas; incluso una crítica de tales imposiciones, cuando deben ser ejecutadas por él, puede ser castigada como un escándalo que pudiera originar desacatos generalizados. Pero precisamente un individuo no actúa sin consideración en contra del deber de cualquier ciudadano, cuando él en cuanto intelectual manifiesta en público sus pensamientos en contra de la inconveniencia o incluso de la injusticia de tales ordenanzas.

Igualmente se encuentra restringido un sacerdote a presentar su discurso de catequesis a sus

discípulos de la iglesia a la que sirve; pues ha sido aceptado con esa condición. Sin embargo, en cuanto intelectual tiene total libertad, incluso la vocación para ello, de comunicar al público todos sus pensamientos, bien intencionados y revisados cuidadosamente, acerca de lo erróneo en tal símbolo y culto religioso, y todas las propuestas para una mejor organización de los asuntos religiosos y eclesiásticos. No hay pues aquí nada que se pueda imputar a la conciencia como una carga. Pues lo que enseña como desarrollo de su cargo, en cuanto representante de la iglesia, lo coloca como algo en consideración de lo cual no tiene el poder libre, para enseñarlo según su propio parecer, sino que se encuentra allí para exponerlo por mandato y en nombre de otro. Él dirá que nuestra iglesia enseña esto o aquello; éstas son las razones argumentativas que expone. Extrae a continuación todos los usos prácticos para su comunidad a partir de preceptos, que él mismo no suscribiría con absoluto convencimiento y con cuya exposición se pueda comprometer al mismo tiempo, por cuanto no es completamente imposible que en ellos estuviera oculta la verdad, pero que en cualquier caso no se encuentre ninguna contradicción interna con la religión. Pues si creyera encontrar esto último, no podría en conciencia continuar con las tareas a su cargo y tendría que renunciar. El uso que hace un maestro asalariado de su razón ante su comunidad es entonces un uso meramente privado, por cuanto ésta es siempre sólo una reunión casera, así sea muy numerosa; y, en vista de lo cual, en cuanto sacerdote, no es libre, y no le está permitido serlo, por cuanto desempeña una tarea ajena. Por el contrario, el clérigo, que en cuanto intelectual hace uso público de su razón y habla por medio de escritos al público propiamente dicho, es decir al mundo, goza entonces para ese efecto de una libertad ilimitada para servirse de su propia razón y para hablar en nombre propio. Pues es una importunidad que conduce a la eternización de los disparates, que los tutores del pueblo (en asuntos religiosos) deban ser también menores de edad.

¿Pero no debería tener justificación una comunidad de religiosos, por ejemplo, una reunión eclesiástica, o una digna Classis⁵ (como se denomina ella misma entre los holandeses) para obligarse con un juramento mutuo sobre un cierto símbolo religioso inmodificable, para así poder ejercer una perpetua tutoría superior sobre cada uno de sus miembros y por medio de ellos sobre el pueblo, y pretender incluso eternizarla? Yo afirmo que esto es imposible. Un contrato que se firmara para evitar para siempre cualquier ilustración posterior del género humano es sencillamente nulo y sin ningún efecto, así esté ratificado por el poder supremo, por parlamentos o pomposas capitulaciones de paz. Una época no se puede confabular y conjurar, para colocar a la siguiente en una situación en la que sea completamente imposible ampliar sus conocimientos (tanto ilustres como los más diligentes), deshacerse de errores y avanzar en general un paso más hacia la ilustración. Eso sería un crimen contra la naturaleza humana, cuya determinación originaria precisamente consiste en ese progresar; y la descendencia está completamente justificada para arrojar lejos, tales decisiones asumidas de manera desautorizada y ultrajante. La piedra de toque de

5 Classis era una de las tantas sectas religiosas surgidas en Europa a raíz de la Reforma. Sus características de severidad son criticadas aquí por Kant. *Nota del traductor*

todo lo que sobre un pueblo se puede determinar en cuanto ley, se encuentra en la cuestión acerca de si un pueblo se puede imponer o no a sí mismo una ley tal.

Ahora bien, eso sería posible, con la expectativa al mismo tiempo de algo mejor en un tiempo breve, para introducir un cierto orden, y en la medida en que se dejara libre a cualquier ciudadano, especialmente a los religiosos, en calidad de intelectuales, para hacer sus observaciones en público, es decir, por medio de escritos, acerca de lo erróneo de las instituciones anteriores, en las que todavía permanece el orden establecido, hasta que el conocimiento sobre las características de esos asuntos haya demostrado su eficiencia y haya llegado públicamente, por medio de la unión de sus voces (aun cuando no de todas), para presentar una propuesta ante el trono, y proteger aquellas comunidades, que se hubiesen unido en sus posiciones conceptuales del mejor conocimiento sobre una institución religiosa diferente sin tener por supuesto que perjudicar a quienes deseen permanecer con los antiguos. Pero unirse en torno a una constitución religiosa inmodificable y que no pueda ser controvertida por nadie en público, incluso en el lapso de vida de un ser humano, y destruir con ello un período de tiempo en el desarrollo de la humanidad, y hacer estéril por ello incluso a una descendencia desmejorada, es algo que en absoluto no está permitido. Un ser humano puede postergar la ilustración en lo que respecta a su persona, e incluso sólo por algún tiempo, en lo que tiene la obligación de saber; pero hacerlo por renuncia, sea con respecto a su persona, pero mucho más con respecto a su descendencia, significa lesionar los sagrados derechos de la humanidad y pisotear- los. Pero si no está permitido en absoluto que un pueblo decida sobre este asunto, mucho menos puede entonces decidirlo el monarca en nombre del pueblo, pues su prestigio como legislador se fundamenta precisamente en que él reúne la voluntad general del pueblo en la suya. Cuando él sólo observa que toda mejora verdadera o aparente subsiste juntamente con el orden civil, entonces sólo puede permitir hacer a sus súbditos lo que ellos por su bienestar espiritual tengan a bien hacer. Ninguno de esos asuntos le importa, pero cuidará que nadie le impida violentamente a otro trabajar en la determinación y en el fomento de sí mismo con todas sus capacidades. De igual manera perjudicaría su majestad, si se entromete por ejemplo, al elogiar ante la inspección gubernamental los escritos, con los cuales sus súbditos intentan poner en limpio sus opiniones, tanto cuando lo hace a partir de su óptimo conocimiento máximo, exponiéndose así al reproche: Caesar non est supra grammaticos; ⁶ como también, y mucho más, por cierto, cuando envilece su máxima potestad para apoyar en su Estado el despotismo espiritual de algunos tiranos contra el resto de sus súbditos.

Si ahora pues, se pregunta si vivimos en una época ilustrada, entonces la respuesta es no. Pero

vivimos en una época de la ilustración. Falta realmente mucho para que los hombres, tal como están las cosas ahora, miradas en general, estén en condiciones -o incluso que sólo puedan ser colocados, para servirse bien y con seguridad de su propio entendimiento sin la dirección de algún otro en asuntos de la religión. Tenemos claras señales de que sólo ahora se les abre a los hombres el campo para trabajar libremente en ello, y reducir gradualmente los obstáculos que impiden la ilustración general y poder salir así de su minoría de edad causada por ellos mismos. Bajo esa perspectiva, esta época es una época de la ilustración o el siglo de Federico⁷.

6 *Nota del traductor*: Expresión latina: El Cesar no está por encima de los gramáticos

7 *Nota del traductor*: Kant se refiere aquí a Federico el Grande, rey de Prusia, considerado como el ejemplo del monarca ilustrado, tolerante en materia religiosa y abierto al desarrollo ilimitado de las ciencias y las artes.

Un príncipe que no encuentra indigno de sí afirmar que considera una obligación no prescribir nada sobre los asuntos religiosos de los hombres, sino dejarlos en completa libertad, y que a su vez rechaza la palabra altisonante de la tolerancia, es él mismo ilustrado y merece, por parte del mundo y de la posteridad agradecida, ser alabado como aquel que por primera vez, por lo menos por parte del gobierno, liberó al género humano de la minoría de edad y dejó en libertad a cada cual para servirse de su propia razón en todos aquellos asuntos de la conciencia. Bajo su apoyo está permitido que los religiosos, merecedores de respeto y sin menoscabo de sus obligaciones ministeriales, ofrezcan al mundo en calidad de intelectuales para discusión libre y pública, sus conocimientos y juicios que aquí o allá pueden divergir del símbolo religioso que han escogido.

Pero, por supuesto, goza de esa libertad mucho más cualquier otra persona que no está limitada por alguna obligación ministerial. Ese espíritu de la libertad se extiende también más allá, incluso donde se tiene que luchar con obstáculos externos de un gobierno que no se comprende a sí mismo. Pues se ilustra con un ejemplo: con libertad no se requiere absolutamente nada para lograr la tranquilidad pública y para preservar la unidad del Estado. Los seres humanos superan lentamente y por sí mismos la condición rústica, si no se trabaja artificialmente con todo el empeño para preservarlos en esa situación.

He abordado el asunto principal de la ilustración, el de la salida del hombre de su minoría de edad

causada por él mismo, primordialmente en asuntos de la religión, por cuanto, con respecto a las artes y las ciencias, nuestros gobernantes no tienen ningún interés en jugar a tutores sobre sus súbditos; ante todo también tal minoría de edad, que es quizá la más perniciosa y también la más humillante de todas. Pero la manera de pensar de un jefe de Estado, que protege la primera, avanza un poco más e intuye que incluso en consideración a su constitución resulta inocuo permitir a sus súbditos, hacer un uso público de su razón y presentar en público al mundo sus pensamientos sobre una mejor concepción de la constitución misma, incluso con una crítica sincera de la ya existente. Sobre esto tenemos un ejemplo brillante con el que ningún monarca se antepone al que honramos.

Pero también sólo aquel, que al ser él mismo ilustrado y no teme las sombras, y tiene a la mano un ejército numeroso y bien disciplinado para garantizar la tranquilidad civil, puede decir lo que una nación libre no se puede atrever: “¡Razonad lo que queráis y sobre lo que queráis, pero obedeced!” Así se muestra un paso extraño e inesperado de las cosas humanas, algo que considerado en general parece completamente paradójico. Un grado más amplio de libertad civil parece ventajoso a la libertad del espíritu del pueblo y se le colocan, no obstante, limitaciones inabordables; un grado menos de esta libertad, genera por el contrario el espacio, para expandirse con toda su fuerza. Pues si la naturaleza ha ovillado bajo esa dura cáscara la semilla, por la que se preocupa con la máxima ternura, entonces ésta coopera poco a poco, a la manera del pueblo (por medio del cual se hace lentamente más capaz de la libertad para obrar), y finalmente a la manera de los principios del gobierno, que encuentra aceptable tratar a los seres humanos, que son mucho más que máquinas, de acuerdo con su dignidad.

Königsberg en Prusia, 30 de septiembre de 1784

Introducción

Discurso "Premio príncipe de Asturias de Ciencias Sociales 2012"

Nussbaum Martha

Martha Nussbaum ha logrado algo que muchos intelectuales anhelan, no sólo cuenta con una importante producción intelectual, con múltiples reconocimientos; galardonada con el Premio Príncipe de Asturias en Ciencias Sociales; con seguidores académicos en todo el mundo, sino que también ha podido ser testigo de la aplicación de algunas de sus ideas a la vida real. El enfoque de capacidades de Nussbaum ha tenido eco internacionalmente, modificando marcos de referencia y políticas públicas para los países de la Organización de las Naciones Unidas. El paradigma de calidad de vida en la ONU, especialmente en el Índice de Desarrollo Humano del PNUD ha sido modificado gracias a sus investigaciones y a las de Amartya Sen. Detrás de este paradigma hay una antropología específica, una visión determinada del ser humano que conlleva una ética acorde a la misma.

Nussbaum señala en varios de sus libros (*Calidad de vida, Crear Capacidades, Las mujeres y el desarrollo humano, Sin fines de lucro por qué la democracia necesita a las humanidades*), los defectos de enfoques de la economía estándar, los reduccionismos y las omisiones y, en especial, los criterios economicistas con los que se suele evaluar la calidad de vida. Estos criterios señalan como modelo a seguir países con alto Producto Interno Bruto (PIB) e ignoran los altos niveles de desigualdad, injusticia y falta de oportunidades para millones de seres humanos, sin prestar atención al nivel de vida de sus habitantes más pobres y sin tratar cuestiones como la salud y la educación, que normalmente no mejoran con el crecimiento económico sin más.

En su libro *Sin fines de lucro*, explica de modo claro y contundente la importancia de la formación humanística para la sobrevivencia de la democracia. Afirma que la democracia esta amenazada. Ante la multitud de problemas y desafíos se necesitan hombres y mujeres que sepan afrontarlos con libertad y educación. Todos somos diferentes, buscamos lo mejor desde nuestra visión particular y votamos sobre asuntos que afectan la vida propia y ajena. ¿Cómo prepara el sistema educativo a los niños y jóvenes para vivir en una democracia madura? ¿Cuáles son los fines de la educación? Presenta dos paradigmas, la educación para la renta y la educación para la democracia. Señala la silenciosa crisis educativa actual que puede producir maquinas utilitarias incapaces de pensar por si mismos. Nussbaum advierte que es indispensable una educación que fomente la reflexión, el pensamiento crítico, la capacidad de análisis de variedad de culturas, la empatía, la "imaginación narrativa" sobre la base del reconocimiento de la dignidad de todo ser humano para poder dialogar y encontrar caminos para la construcción de una mejor sociedad.

Mtra. Ma. Eugenia Cárdenas

Discurso "Premio príncipe de Asturias de Ciencias Sociales 2012"

Nussbaum Martha.

PREMIO PRÍNCIPE DE ASTURIAS DE CIENCIAS SOCIALES 2012

Majestad,

Altezas,

Galardonados con los Premio Príncipe de Asturias,

Distinguidas autoridades,

Señoras y Señores:

Me siento conmovida y humildemente honrada por esta distinción, que fue toda una sorpresa para mí. Les debo a todos ustedes, y a toda la gente de Asturias, mi más afectuosa gratitud por este reconocimiento. Hay algo verdaderamente sorprendente en este Premio, y a ello quiero dedicar mi breve discurso. Lo sorprendente es que estoy recibiendo el Premio de Ciencias Sociales y, sin embargo, yo provengo de las Humanidades, soy una filósofa que ha trabajado no solo en la filosofía política, sino también en la naturaleza de las emociones y de la imaginación y en el problema de la interdependencia y vulnerabilidad humanas, a menudo recurriendo a obras literarias y musicales para dilucidar estas cuestiones. No obstante, no creo que sea erróneo clasificar mis contribuciones dentro de las Ciencias Sociales.

Lo que he hecho a lo largo de los años es desarrollar (en colaboración con economistas) lo que se conoce como el enfoque del desarrollo humano, o el enfoque de las capacidades. Se trata de un enfoque que sostiene que el crecimiento económico, medido por el PIB per cápita, no es suficiente para evaluar la calidad de vida nacional ya que realmente no capta qué es lo que la gente está luchando por conseguir. El enfoque del PIB hace caso omiso a la distribución, por lo que puede dar una alta calificación a naciones que guardan alarmantes desigualdades de oportunidades. E ignora además el hecho de que una vida humana próspera tiene muchas partes que varían unas de otras independientemente, e independientemente, también, del crecimiento económico regional o nacional. Una nación puede tener un alto crecimiento sin libertad política o religiosa; pero la gente desea tener una voz sobre su vida política y moral. Una nación también puede crecer bien sin una distribución adecuada de las oportunidades de educación, de asistencia sanitaria o de la preservación básica de la integridad corporal -como muestra con tanta claridad mi próspero

país, con sus luchas sobre la educación y la asistencia sanitaria y su historial lamentable de violencia de género. Lo que nosotros hemos estado defendiendo, entonces, es que la medida correcta de desarrollo se focaliza en las personas, es sensible a la distribución, y es plural; refleja el hecho de que la gente no lucha por la renta nacional, lucha por una vida con sentido para ellos mismos. Al desarrollar una lista de las capacidades humanas centrales, que afirmo son los requisitos mínimos de una vida conforme a la dignidad humana, he tratado de dar cuerpo a estas ideas y de sugerir algunas metas concretas para todas las naciones.

Creo que este trabajo es sin duda una contribución a las Ciencias Sociales y a la economía del desarrollo, en particular. Con frecuencia la economía se centra de forma restringida en el crecimiento; pero en el fondo se trata de una disciplina normativa enfocada en las personas, y precisa lo que tenía en sus inicios, el input de la filosofía, para articular los objetivos de una buena sociedad que sea sensible a las personas.

La importancia que tiene la filosofía para la economía sugiere algo más, lo que constituye otro tema de mi trabajo: necesitamos una educación bien fundada en las humanidades para realizar el potencial de las sociedades que luchan por la justicia. Las humanidades nos proporcionan no solo conocimientos sobre nosotros mismos y sobre los demás, sino que nos hacen reflexionar sobre la vulnerabilidad humana y la aspiración de todo individuo a la justicia, y nos evitarían utilizar pasivamente un concepto técnico, no relacionado con la persona, para definir cuáles son los objetivos de una determinada sociedad. No me parece demasiado atrevido afirmar que el florecimiento humano requiere el florecimiento de las disciplinas de humanidades. Por lo tanto, agradezco que la Fundación Príncipe de Asturias haya reconocido a las humanidades como una parte importante del pensamiento social para el futuro.

BIBLIOGRAFIA

- 1.- Sófocles. Antígona y Edipo Rey. Tragedias. Madrid: Gredos, 2003.
- 2.- Platón. Critón. S.L.U. Espasa Libros. Madrid 2011.
- 3.- Agustín, Aurelius. Las Confesiones. Libro X (Caps. I-VI, XXI al XXVII) Libro XI (Caps. XXIII-XXX) BAC (Biblioteca de Autores Cristianos). Madrid, 1979
- 4.- Dante Alighieri, Divina Commedia, Angel Crespo (traducción), editorial Seix Barral, Barcelona 2004
- 5.- Maquiavelo, Nicolás. El príncipe. Tecnos. Madrid, 2009.
- 6.- Kant, Immanuel, ¿Qué es la ilustración? Roberto Aramayo (tr.) (Madrid, Alianza, 2009), pp.81-93.